TODOS BUSCAN RESPUESTAS

EL VACÍO INTERIOR

ALEXANDER RHODE

EL VACÍO INTERIOR

RAQUEL SILVA #2

TODOS BUSCAN RESPUESTAS

MÁS ADICTIVA. MÁS BRUTAL. MÁS GENIAL.

VUELVE LA INSPECTORA MÁS TRANSGRESORA DE LA NOVELA NEGRA ESPAÑOLA

ALEXANDER RHODE

Título original: El Vacío Interior

© Alexander Rhode, 2021

Diseño de portada: Alexander Rhode

Primera edición: Mayo, 2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi hija y a mi hijo,

A mi mujer

ÍNDICE

PRELUDIO
INTERLUDIO 1
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
INTERLUDIO 2
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
INTERLUDIO 3
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
INTERLUDIO 4
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79

PRELUDIO

La primera vez

1997

La primera vez nunca se olvida.

Y eso no es algo que sea para bien o para mal, sencillamente es algo que pasa, que te marca y que estará ahí para siempre para recordarte no solo cómo eres, sino quién eres. La primera vez, sin ninguna duda, es un antes y un después.

Él está más nervioso que ella. Es normal, se juega más. Se juega el orgullo masculino y el qué dirán. Porque siempre dicen, y siempre se acaba sabiendo lo que no quieras que se sepa. Pero no es solo por eso, es porque su deseo es más racional que hormonal. Quiere que le guste, desea que le guste, pero todavía no sabe cómo reaccionará, y eso es lo que más le inquieta. Él sabe que no es normal, que no es como los demás, pero no hasta qué punto.

Ella en cambio sí está realmente excitada. Su deseo sexual es muy intenso desde hace mucho tiempo. Más teniendo en cuenta que, tras varios intentos fallidos con diferentes hombres, por unas razones o por otras, todavía no ha podido perder la virginidad. Y eso hace que su ansiedad crezca día a día, siempre ha sido muy ansiosa, pero últimamente lo es más. Todas las personas de su edad hablan de sexo, todo el mundo a su alrededor insinúa sexo, sus padres se divorciaron por una cuestión relacionada con el sexo, así que, todo lo que ella quiere y piensa con diecinueve años, tiene que ver con el sexo.

—¿Qué te parecen, te gustan? —dice ella tras quitarse la camiseta y el sujetador.

—Sí, me encantan.

—¿Quieres tocarlas?

—Claro.

Al principio le tiemblan un poco las manos, no sabe cómo cogerlas, cómo acariciarlas, cómo besarlas. Y ella lo nota, y se desespera, nunca ha tenido mucha paciencia. Aunque no dice nada. No está obteniendo ningún tipo de placer físico. En ese momento, toda la satisfacción que esté pudiendo tener, es puramente mental, pero ella quiere más. Quiere sentir realmente, no fantasear con que siente.

—¿No te quitas la ropa? —pregunta ella entre jadeos.

—Sí, claro.

—Pues venga, a qué esperas. Tengo muchas ganas de que me la metas —dice ella tratando de acelerar el coito para evitar que él acabe antes de penetrarla, como ya le ha pasado en más de una ocasión con otros chicos.

Ella se quita el pantalón y las bragas y espera a que él haga lo mismo. A cada minuto que pasa se impacienta más. Él no solo es torpe con los labios y con las manos, también está teniendo dificultades para desnudarse. Todo apunta que este nuevo intento va a ser el más desastroso de todos.

—¿Necesitar ayuda o qué? —pregunta ella mientras se acerca a él y empieza a besarlo por el cuello.

—No, ya estoy —dice él mientras termina de bajarse el pantalón y el slip.

Ella busca su pene con la mano, quiere comprobar su dureza, la cual debería ser directamente proporcional al grado de excitación que él siente por ella. Pero se lleva una pequeña sorpresa, nunca mejor dicho. La tiene completamente blanda.

—¿Qué pasa, no te gusto? —pregunta tratando de provocarlo.

—Claro que me gustas, joder.

—¿Y entonces?

—Espera un poco, enseguida estoy listo. Es solo que a veces me traicionan un poco los nervios.

Ella sigue besándolo y tocándolo, pero no obtiene ningún tipo de resultado inmediato. Resopla, no está siendo como imaginaba que sería. Y se enfada.

—Joder, tío, ¿qué cojones te pasa? ¿Por qué no se te pone dura? ¿Eres maricón o qué?

—¿Pero qué dices? Es la primera vez que me pasa algo así, y ya te he dicho que a veces los nervios me juegan malas pasadas. Dame un par de minutos y estaré preparado, de verdad.

—¿Un par de minutos? Llevamos en la habitación de mi padre más de media hora, coño, va a volver de un momento a otro, me parece que has tenido tiempo suficiente. Claro que si no te gustan las mujeres, o eres impotente…

—Calla, joder, espera un momento, eres tú la que no está dejando que me concentre —dice él tratando de conseguir una erección. Aunque en el fondo sabe que las pocas posibilidades que tenía de conseguirlo, acaban de caer en picado. Y ahora solo le queda hacer como que lo intenta, como que nunca le sucede, como que él es el primer sorprendido. Porque si dejas de intentarlo, entonces es que ya estás completamente perdido.

—Déjalo, anda, no te pongas más en ridículo. Está claro que las mujeres no son lo tuyo. Lo mismo con un hombre… —dice ella con desprecio. No piensa nada de lo que dice, y de hecho nunca se ha comportado de esa forma, pero el deseo no culminado, unido a la fuerte excitación que aún tiene, han hecho que reaccione de eso modo, queriendo hacer daño.

—Ya casi estoy, de verdad, túmbate si quieres, a lo mejor intentando metértela…

—¿Qué? Estás de broma, ¿no? Ni loca me dejo meter esa cosa flácida. Y guárdatela ya, coño, que me estás poniendo nerviosa.

Y él, que hace rato que también se está poniendo muy nervioso, siente cómo algo arde en su interior. Como una tormenta de fuego.

—¿No me has oído? ¿Estás sordo? Que la guardes de una vez, joder. Coge tus cosas y lárgate de mi casa, venga, antes de que empiece a contarle a todo el mundo lo maricón que eres, que ni se te pone dura. Porque es eso lo que eres, un maricón…

—Cállate de una vez, por favor.

—¿Por qué? ¿No es verdad? No se te ha puesto ni un poco dura. ¿Te crees que eso es normal? Eso es de maricones.

—¡Que te calles, joder!

—¿O qué, qué vas hacer, pichafloja?

—¡He dicho que te calles de una vez! —Y entonces él, sin haberlo previsto ni haberlo hecho nunca, pero sin poderse contener, le suelta un fuerte guantazo en la cara que casi la tumba. Ella se tambalea y aguanta la postura a duras penas. Cuando se gira y lo mira a los ojos, él puede ver que le ha partido el labio, por donde ha empezado a sangrar abundantemente.

Y ella, a quien nunca le habían puesto la mano encima y que durante un par de segundos está tan aturdida que no sabe muy bien lo que ha pasado, se lleva una mano a la cara y, de forma inconsciente, sus ojos se van directos a la entrepierna de él. Cuando ve que tiene el pene completamente erecto, su cara se desdibuja por completo.

—Se te ha puesto dura, joder, se te ha puesto dura después de pegarme…

—¡Que te calles! ¡Que te calles! ¡Que te calles!

INTERLUDIO 1

Hace años hice algo malo

La doctora en psicología Berta Pascual es experta terapia sexual y de la personalidad. En los más de diez años que lleva dedicándose a tratar los trastornos de la sexualidad más comunes entre la población, ha visto y ha oído de todo. Aunque por experiencia sabe que siempre hay lugar para algo más, para algo más retorcido y brutal.

Ella sabe que todo problema tiene una causa y que la mayoría de causas tienen solución, aunque hay veces que, como en el caso de Rodrigo Soler, las cosas no son tan sencillas. En primer lugar porque la causa del problema, como es su caso, parece encontrarse a mucha profundidad, y no siempre es fácil llegar a ese lugar.

—¿Has hablado con tu mujer últimamente, Rodrigo? Me refiero a hablar del problema.

Él mueve el cuello a izquierda y a derecha. Se muerde las uñas. La doctora Pascual le ha sugerido muchas veces que se tumbe en el diván, que aunque no lo crea, eso ayuda a relajarse, y la relajación es el primer paso para abrir el subconsciente. Todo eso está muy bien, pero él prefiere estar sentado.

—No. Ni ella ni yo hemos sacado el tema durante la última semana, exactamente lo mismo que durante los últimos meses. ¿De qué iba a servir? Cada vez tengo más claro que mi problema no tiene solución. Soy impotente, punto final. Cuanto antes lo acepte, mejor para todos. Incluso sería bueno sugerirle a mi mujer que a lo mejor lo que ella necesita no es una terapia de parejas, sino un amante, de hecho, tengo mis sospechas de que ya lo tiene.

Berta asiente mientras anota algo en su elegante cuaderno negro.

—Respeto tu punto de vista, Rodrigo, y te mentiría si te digo que claro que tu problema tiene solución, pero me temo que eso nunca lo sabremos si no encontramos la causa original.

—No todo tiene una causa.

—Yo creo que sí.

—Hay cosas que suceden sin más.

—Permítame que lo dude, nada sucede sin más. Además, deja que te recuerde que tienes dos hijas, y ya sé que hemos hablado más veces de ello, pero es importante que no olvides que sí has conseguido una erección en más de una ocasión, puedes volverlo a conseguir. Tú no tienes ningún problema físico, Rodrigo, lo sabes de sobra, y por eso estás aquí y no en una consulta de urología. Ya has mantenido relaciones sexuales y eso significa que puedes volver a mantenerlas, pero es obvio que hay algo en tu

interior que te lo impide, y ese algo es un proceso mental que te bloquea en el momento del acto sexual, pero necesitamos llegar hasta él para saber lo que te pasa. Sin la causa, no habrá éxito en ningún tipo de terapia.

Rodrigo cruza una pierna sobre la otra y cierra los ojos mientras trata de vencer esa horrible ansiedad que crece en su interior cada vez que intenta acercarse a ese proceso, o causa, de la que le habla la doctora. Pero la realidad es que en lo más profundo de su interior sabe que no debería tratar de vencer esa ansiedad, sino dejarla que lo lleve a donde debe ir, al centro de la tormenta. Sabe eso, como también sabe que esa es la verdadera razón por la que decidió dar el paso e ir a terapia, y no como consecuencia de su inexistente vida sexual. Así que, quizá, se dice que tal vez haya llegado el momento de decir la verdad, de confesar. No hay nada como un poco de sinceridad, aunque eso, y esa es la cuestión que más le preocupa, tampoco signifique que sus problemas vayan a tener solución. Es solo que necesita hablar, contar algo, porque son muchos años guardando silencio, y porque está a punto de explotar.

—Esto no es fácil para mí, ¿sabe, doctora?

—Ya sé que no es fácil, Rodrigo, créeme, nunca lo es cuando se trata de afrontar un problema grande, pero tanto tú como yo sabemos que hay algo ahí, en el fondo, que no te deja avanzar. Yo puedo ayudarte a superarlo, si quieres, si me das tiempo, pero tienes que empezar a confiar en mí plenamente y contármelo todo, de lo contrario estaremos perdiendo el tiempo.

Berta sabe que sus pacientes no siempre son plenamente conscientes de cuál es el obstáculo del que le ha hablado a Rodrigo, el obstáculo grande, aunque cree estar segura de que no es ese su caso. En realidad, el problema de la persona que tiene delante es que no quiere afrontarlo.

Rodrigo se lleva ambas manos a la cara y cabecea. Gimotea. Lloriquea. Su cuerpo reacciona tímidamente porque sabe perfectamente que ha llegado el momento de decir la verdad, que ya no hay marcha atrás.

—Doctora…

—Dime, Rodrigo.

—Usted tiene el deber de guardar el secreto profesional, ¿verdad?

—Así es, todo lo que se diga aquí, se queda aquí, si fuese de otro modo esto no tendría ningún sentido. La confianza es la base de la terapia. Cualquier cosa que quieras contarme, será solo para mí y estaré encantada de escucharla, así que adelante.

Y Rodrigo, que ha empezado a hacer respiraciones cortas y muy rápidas, pone una mano sobre cada una de sus rodillas y, con el rostro empapado en sudor, mira a su psicóloga a los ojos.

—Doctora, hace años hice algo malo, algo muy malo.

Berta, que ha escuchado muchos tipos de confesión durante sus años de profesión, sabe que está ante una muy particular, aunque no imagina hasta qué punto lo es.

—Continúa, Rodrigo, ¿qué fue lo que hiciste?

Él se revuelve sobre el diván, siente cosquilleos por todo su cuerpo, como si estuviese a punto de sufrir un shock anafiláctico. Su naturaleza parece contraria a que confiese, pero su cabeza ya ha tomado la decisión.

—Le hice daño a una chica.

No es la primera vez Berta escucha algo así, ha aprendido, muy a su pesar, a convivir con ese tipo de violencia, pero la mirada y la voz de Rodrigo tienen algo que la sobrecogen.

—¿A qué tipo de daño te refieres, físico o emocional?

Rodrigo se encoge de hombros y mira hacia el infinito.

—Físico y emocional.

—¿Y qué fue exactamente lo que le hiciste? ¿La golpeaste?

—Sí, la golpeé, pero no fue eso lo peor que le hice.

El corazón de Berta palpita con fuerza, se está empezando a poner nerviosa, ella también tiene su pasado, sus propios puntos débiles, pero también sabe que ya no hay vuelta atrás, han llegado a ese lugar, y ahora solo es cuestión de atreverse a mirar.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó, Rodrigo?

Y Rodrigo, tras exhalar una bocanada de aire que llevaba demasiado tiempo en su interior, por fin es consciente de que ese es el momento que había estado esperando, el momento de la confesión.

—Primero la golpeé, después la violé, y luego…

—¿Luego, qué?

—Luego vino el resto.

La doctora Berta Pascual, a pesar de que su cabeza y su cuerpo le piden gritar, salir corriendo o esconderse debajo de la mesa, se dice una y otra vez que aguante, que ya han llegado a ese lugar. El lugar donde ella quería llegar. Y con un más que evidente temblor de manos, y de voz, dice:

—Está bien por hoy, Rodrigo, hablaremos del resto la semana que viene.

CAPÍTULO 1

La facultad de Criminología

Si seis meses antes alguien le hubiese dicho a Raquel Silva cómo sería su vida ahora, no lo hubiese creído ni con cien litros de vino encima.

No solo ha cambiado de ciudad y de profesión, también ha cambiado radicalmente de estilo de vida. Ha dejado el ajetreo y el estrés de la gran ciudad por la tranquilidad de un pequeño pueblo pegado el mar. El trato con delincuentes y compañeros tan al límite o más que ella, por el trato con estudiantes de veintitantos cuya máxima preocupación es ver el último capítulo de la nueva serie de moda o colgar un video de diez segundos de duración en *TikTok*.

Lo mejor de todo es que por primera vez en mucho tiempo, se siente orgullosa de ella, siente que es alguien que cumple sus promesas, como la que le hizo a su hija de pasar más tiempo con ella. Por primera vez en mucho tiempo, ya no se ve a sí misma como esa persona que se pasa la vida dejando puzles inacabados. Se ve como la mujer segura de sí misma que siempre quiso ser.

Su intención no era trasladarse hasta Valencia, concretamente hasta El Perelló, uno de sus pueblos costeros con más encanto. Tampoco era cambiar la placa y la pistola por la tiza y la pizarra. Su decisión, en realidad, solo fue dejar temporalmente el puesto como inspectora de policía por la simple razón de que ese cargo era incompatible con su promesa de pasar más tiempo con su hija, y tomó esa decisión sin tener ni idea de lo que haría a continuación, fue como un salto al vacío con los ojos cerrados y sin saber si habría algo o alguien que la recogiera al caer. Pero cuando su ya ex jefe, Rafa Gil, le dijo que, Julio Zanón, un amigo suyo y también el comisario principal de Valencia, le había dicho que necesitaban a alguien en la Universidad de Valencia con mucha experiencia práctica para impartir clases en el Grado de Criminología, lo vio claro. Su nueva «yo», esa que huye de los planes a largo plazo, de los sueños imposibles y que lucha por aferrarse con todas sus fuerzas al día a día, vio una buena oportunidad para empezar de cero junto a lo que más quiere: su hija Carlota.

El único pero fue que, tras instalarse en una entrañable casa de campo muy cerca del mar, y conocer mínimamente el entorno del que a partir de ese momento iba a ser su nuevo hogar, le dijeron que tendría que incorporarse al equipo docente en una semana como máximo, que la persona a la que iba a sustituir los había dejado colgados antes de tiempo y no podían paralizar durante mucho tiempo las clases. Y para alguien que nunca antes había trabajado de

profesora, eso supuso un pequeño estrés. Tras el valiente «sí» inicial, se empezó a preguntar cómo iba a preparar los temas con tan poco tiempo y, sobre todo, si estaría a la altura de lo que espera un alumno del Grado de Criminología de dos de las materias más importantes de la carrera. Pero en cuanto desempolvó sus propios libros se dijo que, en realidad, solo tenía que hacer una cosa: no cometer los mismos errores que sus profesores y que de tan mal humor la ponían. Es decir, no tenía ni que leer textualmente lo que ponía en un libro cualquiera y muy probablemente obsoleto, ni tampoco hacer exactamente lo que hacía el resto; contar lo que otros habían hecho. Ella era una inspectora con mucha experiencia y muchos casos a sus espaldas, así que solo tenía que asegurarse de una cosa: ser ella misma y transmitir todo lo que había aprendido durante sus años como policía.

Y así fue como tan solo cuatro meses después de estar impartiendo clases de métodos de investigación criminal y técnicas de análisis, se convirtió en una las profesoras estrella del Grado.

Nadie se pierde sus clases, siempre están llenas. Y nadie se opone nunca a las actividades de campo que propone, porque saben que, además de aprender mucho con ellas, siempre son estimulantes, especiales.

—Bien, ya estamos a punto de terminar el curso, y es por ello que quisiera proponeros una actividad especial. En esta ocasión no es obligatoria, pero en caso de que sí decidáis hacerla, os hará media con la calificación final. Es muy fácil. Tenéis que hacer grupos de tres o cuatro personas como máximo y preparar un informe técnico de análisis de datos y reconstrucción lógica de los hechos en base a las evidencias encontradas —Cuando termina de hablar y antes de dar pie a la ronda de preguntas, Raquel se acerca hasta la mesa y coge seis carpetas azules—. Aquí tenéis seis ejemplos de expedientes reales, en cuyo interior encontraréis las pruebas y evidencias que se encontraron en el escenario del crimen de cada uno de ellos. También veréis que se adjuntan diversas fichas policiales que describen brevemente quién era la víctima, su círculo cercano y quiénes fueron los principales sospechosos de cada caso. Ni que decir tiene que toda esta información es absolutamente confidencial y que como estudiantes de tercer curso del Grado de Criminología, tenéis el deber de guardar el mismo secreto profesional que guardaríais si ya tuvieseis la titulación, no obstante, se han cambiado los nombres por si acaso, así que no tratéis de buscarlos por internet porque no encontraréis nada. Además, estaréis de acuerdo conmigo en que no se trata de ganar, sino de aprender. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Desde la tarima sobre la que Raquel da las clases puede ver perfectamente cómo reacciona y cómo se comporta el alumnado. Nunca antes se lo había planteado, y sin embargo está empezando a

disfrutar mucho con su nueva profesión. Natalia, una de las chicas con mejores notas de la clase, es la primera en levantar la mano.

—Adelante, Natalia.

—¿Se puede hacer en solitario?

Tras la pregunta de la delgada y pálida joven, se escucha un leve murmullo generalizado. No es algo que llame mucho la atención, pero Raquel hace tiempo que ha podido apreciar que casi todos tienen una especial predisposición para reírse y comentar cualquier cosa que diga o haga Natalia. Es como ese blanco fácil en el que nunca se falla.

—No, Natalia, de hecho uno de los principales objetivos de esta actividad es aprender a trabajar en equipo. La colaboración es crucial en nuestro trabajo. Os puedo asegurar que aunque haya muchas veces en las que penséis que podéis resolverlo todo vosotros solos, ni el mejor de nosotros puede compararse con lo que es capaz de llegar a hacer un buen equipo. Además, la confrontación de visiones distintas ante un mismo evento, hace que os hagáis nuevas preguntas y que vuestro punto de vista se enriquezca. Así que, como decía, esta actividad precisa colaboración mutua, no puede hacerse en solitario.

Natalia asiente mientras se encoge un poco en la silla y se esconde un poco tras sus grandes gafas de pasta.

—Yo también tengo una pregunta, inspectora —dice Pablo elevando la voz. Raquel mira al joven de pelo oscuro y ojos vedes y sonríe internamente. *Ya tardabas en preguntar*, se dice mientras mira a uno de los alumnos más populares de la clase. Le hace gracia que, a pesar de que dejó claro desde el primer día que ella ya no era inspectora, Pablo siempre se ha empeñado desde el primer día en llamarla con ese apelativo. Es uno de esos chicos que, por ser guapo y tener gracia, se cree con el derecho de hacer y decir lo que le dé la gana.

—Adelante, Pablo.

—Esos seis expedientes de los que hablas, ¿son casos resueltos o sin resolver?

—Eso es lo de menos, lo importante es qué haríais vosotros en una situación como la que se os plantea, cómo procederíais y a qué conclusiones llegaríais, quiero saber cómo pensáis, cómo aplicáis la lógica y la razón en base a unas evidencias, a veces, errar el tiro no significa que se ha disparado mal, no sé si me habéis entendido. No importa que lo resolváis con éxito, de momento me basta con apliquéis bien vuestros conocimientos. De todos modos, cuando finalice el plazo de entrega, que por cierto es de dos semanas, os contaré cómo acabó cada uno de los casos. ¿Alguna pregunta más? —añade Raquel tratando de no mirar a Pablo para no darle pie a que siga preguntando, como es costumbre en él. Y Pablo no hace más preguntas, pero no por falta de ganas, sino porque a su lado, su amigo

Dani le está enseñando un video en el teléfono móvil que hace que la expresión que se dibuja en el rostro del joven de ojos verdes cambie por completo. Al otro lado de Pablo, Neus, que siempre suele estar con los dos chicos y que también está viendo el vídeo, se lleva ambas manos a la boca y suelta un pequeño grito.

Raquel va a decirles que guarden los teléfonos móviles porque la clase no se termina hasta que ella dice que se termina, y saben de sobra que ella no aprueba su uso durante la clase, pero antes de llamarles la atención a los tres jóvenes, ve que en muchos otros núcleos de la clase se está empezando a producir exactamente la misma situación. Al parecer ha empezado a circular uno de esos vídeos que en cuestión de minutos se hace viral, un vídeo con un contenido lo suficientemente impactante como para llamar la atención de unos jóvenes que están acostumbrados a ver de todo.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante como para que todo el mundo haya decidido ponerse a ver un vídeo en mitad de la clase? —Raquel Silva eleva la voz a la espera de que alguien se digne a responder. Y nuevamente es Pablo el primero en hacerlo.

—Tiene que ver esto, inspectora. Es muy fuerte. Según dicen acaba de pasar hace un rato, aquí en Valencia —dice Pablo invitando a Raquel a que se acerque hasta donde está sentado para ver el vídeo.

Y Raquel, que no puede evitar sentir cierta curiosidad por saber de qué se trata, se acerca hasta donde está Pablo sin decir nada y, en cuanto el joven le tiende el móvil, le da al *play* y lo ve.

El vídeo apenas dura uno diez o doce segundos, y sí, es tremendamente impactante.

CAPÍTULO 2

Baño de sangre

Nuria Folgado no para de gritar.

Es normal, despertarse y ver que todo tu cuerpo y la cama donde has estado durmiendo están cubiertos de sangre no debe ser muy agradable.

Pero lo peor de todo, sin duda, es que su marido y su hija no están por ninguna parte. Los ha llamado una infinidad de veces, pero ha sido inútil, no están. Ha perdido la cuenta de las veces que se ha resbalado y se ha caído al suelo. Ahora ya no es solo su cama y su habitación, ahora todos y cada uno de los lugares por los que ella ha pasado están manchados de sangre.

Durante unos dos o tres minutos se desespera por completo. La ansiedad que siente es tan grande que apenas puede pensar en nada. Tan solo corre arriba y abajo y sigue llamando a su marido y a su hija de siete años. No tiene ni idea de dónde pueden estar, pero intuye que, viendo la cantidad de sangre que hay a su alrededor, es posible que algo malo les haya pasado. Lo último que recuerda es que acostó a su hija como tantas otras noches y después se fue a la cama con su marido. No entiende nada.

Cuando consigue centrarse un poco, localiza su teléfono y pulsa el número de su marido, pero lo tiene apagado, cuando él nunca lo apaga, es lo que tiene ser médico de cuidados intensivos. Y ese es el hecho que le confirma que algo malo les ha pasado.

En cuanto sus manos dejan un poco de temblar, llama a la policía. No tardan ni diez minutos en llegar.

CAPÍTULO 3

Una llamada inesperada

—El que está tratando de tranquilizar a la mujer es Héctor Burbano, uno de los mejores inspectores de Valencia —dice Pablo cuando Raquel se pega a él para ver el sangriento vídeo. En él puede verse a una mujer desnuda de entre cuarenta y cuarenta y cinco años completamente cubierta de sangre. Desde el pelo hasta los pies. Está fuera de sí, gritando algo inaudible mientras un hombre con más pinta de científico que de policía trata de contenerla. El problema es que el cuerpo de la mujer está tan resbaladizo que le es imposible sujetarla debidamente y no para de zafarse y de caerse al suelo una y otra vez. La escena la completan dos policías más que se mantienen al margen y, de fondo, la imagen de una cama de matrimonio en cuyo centro hay un gran charco de sangre.

Raquel no puede evitar sentir cómo algo se remueve en su interior. La sangre siempre impresiona, pero a ella, que le hace recordar el día que fue designada para el caso de José Manuel Ibar, en el que ella y su hija estuvieron muy cerca de perder la vida, más que impresionarla, la deja momentáneamente aturdida. Cómo una sacudida al avispero donde guarda sus peores miedos y pesadillas.

—¿Y quién se supone que ha grabado este vídeo? ¿Sabéis que la persona que lo ha grabado y difundido ha cometido un delito muy grave, verdad? —pregunta Raquel con enfado.

Pablo alza ambas manos y se encoge de hombros.

—Se lo han pasado a Dani, a mí no me mires —responde Pablo desviando la atención de Raquel hacia su amigo.

—¿Y bien? —pregunta Raquel mirando a Dani.

—¿Y a mí qué me cuentas? Viene rebotado de varios de grupos de *whatsapp*, según dicen lo ha grabado alguien que está en prácticas en la científica o algo así. Vete tú a saber, hoy en día todo el mundo graba todo.

A Raquel le asombra la frialdad con la que habla el joven. Algo que para ella es de vital importancia, que es quién ha grabado y difundido esas imágenes, para ellos es lo de menos. Solo les importa el contenido. Si bien es cierto que ella está bastante sensibilizada con las personas que se dedican a grabar a los demás sin su consentimiento, y razones le sobran para ello.

—¿Y de cuándo es esto? ¿Qué ha pasado? —pregunta Raquel con exigencia y sin ser consciente de que está haciendo justo lo que se dijo que no haría, interesarse por un caso.

—De esta mañana, según dicen el marido y la hija de esa mujer han desaparecido, todo apunta a que los ha matado ella, y de qué manera. A saber qué ha hecho con los cuerpos, pero a juzgar por las imágenes, nada bueno —dice Dani con seguridad.

Pero según esas imágenes, a Raquel no le queda tan claro que las cosas hayan sucedido tal y como ha dicho Dani. El sufrimiento en la expresión corporal, en los gritos y en la mirada de la mujer que sale en el vídeo, no son propias de una asesina, aunque nunca se sabe.

—Bien, ya es suficiente. Ya tendréis tiempo de ver vuestros móviles más tarde —dice Raquel elevando la voz por encima del murmullo grupal y volviendo a su tarima—. Por si a alguien le interesa, os recuerdo la actividad que os comenté antes, os quedan cinco minutos para organizaros en pequeños grupos y escoger uno de los seis modelos de expedientes que tenéis encima de la mesa. Cuando lo hagáis, os anotáis en estas hojas de aquí para que pueda ver quién va a participar —dice Raquel alzando un par de hojas grapadas.

Y tras un par de minutos en los que todavía reinan los comentarios relacionados con el video, los alumnos empiezan a formar pequeños grupos y poco a poco se van congregando alrededor de la mesa de Raquel, escogiendo uno de los expedientes y anotándose tal y como ella les ha indicado. Como suele ser habitual con sus actividades, todo el mundo participa, todos menos una persona. Raquel puede ver cómo Natalia, la brillante chica que quería hacer sola el trabajo, se dispone a salir del aula, y como siempre, sola. Y entonces Raquel, que desde hace meses simpatiza prácticamente con todas las mujeres del planeta porque se dice que esta chica o esta otra podría ser su hija de aquí unos años, le da el alto.

—Natalia, espera, ¿puedes venir un momento? Quiero hablar contigo.

Natalia se da la vuelta y, tras mirar a un lado y a otro con timidez para ver si alguien la observa, se sube un poco sus caídas gafas de pasta y se acerca despacio hasta la tarima.

—Estabas interesada en hacer la actividad, ¿no te apuntas con nadie?

Natalia mueve el cuello hacia un lado y otro sin articular palabra. La espigada chica puede sentir cómo las miradas de algunos de sus compañeros y compañeras se empiezan a posar sobre ella, algo que detesta.

Raquel alza un poco la cabeza y mira a las personas que hay a su alrededor, y cómo no, a menos de dos metros de ella se encuentran Pablo, Dani y Neus.

—Pablo, ¿cuántos sois en vuestro grupo?

El chico de ojos verdes resopla antes de responder.

—Tres.

—Pues a partir de ahora seréis cuatro, voy a apuntar a Natalia con vosotros.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque lo digo yo, y punto. Y porque no estamos en el colegio, joder. Os vendrá bien el punto de vista de la persona con mejores notas de la clase, y no se hable más.

Natalia, que ha bajado la cabeza, siente tal vergüenza que no se atreve a decir nada.

—Está bien, como tú digas, inspectora. Seremos cuatro, a ver qué tal se porta —dice Pablo dirigiendo su mirada a Natalia—. Vamos a ir a la cafetería a ver cómo nos organizamos, ¿quieres venir? —pregunta Pablo interpelando directamente a Natalia, que se queda nuevamente callada sin saber qué decir.

—Por supuesto que quiere ir. Haced un buen trabajo, espero mucho de vosotros —añade Raquel comportándose de un modo que nunca pensó que se comportaría, como una madre que hace y decide por sus hijos, y todo ello con el añadido de que esos chicos y chicas no son sus hijos.

—Pues vamos, tenemos clase dentro de una hora y no hay tiempo que perder —dice Pablo mirando a Natalia y haciéndole un gesto para que lo acompañe, que armándose de valor, sigue al chico de ojos verdes y a sus dos amigos, Dani y Neus.

En cuanto el aula se queda vacía, Raquel recibe una llamada que no espera. Es Julio Zanón, el comisario central de Valencia y también la persona que le consiguió el puesto de profesora universitaria.

CAPÍTULO 4

Ni una palabra más

—Lo siento, Julio, pero es imposible. Ya le dije cuando vine que en ningún caso tenía intención de participar en una investigación en curso. Si hubiera querido seguir trabajando como inspectora me hubiese quedado en Madrid —Raquel no quiere ni oír hablar de nada que tenga que ver con el trabajo como policía. Incluso nota cómo le violenta tener que negarse a algo que ya dijo que no haría.

—Ya sé no quiere seguir trabajando como inspectora, y lo que le estoy pidiendo no tiene nada que ver con eso, es otra cosa muy diferente.

—¿En qué es diferente?

—En que solo tiene que ir a ver la escena del crimen y decirnos qué opina. No le pido ni que investigue ni que se involucre de otro modo. Tómeselo como un informe pericial. Usted es experta en la reconstrucción de la escena de un crimen y este en concreto tiene a todo el mundo desconcertado. Necesitamos un análisis rápido y lo más certero posible, y no estoy seguro de que el equipo que se ha hecho cargo destaque precisamente por eso.

—¿Ah, no? Según tengo entendido, está al mando el mejor inspector de la ciudad —Sin pretenderlo, las palabras de Raquel adquieren un tono de sorna del cual se avergüenza al instante.

Julio Zanón tarda un par de segundos en responder.

—Para no estar interesada, veo que está muy bien informada, inspectora Silva. Efectivamente, el inspector Héctor Burbano es uno de nuestros mejores hombres, pero su especialidad es más bien los perfiles psicológicos, algo en lo que es sorprendentemente bueno.

Lo que faltaba, un profiler. Piensa Raquel haciendo esfuerzos para no mostrar su antipatía hacia esa especialidad de los inspectores de homicidios.

De fondo, se abre la puerta del aula y aparecen Pablo y Dani, quien lleva bajo el brazo la carpeta del expediente que han escogido para el trabajo. Se acercan poco a poco hasta la mesa de Raquel y cuando están a unos dos metros de distancia, ella les hace una señal con la mano para que esperen hasta que termine de hablar por teléfono.

—Joder, tío, no sabes lo que me pone esta tía. Le daba por todos lados —murmura Pablo entre dientes. Dani lo mira con cierto hastío.

—Estás enfermo, coño. Podrías follarte a cualquier tía de la clase y te obsesionas con la profesora. No sé qué le ves. Yo la veo muy del montón.

—¿Del montón? Esa mujer que tienes ahí está unos cuantos peldaños por encima de cualquier cría de nuestra clase. A esa mujer que tienes ahí la drogaron, la violaron y encima la grabaron, ¿y tú ves que tenga algún tipo de trauma o algo parecido? No, lo que he hizo fue dar con los responsables y hacerles pagar por ello. ¿Cómo no quieres que me ponga algo así?

El rostro de Dani dibuja una expresión amarga al escuchar las palabras de su amigo. En su cabeza no deja de repetirse que con la de chicas atractivas con las que se cruzan a diario y que siempre se fijan en Pablo, él tiene que fijarse precisamente en las más inaccesibles. Como si hubiese algo en él que lo empuja siempre a nadar contracorriente.

—No me creo nada de esa historia.

—¿El qué no te crees?

—Lo de que la violaron y la grabaron. Eso es una leyenda urbana.

—No, no lo es. De hecho conozco a una persona que ha visto el vídeo.

Dani rompe a reír con ganas. El rictus de Pablo se endurece.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—¿Cómo te has podido creer algo así?

—Porque es verdad.

—Sí, lo que tú digas, Pablo. Te lo crees todo, joder.

Pablo, que no está acostumbrado a que se rían de él, mira a Dani con seriedad.

—¿Qué me das si consigo el vídeo? —dice Pablo retando a su amigo.

—¿Me hablas en serio?

—Por supuesto. Venga, si estás tan seguro de que es mentira, juégate algo, ¿qué tienes que perder?

Dani cabecea a izquierda y a derecha mientras sonríe. Después asiente con suficiencia.

—Está bien, si consigues el vídeo en un par de semanas, te pago la comida de aquí a que termine el curso, si no lo consigues, me la pagas tú a mí, ¿te parece bien?

Pablo tiende su mano derecha con firmeza.

—Trato hecho.

—Pues no se hable más.

—Te vas a arrepentir, chaval, ve preparando la cartera. No sé si lo sabes, pero la persona que la violó está aquí, encerrado en la cárcel de Picassent, se llama Rubén, de hecho cuentan que Raquel se trasladó a Valencia porque sigue obsesionada con el caso y quiere tenerlo controlado. También dicen que el video rula por la cárcel y ya lo han visto un montón de presos, así que, lo dicho, ve preparando la cartera.

Antes de que Dani pueda decir algo más, los dos jóvenes guardan

silencio al escuchar cómo Raquel eleva un poco el tono de voz y se despide de la persona con la que está hablando por teléfono.

—Como quiera, Julio, lo pensaré, pero le adelanto que dudo mucho que algo me haga cambiar de opinión. Que pase una buena tarde.

Cuando Raquel cuelga el teléfono los dos jóvenes que tiene frente a ella pueden ver que la conversación que acaba de mantener ha hecho que se acalore.

—¿Qué queríais, chicos?

Dani deja la carpeta azul de su expediente sobre la mesa de Raquel.

—Queríamos cambiar el expediente que hemos escogido para la actividad de grupo —dice Dani.

—¿Por?

—Es un caso muy trillado, lo hemos escogido deprisa y corriendo y no nos hemos dado cuenta. Queríamos algo más estimulante —añade Pablo con soltura.

—Está bien, por mí no hay problema. Tenéis dos minutos para escoger otro, me tengo que marchar ya.

—Claro, enseguida terminamos —dice Dani.

Los dos chicos se acercan a la mesa y, tras intercambiar impresiones brevemente, se deciden por un caso de asesinato múltiple en una casa de campo.

—Ya está, lo tenemos —dice Pablo.

—Perfecto, chicos, que hagáis un buen trabajo. Nos vemos en la próxima clase —Raquel se lleva el bolso al hombro y con su expresión corporal invita a los dos chicos a salir del aula, haciendo especial énfasis en Pablo, que parece haberse quedado embobado mirándola.

—¿Puedo preguntarle algo, inspectora?

Raquel entorna los ojos.

—¿Qué?

—¿La persona con la que hablaba era Julio Zanón invitándola a que participe en el caso de la mujer que hemos visto en el vídeo?

Raquel se sorprende ante la agudeza del joven y le es imposible esconder su expresión de asombro.

—No creo que eso sea de tu interés, Pablo. Y ahora si no os importa, tengo que cerrar el aula.

—Dicen que la vida de una niña podría estar en juego, inspectora, y créame, si el mismísimo Julio Zanón le ha pedido ayuda es porque están realmente jodidos. Es el tío más orgulloso del cuerpo de policía. Además, podría aprovechar el caso para darnos una lección magistral de análisis del escenario de un crimen. Si quiere podríamos ayudarla, ya sabe, en plan becarios, chicos para todo.

Tanto Pablo como Dani observan cómo el rostro de Raquel Silva se vuelve completamente rojo.

—Me parece que ya es suficiente, Pablo. Creo que te estás

extralimitando mucho. Espero no volver a hablar más de este tema, lo que yo haga o decida hacer con mi vida es cosa mía.

Y siendo conscientes de la tensión que se respira en el ambiente, los dos alumnos y su profesora salen del aula sin decir ni una palabra más.

CAPÍTULO 5

Eso está hecho

El camino desde la facultad de Derecho, que es donde se imparten las clases de Criminología y que se encuentra en la Avenida de los Naranjos, hasta el colegio de Nuestra Señora del Pilar, que es donde Carlota cursa el segundo curso de Educación Infantil, no supone más de cinco minutos en coche, pero ese tiempo es más que suficiente para que en el interior de Raquel se haya empezado a cocinar una tormenta interior de grandes proporciones.

Casi como un reflejo automático, han vuelto a ella las náuseas y los calambres estomacales, algo que creía olvidado desde el último caso en el que participó. Su cuerpo, pero sobre todo, su cabeza, no ha dejado de darle vueltas a las palabras y a la invitación de Julio Zanón y, por qué no decirlo, también a las de su alumno, Pablo.

Siente una ansiedad interna muy parecida a la que sienten los adictos al alcohol que han logrado superar el síndrome de abstinencia, pero que están a punto de recaer. Le sudan las manos, los pies, las axilas. El sabor de boca se le ha vuelto amargo y todo su aparato digestivo se está revelando contra ella. Y todo porque la han estado tentando de forma insistente y ella sabe que, en el fondo, una parte de su interior quiere ayudar a encontrar a esa niña que se encuentra desaparecida de la que le ha hablado Pablo y el comisario principal de Valencia. La madre que hay en ella no puede evitar pensar que esa niña podría ser su hija.

Cuando recoge a Carlota se funde con ella en un abrazo y le dice lo mucho que la quiere, y su hija, que a veces muestra una inteligencia y un conocimiento muy superior a los que se le presuponen a una niña de cuatro años, nota que hay algo raro en su madre. Nota que no es la misma de ayer ni la de los últimos meses. Nota que es la que era antes, su madre «de Madrid», y no su madre «de Valencia». Pero esa sensación, por suerte, parece que se difumina con rapidez.

De camino a casa hacen planes para la tarde y para la noche mientras escuchan *pequeradio*. Primero descansarán un rato y después harán los deberes. Luego irán a jugar al parque preferido de Carlota, al que van las dos amigas que ha hecho en El Perelló; Susana y Elena. Por la noche se bañarán juntas y verán un rato los dibujos preferidos de Carlota; *La Patrulla Canina*. El plan no pinta nada mal.

Pero esa bonita magia que las rodea cuando llegan a casa se rompe con rapidez en cuanto Raquel ve que hay una moto de gran cilindrada

aparcada frente al jardín de su casa. Es una Honda negra CBR1000 *Fireblade*. Está completamente nueva, y es preciosa. A Raquel no solo le apasionan los coches, también las motos. Al dejar Madrid y su cargo como inspectora tuvo que dejar el Mercedes GLA decomisado que tanto le gustaba, algo que le dolió casi tanto como entregar su placa y su pistola. Encima ahora se tiene que «conformar» con un Nissan Qashqai blanco de hace siete años. Bajo su punto de vista, no hay color.

Pero el problema en sí no es la moto, ni haber tenido que cambiar de coche, el problema es que el propietario de esa moto imagina quién es, alguien con quien compartía dicha pasión. La pregunta es, ¿qué hace allí?

Efectivamente, su ex, Eduardo Cámara, no tarda en aparecer por la parte trasera de la casa, que da a un pequeño huerto de naranjos.

—Dichosos los ojos, esto es realmente precioso, pero las dos mujeres que tengo ante mí, lo son todavía más —dice Eduardo en medio de una gran sonrisa mientras abre los brazos y se acerca a madre e hija.

Carlota, que en un principio parece asustada, sonríe al reconocer a Eduardo bajo las gafas de sol estilo aviador con cristales de espejo y ese nuevo corte de pelo, si es que se le puede llamar así al intento de imitación de la imagen de Buce Willis. También lleva una camiseta negra de *Sons of Anarchy* que le sienta extrañamente bien. Ha adelgazado unos cuantos kilos y ha fortalecido sus hombros y su espalda. La pequeña corre hasta los brazos del amigo de su madre, que la coge en volandas y le da un par de vueltas en el aire que hacen que rompa a reír a carcajadas.

—¡Estás preciosa, Carlota! ¡Y qué mayor!

Carlota, que a sus cuatro años cada vez es más coqueta y más sensible a los halagos, se pone un poco roja al escuchar las palabras de Eduardo. Y Raquel, para quien no pasa desapercibida la especial química que, a pesar no haberse visto demasiadas veces, siempre han tenido su ex y su hija, no muestra la menor alegría de verlo allí, aunque tampoco puede evitar que le alegre ver cómo su hija recibe palabras de amor y de cariño, algo que, si no vienen de parte de ella misma, no suelen llegar de ningún sitio.

—¿Se puede saber qué se te ha perdido por aquí? —pregunta Raquel con frialdad. Hasta donde ella sabe, su ex tiene su residencia habitual en Madrid.

Eduardo sonríe antes de responder.

—Veo que no has perdido ni un ápice de tu sentido del humor.

—Ni tú de tu educación. ¿Nunca has oído eso de que hay que llamar antes de presentarse por sorpresa en un sitio?

—Sí, pero entonces ya no sería una sorpresa. Vamos, no me digas

que no te alegras ni un poquito de verme.

Raquel, que escucha cómo su hija vuelve a reír con las palabras y muecas que hace Eduardo al hablar, se dice: *sí, un poco sí me alegro de verte, pero solo porque le caes bien a mi hija y porque me salvaste la vida hace unos meses*.

—Pasa, anda, te invito a una cerveza —dice Raquel bajando un poco la guardia.

En cuanto se acomodan en el salón, y Carlota se entretiene con un puzle mientras permanece atenta a lo que dicen y hacen los dos adultos que hay junto a ella, Raquel vuelve a preguntarle a Eduardo lo mismo que le ha preguntado antes. Y le pide lo mismo que siempre le ha pedido: sinceridad.

—Y ahora, si no es mucho pedir, me gustaría que me dijeras qué haces aquí. Valencia, y más concretamente El Perelló, no te quedan que digamos muy de paso para ir a tu casa —dice Raquel dejando su botellín de cerveza medio vacío.

Eduardo asiente y, tras hacer ademán de encenderse un cigarro, se contiene al ver que en esa estancia hay una niña. Además, tras haber perdido peso y haber fortalecido un poco sus músculos, el siguiente objetivo que tiene en mente es dejar de fumar. Siempre ha oído decir que si se quiere conseguir algo distinto, se han de hacer cosas distintas. Y lo que él quiere conseguir es algo que nunca ha tenido: una segunda oportunidad.

—Pues estoy en esta ciudad más o menos por la misma razón que tú.

—¿Cómo?

—Que estoy aquí por trabajo. Ya han pasado más de dos años desde que me inhabilitaron y Gila me ha ofrecido un puesto como colaborador externo de la policía en compensación a los servicios prestados en el caso que ya conoces.

Raquel arquea las cejas.

—¿Como colaborador externo? ¿Se puede saber qué es eso?

—El detective privado de toda la vida.

—¿Y ahora lo llaman así?

—Habla con Gila.

—Bien, ¿pero eso qué tiene que ver con Valencia?

—Tiene que ver que el trabajo es aquí, en Valencia.

Ahora Raquel no arquea las cejas, ahora bizquea.

—¿Me hablas en serio? ¿Quieres decir que Gila te ha ofrecido un puesto como detective privado de la policía precisamente en la misma ciudad en la que yo estoy? ¿Me tomas por idiota?

Eduardo se encoge de hombros, va a soltar una mentira, pero en el último momento se retiene porque esa parte de él que se ha decidido a cambiar, le dice que no lo estropee antes de empezar, le dice que diga

la verdad, aunque sea parcial.

—No te voy a mentir, me ofreció el puesto, le dije que sí, luego me dijo que había tres vacantes, una en Madrid, una en Barcelona y una aquí, en Valencia.

—¿Y por qué razón elegiste precisamente Valencia?

—Por ti, tú eres la razón. Bueno por ti y por Carlota.

Durante un par de segundos Raquel se queda sin palabras. Está tan acostumbrada a que Eduardo se ande siempre con mentiras y excusas inverosímiles, que lo primero que hace es dudar de que eso sea verdad. Carlota levanta la vista del puzle con muy poco disimulo y sonríe con picardía al escuchar su nombre. Todavía es muy pequeña, pero de algunas cosas ya se da cuenta.

—Explícate. ¿Qué significa eso exactamente?

—Significa lo que significa, siempre me has pedido sinceridad, ¿verdad? Pues aquí la tienes. Me dieron a elegir entre tres ciudades, y en una de ellas estabais tú y tu hija. No tuve que pensarlo demasiado. En Madrid a mí ya no me ata nada. Y aquí están dos de las personas que más quiero. Y antes de que digas algo, no pretendo nada aparte de estar en la misma ciudad que vosotras por si alguna vez necesitáis algo de mí u os apetece ir a tomar algo, pasar el día en el campo, o lo que sea.

Durante un segundo, Raquel se conmueve mínimamente y siente cómo el vello de sus brazos se eriza, pero rápidamente detiene en seco esos sentimientos que ni quiere ni se puede permitir.

—Bien, Eduardo, todo eso es muy bonito, aunque tampoco termino de entender muy bien ese repentino cambio de actitud tuyo. De todas formas, supongo que tienes claro que entre nosotros no hay ni habrá absolutamente nada, ¿verdad?

Eduardo sonríe mientras se acaricia la barba de cuatro días.

—Lo tengo clarísimo, simplemente prefiero vivir en una ciudad con gente a la que quiero y aprecio. Además, seguro que más de un día necesitas que alguien te haga de canguro, me refiero a cuando tengas una cita y esas cosas.

Raquel se termina la cerveza de un trago y trata de saber por dónde va exactamente su ex. Lo de que quiere estar ahí por si lo necesitan no se lo acaba de creer, Eduardo siempre se ha movido por interés, algo quiere, y si no es a ella, entonces no sabe qué puede ser.

—Para tu información, en primer lugar, de momento no me ha hecho falta ningún canguro, y en segundo lugar… no creo que mi vida sentimental sea cosa tuya, Eduardo. Pero en fin, gracias por tu ofrecimiento.

—No hay de qué. Bueno, yo me tengo que marchar ya, el primer caso que me han asignado me va a dar mucho trabajo, no sé si lo has oído, pero esta mañana ha pasado algo bastante gordo en el centro de

la ciudad. Ha desaparecido una niña y su padre. Se cree que puede haber sido la madre de la niña, que ha amanecida completamente cubierta de sangre…

Raquel le da una patada a su ex debido a las revelaciones que acaba de hacer delante de Carlota, el cual responde soltando un pequeño aullido. Ella nunca habla de trabajo delante de su hija, y menos si hay muertes o secuestros de por medio.

—Perdón…

—Menudo canguro ibas a estar tú hecho.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Y qué se supone que vas a hacer tú en ese caso, si se puede saber?

—Ya te lo he dicho, colaborador externo. De momento voy a investigar a la madre. Ella afirma que no ha hecho nada ni tampoco sabe de dónde ha salido toda esa sangre, pero ya sabes, una cosa es lo que se diga y otra lo que ha pasado. Por cierto, no nos vendría mal que alguien con tus conocimientos nos diera su punto de vista de la escena del crimen. Tal vez con un buen punto de partida se evitaría tener que retroceder más adelante por no haber hecho bien las cosas desde el principio.

Raquel va a responder con el piloto automático, pero rápidamente se le pasa por la cabeza que a lo mejor Eduardo está allí porque le han dicho que vaya hasta allí. Está allí porque le han dicho que vaya a hablar con ella para convencerla y cambie de parecer en cuanto a lo de participar en el caso. Y solo el hecho de pensar en esa posibilidad, en que eso pueda ser cierto y su ex la esté tratando de manipular y, por tanto, la haya vuelto a engañar, hace que se enfade.

—¿Se puede saber quién te envía, capullo?

—¿Cómo?

—¿Quién te ha dicho que vengas a hablarme de ese caso? ¿Ha sido Julio Zanón? ¿O ha sido Gila desde Madrid? Y no me mientas, coño.

El rostro de Eduardo se constriñe. Se dice para sí que menos mal que hay una niña delante.

—¿Pero qué estás diciendo? Nadie me ha dicho que venga a decirte nada, ya te he dicho por qué he venido. Quería saludarte a ti y a Carlota y decirte que me he mudado a Valencia por trabajo y porque quería estar cerca de vosotras.

—¿Sí? Pues casualmente eres la segunda persona que en las últimas dos horas me ha insinuado que debería participar en ese caso. ¿Qué quieres que piense?

Eduardo se encoge de hombros y se muestra más serio de lo normal.

—No sé qué quiero que pienses, Raquel, pero estaría bien que de vez en cuando confiases un poquito más en los demás. En fin, me

tengo que marchar. Tengo un montón de trabajo, como ya te puedes imaginar. Carlota, me ha encantado verte, ¿me das un beso de despedida?

Carlota, que no ha perdido detalle de nada de lo que han dicho su madre y Eduardo, se levanta de un brinco y se abraza con fuerza a Eduardo. No le ha gustado cómo le ha hablado su madre, por eso le sonríe efusivamente.

—¿Vendrás a verme más veces?

Eduardo traga saliva con dificultad y después acaricia la nariz de la pequeña con ternura.

—Mejor pregúntale eso a tu madre. Eres genial, preciosa, nunca lo olvides. Diviértete todo lo que puedas.

En cuanto Eduardo sale por la puerta Raquel se deja caer en el sofá y, acariciándose las sienes, se pregunta qué hacer. Se pregunta quién es y qué quiere ella en realidad. Por qué duda. Por qué trata tan mal a Eduardo y por qué le cuesta tanto confiar en él. Por qué tiene tanta facilidad para aferrarse a las cosas malas y tan poca para las buenas. Por qué a veces tiene la sensación de que a medida que va cumpliendo años, en lugar de estar más segura de sí misma, se siente más perdida.

—Te quiero muchísimo, mamá —Carlota la sorprende abrazándose a ella con todas sus fuerzas.

—Y yo a ti, mi vida, nunca he querido a nadie tanto como te quiero a ti, pase lo que pase, que nada ni nadie te hagan dudar nunca de eso, ¿vale?

—Vale, mamá. Pero no estés triste otra vez, por favor.

—Eso está hecho.

CAPÍTULO 6

¿El de él o el de ella?

Le han tenido que dar dos *válium* 10 para poderla tranquilizar. Y no es que ahora esté muy tranquila, pero al menos puede hablar sin gritar.

Nuria Folgado tiembla de arriba abajo y está tan aturdida que ni siquiera es capaz de recordar quién la ha metido en la ducha para quitarle toda la sangre que llevaba encima.

El inspector Héctor Burbano se sienta frente a ella en la sala de interrogatorios número cuatro de la comisaría central de Valencia y le acerca una taza humeante.

Nuria alza un poco la vista y Héctor responde a su gesto.

—Es una tila, bébasela, le sentará bien.

Nuria empuja la taza unos centímetros en señal de rechazo.

—Señora Folgado, necesito hacerle unas preguntas cuanto antes con relación a lo que ha pasado en su casa. Es de máxima prioridad que iniciemos la búsqueda de su hija y de su marido. Si le parece bien empezamos.

Nuria tiene los párpados caídos debido al efecto de los somníferos, pero aun así, el inspector Burbano puede apreciar perfectamente el intenso azul de sus ojos cuando lo mira con abatimiento.

—Pregunte lo que quiera.

—De acuerdo, empecemos. Puede que le haga alguna pregunta que ya se le ha hecho ya, pero es una cuestión de formalismos por el tema de su declaración, nada más.

—Bien.

—Estupendo. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su marido y a su hija?

—Anoche. Acosté a Lidia sobre las once y mi marido y yo nos fuimos a dormir sobre las doce o así.

Héctor, a pesar de estar grabando en video la declaración de Nuria, hace sus propias anotaciones en una libreta. Él es uno de los expertos en perfiles psicológicos con mejor reputación de la ciudad, y considera necesario estudiar la comunicación no verbal de las personas con las que trata.

—¿Y a qué hora se ha levantado esta mañana? ¿Cuándo se ha dado cuenta de que no estaban y de que todo estaba lleno de sangre?

Nuria tiene el contorno de los ojos completamente rojo. Bosteza. Dibuja una mueca parecida al llanto. Aprieta los párpados.

—No recuerdo la hora exacta. Solo que me he despertado sumergida en sangre y que cuando me he dado cuenta de que mi hija

y mi marido no estaban, es cuando les he llamado a ustedes. Mire la hora de registro de esa llamada y haga usted mismo los cálculos.

—Claro, por supuesto, eso haremos. Y dígame, ¿discutió anoche con su marido o en los días previos?

—¿Cómo?

—Que si discutió usted…

—Ya le he oído, ¿acaso insinúa que se la ha llevado mi marido?

—No. Solo era una pregunta.

—Pues haga otro tipo de preguntas, coño, porque la duda ofende —Nuria eleva la voz y parece emerger un poco del letargo químico en el que se encuentra. Y Héctor maneja la situación sin dejarse llevar por los nervios o el orgullo personal, algo que domina a la perfección.

—De acuerdo, señora Folgado, trataré de no ofenderla nuevamente. ¿Sabe o conoce usted a alguien que podría haberse llevado a su hija y a su marido en contra de su voluntad?

—No, coño. No lo sé. Si lo supiese ya se lo habría dicho. Pregunte bien, maldita sea.

—¿Y se ha puesto alguien en contacto con usted pidiendo algún tipo de rescate? —En esos momentos Héctor desconoce por completo la situación económica de Nuria, así que no sabe si eso podría ser un buen *leit motiv* para un secuestro un tanto especial. Si es que su hija y su marido han sido realmente secuestrados.

—Pues claro que no, joder. Si lo hubieran hecho os lo hubiera dicho. ¿Qué coño es eso del rescate? ¿Acaso se cree que soy rica?

Héctor la mira fijamente a través del grueso cristal de sus gafas y durante un par de segundos se pregunta qué tipo de problema tiene exactamente la mujer que tiene delante. La siguiente pregunta que le iba a hacer era si tenía alguna idea de a quién podría pertenecer la sangre con la que estaba cubierto todo su cuerpo, pero ya imagina cuál va a ser la respuesta que va a obtener, así que decide cambiar de estrategia y dejar esa pregunta para un poco más adelante.

—¿Tiene usted algún lugar en el que poderse quedar durante el transcurso de la investigación?

Nuria abre un poco los párpados y Héctor no tarda en adivinar una expresión de pena bajo ese manto de rabia y miedo.

—¿Por?

—Porque en su casa ahora no se puede quedar, señora. La policía científica todavía tiene mucho trabajo y hasta que el fiscal asignado al caso no lo autorice no podemos permitir la entrada de ninguna persona ajena a la investigación, y eso la incluye a usted. Lo siento mucho. Si no tiene ningún lugar en el que quedarse podemos recomendarle un piso…

—Sí, sí tengo un lugar. Supongo que no tendré problemas en quedarme en casa de mi amiga Silvia.

—Estupendo. ¿Podría decirme en qué trabaja?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Soy enfermera, y trabajo en el Hospital Clínico de Valencia, en el servicio de Urgencias.

—Perfecto. ¿Y su marido? ¿A qué se dedica?

—Javier es médico en la Unidad de Cuidados Intensivos, y también trabaja en el Clínico. ¿Por qué lo pregunta?

Héctor mueve el cuello a izquierda y a derecha mientras anota algo en su libreta.

—Ya se lo dije al principio, es una cuestión de formalismos relacionada con su declaración. Y también porque necesitamos saber cómo era su vida y cuál era su entorno para empezar a buscar a su marido y a su hija.

Nuria deja caer los párpados con pesadez y asiente. Héctor se fija en que los tiene llenos de pequeñas venas, probablemente fruto de dormir poco y mal.

—¿Y cómo es su situación económica?

—¿Ya está otra vez con eso?

—¿Con qué?

—Con lo del dinero, con lo del rescate. Ya le he dicho que no somos ricos, aunque nuestra situación económica tampoco es mala. Vivimos bien, holgados, pero sin grandes lujos.

Héctor asiente mientras dirige su mente hacia el nuevo enfoque de la entrevista. Hasta el momento se ha comportado de forma pasiva, pero ahora lo hará de forma activa. Él es muy bueno estudiando la psicología de las personas, pero no demasiado tratándolas.

—¿Tiene usted alguna idea de por qué alguien querría cubrirla de sangre?

Nuria frunce el ceño. Se horroriza.

—¿Qué? ¿Pero qué está diciendo? ¿Por qué iba a saber yo eso?

—No lo sé. ¿Lo sabe?

—No, por dios, por supuesto que no. Ni tampoco tengo ni idea de lo que puede significar, ese es su trabajo, ¿no? Averiguar por qué la gente hace este tipo de cosas.

Y Héctor piensa: Por qué lo hacen, y a quién. Pero no dice nada, solo hace una pausa y se da un segundo de tiempo, y después es cuando hace la pregunta para la que lleva preparando el terreno desde el principio. La pregunta clave. La más incómoda de todas.

—Señora Folgado, escúcheme con atención y responda con absoluta sinceridad, ¿ha matado usted a su marido y a su hija?

Y Nuria, tras experimentar cómo sus párpados se retraen hacia atrás y su corazón parece a punto de partirse por la mitad, empieza a gritar con todas sus fuerzas mientras no deja de repetir a voz en cuello: hijo

de puta, hijo de puta, hijo de puta.

Dos policías entran en la sala de interrogatorios para contener a Nuria Folgado, que está a punto de saltar sobre el inspector Burbano, el cual muestra una frialdad fuera de lo normal.

Cuando Héctor sale de la sala de interrogatorios, el comisario jefe Julio Zanón le sale al paso. Está pálido como una estatua de cera.

—Inspector Burbano, ha ocurrido algo.

—¿El qué?

—Tenemos un cuerpo, pero ese no es el problema; alguien se ha tomado la molestia de sacarle hasta la última gota de sangre.

Y entonces Héctor hace algo que muy pocas veces hace, se quita las gafas y empieza a limpiar con esmero el grueso cristal. En realidad está ganando algo de tiempo porque acaba de sentir de nuevo algo que hacía mucho tiempo que no sentía, ese horrible y punzante dolor en la base de su cerebro, ese que hace que se le corte hasta el habla. Luego hace la pregunta.

—¿El cuerpo es el de él o el de ella? ¿El del marido o el de la niña?

INTERLUDIO 2

No las escogía yo

La doctora Berta Pascual tenía serias dudas en cuanto a que Rodrigo Soler acudiera a su consulta después de lo que le confesó. Muchos de los pacientes que le hacen una revelación de ese calibre, por un motivo u otro ya no vuelven, pero en este caso no ha sido así, porque Rodrigo sí ha vuelto.

Y ahora es Berta la que se pregunta si no debería haber sido ella la que debería haberle cancelado la cita o, quién sabe, si no debería haber llamado a la policía. Porque la persona que tiene delante ha confesado haber cometido algo muy grave. Además, por razones personales, la persona que tiene delante le produce un miedo casi incontrolable porque le recuerda a algo abominable. Pero también es cierto que hay una parte de ella que, una vez abierta esa puerta, siente la necesidad de asomarse y de mirar bien adentro. Quién sabe si…

Cuando Rodrigo se sienta en el diván tarda unos cuantos segundos en poder mirarla a la cara. La vergüenza y el miedo se mezclan en una expresión muy poco común que raya lo grotesco.

—¿Qué tal ha ido la semana, Rodrigo?

—Bien, ha ido bien.

—¿Y con tu mujer?

La aparente calma en la que se encuentra Rodrigo estalla en mil pedazos cuando escucha el nombre de su mujer.

—¿Qué ocurre con mi mujer?

—Tranquilo, Rodrigo, no ocurre nada. Son solo preguntas, ¿de acuerdo? Como siempre. Solo preguntas. Aquí solo hablamos, hacemos terapia, nada más. ¿Vale? No perdamos de vista la razón por la que estás aquí y cuál es nuestro objetivo final.

Rodrigo asiente y cierra los ojos tratando de controlar la respiración. El ruido que hace al exhalar el aire se asemeja al que hace alguien hinchando un globo.

—En cuanto a lo de tu mujer, simplemente quería saber si durante esta semana habéis estado a gusto, si habéis hablado de vuestras cosas, si habéis intentando mantener relaciones sexuales.

Rodrigo niega enérgicamente sin decir nada. Y Berta, que en el poco tiempo que llevan desde que ha empezado la sesión ya ha tenido suficiente para saber que es inútil seguir eludiendo hablar del tema del que hablaron la última vez que se vieron, se dice que no tiene sentido dar más rodeos, así que lo afronta de lleno, a pesar del miedo que ella misma siente. Y he aquí una de sus grandes virtudes como profesional: permanecer completamente

aséptica ante cualquier tipo de confesión que sus pacientes le hagan.

—¿Te parece si hablamos del tema que hablamos la última vez? Creo que coincidirás conmigo en que tal vez ese asunto se encuentre muy próximo a la verdadera causa de tus problemas sexuales, ¿no crees?

Rodrigo golpea constantemente el bonito parquet con su pie derecho.

—Sí —responde sin abrir los ojos.

—Bien. La última vez me dijiste que en el pasado le hiciste daño a una mujer, bueno, mejor dicho, a varias mujeres.

Rodrigo asiente con el rostro empapado en sudor. Continúa con los ojos cerrados. Ha puesto una mano sobre cada una de sus rodillas, tratando de buscar una postura cómoda y relajante.

—¿Podrías decirme aproximadamente hace cuánto tiempo pasó eso? —A pesar de la aparente calma que muestra la doctora Pascual, está completamente aterrada y su corazón late desbocado a la espera de la respuesta. La lejanía de los delitos confesados importa y mucho.

—Unos veinte años o así.

Berta respira aliviada al escuchar esa respuesta. Veinte años desde la última agresión es una buena cifra. La legislación española dice que, a los veinte años, prácticamente el noventa y nueve por cien de los delitos han prescrito. Así que tampoco tiene que preocuparse por si tuviese que dar parte a la policía o no. El problema ahora es otro, esos veinte años se acercan mucho a una fecha que no le apetece recordar.

—Perfecto, Rodrigo, eso está muy bien. Que hayan pasado ya veinte años podría significar que tal vez conseguiste superar aquello que te llevó a cometer esos actos. ¿Sabrías decirme por qué lo hacías? ¿Por qué agrediste a esas mujeres?

—La primera vez fue un accidente. Estaba con una chica y la golpeé sin querer. Me estaba insultando y me puse muy nervioso. Pero al ver cómo la sangre empezaba a rodar por su cara, sin previo aviso y sin saber por qué, tuve una erección como nunca antes había tenido —Rodrigo, cuyas glándulas sudoríparas parecen haberse tomado una pausa, mira hacia el infinito recreándose en el pasado, en el momento en el que todo cambió para él—. Después de eso fue cuando… podría decirse que me fui volviendo un poco adicto a esa sensación. Para mí siempre fue muy frustrante no conseguir una erección para poder mantener relaciones sexuales normales.

—¿Quieres decir que esa fue la primera vez que tuviste una erección?

Rodrigo se llena de vergüenza al escuchar la pregunta de la doctora. Le recuerdan al origen de todo. Le recuerdan a sus miedos y frustraciones más profundos.

—Sí. Podría decirse que sí, que esa fue la primera vez.

Berta asiente mientras anota en su libreta algo así como: posible caso de impotencia sexual grave de origen psicológico en la primera infancia.

—Olvidémonos por un momento de la erección. ¿Qué me dices del

deseo? ¿Lo tenías?

—¿A qué deseo se refiere?

—Al deseo sexual. Me refiero a si sentías atracción física por otras personas a pesar de no poder conseguir una erección.

Rodrigo frunce el ceño y su expresión se violenta de un modo que la doctora no conoce.

—¿Qué ha querido decir exactamente con lo de otras personas?

—No he querido decir nada en particular, solo si te sentías atraído por otras personas.

—Querrá decir por otras mujeres, ¿no?

Y entonces Berta comprende ese cambio de actitud: Rodrigo ha pensado que quizá ella estaba insinuando que tal vez el problema podría ser que en realidad le gustaban los hombres. Y eso le ha molestado. Porque ante todo es alguien muy orgulloso.

—Sí, por supuesto, Rodrigo, por personas me estaba refiriendo a mujeres.

—Por supuesto que sí, como cualquier otra persona.

—De acuerdo, ¿y podrías recordar cómo fue la primera vez que estuviste en la intimidad con una mujer?

Rodrigo niega con la cabeza y elude responder. Claro que lo recuerda, pero se dice que no es ese el tema. Se dice que el tema es otro y que de eso no quiere hablar. Algo que la doctora parece percibir con rapidez.

—Está bien, Rodrigo, lo estás haciendo fenomenal. Según me dijiste, el daño que les hiciste a esas mujeres fue hace más de veinte años, y después de aquello conociste a tu mujer y tuviste dos hijas, ¿qué te llevó a dejar de hacer ese tipo de actos?

Los ojos de Rodrigo se empañan. Odia hablar de todo eso, pero en el fondo está allí para eso, para eso y para otra cosa. Así que se dice que tiene que hacer un esfuerzo.

—Dejé de hacer eso porque no estaba bien, y también porque… la policía estuvo a punto de atraparme y me entró miedo. Decidí parar hasta que las cosas se calmasen un poco y… hasta hoy.

Esa no es la respuesta que a la doctora Pascual le hubiese gustado escuchar. Lo que Rodrigo le está dando a entender es que lleva nada más y nada menos que veinte años reprimiendo sus instintos, es decir, lo que se dice curado, no está. Pero de momento prefiere no tratar esa cuestión de forma directa y escoge tantear otras parcelas de su vida.

—Háblame de tu mujer, ¿cómo os conocisteis?

—En una parada de autobús.

—Vaya, eso es muy cinematográfico.

—Sí, es posible, pero déjese de rodeos, doctora, lo que en realidad quiere saber es si alguna vez tuvimos una vida sexual normal y corriente y cómo conseguí dejarla embarazada hasta en dos ocasiones, ¿no es así?

La doctora Pascual asiente tras coger una molesta bocanada de aire.

—No es exactamente como dices, Rodrigo, y las cosas no suelen ser tan sencillas, pero ya que has sacado el tema, ¿cómo era la vida sexual con tu mujer cuando os conocisteis?

Rodrigo asiente nervioso. Se ha decidido a contarlo todo y cada vez se muestra más abierto y con menos miedo. Desde su última sesión ha descubierto que sincerarse por fin con alguien, hace que se sienta mejor.

—Yo venía de hacer actos completamente aborrecibles, pero también es cierto que mi vida sexual nunca había sido más plena como lo era en ese momento. Como le he dicho, sentía algo parecido a una adicción, así que cuando empecé con Andrea no tuve muchos problemas en la cama las primeras veces, pero simplemente era porque mi mente todavía pensaba en que volvería otra vez a lo de antes. A las agresiones. El problema es que con el paso del tiempo el recuerdo de esos actos se fue difuminando y con él, mi capacidad para mantener relaciones sexuales.

—¿Quieres decir que las veces que mantuviste sexo con tu mujer fue porque lo hacías pensando en lo que le habías hecho a esas chicas?

—Así es, doctora, y antes de que también lo pregunte, eso incluye las dos veces que la dejé embarazada. Nunca he conseguido una erección si no es haciendo eso o recordando eso. Y esa es toda la verdad que le puedo ofrecer, Berta.

La doctora Pascual se sobrecoge al escuchar la naturalidad con la que Rodrigo la ha llamado por su nombre, algo que no había hecho nunca hasta ese momento. Pero lo que sin duda le aterra más, es que está frente a lo que ella llama un «caso perdido». Un depredador durmiente que en cualquier momento podría volver a despertar.

—Una pregunta más, Rodrigo, y habremos terminado por hoy.

—Usted dirá.

—Las chicas a las que les hizo eso, ¿cómo las escogía?

Y Rodrigo, que vuelve a cerrar los ojos y a coger aire en profundidad, tarda unos cuantos segundos en responder.

—No las escogía yo.

CAPÍTULO 7

La recaída

—No me puedo creer lo que me estás pidiendo, Rafa, creí escuchar la última vez que hablamos que me decías que me entendías perfectamente y que me dabas todo tu apoyo. De hecho, me llegaste a conmover cuando me dijiste que un colega tuyo podía darme un puesto como profesora universitaria en Valencia.

—Raquel, lo que te dije hace unos meses no ha variado en absoluto. Sigues teniendo todo mi apoyo, y sigo entendiendo tu postura.

—No lo entiendes, Rafa, no es mi postura, es mi vida. Mi vida.

—Ya sé que es tu vida, pero tú también tienes que entender que lo que te estoy pidiendo no tiene por qué interferir en ella. No te estoy pidiendo que vuelvas, solo necesitan un informe de análisis, un poco de ayuda extra para moverse con la mayor rapidez posible. Si antes teníamos un escenario del crimen complejo, ahora tenemos dos. Y quién sabe si la cosa no irá en aumento.

—¿Sabes qué es lo que más me fastidia de todo esto?

—¿Qué?

—Que siempre, siempre, se ha de hacer lo que vosotros digáis. Me llama Julio Zanón y le digo que no. Me enviáis a Eduardo Cámara y lo envío a paseo. Y ahora vienes tú, que estás a más de trescientos kilómetros, con la misma historia. ¿No te das cuenta de que la forma con la que presionáis a las personas cuando queréis obtener algo no es la correcta? ¿No entiendes que la gente toma sus propias decisiones por una razón? ¿No os entra en la cabeza que las personas tienen el derecho a decir «no»?

El tono de voz de Raquel se eleva más de lo aconsejable, de hecho está a punto de llegar al nivel «discusión».

El comisario Rafa Gil, y ex jefe de Raquel, suspira ruidosamente y se toma unos segundos de reflexión antes de responder.

—Está bien, Raquel. Tienes razón, no he debido llamarte. Me pediste una excedencia y yo te la concedí, y eso debería incluir permanecer al margen de cualquier tipo de asunto que tenga que ver con tu anterior trabajo. Supongo que el calado mediático del caso y la desaparición de una niña y su padre han hecho que me dejara llevar por el entusiasmo y la urgencia, a pesar de ser un caso de otra comisaría. Así que, si no es mucho pedir, me gustaría que aceptases mis disculpas, a partir de este momento no volveré a insistirte nuevamente con lo mismo, ni yo, ni Julio, ya me encargo yo de hablar con él para pedirle expresamente que busquen a otra persona. Ah, y

por cierto, nadie le ha dicho a Eduardo Cámara que vaya a hablar contigo, sí es cierto que está destinado allí como colaborador externo de la policía, pero si ha hablado contigo de este asunto, ha sido por su propia voluntad.

Raquel entrecierra los ojos y siente cómo esa parte de ella que la empuja a volver, se despereza con mucha fuerza en el centro de su conciencia. Luego le surge la duda de su ex.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Rafa?

—Claro.

—¿Es cierto que fuiste tú quien le ofreciste el puesto de detective a Eduardo?

Rafa vuelve a tardar un poco en responder.

—Sí, ¿por?

—¿Y es cierto que además de Valencia también le ofreciste Madrid y Barcelona y fue él quien decidió venir aquí?

—Así es, Raquel. Así fue como pasó. ¿Por qué lo preguntas?

Ahora es Raquel la que entrecierra los ojos y tarda un poco responder. Que realmente Eduardo esté allí por ella y por su hija, tal y como él le dijo, aunque ya no quede nada entre ellos, es algo que sí le importa. Le importa y mucho.

—Por nada. Mira, Rafa, lo haré como un favor personal hacia ti, pero en absoluto voy a participar en ninguna otra cuestión que tenga que ver con cualquier otra cosa que no sea analizar el escenario de esos dos crímenes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Raquel. Millones de gracias. Y ya sabes que no tienes que hacerlo si no quieres…

—Voy hasta el domicilio de la chica y después me paso por el escenario donde ha muerto el hombre que han encontrado completamente desangrado. Máximo dos horas. Quiero estar en mi casa a la hora de cenar.

—Se hará como tú quieras, faltaría más. Pero no hará falta que vayas al escenario del hombre que han encontrado desangrado.

—¿Por?

—El juez ya ha ordenado el levantamiento del cadáver. Está en una zona muy concurrida y no quiere que se llene de mirones. Te enviaré si quieres las fotografías que ha tomado la científica por si ves algo.

—Estupendo. Pues entonces envíame la dirección de la mujer y encárgate tú de decirle a Julio que voy para allá, solo falta que algún novato me vete la entrada.

—Perfecto, Raquel, y gracias otra vez, nos haces un gran favor.

—Ya sé que os hago un gran favor, por eso lo hago. Adiós.

En cuanto Raquel cuelga el teléfono se arrepiente en el acto de la decisión que acaba de tomar. Siente como si estuviese traicionando a su hija, como si le estuviese dando la espalda. Como si hubiese recaído

de nuevo en todo aquello que dijo que nunca más volvería a hacer.

Y se siente horriblemente mal, porque piensa que hacerle daño a lo que más quiere, es la mayor falta de respeto que puede tener hacia su propia vida.

A continuación percibe la presencia de Carlota junto a ella, que la abraza sin mediar palabra.

—¿De verdad estarás aquí para cenar, mamá? —pregunta Carlota, que ha debido escuchar la conversación que acaba de tener su madre.

—Te lo prometo.

Lo siguiente que hace Raquel es llamar a la única persona que en ese momento puede hacerse cargo de su hija en tiempo exprés.

—Antes de que digas sí o no, te adelanto que en esta ocasión no vas a obtener nada a cambio, mucho menos lo que me pediste la última vez. Si lo haces, lo haces porque sí, porque quieres, por nada más —dice Raquel en cuanto le pide a Eduardo si puede quedarse con Carlota un par de horas.

Y Eduardo no tarda ni medio segundo en responder.

—Estaré ahí en quince minutos.

—¿Entonces vas a venir?

—Por supuesto.

—¿Y no vas a pedirme nada a cambio?

—Ya te he dicho que no, salgo ahora mismo hacia allí, Raquel, dile a Carlota que vaya preparando sus puzles.

Raquel tapa el micrófono del teléfono y emite un suspiro de tranquilidad para que Eduardo no lo escuche. Por primera vez en mucho tiempo, siente que hay alguien ahí aparte de ella.

—Gracias, Eduardo, aquí te espero.

—No hay de qué.

Tal y como ha dicho, Eduardo no tarda más de quince minutos en llegar. Media hora después, Raquel está frente a una de las llamadas «casitas de los periodistas», en la calle Jaume Roig. Es una de las zonas más exclusivas de la ciudad para vivir, y es justo el lugar donde vive la mujer que ha amanecido cubierta de sangre y cuya hija y marido han desaparecido sin dejar rastro.

CAPÍTULO 8

Puedo ir yo

—¿Qué os había dicho, eh? ¿Qué os había dicho? Sabía que al final vendría, lo he visto en sus ojos desde el primer momento. He visto su deseo de saber, de meterse de lleno en la investigación —dice Pablo en cuanto ve cómo Raquel se planta delante de la casa donde ha tenido lugar el baño de sangre del que todo el mundo habla. El popular joven de ojos verdes ha convencido a su grupo de trabajo para que vayan a husmear al escenario del crimen a la espera de ver aparecer a su profesora estrella. A su lado, Dani, Neus, y Natalia, no comparten el mismo entusiasmo que muestra Pablo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunta Dani con ganas de marcharse ya de allí.

—¿Cómo que ahora qué? Ahora vamos a decirle a Raquel que nos deje verla trabajar, ¿qué mejor forma de aprender que viendo a la mejor en acción? ¿Para qué estamos estudiando criminología si no?

—Tú estás mal de la cabeza, tío, ni de puta coña te va a dejar entrar —dice Neus cruzándose de brazos. El flequillo de su nuevo corte de pelo, rubio platino, le llega casi hasta los ojos.

—¿Y tú qué sabes, gordi?

—¿Pero tú eres gilipollas o qué te pasa? ¿Por qué cojones me llamas gordi?

—Porque estás un poco gordi, pero no te enfades, mujer, si ya sabes que te lo digo con el mayor cariño del mundo. Ya quisieran tener la mayoría de mujeres ese par de tetazas que tienes.

—Que te den por el culo, tío, eres idiota —dice Neus haciendo ademán de marcharse.

—Vamos, Neus, era una broma —Pablo trata sujetarla por un brazo, y ella intenta evitar el contacto.

—Yo creo que no perdemos nada por intentarlo, si queréis puedo ir yo a preguntarle a la profesora —dice de pronto Natalia para sorpresa de todos.

—¿Tú? —pregunta Dani con incredulidad.

—Vaya con la mojigata —añade Neus con mala leche.

—Pues no hay tiempo que perder, ve y pregúntale antes de que entre por la puerta. ¿Quieres que te acompañe? Así hacemos más fuerza —interviene Pablo sacando su mejor sonrisa. Algo que hace que Natalia se sonroje.

—Bien —dice Natalia con timidez.

—Pues no se hable más. ¡Inspectora, espere un momento! —dice

Pablo alzando la voz justo cuando Raquel está a punto de entrar al histórico y céntrico chalet.

Y Raquel no da crédito a que algunos de sus alumnos se hayan presentado allí.

CAPÍTULO 9

Debutar a lo grande

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —pregunta Raquel con enfado.

—Es que los expedientes que nos ha mandado son un rollo, inspectora, y queríamos pedirle que nos deje ver cómo se hacen las cosas en un caso real como este.

A Raquel se le atraganta el descaro y la insolencia de Pablo. Se pregunta si hoy en día todos los jóvenes son así o es que a ella le ha tocado la excepción de la regla.

—Mirad, chicos, no sé qué pretendéis exactamente, pero…

—Aprender en vivo y en directo de la mejor, solo eso. Ayudarla a resolver el caso —dice Pablo interrumpiéndola. El cristal de las gafas de Natalia se empaña.

La puerta del chalet se abre y aparecen dos policías.

—¿Es usted la inspectora Silva? —pregunta uno de ellos.

—Sí —responde Raquel olvidando que ya no ostenta ese cargo.

—Entre, la están esperando. ¿Vienen con usted? —pregunta el policía refiriéndose a Pablo y Natalia, que asienten antes de que Raquel diga nada—. En el recibidor hay batas desechables, calzas, guantes y gorros. Dentro la espera el inspector Burbano.

Raquel se gira en dirección a Pablo y Natalia y levanta un dedo admonitorio.

—Esta es la primera y la última vez. No os despeguéis de mí ni un solo instante, no toquéis absolutamente nada, no habléis, no molestéis, y si puede ser, no respiréis, ah, y por supuesto, que ni se os pase por la cabeza sacar algo parecido a un teléfono móvil, ¿os queda claro? Y ya hablaremos más tarde de todo esto —dice Raquel con enfado. Aunque no tiene tiempo ni de pensarlo, la única razón por la que los deja entrar es porque está ahí Natalia, y le da pena que para una vez que trata de hacer algo distinto y enfrentarse a esa fuerte timidez que suele decidir por ella, sea precisamente ella la que tenga decirle que ha escogido un mal momento y una peor situación para enfrentarse a sus miedos. Así que esa parte de ella que piensa, siente y actúa más como madre que como inspectora o como profesora, es quien hace la excepción de permitir que dos alumnos entren al escenario de un crimen.

Pablo mira a Natalia con una sonrisa de complicidad, que no puede evitar sonreír y sonrojarse.

—Muchísimas gracias, inspectora, sabía que no nos defraudaría —dice de nuevo Pablo con una sonrisa victoriosa.

—Es la primera y la última vez, y ahora entremos.

—Otra cosa más, inspectora.

—¿Qué?

—Nuestros otros dos compañeros, Dani y Neus.

—¿Qué pasa con ellos?

—Están ahí, al otro lado de Blasco Ibañez, ¿pueden entrar?

—¿Qué? Ni de puta coña. Vosotros dos ya sois más que suficientes, y no hagas que me arrepiente.

—Hecho —dice Pablo alzando las palmas de sus manos.

Cuando entran al chalet, Pablo les hace un gesto con la mano a Dani y a Neus en señal de perdón por no haber conseguido que ellos dos también puedan entrar. Dani resopla con cierta desgana, Neus, en cambio, se cruza de brazos y se enfada. Luego se marchan.

Tal y como Raquel les ha pedido, Pablo y Neus se colocan tras ella y no dicen ni hacen nada aparte de seguirla como dos sombras fantasmagóricas. Los tres se han vestido con las prendas de ropa de protección desechable que les han indicado, y en cuanto se adentran al interior de la vivienda perciben la intensidad del olor de la sangre seca.

Antes de entrar al dormitorio principal, que es donde Nuria Folgado ha amanecido cubierta de sangre, Raquel observa los rastros de sangre que hay a su alrededor. Por un lado ve las huellas que han dejado unos pies descalzos, que por el tamaño deben pertenecer a la propia Nuria, y por otro ve las marcas de sangre que deben haber dejado los policías que han llegado primero y algunos de los que han llegado después. En las paredes también hay marcas parciales de manos, que por su tamaño y cercanía con las que hay bajo ellas en el suelo, también parecen ser de la propia Nuria.

Por el momento, la única imagen que ve Raquel es la de una mujer desesperada que ha estado corriendo arriba y abajo manchándolo todo a su paso.

Raquel trata de seguir el recorrido inverso que ha debido hacer Nuria desde su dormitorio hasta la puerta de la entrada, pero no resulta sencillo, porque se aprecian multitud de pasos de ida y de vuelta, como si hubiese hecho el recorrido varias veces. No obstante, Raquel se fija en la intensidad de las huellas y en el color. Las huellas más intensas son las primeras, además de que tienen un color ligeramente más oscuro.

A medida que se van acercando al dormitorio principal, la cantidad de sangre es mucho mayor, llegando a apreciarse justo bajo el umbral de la puerta un revoltijo de huellas, pisadas y todo tipo de manchas fruto de las veces que diferentes personas han estado entrando y saliendo. Ella trata de entrar trazando una buena zancada con su

pierna derecha para no pisar nada, y lo mismo hacen Pablo y Natalia, que de momento no han abierto la boca. Pero resulta casi imposible entrar a la habitación sin pisar un poco de sangre seca. No hay duda de que la escena del crimen está terriblemente contaminada.

El dormitorio donde Nuria Folgado y su marido duermen cada noche es grande como una suite. En el centro hay una cama de dos por dos. A ambos lados sendas mesillas de noche con lámpara incluida. También puede apreciarse un armario de seis puertas en una de las paredes y un tocador en otra. Hay un par de butacones que al parecer han sido retirados hasta la pared más cercana para dejar más espacio a los técnicos. En una de las esquinas del cuarto, inmóvil como una fotografía, está el inspector Héctor Burbano, que permanece callado y a la espera de que tanto la inspectora Silva como los dos jóvenes que van con ella se adapten a su nuevo y sangriento campo de visión.

—Usted debe ser la inspectora Silva, mi nombre es Héctor Burbano, encantado de saludarla —dice Héctor tendiéndole una mano enguantada a Raquel, que rehúsa el saludo por razones puramente profesionales.

—Disculpe que no le dé la mano, inspector, pero es mejor eludir cualquier tipo de acercamiento físico en la escena de un crimen. Yo también estoy encantada de saludarlo —dice Raquel con el rictus muy serio. El inspector Burbano se queda mirando su mano durante un instante y después la retira sin decir nada.

Lo primero que piensa Raquel al ver al que según dicen, es uno de los mejores inspectores de la ciudad, es que no es el perfil de inspector que está acostumbrada a ver. Como ya le pareció en el video que le mostraron sus alumnos por la mañana, si se hubiese cruzado con él por la calle cualquier otro día, hubiese dicho que es informático, o un científico investigador. Pero a diferencia de ese perfil profesional, en Héctor se aprecia una musculatura bien trabajada bajo la inmaculada camisa blanca que lleva puesta, además de que su espalda está completamente recta, nada de chepas fruto de horas y horas cara a un ordenador o a un microscopio. Su pelo es corto y engominado, estilo Clark Kent, gafas de pasta negra incluidas. En la piel de su cara no se observa ni una sola impureza. La inspectora Silva diría que el hombre que tiene frente a ella no solo lleva una alimentación muy sana, sino que toda su vida se ordena en base a un montón de normas y rutinas que rara vez incumple. Es como un autómata sin voluntad propia.

—Supongo que ya le habrán informado de que han encontrado el cuerpo de un hombre al que le han extraído hasta la última gota de sangre —dice el inspector Burbano con frialdad.

—Sí, ¿se conoce su identidad?

—Sí, es un abogado criminalista.

—¿Y para cuándo estará cotejada esta sangre con el ADN de ese hombre?

—No debería tardar mucho, tal vez a lo largo de esta noche.

—¿Ha estado usted en el lugar donde lo encontraron?

—Sí, precisamente vengo de allí ahora. Dos chicas que hacían *running* por el antiguo cauce del río Turia encontraron el cuerpo sin vida de Matías Roca sentado en un banco, bajo el conocido e icónico puente de la Exposición, o de la Peineta, diseñado por el arquitecto Santiago Calatrava. Les llamó la atención su antinatural postura, estaba como mirando al infinito, concretamente hacia el final de ese puente, y también que estaba blanco como la nieve.

—¿Estaba vestido o desnudo?

—Vestido.

—¿Y alguna prueba o evidencia hasta el momento?

—No. Todo estaba bastante pulcro. La ropa parecía completamente nueva, aunque eso sí, de un estilo bastante retro.

—¿Cómo de retro?

—Años noventa, principios del dos mil como mucho.

Raquel asiente mientras examina con la mirada todo cuanto hay a su alrededor.

—¿Y se sabe algo del marido y de la hija de Nuria?

—De momento nada, ni rastro de ellos. Siguen desaparecidos.

—¿Han encontrado algún vínculo entre el abogado y Nuria Folgado y su marido?

—De momento no tenemos conocimiento de ello —Apenas han hecho falta dos minutos y unas breves preguntas por parte de la inspectora Silva para que Héctor sienta algo que hacía tiempo que no sentía trabajando con otro policía; fascinación.

Raquel asiente mientras trata de hacerse una idea de qué ha pasado exactamente en esa habitación. Reconstruir los hechos que han dado lugar a la escena con la que se acaba de encontrar es su especialidad, y es crucial para saber qué ha ocurrido en realidad. Para empezar, viendo que el origen de la sangre en la habitación y, concretamente, la cama de matrimonio, todo apunta a que alguien vertió toda esa sangre sobre el cuerpo de Nuria Folgado mientras dormía, después fue ella solita la que se encargó de ir repartiéndola por toda la casa. Por otra parte, haciendo una estimación rápida y bastante atrevida de la sangre que aún hay encharcada en la cama y la que hay por el suelo de toda la casa, el volumen total vertido podría rondar los cinco o seis litros, eso implicaría que para llevar a cabo dicho vertido sin que Nuria se haya despertado, la persona responsable del mismo la tendría que haber drogado para poder obrar con total libertad, sin imprevistos.

El cerebro de Raquel va dibujando la escena en su cabeza sin decir nada a nadie. Su mente plantea diferentes opciones de las cuales

elimina unas y escoge otras, siempre aplicando su propia lógica y su excepcional capacidad de deducción. Por supuesto que entre dichas opciones que descarta está la que todo el mundo ha apuntado en un principio como posible causa del suceso: que la propia Nuria haya asesinado a su marido e hija y después se haya deshecho de los cuerpos. Pero dicha teoría no solo carece de sentido para la inspectora Silva, sino también de pruebas que la avalen. ¿Para qué iba alguien a llamar a la policía denunciando la desaparición de su marido e hija a sabiendas de que se van a encontrar con una casa llena de sangre? Además, es muy probable que esa sangre que hay por todas partes y que en esos momentos está analizando el laboratorio pertenezca al hombre que han encontrado completamente desangrado, la experiencia le dice que la obtención de dos hechos fuera de lo común y que además se complementan rara vez son fruto de la casualidad. Si eso se demuestra, no habría dudas de que, efectivamente, allí no se ha producido ningún crimen, al menos no uno sangriento. Ahora la siguiente cuestión sería por qué alguien ha escogido esa víctima en concreto y por qué ha decidido verter su sangre sobre Nuria. ¿Y dónde están ahora su marido y su hija ahora?

Por otra parte, en el recorrido de la vivienda que ha podido ver hasta el momento ha observado que la intensidad de las huellas aumenta a medida que se acerca a dicha habitación principal, sin importar el lugar de la casa del que procedan. De haberse producido un asesinato en esa misma casa, tendría que haber sido en esa habitación, cosa que parece muy poco probable debido a que no ha encontrado ni salpicaduras en suelo y paredes, ni signos de lucha ni forcejeo, algo habitual cuando una persona se está desangrando, ni tampoco signos de que se haya arrastrado algún cuerpo o alguien que aparte de la propia Nuria haya caminado por esa habitación hacia el exterior.

—¿Qué tal, inspectora? ¿Ha visto algo? —pregunta Pablo interrumpiendo el silencio en el que se encuentra Raquel.

—Por supuesto que sí, pero me parece que antes ya he dejado bien claro que no quiero escuchar ningún tipo de comentario. ¿Estamos?

—Sí, sí, por supuesto, disculpa, solo quería saber en qué detalles se está fijando exactamente, yo solo veo sangre por todas partes.

Raquel lo vuelve a mirar y se pregunta qué parte de que lo único que puede hacer allí es observar es la que no entiende su alumno más llamativo. Después se fija en la mirada de admiración que le está dedicando Natalia y decide hacer algo que nunca suele hacer; explicar su lógica deductiva.

—Estad atentos porque no lo volveré a repetir otra vez. Lo primero en lo que tenéis que fijaros es en cómo está repartida la sangre por la habitación y en cómo ha sido esparcida aplicando para ello cadenas

deductivas lógicas. Eso podría darnos un primer acercamiento de lo que ha ocurrido aquí. Luego nos preguntaríamos por qué ha ocurrido aquí y cómo. Os recuerdo que una deducción es lógica cuando está basada en detalles y evidencias reales y cuando cualquiera podríamos llegar a ella partiendo de la misma información básica inicial. Hay veces en las que puede haber varias deducciones lógicas para explicar un mismo hecho, como por ejemplo, por qué hay más sangre en un lado de la habitación que en el otro. En este caso concreto, podríamos decir que una posibilidad sería que dicho lado es el lado de la cama donde duerme Nuria habitualmente y el lugar por el que se levanta. Partiendo de la base que toda ella estaba cubierta de sangre cuando ha despertado, al bajar de la cama se habría podido derramar buena parte de la sangre que cubría su cuerpo, haciendo con ello que en el suelo de esa parte de la habitación hubiese más sangre. La cuestión de en qué lado de la cama dormía Nuria se podría confirmar rápidamente analizando brevemente el contenido de ambas mesillas de noche. En este caso vemos que en la mesilla derecha hay unos pendientes, una goma del pelo y una foto en la que aparece un hombre y una niña, presumiblemente su marido y su hija. Hasta ahora fácil, ¿no? Ahora la cuestión es, ¿existe alguna otra deducción lógica que nos podría llevar a pensar en el por qué en el lado derecho de la habitación hay más sangre que en el izquierdo?

Los dos jóvenes no abren la boca y permanecen atentos a la clase magistral que su profesora de criminología les está dando en directo, justo lo que habían ido buscando allí. Se encogen de hombros y no dicen nada. Héctor Burbano, que permanece de pie e impasible como una estatua, tampoco dice nada.

—Para vuestra información, sí habría otra explicación para el hecho de que en el lado derecho de la habitación haya más concentración de sangre. Nuria podría haberse despertado desorientada y asustada y haberse levantado por el lado izquierdo de la cama, el lado de su marido. Sin embargo después podría haber vuelto al lado derecho en busca de algo concreto que desconocemos, eso implicaría que a pesar de haber derramado cierta cantidad de sangre por un lado al despertarse, después podría haber derramado mucha más tras concentrarse en su lado de la cama. ¿Qué os parece esta segunda opción? ¿Es lógica?

Los dos jóvenes tratan de buscar algún tipo de evidencia que pueda demostrar o desmentir la hipótesis que acaba de plantear la inspectora Silva. El propio Héctor Burbano tampoco puede evitar buscar nuevos detalles que se le puedan haber pasado por alto en los lugares que acaba de indicar Raquel.

—Bien, por lo que veo os habéis tomado en serio lo de solo observar y no decir nada. Yo responderé por vosotros. Teniendo en

cuenta las marcas de pisadas, casi inalteradas que hay en el lado izquierdo de la habitación, así como dos marcas en el borde izquierdo del colchón que se podrían corresponder con el apoyo de las manos al bajar, yo apostaría a que Nuria bajó por el lado de su marido por puro instinto, se despertó asustada y desorientada y lo primero que hizo fue buscar a su marido. Después salió de su dormitorio con rapidez, probablemente en dirección a la habitación de su hija. Esto se aprecia en un trazado por el lateral de la habitación que apenas ha sido tocado y cuya intensidad y color muestran que tiene un poco más de tiempo que el resto. Tras comprobar que ni su hija ni su marido estaban en casa, es cuando Nuria ha vuelto a su habitación, concretamente al lado donde ella duerme, y ha empezado a buscar algo muy concreto, algo que tal vez podría tener guardado en su mesilla de noche o, tal vez, tras ella o bajo ella. No sé si os habéis fijado, pero hay huellas y marcas de sangre por todo el contorno del pequeño mueble, así como también bajo él. Es posible que, tratando de mover la mesilla de noche, Nuria se resbalase y cayese al suelo, provocando un mayor esparcimiento de sangre por toda esa zona, supongo que después habría dejado la mesilla en su sitio nuevamente, tratando de evitar preguntas al respecto. Lo que habría cogido de la mesilla, muy probablemente lo habrá guardado en otro lugar de la casa o, quien sabe, tal vez solo quería comprobar algo y no coger nada, aunque por el esfuerzo que parece haber realizado para mover el mueble, me inclino por la primera posibilidad. La siguiente parte del análisis estaría dirigida a tratar de encontrar lo que Nuria podría haber escondido y qué importancia podría tener para lo que ha pasado aquí, aunque me inclino a pensar que no demasiada, tal vez lo que buscaba era algún tipo de joya o similar, algo con mucho valor económico y que pensó que los secuestradores se podrían haber llevado, no olvidemos que el móvil económico es uno de los principales motivos por los que la gente comete crímenes, aunque también es cierto que no creo que sea este el caso. Todo ello sin olvidar el cómo entraron en la casa sin forzar la cerradura, drogaron a Nuria y, si aceptamos como posible la teoría de que la persona o personas que han hecho esto son también las responsables de la desaparición de su marido e hija, entonces es posible que también tuviesen que drogarlos o coaccionarlos de algún modo para evitar toda forma de lucha o forcejeo.

Los dos jóvenes se miran con perplejidad y Héctor se reajusta la gruesa montura de sus gafas, después se moja la boca de saliva en un gesto que parece calculado al milímetro.

—Es posible que entrasen por la parte trasera de la casa —añade Héctor para sumarse a las deducciones de Raquel—. Para ello solo habría hecho falta saltar la verja trasera que apenas tiene un par de

metros de altura y después atravesar el pequeño jardín, por donde se llegaría a la puerta y ventana del lavadero, que curiosamente tiene roto el cierre de la corredera. Aprovecho para daros un consejo: no instaléis nunca una ventana exterior con ese tipo de cierre, el muelle que lo acciona puede romperse en cualquier momento, incluso estando cerrado o tras un pequeño golpe. Lo mejor, sin duda, son las ventanas batientes de una sola hoja y cierre accionado mediante manivela.

Raquel escucha con atención a Héctor mientras su cerebro plantea la siguiente deducción lógica.

—¿Y ha comprobado si en esa ruta de acceso hay algún tipo de evidencia de que eso haya sido así realmente?

—Hay dos huellas parciales de pisadas en el suelo de la cocina, pero todavía no tenemos un análisis completo de las mismas, así que no se puede afirmar con rotundidad que dicho calzado no se encuentra entre el de la propia Nuria o su marido. Como tampoco se puede afirmar con rotundidad que alguien haya sido drogado en esta casa. No se han encontrado pruebas de ello.

—¿Le han practicado ya un análisis toxicológico a Nuria?

—Sí, y no ha se han encontrado trazas de somníferos.

—No importa, algunos gases anestésicos a concentraciones bajas desaparecen con mucha rapidez del cuerpo humano, así que todavía es pronto para descartar esa opción. ¿Habéis analizado el textil de la casa?

—¿El textil?

—Sí. Cortinas, sábanas, alguna prenda de ropa. Es posible que en el textil sí haya podido quedar impregnado algún resto del gas, sobre todo en aquel que se encontrase cerca del lugar desde el que lo rociaron o vaporizaron.

Héctor se ajusta las gafas y niega con la cabeza. No entiende por qué la inspectora Silva está tan segura de que han drogado a Nuria y a su familia. Por lo que él sabe, ha visto y ha oído, pero sobre todo, «ha sentido», Nuria es de quien más desconfía hasta el momento. Aun así, la seguridad con la que habla la mujer que tiene delante para él dice más que las propias palabras. Héctor es una persona que suele fiarse más de lo que percibe que de lo que ve y oye.

—Llamaré para que traigan de nuevo a la científica —dice el inspector Burbano con solemnidad.

Raquel no puede evitar sentir cierto cosquilleo en la base del estómago. La sensación de estar acercándose a la imagen que dibuja el puzle frente al que se encuentra y ver que a pesar de los meses de inactividad todavía conserva su instinto deductivo, hace que sienta de nuevo esa poderosa sensación de estar haciendo algo que nadie más puede hacer. Aunque rápidamente se dice a sí misma que se olvide de

puzles y demás conjeturas. Ella está allí para hacer un análisis deductivo de lo que ha pasado, nada más.

—Bien, ya son casi las ocho y tengo a un personita esperándome en casa, a falta de redactarlo debidamente y de ver qué dicen esas pruebas que están en el laboratorio, esto es lo que yo creo que ha pasado —dice Raquel mirando al inspector Burbano—. Alguien entró anoche en la vivienda entre las tres y las cuatro de la mañana, hora aproximada calculada teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra la sangre derramada, la hora a la que Nuria parece ser que se levantó y la duración media del efecto del gas anestésico que podrían haberle suministrado. Es muy posible que la ruta de entrada fuese la ventana del lavadero, estaría bien confirmar que las huellas no provienen de ningún calzado de Nuria o su marido. Por otra parte, no sabemos si los responsables podrían ser una, dos o más personas, pero yo me inclino por al menos dos, puede que tres. Bien. A continuación se pusieron algún tipo de máscara de protección respiratoria y fueron hasta la habitación principal, donde abrieron la botella de gas y esperaron unos cuantos minutos hasta que la concentración del somnífero fuese lo suficientemente alta como para que Nuria y su marido no se despertasen en un buen rato. Después se dirigieron a la habitación de la niña y repitieron la misma operación, tras la cual, sacaron al marido de la cama y procedieron a… —Raquel se para en seco al darse cuenta de un detalle muy importante y en el que no había reparado hasta ese momento.

—¿Has ordenado tú que se lleven la sábana de la cama? —pregunta Raquel mirando a Héctor y, como es costumbre en ella cuando se altera, perdiendo los modales y empezando a llamarlo de «tú», como si se conociesen desde hace años.

—¿Yo? No sé de qué sábana me está hablando, inspectora, por lo que veo la sábana sí está puesta.

—La bajera sí, y la fina colcha decorativa también, que como podemos ver está en un rincón de la habitación, falta la sábana que suele utilizarse entre la colcha y la bajera.

Héctor aprieta las cejas y vuelve a fijarse en la cama.

—¿Y cómo está tan segura de que falta esa sábana? ¿No podrían haber dormido sin ella?

—Podrían, pero lo dudo. Aun hace demasiado frío para dormir destapado, y esa colcha de ahí es más bien una almazuela o retazal tan lleno de costuras que dudo muchísimo que alguien lo utilice para taparse sin una sábana de por medio. Créame, me apuesto lo que quiera a que falta una sábana. Pregúntele a Nuria Folgado cuando la vea, si es que quiere responderle a esa pregunta, claro —dice Raquel con cierta chulería mientras observa cómo el rictus de Héctor se pone serio—. En fin, ahora no podemos saber por qué alguien se llevó esa

sábana, aunque supongo que por una razón importante. Bien, continúo con mi análisis. Una vez sacaron al marido de la cama, y quién sabe si después de quitar esa sábana, desnudaron a Nuria, la situaron en el centro de la cama, abrieron bien sus brazos y sus piernas y fue cuando vertieron una garrafa de unos cinco litros de sangre por todo su cuerpo. Después de eso, se fueron con la niña y con el marido de Nuria, no sé si arrastrándolos o en una maldita carretilla, no lo sé. Lo que sí sé es que cuando Nuria despertó y vio lo que había pasado, empezó a buscar a su marido y a su hija, y en cuanto vio que no estaban, el miedo se apoderó de ella. Por lo que parece, los buscó por toda la casa y, tras comprobar que efectivamente no estaban, fue cuando llamó a la policía. Y supongo que fue durante el periodo de tiempo que la policía tardó en llegar cuando ella recordó que guardaba algo importante bajo su mesilla de noche o tras ella, fue en su búsqueda, se cayó un par de veces al suelo y después guardó en otro lugar más seguro eso que había ido a buscar, probablemente algo pequeño y con mucho valor económico, tal vez un diamante, su anillo de pedida, o yo qué sé. Luego llegó la policía y supongo que después fue cuando llegó usted y se encontró con una Nuria muy nerviosa y resbaladiza —dice Raquel haciendo alusión al video en el que se veía al propio Héctor tratando de sujetar a Nuria mientras ella no paraba de resbalarse—. Y esto sería más o menos lo que sucedió. No tengo una explicación para la desaparición de la hija y del marido ni tampoco si ella ha tenido algo que ver, tanto directa como indirectamente, solo diré que, si se confirma que toda esta sangre pertenece al cuerpo del hombre que habéis encontrado hace unas horas, me temo que tenéis un problema bastante grande por ahí suelto. En otras palabras, no quisiera ser yo la inspectora al cargo de este caso. Y eso es todo, mucha suerte, inspector Burbano.

Pablo y Natalia se miran con emoción. Son conscientes de que están presenciando algo único. El rostro de Héctor, en esta ocasión, ni se inmuta. Se dice que él ha estado en casos bastante difíciles como para asustarse por algo así.

—¿Y alguna teoría de por qué rociaron a Nuria con sangre? —dice Héctor antes de que Raquel se marche, que se encoge de hombros con algo de soberbia.

—¿Quién sabe? Está claro que alguien ha querido mandar un mensaje, no sé si a ella, a su marido, a nosotros, a la población en general… de lo que no me cabe duda es de que las personas que están detrás de esto han querido debutar a lo grande, y de que para encontrar al marido de Nuria y a su hija vais a tener que sudar tinta. Le deseo mucha suerte, inspector, un placer saludarle, mañana por la mañana estará mi informe.

Héctor asiente sin decir nada más y en cuanto ve cómo la

inspectora Silva abandona el lujoso chalet junto con la pareja de jóvenes, se dice que esa va a ser una noche sin dormir, que el insomnio ha vuelto, y con él, todos sus demonios.

CAPÍTULO 10

Preguntas incómodas

El día amanece frío, más para Héctor, que tras pasar toda la noche en vela tiene la termorregulación de su cuerpo descontrolada. Demasiados recuerdos. Malos recuerdos, para ser exactos. Es inevitable que tanta sangre derramada no le hagan pensar en una cosa: el momento trágico de su infancia.

Se da una ducha rápida y se viste con su atuendo habitual; camisa blanca y pantalón de tela negro. Después pone las mejores sonatas de Beethoven a todo volumen y activa el hilo musical de toda la casa. Las manos de Ludwig acariciando el piano son celestiales, son el bálsamo que calma un poco su dolor. Los primeros acordes de *Para Elisa* hacen que se olvide de todo y se centre en lo que se tiene que centrar; entrar en el interior de la mente que ha asesinado a sangre fría a un hombre, le ha sacado toda su sangre y después la ha derramado por el cuerpo de una mujer a quién, además, le ha secuestrado a su marido e hija, todo ello teniendo en cuenta que eso haya ocurrido exactamente así.

No obstante, a falta de esclarecer los detalles de ciertas partes de la historia, no tiene ninguna duda de que está frente a una mente muy retorcida, fría, calculadora y, al parecer, amante de los rituales. Odia los asesinos rituales. Todavía es pronto para medir su inteligencia, algo que por encima de todo aterra al inspector. Porque él sabe por experiencia que no hay nada peor que juntar la maldad con la inteligencia, cuando eso pasa, entonces el peligro se vuelve inasumible.

Los resultados del laboratorio han arrojado una evidencia que la inspectora Silva ya parecía saber; la sangre encontrada en casa de Nuria pertenecía a Matías Roca, el abogado encontrado muerto y desangrado en el antiguo cauce del río Turia. Es obvio que debe haber algún tipo de relación entre ellos, ¿pero cuál?

Lo primero que se plantea Héctor es que alguien a quien Matías Roca «jodió», ha decidido cobrarse su deuda y se ha vengado de él, ¿pero en caso de ser eso así, qué tiene eso que ver con Nuria, alguien cuya vida parece ser completamente ejemplar? ¿Por qué bañar su cuerpo con la sangre de otro hombre? Así que lo siguiente que se plantea Héctor es qué tipo de relación podría haber entre Matías y Nuria, ¿sería de tipo profesional o más bien personal? Y eso es lo que se propone averiguar en cuanto llega a la casa donde Nuria Folgado se ha quedado a dormir para tener una conversación amistosa con ella,

sin olvidar el asunto de la sábana que la inspectora Silva dice que falta y también aquello que presuntamente extrajo de la mesilla de noche y que pudo guardar en otro lugar de la casa.

Cuando Héctor escucha cómo se abre la puerta del bonito y lujoso apartamento playero de la Patacona, todos sus sentidos parecen centrarse otra vez y vuelve a ser el mismo de siempre. Ante él aparece una mujer de aproximadamente cuarenta años. El pelo rubio oscuro, rizado y de largo hasta los hombros. Lleva una camiseta ancha con la cara de un gato persa en el centro. A Héctor le gustan los gatos. No lleva sujetador y eso es algo que incomoda al inspector. En la parte de abajo lleva un pantalón de tela ultracorto.

—Buenos días, señora —dice Héctor con sobriedad.

—Sí que son buenos, sí, ¿qué desea? —dice la mujer con una sonrisa y algo de ironía.

—He venido a hablar un momento con Nuria Folgado, supongo que usted debe ser Silvia Calero, la amiga con la que se está quedando hasta que pueda volver a su casa.

Silvia Calero frunce el ceño. Cruza los brazos a la altura de sus pechos, ocultándolos parcialmente. Ya no le gusta tanto el hombre que tiene delante.

—¿Es usted policía, saben algo de su familia? —dice Silvia con preocupación. El hombre que tiene delante no es el prototipo de policía que ella tiene en la cabeza. Va vestido con una camisa blanca a la que solo le falta pasar el último botón. Abajo lleva un pantalón de vestir que delimita una cintura en la que no hay ni un miligramo de grasa. Todo eso, sumado a esas gafas de pasta y ese pelo engominado y perfectamente peinado, habían hecho que Silvia pensase en un primer instante que ese hombre era un representante de cualquier cosa, o un ingeniero de algo, pero no un policía. Alguien de paso.

—Todavía no hemos encontrado a su marido y a su hija, pero estamos en ello. Por cierto, soy el inspector de policía Héctor Burbano, disculpe por no haberme presentado antes —dice Héctor sacando su placa—. Y me gustaría hablar con Nuria en persona si puede ser.

Unos cuantos metros por detrás de Silvia aparece la figura de Nuria, lleva puesto un vestido de gasa que le queda un poco largo y demasiado holgado a la altura del pecho. Héctor no tarda en decirse que ese vestido se lo ha prestado Silvia, que además de ser más bajita también tiene más pecho. Al parecer ha escuchado lo de que su marido y su hija siguen sin aparecer, y resopla ruidosamente.

El rostro de Nuria se tensa al reconocer al inspector Burbano. Su primer encuentro no fue demasiado agradable. La segunda vez no fue mucho mejor, Nuria acabó fuera de sí insultado a Héctor de las peores maneras posibles.

—Déjalo que pase, es el inspector del que te hablé anoche, a ver de

qué me acusa ahora —dice Nuria volviendo a perderse por el final del pasillo.

Silvia le hace un gesto a Héctor con el cuello, invitándolo a pasar.

Desde el salón se pueden ver perfectamente las olas del mar. Las vistas son realmente relajantes, y a Héctor le traen buenos recuerdos; la infancia que nunca volverá. Esa tierna y primera infancia que vivió antes del suceso.

Nuria está sentada en un extremo del sofá, se ha puesto una de esas rebecas que llegan a media pierna. No hace frío, pero como le pasa a Héctor cuando no duerme, debe de tener el termostato interno desregulado. Rodea con ambas manos una taza de café con leche y el vaho que desprende le humedece el nacimiento de su pelo a la altura de la frente.

Héctor se acerca hasta el ventanal y, con las manos en los bolsillos, no dice nada durante unos cuantos segundos. Cuando nota cerca la presencia de Silvia, inconfundible por el afrutado aroma que desprende, se dirige a ella sin apenas parpadear.

—¿Hace mucho tiempo que vive aquí? —pregunta Héctor contemplando su propio reflejo en el cristal. No se gira, solo habla y espera a que la mujer que vive en esa casa conteste.

—Unos tres años. Más o menos desde que me divorcié. ¿Por qué lo pregunta?

Héctor se gira y se encoje de hombros. Todavía lleva las manos en los bolsillos.

—Siempre me he preguntado cómo debe ser vivir todo el año en un apartamento frente al mar. Dicen que los inviernos son tristes.

—Supongo que depende de la compañía, le aseguro que un invierno frente al mar puede ser muy divertido, casi tanto como el resto del año —dice Silvia mostrando de nuevo esa pose seductora que siempre utiliza cuando ve a un hombre que le resulta atractivo. Desde que se divorció, el sexo se ha convertido en el motor de casi todas sus decisiones y acciones, para ella cualquier situación es buena para conseguir una nueva presa.

—Siento mucho lo de ayer, señora Folgado. Si le parece, me gustaría preguntarle un par de cosas relacionadas con la investigación. Solo será un momento —dice Héctor dejando de lado la conversación con Silvia y centrándose en Nuria.

—Pregunte lo que quiera, a ver qué coño se le ocurre esta vez —Nuria responde recuperando de nuevo el mal humor del día anterior.

—¿Les importa si me siento? —pregunta Héctor con educación.

—Para nada, guapo, siéntese aquí, yo cogeré una silla, ¿puedo ofrecerle algo de beber, inspector? —dice Silvia ofreciéndole la esquina del sofá donde ella estaba sentada, en la otra esquina está Nuria.

Héctor toma asiento subiéndose un poco el camal del pantalón.

—Gracias, un vaso de agua estará bien —dice el inspector Burbano esbozando una sonrisa minúscula, gesto suficiente para avivar el ego sexual de Silvia, que se marcha a la cocina contoneando las caderas.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que han averiguado? —pregunta Nuria en cuanto su amiga desaparece del salón.

—De momento no sabemos dónde pueden estar ahora su marido y su hija, si no han pedido un rescate ya, dudo mucho que lo hagan. Así que la causa de su desaparición tal vez obedezca a otros motivos.

—¿A qué motivos? —El rostro de Nuria se tensa. Es como una bomba de relojería a punto de estallar.

—En primer lugar, y antes de que se lo tome a mal, me gustaría preguntarle si está completamente segura de que no ha sido su marido quien se ha ido voluntariamente con su hija. No sé cómo era la relación entre usted y su marido ni tampoco si él podría ser una persona capaz de hacer algo así.

Nuria aprieta las mandíbulas y después entrecierra los ojos. En sus párpados se producen un par de espasmos fruto de los nervios. Aprieta los puños y finalmente consigue controlar el grito que ha estado tan cerca de soltar.

—No, no veo a mi marido capaz de hacer algo así, en absoluto. Ya le dije que es médico de la UCI del hospital Clínico de Valencia, le aseguro que lo último en lo que piensa cuando cae el día es en secuestrar a su propia hija. Y la relación entre nosotros… —Nuria hace una pausa y se calienta un poco la cara con el vaho de la taza de café con leche. Héctor se fija en que lleva las uñas de las manos perfectamente recortadas y pintadas de un color rojo intenso—. No le voy a mentir, Javier y yo hace tiempo que llevamos una relación casi a distancia. Tenemos los turnos de trabajo arreglados para que uno esté siempre por las tardes con Lidia, y eso implica que él y yo no coincidamos apenas. Todo eso sin contar las guardias, los festivos que nos toca trabajar, la asistencia a congresos y a jornadas de mi marido… el trabajo en un hospital es un rollo, y cuando son los dos miembros de la pareja los que trabajan en un hospital, no solo es un rollo, también es un aburrimiento y, sobre todo, distancia. Desde luego que no somos el matrimonio ideal, pero tampoco nos llevamos del todo mal.

Héctor asiente y trata de leer entre líneas. Se dice que lo que la señora Nuria Folgado le está intentando decir, después de toda su perorata, es que tal vez haya una tercera persona en su relación. Está intentando justificar, antes de decirlo, que ella, o él, o quién sabe, los dos, tienen un amante. Y los amantes no suelen ser bien recibidos en los casos de secuestros, desapariciones o crímenes, de hecho, siempre son investigados. El móvil pasional es junto al económico una de las

principales causas por las que alguien comete un crimen.

—Entiendo lo que me cuenta, señora Folgado, imagino que no debe ser fácil con esos horarios. Además, el ámbito hospitalario es uno de los más propensos a que entre sus trabajadores se produzcan relaciones extramatrimoniales, y eso tampoco suele ser de ayuda —El inspector Burbano es un gran estudioso del carácter y la psicología humana, pero suele suspender en habilidades sociales. No suele tener facilidad para encontrar las palabras idóneas en determinadas situaciones comprometidas.

El rostro de Nuria se arruga.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Señora Folgado, necesito saber si podría ser que hubiese una tercera persona en su matrimonio.

—¿Una tercera persona? Explíquese.

—Me estoy refiriendo a si usted o su marido tenían un amante.

Silvia, que volvía con un vaso de agua para el inspector, se ha quedado parada en el umbral de la puerta. Nuria aprieta las mandíbulas y entrecierra los ojos con un ligero temblor de párpados. La tensión que hay en ese salón es irrespirable.

—No sé si mi marido tiene o no un amante, pero lo dudaría mucho con lo que trabaja. Aunque tampoco me extrañaría con todo lo que se oye hoy en día —dice Nuria cabeceando con algo de ironía.

—¿Y usted?

—Yo, ¿qué?

—¿Tiene usted un amante, señora Folgado?

Héctor se fija en la expresión de Silvia, que mira a Nuria con preocupación, quien a su vez le devuelve una mirada llena de contrariedad.

—¿Y qué importancia puede tener eso?

—Eso lo decidiremos más adelante, usted solo dígame si tiene o no tiene un amante. Es esencial para la investigación que conozcamos a todas las personas cercanas a usted y a su familia. No tengo ningún interés en conocer los detalles de su vida privada, pero necesito que me responda verazmente a las preguntas que yo le haga, a todas ellas.

Nuria levanta una mirada un tanto más humilde de lo que acostumbra. Su rostro dibuja una expresión de preocupación. Después responde sin mirar al inspector a los ojos.

—No es nada serio. Ni tan siquiera creo que se le pueda llamar amante. Es solo… un amigo.

Héctor asiente con solemnidad.

—¿Podría saber el nombre de esa persona y desde cuándo mantienen una relación?

Nuria se encoge de hombros, avergonzada y temerosa. De pronto vuelve a ella la imagen de su hija y se pregunta dónde estará ahora, si

estará bien. La necesita para seguir adelante. Y entonces se dice que por una vez en su vida tal vez debería empezar a no pensar solo en ella, y eso debería implicar contar cosas que podrían poner en tela de juicio su papel de madre.

—Se llama Adolfo Monteagudo, y es celador del hospital donde trabajo. Lo nuestro empezó… —Nuria lleva su mirada hacia el techo mientras piensa—. Qué sé yo, tal vez hace un par de años más o menos. Pero como le he dicho, no es nada serio y no hay ningún tipo de compromiso por parte de ninguno de los dos. Y como ya se puede imaginar, en ningún momento se me ha pasado por la cabeza que Adolfo haya podido tener algo que ver con la desaparición de mi hija, por eso no había dicho nada. Él jamás me haría algo así.

Héctor se hace una idea rápida del tipo de relación que pueden tener Nuria y Adolfo, y concluye para sí que debe esconder algo de lo que la señora Folgado se avergüence en cierta manera.

—Entiendo, señora Folgado, en cualquier caso le informo que hablaremos con él a lo largo del día, ya sabe, por aquello del papeleo y la burocracia. Nada de lo que preocuparse.

Nuria asiente mirando al suelo. Sus cejas se aprietan. Se dice que en el fondo sabía que al final esa relación le traería problemas de un modo u otro, que debería haber cortado con todo eso antes. Pero ahora ya es tarde, solo espera que el policía que tiene delante sea un poco discreto y no vaya aireando por ahí su vida privada.

Héctor hace una pausa para beber y después repasa mentalmente el resto de preguntas que aún tiene que hacerle a Nuria. El trato personal lo altera tanto que hace que a veces se olvida de ciertas cosas importantes. Por eso está siempre pendiente de su libreta. Para no olvidar nada.

—Bien, señora Folgado, por el momento dejaremos de lado el asunto del que acabamos de hablar y del cual no tengo ningún interés en que alguien ajeno a la investigación tenga conocimiento —dice Héctor para tranquilidad de Nuria, reacción que constata rápidamente al ver cómo su rostro se relaja—. Tenemos noticias de la persona a la que pertenecía la sangre que encontramos sobre usted y en gran parte de su casa.

Nuria alza una mirada cargada de sorpresa y miedo. No entiende cómo el inspector no le ha hablado antes de eso.

—¿A quién pertenecía? ¿Y por qué no me ha dicho nada hasta ahora?

—Hemos recibido el resultado de los análisis hace un rato, después he venido a verla inmediatamente. Y es ahora cuando se lo cuento.

Nuria le va a responder que por qué no le ha dicho nada en todo el rato que lleva allí, pero ve algo en él que le dice que tras esa forma de proceder no se esconde ningún tipo de mala intención, que el

inspector es así de extraño y punto. Igual que cuando le preguntó si ella era la responsable de la desaparición de su marido y de su hija. Se dice que el inspector es una de esas personas que no tienen filtro, en parte como le pasa a ella con ciertas facetas de su vida.

—Lo que usted quiera. ¿De quién era la sangre que echaron por todo mi cuerpo y por qué hicieron algo así?

—La sangre pertenece a un hombre llamado Matías Roca, es abogado, y ayer fue encontrado muerto en el antiguo cauce del río Turia, concretamente bajo el puente de la Exposición.

El rostro de Nuria dibuja un sin fin de pequeños gestos hasta que se para en uno en concreto: uno que denota repugnancia.

—¿Matías Roca?

—¿Lo conoce?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! No había oído hablar de él en mi vida. ¿Qué demonios significa todo esto?

—Todavía es pronto para saberlo, señora Folgado. ¿Y qué me dice de su marido? ¿Sabe si ha tenido que contratar ahora o en el pasado algún abogado?

Nuria niega con la cabeza antes de responder.

—No, que yo sepa —dice Nuria tapándose la cara mientras deja escapar un lamento cercano al llanto—. ¿Qué locura es todo esto, inspector? ¿Qué está pasando aquí?

Héctor mira a Nuria a los ojos y, por primera vez desde ha tenido trato con ella, ve una expresión cien por cien sincera; la expresión del miedo.

—Lo único que tenemos claro hasta el momento es que hay una víctima y dos personas en paradero desconocido, y que la persona o personas responsables de esto han querido asustarla por alguna razón que desconocemos.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Y eso por qué, eh, por qué razón querría alguien hacer algo así ? —El rostro de Nuria se congestiona. Se está poniendo más nerviosa. Llora y tartamudea. Silvia se acerca a ella y pone una mano sobre su hombro. Las dos mujeres miran a Héctor como si él fuese el culpable de lo que ha pasado.

—Eso es justo lo que estoy tratando de averiguar, señora, eso y por supuesto dónde están ahora su marido y su hija, y le aseguro que no voy a parar hasta encontrarlos. Ahora voy a tener que marcharme, pero antes me gustaría hacerle un par de preguntas más.

—¿Qué quiere saber? —pregunta Nuria con los ojos empañados.

—Anoche estuvimos revisando de nuevo su casa, concretamente su habitación, ya sabe, el lugar de los hechos, y vimos que en la cama había una sábana bajera y una colcha tipo retazal en un rincón, pero

no vimos la segunda sábana de cama que suele utilizarse para no taparse directamente con la colcha, ¿sabe usted si efectivamente esa sábana se encontraba en la cama cuando se acostó? Por lo que hemos podido ver, no se encuentra ni en la lavadora ni tampoco está tendida.

Nuria es consciente en ese momento de que toda su intimidad está siendo invadida, y eso hace que sienta un pinchazo en el pecho. Cabecea antes de responder, no entiende nada, está cansada, y si no consigue dormir un poco cuanto antes, se va a desbordar.

—Sí, por supuesto que utilizamos otra sábana aparte de la bajera, ¿y dice que no está?

—No. Supongo que esa sábana hacía juego con la bajera, ¿verdad?

—Sí, así es… —dice Nuria llevándose las manos a las sienes y entrecerrando los ojos—. ¿Pero eso qué tiene que ver con la desaparición de mi hija? No entiendo nada ——Nuria hace ademán de romper a llorar, pero reprime esa reacción natural con todas sus fuerzas.

—Todavía no sabemos por qué esa sábana no estaba donde tenía que estar, pero es importante porque eso nos dice algo más acerca de cómo se llevaron a su marido y a su hija. Quizá la utilizaron simplemente para tapar a su hija, no lo sabemos, aunque es importante porque nos da más información, y en una investigación cualquier tipo de información importa, créame.

Nuria asiente entre lamentos. Ese llanto que ha reprimido momentos antes está a punto de superarla. Imagina a su hija tapada con esa sábana mientras alguien se la lleva en brazos en mitad de la noche y siente un odio y una rabia tan grande que hasta siente miedo de sí misma.

—¿Queda mucho para terminar, inspector? —pregunta Silvia viendo que su amiga está a punto de venirse abajo. Nunca la había visto así, tan abatida y apagada. Nuria siempre ha sido alguien con mucha energía, a veces con demasiada energía. En cambio ahora...

—No, solo una cosa más.

—¿El qué? —pregunta Nuria con una expresión de angustia y miedo inundando toda su cara.

Y Héctor, que está a punto de preguntarle por aquello que según la inspectora Silva tenía escondido bajo su mesilla y que se apresuró a guardar en otro lugar, decide en el último momento guardarse esa pregunta para otro ocasión y tratar de averiguar la respuesta por otros medios.

—No importa, no es nada. Lo mejor ahora será que trate de descansar un rato, la llamaré si tengo algún tipo de novedad —dice Héctor levantándose del sofá.

—De acuerdo, inspector, gracias por todo y disculpe mi tono al hablar, como comprenderá, no paso por mi mejor momento. Solo

necesito que mi hija aparezca… por favor, encuéntrela, y le aseguro que estaré en deuda con usted toda mi vida.

—Puede estar bien segura que haré todo cuanto esté en mi mano para encontrar a su hija, señora Folgado, y que no descansaré hasta dar con los responsables de esto.

—Inspector, ¿puedo preguntarle algo? —dice Nuria viendo cómo el inspector encara el pasillo en dirección a la puerta de entrada.

—Claro, pregunte.

—¿Cuándo podré volver a mi casa?

Héctor coge aire y trata de dar una respuesta lo más cercana posible a la realidad.

—Pronto, tal vez en unos días. Hay que esperar a que estén todos los resultados de la científica y, si no ha habido incidencias, después podremos solicitar al juez que nos dé su autorización para que se pueda proceder a la limpieza exhaustiva de la escena, quiero decir, de su casa.

Nuria asiente y le da las gracias. En su rostro se dibuja una enorme decepción, porque tras escuchar al inspector, y haciendo cálculos rápidos, se dice que la cosa se puede alargar al menos una semana, quizá más. Y a ella no le gusta nada estar fuera de su casa.

Lo primero que hace el inspector Burbano al salir de la bonita urbanización de apartamentos de la playa de la Patacona es llamar a Eduardo Cámara, el colaborador externo que le han asignado, y le pide que, de la forma más discreta de la que sea capaz, investigue tanto el entorno de la propia Nuria y su marido, como el entorno de Matías Roca, y que trate de encontrar algún tipo de vínculo entre ellos, porque no le cabe ninguna duda de que ese vínculo existe.

Lo siguiente que hace él es ir a ver al amante de Nuria, Adolfo Monteagudo.

En cuanto Nuria se queda a solas en la habitación en la que la ha alojado su amiga Silvia, y dándole vueltas a los días que aún faltan para que pueda volver a casa, se pregunta si no debería haber escondido un poco mejor lo que guardaba bajo su mesilla de noche. Y presa del miedo a que lo puedan encontrar, se dice que, a pesar de lo que le ha dicho el inspector Burbano, debe volver a su casa cuanto antes y llevárselo de allí, porque si lo encuentran, ¿qué será de ella? ¿Y qué sería de Lidia? Porque Lidia tiene que aparecer antes o después, que no aparezca no ha sido una posibilidad para ella en ningún momento. Porque si su hija no vuelve junto a ella, ella se volverá a perder, pero esta vez para siempre, y si eso pasa, entonces todos mueren

CAPÍTULO 11

Encadenada

Lidia nunca ha sentido tanto miedo en sus siete años de vida. Está completamente aterrada, en un lugar oscuro, y sin la presencia de las dos personas que más la quieren en el mundo: sus padres.

No sabe lo que va a pasar, ni lo que le van a hacer, solo que se ha despertado ahí tirada, sin luz, encadenada a la pata de una cama. La han ido a ver un par de veces, pero no le han dicho nada, tan solo la han mirado desde la distancia. Después le han dejado un poco de comida y agua y se la han acercado empujando una bandeja con un palo, como si ella fuese un animal con la rabia al que no se pudieran acercar.

Lidia no ha llorado tanto en toda su vida como lo ha hecho durante las últimas horas, lleva allí alrededor de un día, quizá más, quizá menos, es difícil calcular el tiempo cuando todo cuanto te rodea es oscuridad, cuando el hambre y el sueño se confunden hasta el punto de ser ambas sensaciones una sola cosa. Apenas le quedan lágrimas, está débil, pero lo peor de todo es que el miedo que siente es tan grande que la paraliza, incapacitándola para cualquier tipo de acción que pudiera servirle para salir de allí. De todos modos, ¿qué otra cosa puede hacer? Está encadenada, apenas puede ver nada, y casi no tiene fuerzas ni para mantenerse de pie.

Aun así, fruto de la desesperación, y sin ni siquiera saber si valdrá para algo o si vale la pena intentarlo, empieza a tirar con fuerza de la cadena que une su tobillo izquierdo a la cama que está anclada en el suelo. Ha oído decir que los niños que desaparecen nunca vuelven, así que si se queda quieta, eso mismo es lo que va a pasar con ella, que nunca va a volver. Tira con todas sus fuerzas de la cadena mientras grita de un modo desgarrador. Tira y tira hasta que le sangran las manos, y casi cuando está a punto de rendirse otra vez, escucha un ruido, una especie de *clic*. El ruido parece proceder de la pata de la cama que está atornillada al suelo y en la cual está enrollada la cadena. Se tiene que acercar mucho para poder ver bien a qué se ha debido ese sonido, está todo tan oscuro que no hay forma de tener una visión cien por cien clara. Pero entre lo poco que puede ver, y lo que tocan sus manos, cree estar segura de que la pata de hierro de la cama, aparentemente oxidada, se ha partido parcialmente.

El rostro de Lidia se ilumina por completo y empieza a tirar con más fuerza para terminar de romper la pata de la estructura y poderse liberar. Y tras un par de minutos en los que siente cómo la sangre

corre entre las palmas de sus manos, consigue su propósito. La pata de la cama se rompe del todo y ella se cae de culo fruto de la inercia. Se ha dado un buen golpe, pero no importa, porque lo que ha conseguido es tan grande que toda ella se llena de una emoción que inunda todo su interior.

Acaba de conseguir lo que hace tan solo unos minutos parecía imposible, lo que solo había visto hacer en las películas: se ha liberado de sus cadenas sin la ayuda de nadie más. Ella sola.

Ahora solo queda una cosa: ver si también es capaz de salir de esa habitación. Necesita como sea salir de allí, o de lo contrario será una de las que nunca vuelven.

CAPÍTULO 12

Lo hago por mí

Por mucho que ha intentado quitárselo de la cabeza, Raquel no ha dejado de darle vueltas al caso desde que salió del pintoresco chalet de la calle Jaume Roig. Quiso hacer como que no le importaba cuando llegó a casa y le dio las gracias a Eduardo por haber estado cuidando de Carlota. Incluso a su propia hija, cuando le preguntó qué le pasaba, le mintió y le dijo que no era nada, que solo estaba cansada.

Pero la cruda y triste realidad es que no ha dejado de pensar en toda la noche y en lo que lleva de mañana en dónde podrían estar esa niña desaparecida y su padre. Piensa en la sábana que falta, en lo que la madre quiso esconder a toda prisa antes de que llegara la policía. Piensa en los motivos que podrían haber llevado a alguien a matar a sangre fría a un hombre aparentemente respetable, sacarle toda la sangre y después verterla sobre otra persona. Y se dice que encontrar la relación entre el abogado al que han encontrado muerto y la madre de la niña, es la clave.

Le da vueltas a todo eso y, justo antes de entrar a su próxima clase, llama a su ex sin apenas pararse a pensar en lo que está a punto de hacer: involucrarse más de lo que debería.

—¿Qué pasa, Raquel? Ya es el segundo día seguido que me llamas, voy a empezar a pensar que quieres algo conmigo —dice Eduardo en cuanto descuelga.

—No digas tonterías, escúchame un momento, estoy a punto de entrar en clase, ¿qué es exactamente lo que vas a hacer como colaborador externo de la policía?

Eduardo tarda unos segundos en responder, el tiempo que necesita para plantearse a sí mismo a esa pregunta. Y la respuesta le llega de forma alta y clara: justo lo que estaba haciendo en ese preciso momento, hacer preguntas incómodas en lugares incómodos. En este caso, preguntar a los compañeros y compañeras de trabajo tanto de Nuria como de su marido desaparecido, ambos trabajadores del mismo hospital.

—Digamos que ese tipo de cosas que la policía no quiere hacer por sí misma para no poner en entredicho su nombre. Cosas poco elegantes.

—¿Ilegalidades?

—No, yo no he dicho eso, he dicho cosas poco elegantes o, tal vez, incluso poco agradables. Como montar guardias de larga duración, llevar a cabo indagaciones paralelas a la investigación principal,

preguntar hasta la saciedad aun a sabiendas de que te recibirán mal, o simplemente conseguir cierta información, como ya te he dicho antes, con métodos poco elegantes.

Raquel recuerda que su ex recurrió a un hacker para averiguar cierta información que ella le pidió hace tan solo unos meses, y entonces entiende lo de los métodos poco elegantes.

—Entiendo. Mira, necesito que hagas una cosa con relativa urgencia.

—¿El qué? ¿Una ilegalidad?

—No, calla. Creo que es importante que vayas cuanto antes al domicilio de Nuria Folgado y busques una cosa.

—¿Cómo? ¿A casa de Nuria Folgado? ¿Me hablas en serio?

—Completamente.

—¿Y qué se te ha perdido a ti allí? Pensaba que no querías tener nada que ver con el caso.

—Y no quiero, pero hay una niña en paradero desconocido y creo que eso es más importante que lo que queramos o dejemos de querer. Por si aun no lo sabes, hay cosas que están por encima de nuestra voluntad.

Eduardo suelta una pequeña sonrisa que Raquel escucha perfectamente.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Sabía que al final volverías.

—¿De qué estás hablando? No he vuelto a ningún sitio, estoy donde tengo que estar. Y no tengo por qué darte más explicaciones. ¿Vas a hacer lo que te pido sí o no? —Exige Raquel con determinación.

Eduardo vuelve a sonreír internamente al escuchar el tono imperativo y urgente de su ex. Eso es algo que, por alguna razón, siempre le gustó.

—Está bien, dime, ¿qué quieres que busque exactamente?

—No puedo decirte con certeza de qué objeto se trata, porque no lo sé, solo que era algo que Nuria guardaba bajo la mesilla de noche y que se apresuró a esconder en otro lugar de la casa antes de que la policía llegara. Supongo que si estaba escondido bajo la mesilla no debería ser un objeto muy voluminoso.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Si en medio del caos y la desesperación Nuria tuvo la suficiente sangre fría para recordar que tenía escondido un objeto que de ser encontrado podría traerle problemas, es que ese objeto es lo suficientemente importante para que tal vez ella o alguien cercano a ella pueda pensar en volver a la casa y sacarlo de allí cuanto antes. Así que sí, hay prisa.

—¿Y crees que eso podría tener algo que ver con la desaparición de su hija?

—Es posible. Ayer me dije que tal vez debía tratarse de alguna joya o similar, algo con mucho valor monetario pero con poco valor para el caso, por eso no le di demasiada importancia ni propuse encontrar dicho objeto con urgencia, pero hoy ya no pienso lo mismo. Aunque eso solo lo sabremos si llegamos antes de que lo haga ella.

Eduardo vuelve a sonreír internamente al escuchar cómo Raquel se incluye en el equipo al utilizar el término «llegamos».

—¿Y algún consejo para encontrar el objeto del que hablas?

—Teniendo en cuenta que el tamaño del objeto no puede ser muy grande y que toda ella estaba cubierta de sangre, yo me inclinaría por seguir un pequeño rastro que lleve hasta un punto de la casa que esté algo alejado de su cuarto y del salón y en el cual haya alguna huella parcial de una mano. Es posible que cuando escondió ese objeto cayese en la cuenta de borrar el rastro hasta él para evitar precisamente que pasase lo que estamos a punto de hacer, pero con las prisas y los nervios tal vez no consiguiera borrar dicho rastro completamente. Así que me inclino a pensar que si buscas con atención, lo encontrarás.

Eduardo se frota el lagrimal de los ojos mientras asimila las instrucciones de Raquel.

—Eduardo, ¿sigues ahí?

—Sí, por supuesto que sí.

—¿Y bien?

—Pues que me parece que lo mejor sería que vinieses conmigo y lo buscases tú misma, tú eres la experta en reconstruir hechos y secuencias, no yo.

—Ya te he dicho que ahora tengo clase, y además, ese es tu trabajo, no el mío.

Eduardo vuelve a sonreír. Él también está trabajando en ese momento, de hecho le acaban de contar un par de cosas de Nuria que merece la pena investigar: como por ejemplo que tiene un «amigo» bastante más joven que ella. Pero no le dice nada de eso a Raquel, porque lo único que quiere es contentarla.

—Está bien, como quieras. Lo intentaré, pero no te prometo nada.

—Busca bien en todos los armarios de la casa, en las cajoneras, en los altillos, despensas y demás sitios que puedan cerrarse medianamente bien y que estén lo suficientemente lejos de su habitación para que la policía no haya pensado en mirar ahí.

—Hecho. Me paso por allí ahora mismo, te aviso cuando acabe. ¿Qué tal Carlota?

—Fenomenal, ayer se lo pasó genial contigo. Te agradezco el detalle.

—No hay de qué.

—Te tengo que dejar, ya tengo a todos los alumnos esperándome en

clase.

—Claro, hablamos luego. Un beso.

Raquel cuelga el teléfono con una sensación contradictoria, por un lado se siente muy bien por estar aportando su granito de arena para que puedan encontrar a la niña desaparecida, pero por otro lado se siente horriblemente mal porque en el fondo sabe que está haciendo justo lo que dijo que no haría, volver. Traicionarse a sí misma y a lo que más quiere: a su hija.

Y justo cuando está a punto de empezar la clase, nota una extraña ansiedad recorriendo todo su interior muy parecida a la excitación sexual. Mira a sus alumnos pero solo ve imágenes llenas de sangre. Se imagina a Eduardo siguiendo esos pequeños y casi inexistentes rastros en la vivienda de Nuria Folgado, y se dice que no debería ser él quien está buscando ese objeto, debería ser ella.

Y entonces es cuando se rinde ante la evidencia, y piensa: no solo lo hago por esa niña desaparecida, ni por ayudar, lo hago por mí, porque lo necesito, porque es lo que mejor sé hacer y porque quiero hacerlo.

CAPÍTULO 13

Por donde va a verla

En cuanto Silvia sale de su casa para dirigirse a la peluquería donde trabaja, Nuria, aprovechando que se ha quedado sola y que nadie la observa, llama a su «amigo» Adolfo y le dice que es muy probable que la policía vaya a verlo, que esté tranquilo, que no pasa nada, pero que tampoco hace falta que les cuente ningún detalle de su vida privada. Tan solo eso, que son «amigos de más».

Nuria ha llamado a Adolfo para ponerle en preaviso porque lo conoce y sabe que reacciona muy mal ante la presión. Enseguida se viene abajo, ella lo sabe perfectamente, tiene un carácter muy débil y se tambalea con facilidad, y a veces es precisamente eso lo que hace que se acabe dando una imagen falsamente incriminatoria. En ese momento se pregunta si ha hecho bien contándole al inspector Burbano lo de su relación extramatrimonial. Ella está completamente segura de que Adolfo no ha tenido nada que ver con la desaparición de su hija, pero por otra parte también sabe que cuando se ocultan ciertas cosas a la policía, como por ejemplo que se tiene un amante, y después se enteran por su cuenta, entonces eso no solo te convierte en una mentirosa, eso te convierte en el mismo centro de todas las miradas. Alguien de quien sospechar, y eso es algo que no se puede permitir. No quiere a nadie tras ella, solo quiere a su hija de vuelta, nada más.

Tras llamar a Adolfo y transmitirle toda la tranquilidad de la que es capaz, busca alguna sudadera con capucha en el armario de Silvia y se asegura frente al espejo de que le cubre gran parte del rostro. Necesita volver cuanto antes a su casa y rescatar lo que escondió antes de que llegara la policía. No puede arriesgarse a que lo encuentre alguien de la científica husmeando donde no tendría que husmear. Nadie le ha dicho expresamente que no pueda entrar en su propio hogar, pero intuye que si han acordonado la vivienda y que el inspector le dijo que aún tendría que esperar unos días para poder volver a su casa, es que no debería ir allí. Menos con todo por limpiar. Así que lo mejor es que no la vean.

Aparca en la avenida Blasco Ibañez, a unos doscientos metros de distancia de donde está su casa. Antes de salir del coche se asegura de que no hay cerca ningún conocido o vecino que pueda reconocerla. No le apetece tener que dar explicaciones ni ver caras de sorpresa, condolencia o incomprensión. Por suerte, a su alrededor solo hay estudiantes, así que acelera el paso y tuerce por la calle Jaume Roig,

donde ella vive. Cuando ve la fachada de su casa con las cintas policiales mecidas por el viento siente una fuerte ansiedad en el centro de su pecho. De pronto vuelve a revivir todo lo que sucedió el día anterior y siente de nuevo esa horrible sensación de no saber ni dónde ni cómo estará su hija. Está a punto de romper a llorar, de gritar, pero consigue reprimir esos impulsos con mucho esfuerzo cuando localiza la ventana de la parte trasera de su casa por la que va a entrar. Es la puerta del jardín, por donde siempre entra Adolfo cuando "va a verla". La ventana está rota desde hace tiempo, así que no tiene problemas para abrirla y colarse en la cocina de su propia casa.

Respira aliviada una vez dentro. Lo ha conseguido. Ha llegado sin que nadie la vea. Pero antes de siquiera haber podido dar un solo paso, escucha un ruido procedente del interior de su casa. Y entonces no tiene ninguna duda, hay alguien más allí dentro aparte de ella.

CAPÍTULO 14

Las marcas de su cuerpo

El inspector Burbano apenas ha tardado unos veinte minutos en localizar la vivienda donde vive Adolfo Monteagudo, en la plaza del Cedro, y lo ha hecho gracias a la dirección que aparece asociada a su número de móvil.

Esa es una zona demasiado juvenil y *underground* para que alguien con el aspecto tan impoluto y pulcro de Héctor pase desapercibido. Acapara alguna que otra mirada proveniente de las terrazas de los bares donde algunos jóvenes beben cerveza en jarra escarchada, llevan camisetas a rayas muy anchas y fuman generalmente tabaco de liar.

Cuando localiza el portal del edificio donde vive Adolfo, espera a que alguien salga para colarse dentro del patio con un rápido movimiento. Prefiere tocar directamente sobre la puerta antes que hacerlo por el portero automático. Más que nada por aquello de escuchar si hay alguien dentro sin ganas de abrirle la puerta a un visitante inesperado, o que se asoma con disimulo a la mirilla y, quién sabe, decide hacerse el sordo. Pero no parece ser el caso de Adolfo, que abre la puerta sin ni siquiera preguntar.

—¿Sí? —pregunta Adolfo con la voz trémula. Tiene la mano derecha metida en el bolsillo trasero del pantalón y con la otra parece estar sujetando el marco de la puerta.

La imagen que el inspector Burbano tiene frente a él es la de un chico de unos veinte años, casi la mitad de los que tiene Nuria Folgado, o él mismo, que también tiene treinta y ocho recién cumplidos. El chico está bastante delgado, la tez pálida, ojeras pronunciadas y el pelo muy oscuro, casi tanto que parece habérselo teñido en la peluquería. Lo lleva recogido hacia atrás con un turbante morado que deja ver a la perfección la multitud de pendientes que perforan sus dos orejas. Lleva una camiseta ancha de manga larga de un grupo de heavy metal. Pantalón pitillo negro muy ajustado y botas de media caña de la marca Dr. Martens.

—Buenos días, soy el inspector de policía Héctor Burbano, ¿es usted Adolfo Monteagudo?

—Sí.

—Tengo que hacerle unas preguntas relacionadas con un incidente. ¿Le aparece si hablamos dentro?

Adolfo asiente encorvando un poco su figura.

—Claro, adelante, pase.

De camino al salón, que es a donde Adolfo lo dirige, Héctor observa

que todas las estancias de la casa con las que se encuentran a su paso, están cerradas. El olor a cerrado y a humo de tabaco se percibe desde la entrada, pero es especialmente molesto cuando llegan al salón. Las ventanas y las persianas parecen llevar meses sin abrirse, los dos sofás de tela color malva presentan numerosos agujeros propios de una quemadura de cigarrillo, además de restos de comida y de salsas tipo kétchup o mostaza. La mesa de cristal que hay frente a ellos está llena de tazas de café y ceniceros a rebosar. Al inspector le cuesta un poco imaginar cómo alguien como Adolfo puede tener una relación con alguien como Nuria, que aparenta ser la mujer de clase media modélica.

—¿Podrías abrir las ventanas y las persianas, por favor? —pregunta Héctor cogiendo a Adolfo por sorpresa.

—¿Las ventanas? ¿Por? —replica Adolfo con timidez.

—Porque tengo asma, y los espacios cerrados y muy viciados pueden provocarme un broncoespasmo —responde Héctor con rotundidad haciendo gala de la total ausencia de filtro que tiene para inhibir sus pensamientos o sentimientos.

Adolfo asiente y hace lo que el inspector le ha pedido, que llena sus pulmones de oxígeno en cuanto percibe la primera corriente de aire llegar hasta él.

Héctor localiza la esquina del sofá menos dañada por las quemaduras de cigarrillo, y se sienta. Adolfo se sienta en la esquina opuesta y observa cómo el pulcro y extraño inspector saca una pequeña libreta negra no mucho más grande que un Smartphone de seis pulgadas.

—Bien, señor Monteagudo, no quiero robarle demasiado tiempo, así que si le parece iré al grano —Héctor alza la vista y observa cómo Adolfo asiente con nerviosismo—. Según he podido saber, usted trabaja como celador en el hospital Clínico de Valencia y mantiene una relación sentimental con su compañera de trabajo Nuria Folgado, ¿es eso cierto?

Héctor vuelve a levantar la mirada y ve cómo el joven que tiene frente a él está cada vez más nervioso.

Adolfo solo piensa en qué dirán sus padres si se enteran de que tiene una relación con una mujer casada que, además, tiene una hija que en estos momentos está desaparecida. Puede imaginarse que lo primero que le dirían es que se marchase del piso en el que vive, porque es de ellos y porque ya le han dicho en reiteradas ocasiones que si no demuestra ser una persona responsable, entonces ellos dejarán de consentirle ciertos privilegios. Eso sería lo primero que harían, luego vendría el terror psicológico con el que lo empezarían a atacar. De todos modos, no puede mentirle al inspector, porque como le ha dicho la propia Nuria, es obvio que ya sabe que mantienen una

relación. La cuestión ahora es hasta dónde puede contar, porque eso es lo que Nuria no le ha dejado del todo claro.

—Sí, así es.

—¿Puede decirme desde hace cuánto?

—No sabría decirle, tal vez uno o dos años. No estoy seguro. ¿Le importa si fumo?

—Preferiría que no lo hiciese, ya le he dicho que soy asmático, el humo de tabaco me resulta especialmente molesto.

—De acuerdo, perdone.

—No importa. Supongo que si mantiene una relación con Nuria ya se habrá enterado de lo sucedido hace dos noches en su casa y de que su hija está desaparecida. ¿Cierto?

Adolfo asiente y se pasa la mano derecha por la nuca, introduciendo los dedos entre la densidad de su pelo.

—¿Y podría decirme dónde se encontraba usted hace dos noches, es decir, la noche del martes?

Adolfo mira a izquierda y a derecha. No sabe muy bien qué decir.

—Estuve aquí, en casa.

—¿Puede confirmarlo alguien?

Adolfo se encoge de hombros. Luego se muerde las uñas de la mano derecha, gesto que se afana en reprimir con rapidez, hecho que hace que la manga derecha de su camiseta se levante parcialmente, dejando a la vista una peculiar herida entre roja y morada. El inspector, que ha visto esa herida a la perfección, prefiere no hacer comentarios por el momento y espera a que el joven responda a su pregunta.

—Creo que no.

—¿Cree? O es sí, o es no.

Adolfo vuelve a pasarse una mano por la nuca. Está empezando a sudar, algo que no hace más que aumentar su actitud delatora.

Y Héctor, que desde un principio ha visto que el joven tiene la palabra culpabilidad escrita en la frente y la palabra fragilidad colgando del pecho, se dice que si lo aprieta un poco, lo contará todo. Algo oculta, de eso no hay duda, lo que no sabe es el qué.

—No.

—¿No, qué?

—Que nadie puede confirmarlo, estuve aquí solo viendo la tele, como casi todos los días.

Héctor le aguanta la mirada y Adolfo apenas es capaz de sostenerla un par de segundos.

—¿Podría decirme qué tipo de relación tienen usted y Nuria?

—¿A qué se refiere?

—A que ella está casada y tiene una hija de siete años, la misma que se encuentra en paradero desconocido, así que supongo que vuestra relación no es lo que se dice convencional. ¿Cómo la definiría?

¿Cada cuánto se ven?

—No sabría cómo definirla, ante todo, Nuria y yo somos compañeros de trabajo, amigos. No sabría decirle con qué frecuencia nos vemos, una vez por semana, a veces dos, a veces ninguna —musita Adolfo con la boca reseca.

Héctor, que hacía tiempo que no pasaba una noche como la que ha pasado, está empezando a acusar el cansancio, y eso hace que la pobre estrategia defensiva que está empleando Adolfo lo irrite más de lo habitual.

—¿Y es eso lo que usted quiere?

—¿Lo que yo quiero?

—Sí, lo que usted quiere, se conforma con aprovechar las fisuras que tiene el matrimonio de Nuria Folgado o en realidad quiere algo más.

—¿Algo más? —repite Adolfo cada vez más nervioso.

—Todo el mundo aspira a algo más, siempre. ¿Usted no?

Adolfo da la impresión de estar cada vez más asustado.

—Dígame, ¿está enamorado de la señora Folgado? ¿Qué planes de futuro tenían? ¿Sueña usted con vivir con ella? ¿Tal vez con ejercer de padre de su hija Lidia?

La tez de Adolfo se vuelve todavía más blanca. Niega con el cuello y respira por la boca con dificultad, parece estar a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Pero eso al inspector Burbano le da igual, él está allí para saber la verdad, nada más.

—No estoy enamorado, o sí, no lo sé, tampoco pretendo ni he pretendido nunca ser el padre de su hija. Y nunca hablamos sobre nuestro futuro juntos, solo quedamos, nada más —responde Adolfo resollando. Si fuese capaz, en ese momento habría roto a llorar, pero no lo es. Porque Adolfo no es como los demás, él solo llora cuando Nuria así lo quiere.

—Así que dice que no está seguro de si está o no enamorado de Nuria, ¿podría profundizar un poco más acerca de esa cuestión, señor Monteagudo? Ya le he dicho al principio que usted tiene el deber de ser veraz en sus respuestas, le recuerdo que en estos momentos hay dos personas desaparecidas, una de ellas es una niña de siete años. Así que le recomiendo que empiece a contarme toda la verdad si no quiere tener problemas serios.

Adolfo, que ha empezado a sudar de un modo alarmante, mira al inspector como si estuviese frente a alguien capaz de leer la mente de las personas, luego piensa otra vez en sus padres, en qué pasará si se enteran de todo, luego piensa en Nuria, en su hija; la pequeña Lidia. Piensa en todo eso, y siente miedo.

—Lo que yo siento por Nuria no sabría muy bien cómo definirlo, lo digo de verdad —dice Adolfo mirando de nuevo al inspector a los ojos

—. Pero sí es cierto que siento algo muy fuerte por ella, aunque no sé si llamarlo amor.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Cómo lo llamaría usted?

Adolfo visualiza a Nuria en su cabeza y todo lo que representa, después busca el término que más se acerca a lo que ella significa para él.

—Lo llamaría veneración, tal vez fascinación. Algo que está un poco más allá del amor.

Ahora es Héctor el que trata de analizar lo que acaba de escuchar, y en su cabeza se empieza a formar una idea tan clara como simple: Adolfo es una especie de juguete sexual de Nuria, quien lo tiene totalmente dominado.

—Así que lo que usted siente por Nuria es veneración, por tanto imagino que por ella sería usted capaz de hacer cualquier cosa, ¿me equivoco?

—No.

—Intuyo que ya le ha pedido cosas en más de una ocasión, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y qué tipo de cosas le pide la señora Folgado exactamente?

—Cualquier cosa. Nuria es una mujer a la que le encanta dar órdenes, y a mí me gusta cumplirlas, satisfacerla. Ella es… es la mujer más increíble que he conocido nunca —confiesa Adolfo con un brillo especial en los ojos.

—¿Y con qué están relacionadas esas órdenes que le da? ¿Con el sexo, con cuestiones de índole personal?

Adolfo titubea. Busca una respuesta veraz. Se ha tomado en serio lo de no ocultar la verdad, o al menos no toda.

—Principalmente con el sexo. Aunque nuestra relación sexual no es exactamente… —Adolfo duda en el último momento sobre lo que está a punto de decir. Nuria le ha ordenado que no dé detalles, y él está incumpliendo una orden. Imagina que eso traerá consigo un castigo, uno ejemplar. Y eso le gusta.

—¿No es exactamente cómo?

—Nuestra vida sexual no es del todo convencional, inspector, Nuria y yo mantenemos una relación de dominación-sumisión. Ella es la dómina, y yo su sumiso —Adolfo se toma un segundo para digerir su propia respuesta. Es la primera vez que se lo dice a alguien, y muy al contrario de lo que pensaba, eso le hace sentir bien—. No hacemos daño a nadie, lo que pasa entre ella y yo es algo plenamente consentido, deseado, más bien, pero sobre todo, es algo que nos satisface a los dos.

No es la primera vez que Héctor tiene un acercamiento con alguien que practica ese tipo de relaciones, por eso sabe que dentro de la

dominación-sumisión puede haber diferentes grados o escalas, y conviene saber en qué punto o nivel se encuentran Nuria y Adolfo.

—¿Podría ser más concreto, por favor? ¿Qué ocurre cada vez que usted y Nuria se ven?

—Depende, no siempre es igual. Nuria es una caja de sorpresas, y eso es lo que más me gusta de ella, que nunca sé qué esperar ni con qué me puedo encontrar. A veces simplemente me pide que haga cosas por ella, como lavarle a mano la ropa, los zapatos, ayudarla en su higiene personal, limpiar su casa, o cualquier otra cosa que necesite que haga por ella porque a ella no le apetece hacerla o no le gusta. Otras veces me pide que tenga sexo con ella al más puro estilo tradicional. Y otras… —El rostro de Adolfo se arruga. El joven se lleva las manos a la comisura de los labios y el inspector Burbano puede ver nuevamente la marca de su muñeca derecha. Duda entre si decir más, o callarse ya.

—¿Qué? ¿Qué ocurre otras veces?

Y Adolfo, a pesar de lo que le ha dicho Nuria de forma previa a la llegada del inspector, se dice que es mejor contar un poco más, para a la larga contar un poco menos.

—A veces tenemos sesiones de castigo. Cuando hago algo mal, cuando cometo errores, cuando no respondo de la forma que ella quiera… todo eso conlleva un castigo que ella me proporciona.

—¿Y ese castigo, es a nivel físico o psicológico?

—Depende. A veces es físico, a veces es psicológico, a veces es de las dos formas a la vez. Pero ya le he dicho que todo es consentido y cualquier cosa que pueda pasar ha sido previamente pactada y consensuada libremente por los dos. Tanto ella como yo sabemos perfectamente dónde están las líneas rojas que no se deben cruzar, y le aseguro que nunca se cruzan.

Héctor Burbano no deja de preguntarse cuáles son esas líneas rojas de las que Adolfo le ha hablado y qué relación podrían tener con la desaparición de Lidia y su padre, y se pregunta hasta qué punto va a seguir hablando Adolfo.

—¿Podría arremangarse la camiseta si es tan amable, por favor? —sugiere Héctor con educación.

—¿Por?

—He visto que tiene una herida en su muñeca derecha, y he supuesto que a lo mejor formaba parte de uno de los castigos de Nuria, quisiera ver el resto de sus brazos para hacerme una idea de cómo son esos castigos, si no es mucho pedir. Después de eso habremos acabado —dice Héctor tratando de convencer al joven. Y Adolfo, cuyo rostro se ha llenado de pesar momentáneamente, niega con la cabeza.

—Le recuerdo que estamos teniendo una conversación extraoficial,

pero en función de su colaboración y de cómo transcurran los hechos, la próxima conversación que tengamos tal vez ya no sea tan amistosa, ni tampoco en su casa. No sé si me entiende. Le sugiero, o mejor dicho, le aconsejo que colabore conmigo, señor Monteagudo, siempre es más fácil cuando la gente colabora, se lo aseguro —añade Héctor con mucha seguridad. Su impenetrable y limpio rostro no deja sitio para la duda, es como un cuadro que permanece inalterable a lo largo de los años.

Y Adolfo, que parecía haber dejado de sudar durante los últimos dos minutos, vuelve a sentir cómo el nacimiento de su pelo se humedece con rapidez. Nervios. En un gesto lleno temblores y burdos movimientos, se arremanga el brazo derecho y después el brazo izquierdo. Después baja la mirada para no ver ni un ápice de la expresión que provoca en el inspector.

Héctor Burbano, que no acostumbra a expresar aquello que siente, analiza con detalle las múltiples cicatrices y heridas recientes que el joven celador tiene en ambos antebrazos. Por el relieve, el contorno y la forma de todas esas marcas, intuye que la mayoría de dichas heridas son muy poco profundas y han sido causadas por un elemento con un filo muy cortante, como el que tiene un bisturí o un cúter. Hay pequeñas líneas rectas de entre dos y tres centímetros de longitud colocadas una al lado de la otra y a una distancia bastante regular. A simple vista calcula que en cada antebrazo debe de tener unas treinta de esas finas líneas. Pero no es solo eso. También tiene marcas que se asemejan a quemaduras de cigarrillo o a la incisión de una especie de clavo o tornillo. Sin olvidar las inequívocas marcas de unas esposas bien apretadas a la altura de ambas muñecas, las cuales parecen compatibles con ese principio de marca roja y morada que el inspector había atisbado bajo la manga de la camiseta. Héctor Burbano ha tenido suficiente con lo que ha visto para decirse que la relación que hay entre Nuria y Adolfo, dentro de la escala de las relaciones de dominación-sumisión, es de las consideradas en un nivel peligroso o de alto riesgo. Riesgo de lesión grave e irreversible para la salud. Por lo que ve en sus antebrazos intuye que el resto de su cuerpo no debe tener mucho mejor aspecto, pero le gustaría verlo para poder hacerse una idea más exacta del perfil psicológico tanto de Nuria como de Adolfo.

—¿Podría quitarse la camiseta, por favor?

—¿Por?

—Me gustaría ver también su torso y, si puede ser, el resto de su cuerpo.

Adolfo vuelve a negar con el cuello mientras se baja las mangas de la camiseta.

—Lo siento, pero me parece que ya le he enseñado bastante. Creo que lo que yo haga en mi vida privada, con todos los respetos, no es de su incumbencia, inspector —añade Adolfo con un rictus amargo, cercano a la humillación.

Héctor, que cree tener suficiente por el momento, se levanta y le extiende su mano derecha al joven, que titubea un poco antes de estrechársela con timidez.

—Que tenga un buen día, señor Monteagudo. Contactaré con usted si el transcurso de la investigación lo requiere. Trate de estar localizable y no salga de la ciudad durante los próximos días. Y por supuesto, si recuerda cualquier cosa que haya visto u oído relacionada con alguna persona cercana a Nuria y que podría acercarnos a su marido y a su hija, no dude en llamarme a cualquier hora y hacérmelo saber —dice Héctor sacando una tarjeta personal del bolsillo trasero de su pantalón y dejándola sobre la mesa del recibidor.

En cuanto el inspector abandona su casa, Adolfo, que está a punto de sufrir un ataque de pánico, coge el teléfono y llama a Nuria. Necesita contárselo todo.

CAPÍTULO 15

Platos rotos

Eduardo Cámara se ha empeñado en repetirse una y otra vez durante los últimos meses que los años están empezando a pesarle. Que desde que ha cumplido los cuarenta le cuesta más levantarse por las mañanas, a pesar de haber perdido esos kilos de más y de haber recuperado la forma física. Se dice que la vista le ha empezado a fallar, que incluso el gusto y el olfato ya no son tan agudos como antes. Y todo ello por no hablar de su órgano eréctil. Si antes tenía poco aguante en la cama, ahora ya ni tan siquiera consigue erecciones de calidad. Siente como si poco a poco se estuviese apagando por dentro, evaporándose como un charco de agua a pleno sol.

Por eso se ha tomado tan en serio recuperarse a sí mismo. Empezar a cuidar lo único que ha logrado conservar durante lo que él considera la primera mitad de su vida: a él mismo.

Así que cuando escucha perfectamente el sonido de un teléfono móvil a solo unos cuantos metros de él, se siente bien. Su cuerpo y sus sentidos, a pesar de las evidentes pérdidas, vuelven a estar de su parte. Si ha oído algo, es porque el sonido ha sido lo suficientemente alto como para llegar hasta él. No han sido imaginaciones suyas.

La vivienda de Nuria Folgado tiene dos pisos, él se encuentra en el de arriba tras seguir un pequeño y casi insignificante rastro de sangre en busca de ese objeto que la propietaria de esa casa podría haber escondido, tal y como le había indicado Raquel, y el ruido proviene del piso de abajo. Eduardo no tiene ningún tipo de duda de lo que significa lo que ha escuchado; hay alguien más en esa casa, la cuestión es, ¿quién es la persona que hay abajo y por qué no la ha escuchado entrar? Podría ser un policía de la científica en busca de más pruebas, o incluso el inspector Héctor Burbano o alguien de su equipo, pero, ¿por qué entrar sin hacer ningún tipo de ruido? Y entonces se dice que tal vez la persona que hay ahí abajo es alguien cercano a Nuria Folgado, como por ejemplo el joven «amigo» que tiene del que le han hablado, o quién sabe si la propia Nuria tratando de recuperar a escondidas y sin hacer ruido el mismo objeto que él está buscando, tal y como Raquel le dijo que podría suceder.

Eduardo se pone en guardia y se dice que solo hay una manera de saber quién es la persona que está abajo y qué busca. Se dirige despacio a la escalera y empieza a bajar de puntillas, haciendo el menor ruido posible, pero sus articulaciones, que tampoco son lo que

eran, crujen a cada paso como una madera abombada y desencajada. Así que hace más ruido del deseado y se maldice por ello.

Y justo cuando llega al piso de abajo, se detiene un par de segundos para tratar de escuchar algo antes de alertar con su presencia al visitante inesperado, pero el ruido de un plato rompiéndose al caer al suelo hace que todos sus planes cambien. No hay duda de que ese ruido proviene de la cocina, y es allí hacia donde se dirige apresurando el paso todo lo que es capaz. Pero cuando llega a la cocina, aparte de confirmar que el suelo está lleno de pedacitos de cortante porcelana blanca, no ve a nadie más. Avanza tratando de no pisar los restos del plato roto y cuando llega a la estancia contigua, la que hace de lavadero, ve que la ventana que da al jardín de la casa está completamente abierta, cuando se asoma, tampoco ve a nadie. Solo la verja por la que se accede a la calle. Es evidente que la persona que estaba allí lo ha oído y se ha marchado corriendo, ahora la pregunta es si habrá tenido tiempo de llevarse lo que había ido a buscar, lo mismo que presuntamente estaba buscando él y que según Raquel, podría ser de vital importancia para entender lo que ha pasado en esa casa y, lo más importante, encontrar a Lidia.

Eduardo lamenta no haber sido más rápido y llama a Raquel para contarle lo que ha pasado y, ya de paso, preguntarle qué hacer a continuación. En ese momento ha olvidado por completo que él de quien está a las órdenes no es de su ex, sino del inspector Burbano, quien le había ordenado investigar el entorno del Matías Roca y de Nuria Folgado. Y de momento no ha hecho ninguna de las dos cosas, al menos con la profundidad que debería.

CAPÍTULO 16

Tres días

—¿Pero tú eres subnormal o qué te pasa? —grita Nuria en cuanto Adolfo descuelga el teléfono. Tiene las pulsaciones tan fuertes y rápidas que cree estar a punto de sufrir un infarto—. ¿No te he dicho esta mañana que ni se te ocurriera llamarme? —El sonido de su teléfono ha delatado su posición, y la persona que estaba en su casa cuando ella ha entrado no la ha pillado de milagro. Casi podía sentir su respiración cuando ha saltado por la ventana del lavadero para después escapar por el jardín.

—Lo siento, Nuria, es que ha estado aquí el inspector ese.

—Ya sé que ha estado ahí, gilipollas, soy yo la que te he dicho que iría. ¿Y me has llamado por eso? —Nuria, tras abrocharse el cinturón de seguridad y arrancar su elegante Volvo XC40, ha puesto rumbo al piso de su amiga Silvia. Sus pulsaciones empiezan a bajar un poco.

—No solo por eso. Es que… ha estado haciéndome muchas preguntas acerca de ti, y de mí, y de nuestra relación, y yo no sabía hasta qué punto él conocía o no conocía nuestras cosas —responde Adolfo muy nervioso.

Y Nuria, que está empezando a experimentar un súbito ataque de rabia y miedo a lo que pueda haber dicho, tiene que parar el coche en doble fila para no tener un accidente, algo que no sería la primera vez que le ocurre cuando pierda la calma.

—Dime qué coño le has contado exactamente.

—Solo que yo soy tu sumiso, y que veces me castigas —confiesa Adolfo entre lágrimas. En ese momento no teme al monumental castigo que pueda darle Nuria, lo que más teme es que ella ya no quiera saber nada más de él. Que lo abandone y lo deje solo.

Nuria trata de controlar su ira, sus nervios. Se dice que lo último que necesita en ese momento es perder el control por completo. Pero también sabe que lo que pasa entre ella y Adolfo le puede traer problemas. Tanto a nivel legal como a nivel social. Así que necesita tener a Adolfo bajo control, saber qué ha dicho exactamente y sobre todo, saber que no va a decir nada más.

—Dime qué le has dicho exactamente, Adolfo. ¿De qué castigos le has hablado?

—Solo que hago cosas por ti, cosas personales o del hogar, y que a veces me haces marcas en los brazos.

—¿Ha visto el inspector las marcas de tus brazos? —pregunta Nuria.

—Sí.

—¿Y ha visto el resto de tu cuerpo?

—No, no. Para nada. Quería que me quitara la camiseta, pero le he dicho que se fuera. Que no tenía derecho a meterse en mi vida. Así que solo ha visto los brazos. ¿Lo he hecho bien?

Nuria coge aire y entrecierra los ojos antes de responder.

—¿Y entonces no le has contado nada más? ¿Solo lo de los brazos?

—Sí, y que a veces también tenemos sesiones de sexo.

—Está bien. Pero a partir de este momento te prohíbo que le hables a él o a cualquier otro policía de mí y de nuestra relación, ¿te queda claro? Y ten por seguro que vas a recibir el castigo más grande de tu vida por esto. Y jamás vuelvas a llamarme, por nada del mundo. ¿Lo entiendes? Yo seré la única que te llame cuando lo considere.

—Haré todo lo que tú ordenes y como tú lo ordenes, ama.

—Por tu bien, eso espero. Y te estoy hablando muy en serio.

Nuria cuelga el teléfono dejando a Adolfo con la palabra en la boca. Solo espera que no diga ni una palabra más. Al menos se dice que ha conseguido recuperar la cinta in extremis. Si hubiesen la hubiesen encontrado, lo que pasa entre Adolfo y ella habría sido un juego de niños comparado con lo que se puede ver en esa cinta.

Cuando vuelve a poner rumbo a la playa de la Patacona, siente un súbito y doloroso pinchazo en el pecho al recordar que, después de todo, lo único que quiere en el mundo continúa en paradero desconocido. Y eso sí que le está empezando a resultar insoportable. Si su hija no aparece, no lo va a soportar. Se vuelve a preguntar quién y por qué se ha llevado tanto a su hija como a su marido, dónde estarán en estos momentos y si estarán bien. Luego se vuelve a preguntar por qué la cubrieron a ella de sangre, y eso hace que piense en el hombre al que pertenecía esa sangre. Su nombre le suena, pero el caso es que no recuerda bien quién es…

Y antes de que pueda hacer más esfuerzos por recordar, su teléfono móvil emite el sonido de una nueva notificación. Acaba de recibir un mensaje nuevo. A pesar de estar conduciendo, desbloquea el teléfono y no tarda en ver que el mensaje viene acompañado de una fotografía de su hija Lidia.

El corazón de Nuria sufre un terrorífico espasmo cuando ve a su pequeña tirada sobre una cama en un lugar oscuro y sucio.

Junto a la fotografía hay un mensaje: *Si habla con la policía, su hija morirá en tres días. Si no hace todo lo que le digamos cuando se lo digamos, su hija morirá en tres días. Si no la conseguimos localizar cuando nos pongamos en contacto con usted para darle las indicaciones precisas de lo que ha de hacer, su hija morirá en tres días.*

Cuando termina de leer el mensaje, es tal el estado de ansiedad de Nuria que no puede evitar perder el control del coche y salirse de la

carretera, que da tres o cuatro vueltas de campana hasta acabar en el interior del escaparate de una tienda. A su alrededor, todo el mundo empieza a gritar.

CAPÍTULO 17

Lo que están a punto de ver

—Joder, Eduardo, ¿se puede saber qué quieres? Más te vale que sea importante, por si no te acuerdas estoy en medio de una clase —dice Raquel cuando, tras pedir disculpas a los alumnos, sale del aula y ya en el pasillo de la facultad, descuelga la llamada de su ex a sabiendas de que, si la está llamando después de haberle dicho que fuese en busca del objeto que Nuria podría haber ocultado, es porque ha encontrado algo. Y eso es bueno, pero a pesar de ello, a ella le gusta mantenerlo a raya para que no coja demasiadas confianzas, porque después pasa lo que pasa.

—Tenías razón —asevera Eduardo.

—¿En qué tenía razón?

—En que Nuria o alguien cercano a ella ha estado en su casa para llevarse lo que escondió.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando he llegado a la casa he tratado de seguir un pequeño rastro de sangre partiendo de la mesilla de noche de Nuria, tal y como me indicaste, y después de valorar varias opciones, he optado por subir a la planta superior.

—¿Y?

—Ya sabes cómo estaba la casa y la de pisadas de todo tipo que había. Ten en cuenta que la experta en reconstrucciones eres tú, y no yo.

—Al grano, Eduardo, no tengo todo el día.

—Me temo que no he acertado con el camino escogido, no he encontrado nada.

—Pero eso no tiene por qué significar que el objeto no siga allí, a lo mejor, volviendo a la casa y siguiendo otro rastro…

—Espera un momento a que termine de contártelo todo y después me dices si aún opinas lo mismo. Mientras buscaba en el altillo de un armario he escuchado el sonido de un teléfono móvil que provenía de la planta de abajo, y a ese sonido se le ha unido el ruido de unos pasos. Obviamente, alguien que había entrado a hurtadillas ha tenido la mala pata de recibir una llamada inesperada. He bajado todo lo rápido que he podido tratando de no hacer ruido, pero me temo que la persona que había abajo no ha querido correr riesgos. Se me ha escapado por muy poco por la parte de atrás de la casa.

Raquel trata de unir las diferentes piezas del pequeño puzle que Eduardo le ha dado para reconstruir mentalmente la escena.

—¿Y no has podido ver a esa persona?

—No. Lo que es verla no la he visto. Así que no sé si era hombre, mujer, o alguien con el disfraz de Batman.

—¿Cuándo dices que ha escapado por la parte de atrás, te refieres a la zona del lavadero que hay junto a la cocina? —pregunta Raquel obviando las bromas de su ex.

—A esa misma —responde Eduardo sintiendo verdadera fascinación por ver cómo funciona la mente de Raquel.

—¿Estás seguro?

—He escuchado cómo se le caía un plato cuando trataba de escapar. El plato estaba en la cocina, y a unos cuantos metros había una ventana abierta de par en par que daba justo al jardín que bordea la parte trasera. Como puedes ver, no hay lugar a dudas.

Las preguntas se suceden en el interior de Raquel a una velocidad difícil de procesar. Su cerebro es como un súper ordenador al que le hace falta una nueva actualización.

—¿Qué opinas? ¿Por qué te has quedado tan callada? —pregunta Eduardo ante el repentino silencio de Raquel.

—Hay que asegurarse de que efectivamente esa persona se ha llevado lo que había ido a buscar y no se ha ido sin terminar el trabajo.

—¿Crees que podría haberse ido sin el objeto?

—Tal vez. Si le ha sonado el móvil y después te ha escuchado a ti podría haberse asustado y haberse marchado sin lo que ha ido a buscar. Es difícil de saber. La única forma sería volver a la casa para ver si, efectivamente, no has seguido el rastro correcto, para ver si el rastro que estábamos buscando estaba en la planta de abajo y no en la de arriba. En cualquier caso, confirmamos que Nuria escondió algo muy importante y que si no es ella quien lo ha ido a buscar, ha sido alguien que sabía que podía entrar y salir por la misma ventana que entraron las personas que se llevaron a su hija y a su marido. Una casualidad que deberíamos tener muy en cuenta a partir de ya.

—¿Qué has querido decir con eso?

—He querido decir lo que he querido decir. Que las personas que entraron a su casa para llevarse a su hija lo hicieron presuntamente por la misma ventana que ella o alguien cercano a ella acaba de utilizar para entrar de nuevo en la casa. Eso nos lleva a pensar que tal vez, tantos uno como otros sean los mismos.

—No estarás insinuando que Nuria podría haber entrado en su propia casa por la ventana para fingir el rapto de su hija y de su marido, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso. Solo que era una casualidad a tener en cuenta. A lo mejor Nuria no sabe nada, pero sí la persona que podría haberla ayudado ahora a recuperar ese objeto. Lo que está claro es

que es vital analizar a fondo todas las personas cercanas de su entorno. Como también es vital volver a su casa cuanto antes. Aunque lo que de verdad hubiese hecho yo en tu lugar es ir a toda velocidad hasta el piso donde Nuria se está quedando alojada para interceptarla antes de que tuviese tiempo de volver a esconder el objeto, si es que ha sido ella la persona a la que no has podido ver por muy poco. Pero por razones obvias, me temo que si lo ha recuperado, a estas alturas el objeto ya debe estar nuevamente escondido.

—Vaya, pues sí que es una pena que no hubieses sido tú en lugar de yo.

—No importa, no es necesario que te castigues, lo harás mejor la próxima vez.

—Puede, pero sigo pensando que si la próxima vez me acompañas en lugar de estar hablando por teléfono, ahorraríamos tiempo y dinero.

—No empieces otra vez, Eduardo.

—No empiezo. Es la verdad.

—Ya te he dicho que no.

—Vamos, Raquel, sabes perfectamente que por mucho que lo niegues, ya estás dentro.

—No es verdad, no lo estoy —recalca Raquel con poca convicción.

—Lo estás, mentalmente lo estás. Y lo sabes mejor que yo, ¿te parece si te invito a comer y hablamos de la estrategia que vamos a seguir a partir de ahora? Así me ahorraré dar más pasos en falso.

Raquel, que acaba de sentir otra vez esa poderosa ansiedad que define su adicción a la investigación policial, levanta el cuello para ver a través de la ventana de la puerta del aula. El inconfundible ruido del ajetreo y trasiego que se produce al final de una clase no deja lugar a dudas: la clase ha terminado y los alumnos están recogiendo. Y lo peor de todo es que ella se había olvidado por completo de que estaba atendiendo una llamada en horario laboral. Luego mira el reloj de pulsera herencia de su madre y ve que son las dos del mediodía.

—Está bien, Eduardo, ¿te viene bien en una media hora? Tengo que pasar a por Carlota.

—Me viene perfecto, ¿dónde?

—En mi casa. ¿Puedes pasar por algún sitio de comidas para llevar?

—Por supuesto, ¿alguna preferencia?

—Para Carlota algo de arroz, a mí algo de pasta.

—Genial, en un rato nos vemos.

—Hasta luego.

En cuanto Raquel cuelga, los primeros alumnos empiezan a salir por la puerta. Ella se disculpa tímidamente diciendo que ha tenido que atender una llamada urgente. Cuando cree que ya han salido todos, entra a recoger sus cosas y se topa con Pablo, Dani, Neus y Natalia,

que se han quedado a esperarla.

—¿Podemos hablar de una cosa, Raquel? —pregunta Pablo con simpatía.

—Ahora no es un buen momento, tengo que ir a recoger a mi hija —responde Raquel mientras apaga el ordenador y recoge sus cosas.

—Es sobre el caso de la niña y el padre desaparecido. Ya sabes, nuestra visita de ayer a la casa. Queríamos contarte nuestras impresiones. Si me permites, estuviste genial. Tanto Natalia, como yo, y como el resto, nos sentimos muy orgullosos de que seas nuestra profesora.

Raquel sonríe tímidamente. No es ajena a los halagos, aunque provengan de un joven alumno.

—Gracias. Pero en serio, ahora no puedo hablar, de hecho ya llego tarde.

—No importa, este es nuestro informe preliminar, por si puedes darle un vistazo. Seguro que está lleno de tonterías, pero son nuestras conclusiones y teorías sobre lo que vimos ayer —dice Pablo con educación pasándole una pequeña carpeta de cartón blanca.

Raquel la coge sin detenerse a mirarla y la introduce en su bolso.

—Vaya, no era broma lo de que teníais ganas de hacer un buen trabajo. De momento en cuanto a dedicación tenéis un diez. En cuanto pueda lo leo. Hasta mañana —dice Raquel saliendo del aula con rapidez.

—Hasta mañana, inspectora —responde Pablo con una sonrisa.

—Hasta mañana —añaden los otros tres alumnos

—Eh, Dani, tenemos que hablar —dice Pablo en cuanto ve que Neus y Natalia se han adelantado unos metros.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas nuestra apuesta?

—¿Qué apuesta?

—¿Ya te has olvidado? La del vídeo íntimo de nuestra profe.

—¿Qué pasa con él?

Pablo le contesta con una sonrisa llena de picardía y malicia.

—No te creo —dice Dani con perplejidad.

—No tienes que creerlo, solo tienes que verlo, y empezar a pagar lo que me debes. Porque has perdido la apuesta.

—¿Tú ya lo has visto?

—Todavía no, pero te aseguro que ya lo tengo. Y que es real. ¿Lo vemos esta tarde en tu casa?

—En mi casa no se puede, y ya te puedes imaginar por qué. ¿En la tuya?

—En la mía sí se puede —dice Natalia para sorpresa de los dos jóvenes, que se ha quedado sola debido a que Neus se ha tenido que

marchar tras una llamada de su padre, así que se han quedado solo los dos chicos y ella.

—¿Pero tú qué dices? ¿A ti quién te ha dado permiso para hablar? —responde Dani con brusquedad.

Natalia, que al parecer ha escuchado parte de la conversación de los dos chicos, se esconde tras sus enormes gafas y baja la mirada ante la contestación con la que se ha encontrado.

—¿Pero cómo te pasas, Dani? —interviene Pablo con interés—. A ver, mudita, ¿se puede saber de qué estás hablando y qué se supone que sí se puede hacer en tu casa?

Natalia levanta la mirada con timidez y mira a Pablo con menos vergüenza que el día anterior. Su visita conjunta al lugar de los hechos le ha dado algo de confianza con el popular chico.

—Estabais hablando del video privado de la profesora, ¿no?

—Más que privado yo diría prohibido —matiza Pablo con una sonrisa maliciosa que hace que Natalia se sonroje—. ¿Qué sabes tú de ese video?

—Lo que se dice por ahí. Que en el último caso en el que participó la grabaron mientras la violaban y que ese vídeo circula por la red profunda y el mercado negro. Ya os escuché hablar el otro día y ahora os he vuelto a escuchar otra vez. Habláis más alto de lo que pensáis.

Pablo mira a Dani, que le devuelve una mirada molesta.

—¿Y tú no tienes un oído muy fino, mudita? —añade Pablo.

—Bastante.

—¿Y verías el video si lo tuviera?

Natalia se pone un poca roja y después asiente sin levantar la mirada.

—Pues no se hable más, vamos a tu casa.

En menos de una hora, los tres jóvenes están frente al televisor que Natalia tiene en la bohemia buhardilla del acogedor dúplex en el que vive con sus padres, en el legendario barrio del Carmen.

En cuanto Pablo le da al *play*, los tres contienen la respiración ante lo que están a punto de ver.

CAPÍTULO 18

Tiembla

No ha habido forma de escapar del sótano en el que está encerrada. Al menos de momento.

Tras lograr romper las cadenas que unían uno de sus pies a la cama, Lidia ha tratado de encontrar la forma de salir del oscuro sótano en el que está cautiva. Lo primero que ha hecho es enroscarse la cadena alrededor de la cintura, la cual todavía sigue unida a uno de sus pies mediante una argolla. Si va a correr, no puede permitirse el lujo de ir arrastrando dos metros de acero. Después ha localizado la puerta de salida, pero, como cabía esperar, estaba cerrada con llave. No obstante, su pensamiento de niña de siete años le ha hecho creer por un momento que todo podía ser tan sencillo como abrir la puerta y salir. Aun es pequeña, pero poco a poco va entendiendo que las cosas no siempre son tan fáciles como a una le gustaría.

Lo siguiente que ha pensado es que, si no puede abrir la puerta, lo mejor que puede hacer es esperar a que sean las personas que la tienen allí encerrada quienes la abran. Apenas le queda comida ni agua, así que no deberían tardar en volver. En ningún momento se ha planteado que quieran matarla de hambre y sed. La humilde y sencilla idea que se le pasa por la cabeza es permanecer agazapada a un lado de la puerta y cuando lleguen sus captores aprovechar la falta de luz para salir corriendo con todas sus fuerzas.

Eso es lo que ha planeado.

Y eso lo que, tras un par de horas de tensa espera, ha hecho. Cuando sus captores han abierto la puerta y han bajado bandeja en mano los siete escalones por los que se accede a ese tiñoso sótano, ha salido corriendo con todas sus fuerzas. Pero, nuevamente, algo inesperado se ha interpuesto en su camino. En esta ocasión no ha sido una puerta cerrada, en esta ocasión ha sido ella misma la que ha tropezado en cuanto ha subido las escaleras y se ha ido de bruces al suelo. No ha visto que, tras el último escalón y bajo el umbral de la puerta, había también un pequeño reborde de madera unido al propio marco.

El golpe ha sido tan violento que apenas ha tenido tiempo de colocar las manos en el suelo. Así que, inevitablemente, ha sido su cara la que se ha llevado gran parte del impacto. La barbilla partida y un diente roto por la mitad. Lidia no ha podido evitar romper a llorar en cuanto ha notado la sangre correr por su cuello. Después es cuando ha escuchado discutir a las dos personas que la tienen secuestrada.

Básicamente se echaban la culpa de su casi huida. Luego la han cogido de muy malas maneras y la han vuelto a llevar al sótano.

Todavía no sabe si son hombres o mujeres, porque utilizan esos espantosos moduladores de voz y porque van cubiertos de pies a cabeza con túnicas negras. El rostro lo llevan tapado con unas máscaras de payaso que le recuerdan a una conocida película de terror que su padre nunca le ha dejado ver.

Durante el camino de retorno a la cama, se da un par de golpes con las paredes y una de esas siniestras siluetas dice:

—Ve con más cuidado, le has hecho daño.

—Me importa una mierda, casi se escapa. La próxima vez se lo pensará dos veces.

Lidia no para de llorar y se lleva las dos manos a la cara. El diente roto le duele horrores, pero la barbilla partida le duele más.

—¿Y qué hacemos ahora con esas heridas?

—No hacemos nada, que se joda. La próxima vez se lo pensará dos veces.

—¿Lo dices en serio? Es solo una niña.

—No es solo una niña. Y ahora vámonos. Y recoge la bandeja de comida y el agua, por hoy está castigada.

—El agua no, se puede deshidratar.

—No se puede deshidratar, por un día o dos sin beber no le va a pasar nada. Así aprenderá.

Y tras ese último comentario, siente cómo vuelven a unir la cadena a otra de las patas de la cama. En esta ocasión se aseguran de que no está oxidada.

Lidia, que sabe que está a punto de volver a quedarse sola, empieza a suplicar que la suelten, que sus padres tienen dinero, que les darán lo que pidan. Les ruega que no la dejen ahí sola, que tiene frío, que tiene dolor, que tiene miedo.

Pero las dos personas se muestran implacables y no hacen más comentarios. Lo único que escucha, justo cuando están a punto de salir por la puerta, es cómo una de esas personas le dice a la otra:

—De todas formas, en tres días como máximo, para bien o para mal, todo habrá terminado. Si vive o muere, ya no es cosa nuestra.

Luego se cierra la puerta y entonces es cuando Lidia empieza a gritar con todas sus fuerzas. Después se mea encima, y tiembla.

CAPÍTULO 19

¿Has visto sus pupilas?

Cuando Nuria abre los ojos, tarda unos cuantos segundos en orientarse. No sabe ni qué ha pasado, ni dónde está, ni por qué alguien a muy pocos centímetros de su cara le pregunta cómo está.

Pero tras unos pocos segundos de oscura incertidumbre, recuerda lo que ha pasado. Recuerda el mensaje recibido, la foto de su hija tirada en una cama y la amenaza de muerte. Después de eso fue cuando perdió el control de su Volvo XC40. Luego todo se volvió ruido. Y ahora, aun con la visión borrosa, es cuando reconoce los colores del polo que lleva el chico que le pregunta por su estado. Son los colores de los técnicos de emergencias sanitarias, azul y naranja fluorescente, y antes de que pueda decir nada, entre ese chico y otra persona más que no alcanza a ver, la suben a la de tres a una camilla. Ella quiere hablar, gritar, preguntar dónde la llevan, pero algo se lo impide. No sabe si es la propia ansiedad, el miedo, la conmoción tras el fuerte accidente, o quizá algo peor. Los dos hombres que la transportan en esa rígida camilla no tardan ni diez segundos en anclarla en el interior de una ambulancia y ponerle una máscara de oxígeno en la cara.

—¿Al Clínico?

—No, mejor a la Fe.

—Creo que el Clínico nos queda un poco más cerca, camarada.

—Pero en la Fe tienen una unidad de daño cerebral mejor equipada.

—Pero ya está despierta, y se está empezando a mover.

—Sí, está despierta, ¿pero te has fijado en sus pupilas?

—¿Qué les pasa?

—Que todavía no responden a la luz. Están muy dilatadas, y no se mueven.

El chico más joven, que es quien conduce la ambulancia y se llama Jorge Celanova, se queda medio embobado mirándola fijamente a la cara y después asiente con una expresión un poco tontuna. La cara de esa mujer le suena, pero no sabe exactamente de qué. No sería la primera vez que recoge a algún conocido o conocida que, debido a la sangre, restos de cristales rotos, o por el simple hecho de estar viendo a esa persona en otro contexto totalmente distinto al habitual, no termina de reconocer.

—De acuerdo, pues a la Fe —dice el joven conductor tras levantarse de golpe.

Y en cuanto Nuria percibe cómo la ambulancia se pone en marcha

es cuando consigue reunir la fuerza suficiente para soltar un grito tan fuerte que hace que los dos sanitarios se queden durante unos segundos desconcertados. Pero eso no impide que sigan el protocolo y pongan rumbo urgente al hospital La Fe.

De camino al hospital, Nuria piensa en su hija, en que si ella tiene realmente un daño cerebral grave, ¿quién la rescatará? ¿Quién responderá al teléfono cuando los secuestradores intenten ponerse contacto con ella? Pensar en eso hace que se angustie todavía más, que la ansiedad, el miedo y las ganas de llorar, no paren de crecer y crecer.

Cuando llegan al hospital y entran al box de críticos, Nuria cae en la cuenta de que la cinta que fue a recoger a su casa, a no ser que los sanitarios la hayan visto y depositado entre sus objetos personales, debe haberse quedado en el coche, el cual no sabe ni en qué estado debe de estar ni tampoco quién podría tener acceso a él a partir de ahora.

Y entonces piensa: van a encontrar la cinta. Y entonces sí estaré perdida.

CAPÍTULO 20

Abogado Criminalista

De camino a la vivienda de Matías Roca, el abogado al que alguien le extrajo toda la sangre, el inspector Burbano piensa en los perfiles psicológicos de Nuria y de Adolfo. Analizar la mente y el comportamiento humano es su mayor virtud, saber por qué la gente hace lo que hace, qué les lleva a comportarse de una determinada manera, para él eso es la clave de todo, saber qué se esconde detrás de cada acto. A Nuria y a Adolfo no es que los considere sospechosos, aunque tampoco los ha descartado del todo. Pero eso no es lo que realmente importa, porque para él analizar perfiles es algo tan rutinario como ducharse por las mañanas. Y cuando se enfrenta a un nuevo caso, es vital conocer hasta el último detalle de todos los que forman parte. Analizar un perfil psicológico para Héctor es una cuestión de método.

La personalidad de Nuria es bastante más compleja de lo que había pensado en un primer momento. Es impulsiva, fácilmente irritable, un tanto narcisista, dominante, de convicciones fuertes, muy segura y con un gran concepto de sí misma. Pero por otra parte, también es una madre que haría cualquier cosa por su hija, que no le teme a la lucha y que no se detendrá ante nada. Hasta ese punto, su perfil podría considerarse como normal. Pero su relación extramatrimonial con Adolfo lo cambia todo. Héctor se plantea atributos éticos y morales tales como la manipulación como forma de vida, el hedonismo, la confrontación interna severa y, sobre todo, el sadismo, una cualidad que, no solo le produce respeto desde siempre, sino que también le produce un poco de miedo. Una persona que disfruta infligiendo daño a otra persona, aunque sea de forma consentida, no suele ser compatible con nada bueno. No obstante, todavía es pronto para decir que eso está relacionado con la desaparición de su hija, aunque por su experiencia, se dice que podría ser, tanto de forma directa como indirecta.

En cuanto a Adolfo, lo considera alguien muy inseguro y de perfil bajo. Introvertido e incomprendido. Aislado y solitario. Con una autoestima tan baja que incluso ha llegado a perderse el respeto como persona y como ser humano. Pero ante todo, es alguien que sufre, que se siente tan triste y apagado que necesita experimentar el dolor físico y la humillación para sentirse vivo. Y todo ello hace de él a una persona fácil de manipular y de manejar, alguien que podría ser capaz de cualquier cosa que le fuese ordenado con tal de agradar y contentar

a la persona que él considera su referente, su fuente de energía emocional. Y alguien así, para Héctor, también podría considerarse como peligroso, como lo es una pistola en la mano de un mercenario.

Es Rebeca Llavata quien le abre la puerta al inspector, la mujer de Matías Roca.

Héctor Burbano ofrece sus condolencias con educación y frialdad, y la mujer del abogado, de aproximadamente cincuenta años y cuyo rostro deja ver que no ha pegado ojo durante los últimos días, las acepta con un gesto apagado.

La vivienda, ubicada en la Gran Vía Fernando el Católico, en el distrito de Extramurs y entre los acomodados barrios de Arrancapins y La Roqueta, es bastante amplia y está decorada con gusto y elegancia. Estilo clásico pero con la incorporación de los nuevos avances tecnológicos que más aceptación han tenido entre la población en los últimos años. Una pantalla de televisión extragrande, aparatos de aire acondicionado apenas visibles, reguladores de la intensidad de la luz en todas las estancias, y una instalación de hilo musical que abarca todos los rincones de la casa. Todas esas comodidades hacen que Héctor piense que la indumentaria estilo años noventa con la que encontraron a Matías poco tiene que ver con el estilo de vida que parece tener en su propia casa, aunque nunca se sabe. No obstante, no le parece la vivienda de alguien que vive anclado en el pasado en cuanto a gustos de moda se refiere.

Rebeca invita al inspector a que se siente en un bonito sofá de piel color caoba y ella hace lo propio en un sillón situado a un metro de distancia y cuyos apoya brazos son de madera ornamentada.

Héctor informa a la viuda de Matías que todavía no saben quién ni cómo asesinó exactamente a su marido, pero que lo están investigando a fondo y por eso está ahí.

—Tengo entendido que tiene dos hijos —dice Héctor con frialdad tras comprobar que, aparentemente, no hay nadie más en la casa.

—Sí. Laia y Martín. De dieciocho y veinte años. Se han ido unos días a casa de mi hermana hasta que todo esto acabe, como se puede imaginar, esto no está siendo nada fácil para nadie, pero menos para ellos. Yo me he quedado a poner un poco de orden en el despacho de Matías, siempre ha sido muy desastrado, pero últimamente lo era más.

Héctor asiente tratando de parecer comprensivo, algo que no se le da demasiado bien, nunca ha sido muy empático. En realidad él solo piensa en las preguntas que le quiere hacer, en todo lo que quiere saber.

—No quiero entretenerla demasiado tiempo, solo serán unas cuantas preguntas. ¿Le parece si empezamos?

—Sí, claro, cuando usted quiera.

Héctor asiente y esboza una sonrisa artificial. Después abre la

pequeña carpeta marrón donde guarda la declaración preliminar que Rebeca hizo tras identificar el cuerpo de su marido.

—Según dijo usted, su marido llevaba un par de días sin aparecer por casa, ¿cierto?

—Así es, dos días y una noche.

—No obstante, usted no denunció su desaparición, ¿significa eso que sabía dónde estaba o dónde podría estar?

—No. Bueno, o sí. Tal vez. No era la primera vez que Matías no venía a dormir a casa. De tanto en tanto, cuando tenía mucho trabajo o cuando tenía que reunirse con algún cliente durante muchas horas, se quedaba a dormir en el despacho. No es que lo hiciese todas las semanas, pero una vez al mes puede que sí. Y si va a preguntarme si no lo llamé para preguntarle cómo estaba o si se iba a quedar a dormir en el despacho, le diré que sí lo hice, como una buena esposa, pero no respondió, como nunca lo hacía cuando estaba trabajando. Así que no le di más importancia. Pensé que al día siguiente aparecería como siempre a media mañana, o después de comer. Pero quien apareció fue una pareja de policías para comunicarme que… —Rebeca no puede acabar la frase. La deja suspendida en el aire mientras trata de controlar la respiración.

—¿Vio algo distinto en su marido en los últimos días o semanas?

—¿Distinto? ¿A qué se refiere?

—A sí lo vio más esquivo o preocupado, más temeroso quizá.

—No, lo vi como siempre. Incluso puede que más animado de lo habitual. Pero también es cierto que el estado de ánimo Matías siempre ha sido como una montaña rusa. Tan pronto estaba pletórico como estaba a punto de derrumbarse porque algún caso no iba como él quería. Así que podría decirse que lo normal en él era que presentase cambios emocionales con relativa frecuencia.

—¿Lo definiría como una persona inestable?

—Bueno, un poco sí.

—¿Sabe si su marido tenía o ha tenido alguna vez una relación extramatrimonial?

—No, mi marido no era así. Puede que siempre estuviese trabajando, pero jamás le vi mirar a otra mujer. De hecho… nunca tuvo mucho deseo sexual. Podría decirse que era una de esas personas tan racionales que en su vida apenas había sitio para el placer —Rebeca no puede ocultar algo de la frustración que siente debido a la vida sexual que ha tenido con su marido.

—¿Y qué me dice de su entorno cercano? Ya sabe, compañeros de trabajo, amigos, alguien de su pasado.

—¿Qué, qué quiere saber?

—¿Imagina a alguien de su entorno cercano haciéndole daño?

—No, en absoluto. Matías no es que tuviese muchos amigos, y los

pocos que tenía dudo mucho que fuesen capaces de hacer algo así. En cuanto a sus compañeros de trabajo, en estos momentos son solo dos, una secretaria y una pasante que suele cambiar cada dos o tres años más o menos, no creo que ninguna de las dos haya sido capaz de hacer algo así. Durante un tiempo trabajó en un despacho con más personas, pero ya hace algunos años que decidió que así funcionaba mejor.

—Gracias, señora Llavata, de todas formas un compañero mío hablará con los amigos de su marido y sus dos compañeras de trabajo, por si pueden aportar algo más. Más tarde le pediré sus nombres.

—Claro, sin problemas.

—Dígame, señora Llavata, ¿le dice algo el nombre de Nuria Folgado? —pregunta Héctor reajustando la montura de sus gafas.

Rebeca tarda un par de segundos en responder.

—No. ¿Quién es esa mujer?

—Es la mujer cuya hija y marido han desaparecido y que imagino que habrá visto en las noticias.

—¿La mujer que amaneció llena de sangre?

—Sí.

El rostro de Rebeca se ensombrece.

—¿Y qué tiene que ver ella con mi marido? ¿Por qué me pregunta por ella? Mi marido está muerto, ¿qué tiene que ver con la desaparición del marido y de la hija de esa mujer? —Rebeca no encuentra ningún tipo de explicación. Está sorprendida, contrariada, aunque no muestra enfado. Héctor no tarda en llegar a la conclusión de que es una mujer con una gran capacidad de comprensión.

—Tiene que ver que la sangre que vertieron sobre ella era la de su marido, señora Llavata, eso tiene que ver.

Y entonces sí, después de estar un buen rato aguantándose las lágrimas, Rebeca rompe a llorar mientras niega con la cabeza. En ese momento siente como si el mundo a su alrededor estuviese a punto de aplastarla. No entiende nada. Todavía no ha asimilado que su marido ya no este, y lo que acaba de contarle el inspector le ha producido unas náuseas como nunca antes había tenido. Siempre ha tenido la impresión de que su vida, su verdadera vida, todavía estaba por llegar. De que sus sueños, sus anhelos, sus ilusiones, todavía continuaban vivos en algún rincón de su interior. Pero ahora siente que ya no hay nada, que no queda absolutamente nada de todo eso. Que día a día, se ha ido vaciando por dentro. Así que no solo es la muerte de su marido, es todo cuanto ha sido su vida.

—Lo siento, inspector, pero esto está siendo muy duro para mí, y lo que me acaba de contar… —dice Rebeca disculpándose por su repentino llanto.

—No tiene por qué disculparse, señora, entiendo por lo que debe de estar pasando. No se preocupe por el caso de Nuria Folgado ahora, si

existía algún tipo de vínculo entre ellos, lo encontraremos.

Nuria asiente mientras termina de tranquilizarse, momento que Héctor aprovecha para lanzarse hacia su próxima pregunta.

—¿Y qué puede decirme de los casos en los que ha trabajado su marido en los últimos tiempos? ¿Recuerda que él le hubiese hablado de algún caso que le preocupase más de lo normal?

Rebeca se encoge de hombros y coge aire con pesadez. Cabecea con un gesto cansado y las bolsas que se le forman bajo los ojos se arrugan suavemente.

—Ya sabrá que mi marido era abogado criminalista, todos los casos que llevaba le preocupaban muchísimo porque lo normal era que de su trabajo dependiera el que una persona fuese o no a la cárcel. Como puede imaginar, el nivel de estrés en él siempre era máximo. Recuerdo que siempre decía que la justicia estaba en los detalles —Rebeca sonríe al pronunciar esa frase que con tanto orgullo repetía su marido una y otra vez—. Así que lo siento, pero no sabría decirle si durante los últimos meses tuvo algún caso que le preocupase especialmente.

—No importa, señora Llavata. Todavía no podemos estar seguros de que lo que le ha pasado a su marido tenga algo que ver con su trabajo, como tampoco podemos saber que se deba a algún caso reciente. Aun así, si no es mucha molestia, me gustaría revisar los expedientes de su marido por si veo algo.

Rebeca frunce el ceño y baja la mirada con cierto pesar.

—Discúlpeme, inspector, ¿pero no estaríamos vulnerando la ley de protección de datos y el secreto profesional? Mi marido siempre fue muy cauto y escrupuloso con todo ese tema y me dejó bien claro desde siempre que ninguna persona que no fuese él podía tener acceso a sus expedientes.

Rebeca habla con pesar, el tono de voz bajo, pero no duda de sus palabas. Lo tiene claro y, el inspector Burbano, también. Sabe de sobra que no puede acceder a esos expedientes si no lo autoriza un juez, cosa que duda mucho que pase si no encuentran algún indicio claro que los lleve a pensar que efectivamente el responsable de la muerte de Matías es alguien relacionado con algún caso que ha llevado. Aun así lo ha intentado, por si acaso. Y aun así, lo vuelve a intentar. Porque sabe que esperar una orden judicial lo retrasará todo mucho, y porque tiene la impresión de que, si no es algo relacionado con su presente más inmediato, la causa de su muerte es muy posible que se pueda esconder en su pasado, ¿y qué pasado es más sospechoso que el que se comparte con personas que han sido acusadas y juzgadas por crímenes de muy distinta índole?

—Efectivamente, señora Llavata. Tanto el secreto profesional como la ley de protección de datos han de ser respetados siempre, aunque debe saber que también existen excepciones, como por ejemplo

durante el transcurso de una investigación policial como la que ahora nos ocupa.

Rebeca vuelve a fruncir el ceño con pesar. El hombre que tiene delante le ha caído bien, y lamenta no tener la seguridad de que acceder a lo que le pide es lo correcto.

—Lo siento, inspector, ¿pero eso no debe autorizarlo un juez?

Héctor hace una pausa antes de responder. Sabe que si insiste un poco lo conseguirá, porque la mujer que tiene delante quiere ayudar, ve en ella la necesidad y las ganas de colaborar, solo necesita algo que le dé el empujón definitivo hacia esa decisión que tanto le está costando tomar.

—No le voy a mentir, señora, tiene usted toda la razón, lo ha de autorizar un juez, algo que, no me cabe la menor duda de que hará. Así que, en cierta manera no estaríamos haciendo nada ilegal, solo estaríamos dando el paso dos antes de haber dado el paso uno. La orden la voy a pedir ya mismo, y en cuanto la tenga, usted será la primera persona que la vea, pero, ¿no le parece que lo más sensato sería ir adelantando trabajo mientras esperamos a que esa orden llegue? Además, le puedo asegurar que nadie tiene por qué enterarse de esto y que, por supuesto, no tiene nada de malo. Solo estamos haciendo lo posible por encontrar cuanto antes a los que le han hecho eso a su marido. De todas formas, señora Llavata, no quiero forzarla a hacer nada que usted no quiera. La decisión es suya y le puedo asegurar que la respetaré sea cual sea.

Rebeca Llavata, que sin saber muy bien por qué vuelve a hacer un rápido repaso mental a toda su vida, le dice al inspector que tiene su permiso para entrar al despacho de su marido y revisar sus expedientes en busca de algo que pueda llevarlos hasta los responsables de su muerte. Después le prepara un café doble y lo deja trabajar durante la siguiente media hora, momento en el que Héctor saldrá de allí porque su jefe, el comisario Julio Zanón, le informará de que ha habido un accidente de tráfico en el que Nuria Folgado se ha visto implicada. Al menos habrá tenido tiempo de seleccionar el expediente de diez posibles candidatos. Personas que, a su juicio, podrían tener motivos para estar muy enfadados con Matías Roca.

CAPÍTULO 21

La cinta

No han durado ni cinco minutos viendo el vídeo de Raquel Silva, y eso que hasta el minuto tres no se veía prácticamente nada.

Pero ninguno de los tres tenía ganas de ver más, con eso han tenido más que suficiente para saber que la realidad, aun a dosis pequeñas, supera con creces a la ficción. El contenido del vídeo era tan crudo y tan directo que los ha dejado medio aturdidos. Y tras un pequeño lapso de tiempo en el que nadie ha dicho nada, ha sido Pablo el que finalmente ha hecho la pregunta en la que todos pensaban: ¿lo paramos?

Ni Natalia ni Dani se han opuesto.

El vídeo no deja lugar a dudas. Es real. Existe, tal y como decía Pablo, y ahora está en la buhardilla de la casa de Natalia, concretamente en una memoria USB. Su profesora de Criminología, la ex inspectora Raquel Silva, fue violada y grabada por una persona que ahora está en la cárcel de Picassent. Ninguno de los tres jóvenes ha tenido problemas con anterioridad en ver fotografías u otro tipo de documentos de archivo relacionado con algunos de los crímenes más violentos de la historia, pero de ahí a estar delante de un auténtico video *Snuff*, y que la víctima y protagonista del mismo sea alguien a quien conocen, la cosa cambia mucho. El sufrimiento en la mirada de Raquel era palpable, se percibía con una intensidad tan grande que resultaba doloroso de ver.

—Yo que tú me desharía de ese video cuanto antes, ahora ya hemos visto que es real, y que no tiene la menor gracia —arguye Dani mientras da golpecitos en el suelo con su pie derecho.

Pablo mira a Natalia, que le sostiene la mirada durante un par de segundos y después la baja. La chica tímida de las grandes gafas de pasta no dice nada. Y Pablo, de quien siempre se espera algún tipo de respuesta, asiente y dice:

—Ahora me da pena por la inspectora. Lo debió pasar mal. Y el miedo que debió pasar…

—¿Ahora te da pena? No decías lo mismo cuando me propusiste esa estúpida apuesta.

—Pensé que me daría morbo. ¿Acaso tú eres perfecto? ¿Acaso no lo has visto igual que yo?

—Pero solo para ver si tenía que pagarte la puta comida durante un mes.

—Pues no me la pagues si no quieres, coño, y ya está.

—Eso digo yo, ya está, ¿no? —Interviene Natalia para sorpresa de los dos chicos—. Creo que no es momento de discutir entre nosotros. Lo hemos visto los tres. A ninguno nos han obligado. Y a los tres nos ha parecido algo lo suficientemente fuerte como para no querer verlo entero. Me parece que tampoco es tan raro tener algo de curiosidad. Apuesto a que la mayoría de nuestros compañeros también le hubiera dado al *play* si hubiera tenido ocasión. Ahora la cuestión es, ¿qué vamos a hacer con el vídeo?

Los dos amigos se miran y tratan de reflexionar. Las palabras de Natalia están cargadas de razón. Se han topado con algo más real y terrorífico de lo que habían imaginado, han saciado su curiosidad, y ahora es el momento de mover ficha con el vídeo.

—Yo ya he dicho lo que opino. Creo que lo mejor será que lo destruyamos cuanto antes, ese vídeo solo nos puede traer problemas —dice Dani con rotundidad.

—¿Destruirlo? ¿No habría que dárselo a la inspectora? Supongo que le gustará saber que hay un vídeo suyo por ahí al alcance como quien dice de cualquiera —rebate Pablo.

—¿A la inspectora? ¿Tú estás mal de la cabeza, tío? ¿Qué crees que hará cuando lo vea? ¿Darte una medalla? ¿Invitarte a cenar? Yo te diré lo que hará, te denunciará a la policía y después te joderá de tal manera que tendrás que dejar la universidad.

—Estás flipando —replica Pablo con algo de preocupación en la voz.

—Flipando estarás tú. Te lo digo así de claro, destruye ese video cuanto antes, si puede ser ahora mismo. Y ni se os ocurra comentar esto con nadie, solo nos va a traer problemas —Antes de que nadie diga nada más, Dani, que es quien más claro lo tiene de los tres, recibe una llamada que no duda en coger. La conversación apenas durante unos cuantos segundos, y en cuanto termina, les dice a Pablo y a Natalia que se tiene que ir.

—¿Todo esto es por lo de tu madre, no? —pregunta Pablo con soberbia antes de que Dani abandone la buhardilla de Natalia.

—¿Pero qué coño dices? ¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto?

—Nada, pero a lo mejor he pensado que la inspectora te recuerda un poco a ella, no sé, y por eso siempre la proteges y la defiendes —Las palabras de Pablo adquieren un tono provocador que molesta profundamente a Dani.

—Mira, que sea la última vez que nombras a mi madre o insinúas alguna idiotez similar, que tú tengas una relación de mierda con tus padres no significa que los demás debamos sentirnos culpables por querer a nuestros padres. Y en cuanto a lo de que la inspectora me recuerda a ella, es una completa gilipollez. Si he dicho que hay

deshacerse de ese video es por seguridad y porque me parece que buscarse más problemas gratuitamente es de estúpidos. Y si no lo quieres entender es que tienes menos cerebro de lo que pensaba. Mira, yo me tengo que ir ahora, haz lo que quieras, como siempre haces, pero si te importa algo mi opinión, destruye ese video ya.

Cuando Dani se marcha, Natalia puede ver cómo en los bonitos ojos verdes de Pablo hay algo de tristeza. Se acerca más a él y pone una mano sobre su espalda. Y cuando Pablo levanta la mirada ve que la chica tímida de quien hasta hace muy poco se burlaba, se ha quitado las gafas y, sin previo aviso, se lanza y le da un fugaz beso en los labios con los ojos cerrados. Y él, que en absoluto tenía la intención de liarse con ella, le va a decir que pare, que no es su tipo, que no le apetece. Pero antes de que lo diga, Natalia se quita la camiseta en un rápido movimiento y acto seguido hace lo propio con el sujetador. Después se abalanza de nuevo sobre él y empieza a besar su cuello, quien duda un segundo entre si hacer caso a su razón o a sus instintos.

CAPÍTULO 22

Todo es mentira

Carlota no ha tardado ni diez minutos en terminarse el plato de arroz al horno que le ha traído Eduardo. Es la cuarta vez que come ese plato tan típico de Valencia y cada vez le gusta más.

—¿La próxima vez me dejarás probarlo? —pregunta Eduardo en cuanto ve que Carlota se termina el último grano de arroz.

—Pero si no me has dicho que querías —responde Carlota sonriendo.

—Claro que sí, lo que pasa es que no lo habrás oído.

—¡No me lo has dicho!

—Pues para tu información, la Paella está muchísimo mejor —añade Eduardo para seguir picando a Carlota, quien abre mucho los ojos fijando su mirada en el plato que el simpático amigo de su madre tiene delante. Luego mira a su madre, que los observa con una sonrisa en el rostro mientras se termina el delicioso plato de espaguetis con *boletus* que su ex ha escogido para ella.

—A mí no me mires, yo no puedo opinar, ya sabes que no soy mucho de arroces —dice Raquel viendo que su hija parece preocupada por saber si hay un plato aún más exquisito que el arroz al horno.

—Venga, va, te dejo probarlo —dice Eduardo leyéndole la mente a Carlota.

—¿De verdad?

—Pero solo si la próxima vez me dejas probar el tuyo.

—¡Trato hecho! —exclama Carlota ofreciendo su mano a Eduardo como si estuviesen a punto de firmar un importante contrato, quien no tarda en dársela en medio de una bonita y sincera sonrisa.

En cuanto Carlota prueba la primera cucharada de paella, se declara oficialmente fan número uno de eso plato.

Unos quince minutos más tarde, Raquel, tan inflexible como siempre con los horarios, manda a Carlota a la cama; hora de la siesta, quien se hace un rato la remolona, como siempre. Cuando regresa al salón no ve a Eduardo por ningún lado. Y lo primero que piensa es: *demasiado bonito para ser verdad, ya se ha largado*. Pero ese pensamiento desaparece en cuanto lo escucha toser a tan solo unos cuantos metros de distancia. Los ojos de Raquel se dirigen hacia la cocina. En cuanto llega ve que Eduardo se está fumando un cigarro en la parte de atrás de la casa.

—¿Me dejas un par de caladas?

—Claro, ten, ¿todavía sigues tonteando con el tabaco? Deberías

dejar de tentar al diablo —dice Eduardo tendiéndole el cigarro.

Raquel le da un par de profundas caladas y después lo apaga en el interior de la lata de cerveza que Eduardo sujeta en su mano izquierda.

—Eh, ¿pero qué haces? Todavía quedaba.

—Entremos, no hay tiempo que perder —dice Raquel sonriendo al ver la cara de pasmado que se le ha quedado a su ex.

En los escasos segundos que Eduardo tarda en tomar asiento en el sofá, Raquel tiene tiempo suficiente para dejar sobre la mesa el informe de su visita al domicilio de Nuria Folgado que hizo la noche anterior antes de irse a dormir. También saca la carpeta blanca que le ha dado Pablo apenas una hora antes, en cuyo interior están las impresiones de los jóvenes alumnos que la acompañaron en su visita.

—Bien, creo que el hecho de que hubiese alguien en la casa cuando tú has ido confirma que, o bien la propia Nuria, o bien alguien cercano a ella, volvieron en busca de ese objeto que ella debió esconder, y eso debería hacer que nos preguntásemos seriamente quién es realmente Nuria Folgado y por qué alguien le ha hecho algo así —dice Raquel mirando a Eduardo a los ojos con seriedad.

—No he tenido tiempo de decírtelo hasta ahora, pero es posible que Nuria tenga un amante.

—¿Qué? ¿Un amante?

—Más joven que ella. Un compañero de trabajo, un celador, para ser más exactos.

—¿Y no se te ha ocurrido decírmelo antes? —La indignación en la expresión de Raquel habla por sí sola; ya se siente completamente parte de ese caso.

—He tenido noticia de ello hace un rato y he pensado que hablar de amantes delante de Carlota no era muy apropiado.

Raquel cabecea y resopla.

—En fin, no importa, pero habrá que investigarlo a fondo, tal vez haya sido él quien ha ido en busca de ese objeto y no ella.

—¿Crees que podría tener algo que ver con la desaparición de la hija y del marido de Nuria?

—Cuando no es por un tema económico, el móvil de un secuestro suele responder a un motivo personal, y un amante es algo lo suficientemente personal como para que al menos se investigue a fondo. Si es sospechoso o no dependerá de lo que nos cuente y de lo que hizo la noche del incidente. De todos modos, hay que seguir investigando a Nuria y al abogado criminalista y encontrar cuanto antes el vínculo que debe unirlos y que aún no hemos sabido ver, porque lo que está claro es que según parece él no la ha representado nunca.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—No es muy difícil saberlo haciendo una búsqueda rápida por internet y en las bases de datos a las que aún tengo acceso. ¿Es que tú aun no la has hecho?

Eduardo sonríe al comprobar que, tal y como se imaginaba, su ex no ha dejado de trabajar en el caso desde que metió la cabeza. Después recuerda que lo único que le ha pedido el inspector Héctor Burbano hasta el momento es precisamente lo mismo que Raquel está diciendo que hay que hacer y que él solo ha tenido tiempo de hacer a medias: investigar el entorno de Nuria y Matías.

—Aun no, y precisamente debido a que he estado ocupado atendiendo las meticulosas instrucciones de alguien cuyo criterio valoro por encima de cualquier otro.

Raquel sonríe y evita hacer comentario alguno a los continuos halagos y comentarios lisonjeros de su ex. Pero tampoco se puede negar que cada minuto que pasa está más a gusto a su lado, incluso durante un instante, vuelve a sentir exactamente lo mismo que sintió cuando empezó a salir con él, esa sensación de sentirse arropada, de bienestar total, la sensación de no estar completamente sola y sin rumbo en la vida. Pero rápidamente trata de rehuir de ese sentimiento porque tal y como se dijo en su día, todo cuanto rodea a Eduardo es mentira.

Antes de que alguno de los dos diga algo más, observan cómo se ilumina la pantalla del móvil de Eduardo, que está sobre la mesa. Se puede ver perfectamente el nombre de la llamada entrante: Inspector Héctor Burbano. Eduardo rechaza la llamada con algo de chulería.

—Ahora no, inspector Burbano, estoy ocupado —dice en voz alta mientras bloquea de nuevo el teléfono móvil. La intención de su comentario es sacarle una sonrisa a Raquel, algo que siempre se le ha dado bien y que sabe perfectamente el efecto que tiene sobre ella. Él siempre se ha dicho que una mujer que sonríe es una mujer feliz, y eso es lo que quiera para la persona que tiene al lado: felicidad.

—¿Por qué coño le has colgado? —Pero en esta ocasión lo que ha conseguido es el efecto contrario: enfado.

—Porque ahora estoy aquí contigo, y yo no acepto llamadas cuando estoy al lado de una dama, me parece una falta de respeto.

—No digas tonterías, podría ser importante. Devuélvele la llamada.

Pero antes de que Eduardo pueda replicar nada, es el propio Héctor quien lo vuelve a llamar a él.

—Vamos, descuelga, ¿a qué esperas? —Le apremia Raquel con desesperación ante la pausada actitud de Eduardo, que descuelga mientras disfruta del cada vez más evidente interés de su ex por todo lo concerniente a ese caso.

—Inspector Burbano, ¿qué ocurre?

—Nuria Folgado ha tenido un accidente y está en el hospital.

Necesito que haga una cosa.

—¿Un accidente? ¿Cuándo?

—Hace un rato. Al parecer se ha salido de la calzada en plena avenida Clariano cuando se disponía a salir de Valencia. Ha chocado contra un escaparate y ahora están haciéndole pruebas en el Hospital La Fe.

—Joder, ¿pero es grave? —Eduardo observa cómo a medio metro de él, el rostro de Raquel se ha convertido en cuestión de un par de segundos en la viva imagen de la desesperación.

—Todavía es pronto para saberlo, según me han dicho podría haber daño cerebral.

—Vaya, eso sí que sería una faena, esperemos que todo se quede en un susto.

—Sí, por supuesto, eso esperamos todos.

—¿Y dígame, qué es lo que necesita que haga?

—Esta mañana le he hecho una visita a Nuria en el domicilio en el que se está alojando temporalmente, en la playa de la Patacona, en Alboraya, y dos horas más tarde tiene un accidente en extrañas circunstancias cuando se disponía a salir de Valencia. ¿De dónde venía? Eso es lo que no sé, podría ser que simplemente hubiese ido a comprar algo al centro de la ciudad, o a ver a algún amigo o amiga, aunque también es posible que hubiese ido a su propia casa para intentar recuperar algo personal de gran importancia para ella y que al regresar nuevamente a la Patacona es cuando tuvo ese extraño accidente por alguna razón que no sabemos —dice Héctor pensando en la teoría del objeto escondido bajo la mesilla de noche que Raquel le expuso la noche de antes—. Bien. En cualquier caso, creo que es importante que hablemos con Nuria tan pronto como nos sea posible y nos cuente qué ha pasado, si es que el accidente no reviste gravedad y todo ha quedado en un susto, no podemos descartar que podría haber recibido una llamada de los secuestradores de su marido e hija y ese hubiese sido el motivo que la hubiese sacado de la carretera.

—¿Quiere que vaya al hospital a esperar que terminen de hacerle pruebas a Nuria?

—No, eso lo voy a hacer yo, lo que quiero que usted haga es ir al depósito de coches de la policía donde han llevado su coche y que busque si por un casual hay dentro algún objeto personal de Nuria que podría ser importante para ella.

—¿Y cómo sabe que ese objeto no está con ella en estos momentos?

—Porque me han informado de la relación de todos los objetos que han recuperado los técnicos de emergencias sanitarias y entre ellos no hay nada que se salga de la normalidad. Su móvil, sus gafas de sol, la cartera, las llaves, esas cosas.

—Está bien, como quiera, ¿en qué depósito está el coche?

—No lo sé, averígüelo usted, tampoco le pido tanto.

—De acuerdo, inspector, enseguida me pongo a ello. Imagino que estará en el depósito de la grúa municipal de Valencia, pero luego los llamo para confirmarlo.

—Luego no, ya. Le recuerdo que una niña y su padre llevan día y medio desaparecidos y que todo lo relacionado con ellos es máxima prioridad.

—Sí, sí, lo tengo claro, era solo una forma de hablar, me pongo a ello de inmediato. Le aviso en cuanto sepa algo.

—Eso espero.

Raquel aguanta la respiración a la espera de que Eduardo le dé más detalles de la conversación que acaba de tener con el inspector Burbano.

—¿Y bien? —pregunta Raquel con impaciencia.

—Nuria ha tenido un accidente. El inspector Burbano piensa que podría haber ido a su casa a por ese dichoso objeto del que no paras de hablar, si a eso le sumamos mi incidente en la casa de la propia Nuria de hace un rato, creo que ya no hay lugar a dudas de que muy probablemente ella fue la persona que salió corriendo por la parte de atrás cuando yo estuve allí.

—¿Y qué te ha pedido que hagas?

—Que vaya hasta el depósito donde está ahora el coche y busque algo que podría ser importante para Nuria. Ese misterioso objeto para ser exactos.

—Bien —dice Raquel con rotundidad—. Y supongo que él ha ido a ver si puede hablar con la propia Nuria, ¿verdad?

—Efectivamente.

Raquel se muerde las uñas mentalmente. El inspector Burbano es mejor de lo que pensaba, algo que no hace más que acrecentar sus ganas de trabajar en ese caso. Hacía tiempo que no conocía a nadie que mostrase una total entrega y profesionalidad hacia el trabajo de inspector. Y eso la hace sentir bien, la hace sentir que ella tampoco es tan rara.

—¿Y sabes si va a haber alguien investigando a Matías Roca y el probable vínculo que debe unirlo con Nuria?

—Ni idea.

Raquel asiente mientras se pregunta de qué forma podría ayudar más en esa investigación, sabe perfectamente que las únicas posibilidades de éxito en un caso de ese estilo es abordar todos los flancos al mismo tiempo, y sabe que, a no ser que el inspector Burbano cuente con algún recurso más que ella desconoce, no está contando con la ayuda suficiente. No se está investigando lo suficiente ni a Matías Roca, ni tampoco a la propia Nuria.

En cuanto Eduardo sale de su casa en dirección al depósito de

coches, Raquel, presa de una ansiedad muy parecida a una poderosa adicción, toma una importante decisión que apenas tiene tiempo de meditar: llama al comisario Julio Zanón y le pide que la deje participar.

CAPÍTULO 23

Corre

—¿Dónde me lleva? ¿Dónde está mi ropa y mis objetos personales? —pregunta Nuria en cuanto el celador la lleva a su habitación. Todavía está muy desorientada. Le duele la cabeza y la espalda, pero al menos ya puede hablar y mover sus manos y pies con normalidad.

—Señora Folgado, acaba de tener un accidente bastante fuerte, está viva de milagro. Se va a quedar ingresada por precaución, pensaba que ya se lo habían dicho —El celador enchufa la cama en la que está tumbada Nuria a la toma de corriente de la pared, después saca el mando a distancia, que cuelga de una de las barandillas laterales, a continuación se dispone a explicarle las funciones básicas a la nueva paciente mientras silba una canción con bastante arte.

—¿Cómo que me voy a quedar ingresada, no ve que estoy perfectamente? —dice Nuria alzando ambas manos—. ¿Y dónde están mis objetos personales? ¿No los habrán tirado, verdad?

—Señora Folgado, sus objetos personales están en estas dos bolsas de aquí —dice el celador señalando dos bolsas de color verde que hay a los pies de la cama donde está Nuria y que hasta el momento habían pasado desapercibidas para ella—. En una de ellas está la ropa que llevaba, pero le adelanto que esta manchada de sangre y, parte de ella, también está desgarrada, creo que los médicos y enfermeros la han cortado por precaución cuando le han hecho el TAC. En la otra bolsa está el resto de objetos que estaban con usted en el momento del accidente y que han recogido los de emergencias sanitarias. Yo me tengo que marchar ya, en cuanto deje su historia en el control de enfermería vendrá una enfermera a verla. Pregúntela a ella todas las dudas que tenga.

Nuria se tranquiliza parcialmente al ver las dos bolsas que le ha señalado el celador a medio metro de ella. Luego le da las gracias al joven, tiene algo que le recuerda a Adolfo. Tal vez esa timidez mezclada con algo de descaro que tanto le atrajo en su «amigo».

—Gracias, has sido muy amable, ¿cómo te llamas?

—Miguel —El joven se pone rojo como una fresa.

—Encantada de conocerte, Miguel, yo trabajo como enfermera en el Clínico, y no todos los celadores son tan competentes y agradables como tú, créeme.

—Gracias, señora Folgado. Espero que se recupere pronto.

—Gracias a ti.

En cuanto el celador abandona su habitación, Nuria se incorpora y

coge las dos bolsas verdes que hay a los pies de su cama. Necesita localizar su móvil cuanto antes, el mensaje que le enviaron los secuestradores de Lidia justo antes del accidente era muy claro en cuanto a lo que harían si no respondía a sus instrucciones cuando se las diesen. Abre la primera bolsa y, tal y como le ha dicho el celador, ve que en ella solo está su ropa, la cual está bastante manchada de sangre. Así que se va directa a la otra bolsa, donde está todo lo que de verdad le interesa. Ve su bolso, sus llaves, sus gafas de sol Ray Ban, ve su teléfono móvil, pero no ve por ningún lado la cinta, y eso hace que sienta auténtico vértigo antes siquiera de poder imaginar dónde podría estar justo en ese momento, si la habrá visto alguien. Pero antes de seguir pensando en eso, desbloquea su teléfono móvil y la sangre se le hiela al ver que tiene dos llamadas perdidas y unos cuantos mensajes nuevos. Por un instante toda ella tiembla, si los secuestradores de Lidia se han intentado poner en contacto con ella y no lo han logrado, entonces… pero en esta ocasión, sus manos son más rápidas que su pensamiento, y antes de seguir recreándose en la fatalidad, lee los mensajes y ve de quién son las llamadas perdidas. Los mensajes son de algunas compañeras y compañeros de trabajo que le preguntan si hay alguna novedad de su hija y de su marido, y las llamadas son de su amiga Silvia. Nuria respira, por el momento no ha habido noticias de los secuestradores, pero ahora toca recuperar la cinta cuanto antes. Quiere pensar que está en el coche, quizá bajo uno de los asientos delanteros o traseros, porque de lo que está seguro es de que ella la guardó en el bolso, y ahí no está. Así que es muy probable que en el accidente saliese despedida y ahora esté descansando tranquilamente en el suelo de su todoterreno.

En cuanto se pone en pie para vestirse y salir de allí cuanto antes, alguien entra en su habitación. Es una enfermera, y se sorprende al verla de pie frente a ella.

—¿Señora Folgado? ¿Qué hace levantada? ¿No le han indicado que ha de guardar reposo absoluto?

Nuria se queda momentáneamente paralizada, como si la hubiesen descubierto haciendo algo muy malo, pero rápidamente recuerda que tiene todo el derecho del mundo a pedir el alta voluntaria y marcharse de allí cuanto antes, algo que como enfermera sabe perfectamente.

—Discúlpeme, ya sé que debería guardar reposo, yo también soy enfermera, trabajo en el Clínico, pero tengo que marcharme por un asunto familiar que no admite demoras —Nuria rebusca entre su ropa y ve que, efectivamente, la mayoría de sus prendas están para tirar. Cualquier otro día no se hubiese puesto esa ropa ni por todo el dinero del mundo, siempre ha cuidado su imagen al milímetro, pero ese día no es como los demás.

—No sé si lo sabe, señora Folgado, pero tiene un hematoma

bastante grande en la zona cervical que no permite ver bien si hay alguna lesión importante en el raquis. Así que hay que esperar a que ese hematoma desaparezca para repetir nuevamente el TAC, ese es el motivo de que tenga que quedarse ingresada y guardar reposo absoluto.

—Le puedo adelantar que no hay ninguna lesión importante, de lo contrario tendría más sintomatología, como espasmos, hormigueos o pérdida de fuerza, y no tengo nada de eso.

—Ya, pero aun así…

—Mire, hable con el médico adjunto de la sala y que haga el favor de prepararme el alta voluntaria inmediatamente, yo asumo toda la responsabilidad de lo que me pueda pasar.

—Pero…

—No insista, de verdad, sé perfectamente cuáles son mis derechos, ya le he dicho que trabajo en el Clínico.

—Está bien, como quiera, voy a hablar con su médico para que le vaya preparando el alta voluntaria, pero le adelanto que es posible que venga a hablar con usted para intentar convencerla de lo contario —dice la enfermera con resignación disponiéndose a abandonar su habitación.

—Enfermera, espere un momento —dice Nuria con autoridad antes de que la enfermera salga por la puerta.

—¿Qué?

—¿Sabe usted dónde está mi coche?

—¿Su coche? Ni idea, eso mejor pregúnteselo al policía.

—¿Al policía? ¿A qué policía?

—Hay un policía esperando fuera para hablar con usted.

Nuria abre los ojos con perplejidad. El miedo se instala en su nuca, estrangulando todo su sistema nervioso. ¿Tendrán la cinta? ¿Para qué quieren hablar con ella con tanta urgencia?

—¿Conmigo?

—Suele ser habitual cuando ha ocurrido un accidente grave.

De pronto Nuria se plantea otra posibilidad en la que aun no había reparado.

—¿Es que ha habido más heridos?

—Que yo sepa no, al menos aquí no ha venido nadie más, pero también es cierto que por cercanía lo normal es que de haber más heridos los hubiesen llevado al Clínico, usted ha venido aquí porque los técnicos de emergencias han pensado que podría tener daño cerebral. De todas formas, si quiere le digo al policía que ya puede pasar y lo habla con él.

Nuria se queda un instante pensando, ¿puede escapar de ese policía que está esperándola fuera? Probablemente no.

—De acuerdo, dígale que pase, ya casi estoy vestida.

El tiempo que tarda Nuria en terminar de ponerse la ropa ensangrentada es el mismo que tarda en llamar a su puerta el inspector Burbano. Cuando Nuria lo ve, algo en ella se tranquiliza.

—Ah, es usted, ¿sabe algo más de mi hija y de mi marido?

Héctor la evalúa con rapidez y lo primero que advierte es que está aún más nerviosa de lo que estaba cuando la ha visto esa misma mañana.

—De momento no hay novedades, señora Folgado, estoy aquí porque me he enterado del accidente que ha tenido y he pensado que a lo mejor era usted la que tenía novedades.

—¿Yo?

—La última vez que hablamos estaba usted en casa de una amiga, en la playa, y apenas un par de horas después tiene un accidente en Valencia ciudad, concretamente en una de las zonas más tranquilas y cuyo límite de velocidad son treinta kilómetros por hora. Por lo que sé tampoco ha habido más vehículos implicados, así que lo primero que he pensado es que es otra cosa la que la ha desestabilizado.

Nuria trata de pensar con rapidez. Se pregunta si el inspector no tendrá poderes mentales, porque sus deducciones son tan buenas que, de hecho, se ajustan perfectamente a la realidad.

—¿Qué ha querido decir con eso exactamente? ¿Acaso le parece que hay algo que desestabilice más que alguien te secuestre a tu hija? —Nuria se irrita.

—Imagino que no, pero tiene que saber una cosa, si los secuestradores o alguien cercano a ellos se han puesto en contacto con usted en las últimas horas, debe decírnoslo. Le aseguro que cuando alguien trata de llevar personalmente una negociación de este tipo, rara vez sale bien.

—¿Y qué le hace pensar que algo así ha tenido lugar?

—¿De dónde venía cuando ha tenido el accidente, señora Folgado?

Nuria se queda muda durante medio segundo. El inspector Burbano tiene algo que la saca de quicio. Tal vez esa naturalidad con la que dice las cosas, tan impropia en los tiempos que corren.

—Me parece que eso no es asunto suyo.

—¿Y por qué ha chocado contra ese escaparate? Según hemos podido saber por un testigo presencial, usted se salió de la calzada sin más, sin haber tenido lugar ningún tipo de circunstancia concurrente.

—Tuve una especie de mareo, de lapsus mental. Estaba muy nerviosa y todo fue cuestión de un par de segundos. Cuando me di cuenta ya estaba en el interior de una ambulancia. Había salido a dar una vuelta para despejarme un poco, ¿acaso es eso un delito? Conducir siempre me ha relajado, pregunte por ahí si no se fía, ya que tanto le gusta hacer preguntas. Y le recuerdo que es mi hija la que está desaparecida, y creo que no es aquí donde debería estar buscándola.

Yo soy su madre, por si no se ha dado cuenta, la persona que más la quiere en este mundo. Me ofende cada vez que viene a verme con más preguntas.

Héctor observa cómo Nuria, aparte de indignarse, se esfuerza más de la cuenta en parecer indignada, algo impropio de alguien que no tiene ninguna duda acerca de su propia culpabilidad. Tema aparte es que no hace ningún tipo de mención a su marido. Es como si no le importase en absoluto que él también está desaparecido.

—¿Me puedo ir ya o tiene más preguntas? —pregunta Nuria viendo que el inspector se ha quedado completamente callado.

Y Héctor, que todavía se plantea preguntarle por el objeto que cada vez tiene más claro que, tal y como adelantó Raquel Silva, movió de sitio el día de la desaparición y posteriormente ha tratado de recuperar, niega con la cabeza.

—No hay más preguntas, señora Folgado, la avisaré si hay novedades.

—Eso espero. Ah, y otra cosa, ¿dónde puedo recuperar mi coche? —pregunta Nuria disponiéndose a salir.

—¿Su coche?

—Sí, mi coche. Me ha dicho la enfermera que usted lo sabría.

—Su coche debe estar en el depósito de la grúa municipal de Valencia a la espera de ver qué pasa con él, según tengo entendido no está en condición de circular. Si quiere la puedo acercar, no está muy lejos de aquí.

—No hace falta, cogeré un taxi, adiós, inspector.

Nuria abandona el hospital sin ni siquiera haber recibido el alta médica, su única prioridad en ese momento es llegar hasta su coche y recuperar la cinta como sea.

Y Héctor, en cuanto la ve apresurar el paso, reafirma su teoría de que, efectivamente, es muy posible de que en el coche de Nuria todavía se encuentre ese misterioso objeto que tan importante parece ser para ella y, quién sabe, si podría estar relacionado con la desaparición de su hija y de su marido. A continuación se pregunta si Eduardo Cámara ya ha llegado hasta allí, tal y como le ha dicho que iba a hacer.

CAPÍTULO 24

La excitación

Lo que más rabia le ha dado a Raquel tras haber hablado con Julio Zanón, es esa suficiencia con la que le ha dicho: “sabía que terminarías llamándome para participar”. Como si la conociese de toda la vida, como si ella fuese alguien tan sumamente predecible, como si todos menos ella, supiesen de antemano lo que iba a hacer. Eso le daba rabia por diferentes motivos, pero el que más le pesa es la horrible sensación de que los demás la conocen mejor que ella a sí misma.

El comisario jefe de Valencia le ha da un permiso especial para poder participar de forma parcial en la investigación. Oficialmente recupera su cargo de inspectora, aunque también deberá seguir atendiendo a sus obligaciones como profesora. Conclusión: su tiempo libre se va a ver reducido casi a la nada. El caso seguirá estando asignado al inspector Burbano, así que ella deberá acatar las órdenes que él emita o, en su caso, deberá respetar las tareas que él le asigne, así como las prioridades que establezca.

En cuanto Raquel ha colgado el teléfono y oficialmente ha recuperado su cargo, no ha podido reprimir sentir una gran excitación muy próxima al placer sexual. En ese momento, como si se tratara de una poderosa adicción a una peligrosa droga, se ha sentido tan pletórica y tan bien que se ha dicho a sí misma que jamás tendría que haberlo dejado, que rectificar es de sabios y que ha tomado la mejor decisión que podía tomar. Pero apenas un par de segundos después, toda esa excitación ha desaparecido de golpe. Es el tiempo que ha tardado su hija Carlota en aparecer por la puerta del salón. Su cara lo dice todo: la ha escuchado perfectamente mientras hablaba con el comisario.

Y es entonces cuando Raquel recuerda por qué decidió dejarlo, por qué se fue a Valencia a trabajar como profesora, la persona que tiene delante es la razón, el motivo, y eso hace que sienta verdadero odio hacia sí misma. Acaba de traicionar la promesa que le hizo a su hija, y eso no se hace.

—No te preocupes, mamá. Encuentra a esa niña y a su papá. Ya tendremos tiempo para nosotras más adelante —dice Carlota cabizbaja antes de marcharse de nuevo a su cuarto.

La resignación y la madurez con la que habla su hija no hacen más que acrecentar el sentimiento de culpa y de falta de dignidad que en ese momento siente Raquel. No solo ha traicionado a la persona que

más quiere en el mundo, también se ha traicionado a sí misma. Más que nunca siente que así no puede continuar, que algo malo debe pasar en el interior de su cabeza para tomar las decisiones que toma, y que tal haya llegado el momento de pedir ayuda profesional, porque ella sola siente que ya no puede consigo misma. Tras esa dura reflexión, llama al inspector Burbano para comunicarle que va a formar parte del equipo de investigación y después decide dónde dejar a Carlota, porque está claro que ella sola no se puede quedar.

CAPÍTULO 25

El depósito de coches

A Eduardo Cámara se le da estupendamente bien hacer lo que le han asignado, aquello para lo que le han contratado: las cosas poco elegantes.

Le ha costado relativamente poco averiguar que, efectivamente, el Volvo de Nuria Folgado se encontraba en el depósito de la grúa municipal de Valencia, tal y como le ha sugerido momentos antes al inspector Burbano. Aunque llegar hasta allí le está costando un poco más. Su Honda *Fireblade* le ha empezado a hacer un ruido extraño y ha decidido parar por precaución para ver si podía localizar el origen del ruido. Su flamante nueva moto apenas tiene un par de meses, y nada le daría más rabia que en ese momento que su posesión más preciada se estropeara.

Pero antes de poder llegar al origen del problema, su móvil empieza a vibrar en el bolsillo derecho de su pantalón.

—¿Eduardo?

—Sí, inspector Burbano, dígame.

—¿Ya has localizado el coche de Núria Folgado?

—Sí, por supuesto, está en el depósito de la grúa municipal, tal y como le adelanté.

—¿Y has encontrado algo? ¿Has mirado bien en el maletero, guantera o bajo los asientos?

Eduardo suelta un suspiro farragoso. Presiente que ya está otra vez metido en una situación para la que se va a ver tentado de mentir para salir airoso de ella. Toda su vida parece una reproducción exacta del mismo ciclo. Mete la pata casi por naturaleza y después justifica sus errores con mentiras. Eso fue lo que hizo que Raquel se separara de él, y eso hizo que existiesen la mayoría de problemas que ha tenido en la vida, ese maldito ciclo que nunca se termina.

—No se lo va a creer, pero he tenido un problema serio con mi moto y me he visto obligado a parar, así que todavía no he llegado al depósito, pero lo haré en breve, puede estar seguro de ello.

Héctor se quita las gafas y se frota el lagrimal de los ojos. Nada le pone más nervioso que la incompetencia de los demás, por eso siempre acostumbra a trabajar solo.

—Escúcheme con atención, Eduardo, vaya hacia el depósito ahora mismo y ejecute el registro, ya.

—Sí, sí, ahora voy, de verdad. No se preocupe, estoy ahí en quince

minutos.

—Me parece que no me ha entendido bien, Eduardo, o sale ahora mismo hacia allí, o le aseguro que yo mismo me encargaré de que le retiren el nombramiento de colaborador externo que ahora mismo tiene, ¿le queda claro?

Eduardo traga saliva. El inspector Burbano le pareció raro desde el principio, pero no se lo imaginaba amenazando, en cualquier caso, no parece de las personas que amenace por amenazar, lo dice de verdad. Y lo último que necesita en ese momento es perder su trabajo como colaborador, porque eso lo alejaría de Raquel y de Carlota.

—Disculpe las molestias, inspector, salgo ya para el depósito.

A continuación, el inspector Burbano escucha a la perfección el rugido del encendido de una moto de gran cilindrada, después Eduardo corta la llamada, luego ruega internamente para que Nuria Folgado no llegue antes hasta su vehículo, porque entonces perderían esa gran prueba que podrían estar a punto de conseguir.

CAPÍTULO 26

Su corazón se para

El corazón de Nuria late con inusual fuerza cuando llega al depósito de coches. Esa fuerza está directamente relacionada con el miedo que siente a haber llegado tarde.

El hombre que sale a atenderla tiene el grueso cristal de sus gafas completamente manchado, repleto de huellas dactilares. El pelo grasiento y las manos con restos de aceite para motores. Apenas se fija en que la ropa de la mujer que tiene delante está visiblemente manchada de sangre, el tono autoritario de Nuria hace que su atención se centre casi por completo en lo que ella le está diciendo, en lo que le está pidiendo. Y el hombre, de nombre Paco Albert, no duda en indicarle dónde se encuentra su coche, aunque también le advierte que «no está para circular», así que no se lo puede llevar.

—Tranquilo, solo necesito coger un par de cosas personales que guardo en el maletero, me iré enseguida.

—Como quiera, señora, si me necesita, estaré en la cabina de control. ¿De verdad que no quiere que la acompañe? Esto es más grande de lo que parece.

—No hace falta, sabré encontrarlo.

—Como usted quiera.

Nuria apresura el paso hacia el sector tres del depósito, que es donde Paco le ha dicho que está su coche, concretamente en la cuarta o la quinta fila, tal vez en la sexta. Y tal y como le ha dicho al operario, no le resulta especialmente difícil encontrarlo.

Cuando abre la puerta del piloto siente una especie de pinchazo en la parte posterior del cráneo. Los recuerdos del accidente que ha tenido apenas unas horas antes la zarandean con violencia. Aún no ha tenido tiempo de pensar cómo es posible que haya podido perder el control de esa manera. Hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así, y eso la lleva a preguntarse qué ocurrirá si hay una próxima vez, si vuelve a perder el control. Pero antes de seguir torturándose, empieza a buscar la cinta por todas partes. Mira bajo su asiento y bajo el asiento del copiloto, nada. Mira en los asientos traseros y con una mano hace un barrido por la elegante piel con la que están tapizados. Quiere asegurarse de que la vista no le falla y de que, efectivamente, de momento no ve la cinta por ningún lado. Mira en el suelo de la parte trasera del vehículo, mira en el salpicadero, mira en la guantera y en el maletero, no fuera el caso de que la hubiese guardado ahí y no lo recordase, pero no. Porque la verdad es que aunque no se termine

de fiar de su memoria tras el lapsus que tuvo en el accidente, sí recuerda perfectamente que la cinta estaba en su bolso, y en su bolso ahora no está, debió caerse en el accidente, así que, o bien alguno de los técnicos de la ambulancia se la ha llevado por alguna razón, o bien ha sido alguna de las personas que trabajan en el depósito de coches.

Su nerviosismo crece segundo a segundo mientras decide qué paso dar a continuación, encontrar la cinta es clave, es vital, es urgencia máxima, si alguien la ve…

Va nuevamente hasta donde está Paco, el lugar al que él llama cabina de control.

—¿Ya ha terminado?

—Sí.

—¿Y ha encontrado lo que buscaba?

—Precisamente de eso es de lo que le quería hablar.

Paco arruga la frente y empuja su espalda contra el respaldo de la silla, como si quisiera ganar distancia.

—¿Hablar de qué?

—No encuentro lo que estoy buscando, y me preguntaba si podría ser posible que alguien de este depósito hubiese podido acceder a mi vehículo y hacer algún tipo de inventario de los objetos que se encontraban en su interior, y en ese caso, tal vez podría haber guardado los objetos de valor a buen recaudo para devolvérselos al propietario más tarde.

Paco arruga la frente de nuevo. En esta ocasión acompaña el gesto con una mueca agria en los labios.

—No sé si la sigo, señora, ¿qué insinúa exactamente?

—No insinúo nada, solo le he hecho una pregunta con educación, pero si quiere se la repito de forma alta y clara, ¿quién de este depósito ha tenido acceso a mi vehículo desde que está aquí?

Paco cabecea y suelta una sonrisa sarcástica.

—Ahora sí, ya veo qué está queriendo decir, señora, y le adelanto que no me gusta nada. La única persona que ha podido tener acceso a su vehículo desde que está aquí soy yo, y le aseguro que no lo he hecho. Lo ha traído la grúa, lo he recepcionado yo y después he pedido que lo pusieran donde usted lo ha encontrado. Nadie más aparte de mí ha podido acceder a su vehículo, porque las llaves las tengo yo y nadie se las ha llevado. Así que, lo siento, pero lo que busca debe estar en otro lugar.

Nuria escruta a Paco con la mirada. No le queda otra que confiar. Si dice que ni él ni ningún otro de los trabajadores que trabajan en ese depósito se ha llevado la cinta, quiere pensar que dice la verdad, y que la cinta está en otro lugar. Tal vez entre los técnicos de emergencias sanitarias que recogieron sus objetos personales había alguien aficionado a las cintas VHS y sucumbió a la tentación de llevarse una

que no era suya.

—Está bien, Paco, disculpe mi tono y las molestias que le haya podido ocasionar, como ve, no llevo un buen día. Gracias por todo.

—De nada, cuídese, señora.

En cuanto Nuria sale del depósito se pregunta cómo dar con los técnicos de emergencias sanitarias que la llevaron hasta La Fe, pero antes de dar un solo paso más, su teléfono móvil recibe un mensaje nuevo:

Vaya con más cuidado, Nuria, ¿qué será de su hija si a usted le pasa algo? En fin, esta es la primera de las instrucciones que tiene que ejecutar sin dilación ni demora: debe contarle a su marido hoy mismo que tiene una aventura con el celador ese. Debe contárselo con pelos y señales y grabarlo todo mientras lo hace, después nos lo manda a la siguiente dirección de correo electrónico; lluevesobremojado@gmx.es

Que tenga un buen día Nuria, y no olvide lo que pasará si no hace lo que le pedimos o si trata de hablar con la policía. La vida de su hija está en juego, y recuerde, todo terminará en tres días.

En cuanto termina de leer el mensaje, Nuria siente que está a punto de sufrir otro ataque de pánico, que está a punto de perder el control otra vez, todo es ruido a su alrededor, la garganta se le seca y apenas puede respirar. ¿Quiénes son esas personas y qué quieren exactamente? ¿Y cómo va a contarle nada a su marido si también está desparecido? A continuación su móvil empieza a sonar. Para su sorpresa ve que es precisamente su marido quien la está llamando. Y en ese momento siente que su corazón se para.

CAPÍTULO 27

El pasado

La llamada de Eduardo Cámara diciéndole que Nuria ha conseguido llegar antes que él, ha desestabilizado al inspector Burbano más de lo normal. Ha perdido los nervios a pesar de que, según le ha dicho el propio Eduardo, el responsable del depósito asegura que la propietaria del Volvo se ha ido muy enfadada porque no ha encontrado lo que había ido a buscar. Así que, en cierta manera hubiera dado igual que Eduardo hubiese llegado antes, lo que están buscando no estaba allí. Al menos ya saben seguro que Nuria anda buscando algo que es de vital importancia, que ese algo lo llevaba en su coche en el momento del accidente y que, casi con total probabilidad, lo fue a buscar a hurtadillas a su propia casa momentos antes de estrellar su vehículo en la avenida Clariano.

Pero todo eso no es lo que más ha molestado a Héctor. En realidad hay otra cosa. Es toda esa sangre con la que se encontró el primer día que no deja que se olvide ni por un momento del suceso trágico de su infancia. Es la falta de control de la situación. Es su pasado, que parece haberse instalado de nuevo en el horizonte de todos sus pensamientos. Es el conjunto de todo lo que lo está asfixiando.

—Perdón por haberle hablado así, Eduardo —dice Héctor en cuanto se tranquiliza un poco—. Si el responsable del depósito no ha mentido y el objeto que busca Nuria no estaba en su coche, es posible que pueda tenerlo alguno de los técnicos de emergencias sanitarias que la llevaron al hospital, así que, ¿podrías averiguar con rapidez quiénes son y tratar de hablar con ellos?

—Por supuesto, inspector, enseguida me pongo a ello.

—Gracias, Eduardo, y trate de llegar antes que ella en esta ocasión, por favor, puede que la próxima vez no tengamos tanta suerte.

—De acuerdo, inspector, lo llamo en cuanto tenga algo nuevo.

En cuanto cuelga el teléfono, Héctor ve aparecer a lo lejos la silueta de la inspectora Raquel Silva. Tal y como le ha dicho cuando lo ha llamado, ha tardado 15 minutos exactos en llegar a la plaza del Cedro, donde él la espera.

CAPÍTULO 28

Los expedientes

Raquel observa que en el inspector Burbano se ha producido un cambio desde la última vez que se vieron, concretamente la noche de antes. Esa imagen cuidada, impoluta y pulcra parece estar siendo cubierta por una especie de sombra que se está cerniendo sobre él con mucha rapidez. Sus ojos se ven más apagados, sus párpados más caídos, el tono de su piel es más pálido, y el afeitado diario al que aparenta someter su cara parece haber quedado en un segundo plano.

—Me alegra contar con usted, inspectora Silva, el colaborador externo que me han asignado no está dando la talla, y como usted mismo aventuró anoche, el caso es muy complejo. Investigar una muerte y una desaparición al mismo tiempo, pero en lugares distintos, duplica el trabajo.

Raquel piensa en las palabras con las que el inspector Burbano se ha referido a Eduardo y no puede evitar violentarse un poco, no le ha gustado.

—¿Hay alguna novedad relacionada con el entorno de Nuria o de Matías Roca?

—Como le he dicho antes por teléfono, Nuria ha tenido un aparatoso accidente con su coche hace apenas unas horas. Pero se encuentra bien, de hecho le ha faltado tiempo para salir corriendo del hospital e ir a buscar a su coche, algo que, tal y como usted también sugirió anoche, presumimos que es de vital importancia para ella y que pensamos que ella misma lo fue a buscar a su casa antes de tener ese accidente. No obstante, según parece, ese objeto no estaba en su vehículo, y el colaborador externo está tratando de localizarlo antes de que lo haga ella. Pensamos que es posible que alguno de los técnicos de emergencias sanitarios que la trasladó al hospital podría habérselo llevado. Por otra parte, también he tenido conocimiento de que Nuria tiene un amante.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabe?

—Su colaborador externo me lo ha dicho hace un rato, por si no lo sabía Eduardo y yo ya nos conocíamos. Hemos trabajado juntos en más de una ocasión, y le puedo asegurar que es mejor de lo que piensa.

Héctor se acomoda la montura de las gafas. Por el tono cortante de la inspectora y el ímpetu de sus palabras deduce que entre ella y el señor Cámara hay o ha habido algo de corte sentimental.

—En cuanto al amante de la señora Folgado, se llama Adolfo Monteagudo, es celador en el mismo hospital en el que ella trabaja, tiene veintiún años, veinte menos que ella, y la relación que mantienen desde hace un año y medio aproximadamente es de tipo dominación-sumisión—Raquel arquea las cejas. No se esperaba algo así—. También es posible que esa relación haya entrado en una fase peligrosa.

—¿A qué se refiere con eso?

—A que en sus sesiones ella le inflige bastante daño real a él.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente. Tiene los brazos llenos de heridas y cicatrices, y se ha negado a enseñarme el resto de su cuerpo.

Héctor hace una pausa y observa con atención las reacciones de Raquel. Se repite otra vez que ella no se parece en nada al resto de personas con las que ha trabajado. No se está planteando si lo que hacen Nuria y Adolfo está bien o mal, solo está intentando hacer encajar esa información con el resto de datos de los que dispone. Su proceso interno no está contaminando por factores externos ni se focaliza en detalles morbosos, solo analiza en conjunto toda la escena.

—¿Tiene coartada para la noche de la desaparición de la hija y del marido de Nuria?

—No, pero asegura que estuvo en su casa y que no se movió en toda la noche.

Raquel hace una pequeña mueca. No le gustan ese tipo de cabos sueltos. No le gusta tener que decidir si se fía o no de alguien que jura y perjura que hizo o dejó de hacer algo concreto.

—¿Y qué impresión le da a usted? ¿Cree que podría haber tenido algo que ver con la desaparición de la hija de Nuria o de su marido?

—Creo que jamás haría algo que pudiese hacerle daño a Nuria, pero también que sería capaz de cualquier cosa por ella. Eso deja la cosa en empate.

—Entiendo. De todos modos, habría que hablar con él otra vez para tratar de acercarnos más a Nuria, creo que lo que hemos podido conocer de ella hasta ahora nos ha dejado bastante claro que en su vida hay bastantes zonas oscuras como para considerar seriamente que lo que le ha pasado tiene algo que ver con su entorno de algún modo u otro —Héctor asiente—. ¿Ha podido averiguar algo de la sábana? ¿Sabe si realmente ha desaparecido o no?

—Así es. Tenía usted razón también en eso. Las personas que se llevaron a la hija de Nuria se llevaron también la sábana del dormitorio principal, una de color blanco con una cenefa ocre con flores moradas bordadas.

—Estupendo, es posible que la sábana esté ahora en el mismo lugar en el que está la hija de Nuria, pero habrá que estar atentos por si se

deshacen o se han deshecho ya de ella. Hay que hablar con servicios urbanos y comunicarles inmediatamente a los responsables de la recogida de la basura que estén atentos por si aparece la sábana en algún contenedor o vertedero municipal —Héctor coge su teléfono y duda un segundo sobre a quién llamar para poner en marcha dicha gestión, la inspectora Silva va tan rápida que le cuesta seguirle el ritmo—. No se preocupe, inspector, si le parece ahora me encargo yo de poner en marcha ese trámite. ¿Se ha podido establecer ya un vínculo entre Nuria y el abogado al que desangraron? ¿Qué sabemos de él?

—Todavía no hemos hallado el vínculo que los relacione, de eso es de lo que me estaba encargando yo en estos momentos. He estado en su casa esta mañana y su difunta esposa ha accedido a que vea su despacho y los expedientes de los casos en los que ha trabajado durante su carrera como abogado.

—¿Y ha visto algo? ¿Y qué puede decirme del perfil psicológico de Matías Roca?

Héctor se vuelve a ajustar la montura de las gafas. Se pregunta cuáles son las cualidades que la inspectora cree que él tiene exactamente. Elaborar perfiles es su especialidad, pero para tener cierto éxito en el análisis deductivo necesita datos, y de momento solo tiene los que le ha proporcionado su mujer.

—Aun no, al menos no del todo. Por lo que me ha contado su mujer, Matías ha dedicado prácticamente toda su vida a la abogacía. Ha trabajado en solitario, por cuenta ajena y ha tenido su propio bufete. Fue ambicioso en el pasado. De estado anímico voluble, alta tolerancia al estrés, introvertido, perfeccionista, de moral muy elástica, solitario, y con cierta tendencia depresiva. Con facilidad para tratar con personas de muy distinta clase social y con escaso desarrollo de la faceta sentimental. Pragmático y de costumbres clásicas, poco dado a la improvisación y a los imprevistos. No obstante, todo cuanto le acabo de contar está por confirmar, necesito contrastar y valorar muchas cosas, empezando por los expedientes de algunos de los casos con más trascendencia que ha llevado.

Raquel siente cierta admiración al escuchar al inspector Burbano nombrar algunos de los rasgos que podrían haber definido la personalidad del difunto Matías Roca. A ella nunca se le ha dado bien analizar la personalidad de las personas de forma certera, y tal vez sea esa la razón por la que siente cierto rechazo hacia los *profilers*. Aunque con Héctor, de momento, no le ha pasado. Tal vez sea porque él no trata de aparentar nada, es como si no le importase en absoluto la imagen que da, como si no tuviese ningún ego al que alimentar.

—¿Y esos expedientes, podría verlos?

—Sí, por supuesto, están en mi coche.

—Perfecto, ¿le importa si los veo ahora?

—Sin problemas. Vayamos a mi coche y ahora mismo se los paso.

Todavía es pronto para poder afirmarlo con total seguridad, pero por el momento, las primeras sensaciones que de esa nueva colaboración tienen Raquel y Héctor son excelentes. Él seguirá analizando a fondo los perfiles de todos los implicados, para lo que va a tener que seguir investigando el entorno de Nuria y de Matías, y ella tratará de ir encajando todas las piezas de ese puzle que ya se ha empezado a dibujar ante ella, empezando por descubrir cuanto antes la relación entre la enfermera y el abogado.

En apenas unos minutos, Raquel se encuentra sentada en su coche observando la pila de expedientes que le ha pasado Héctor y que ahora descansan en el asiento de copiloto del Qashqai, preguntándose cómo es posible que su vida haya vuelto a dar un giro semejante en tan poco tiempo. Sintiéndose la peor madre del mundo por haber vuelto a dejar de lado a lo que más quiere. Y lo peor de todo es que esa sensación que la empujó a volver, esa especie de excitación y de adicción a ese trabajo que tan intensa y placentera sensación de bienestar le produjo al principio, ya casi ha desaparecido, y ahora solo queda el remordimiento de la recaída. Su único consuelo es poder encontrar sana y salva a esa niña y a su padre antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 29

Frío

Lidia tiene frío.

Después de escuchar cómo sus secuestradores decían que en tres días se decidiría si ella vivía o moría, no pudo evitar mearse encima. Y en ese sótano, con la ropa mojada y la temperatura ambiente descendiendo rápidamente, su cuerpo no ha tardado en enfriarse.

Se ha quitado el pantalón y lo ha intentado secar zarandeándolo en el aire con todas sus fuerzas, pero de momento apenas ha conseguido efecto alguno. Sigue igual de mojado. Ha buscado por ese sótano algo con lo que poder cubrirse, tal vez la sábana con la que la trajeron, pero le ha sido inútil, ya no está. Allí abajo no se ve casi nada y después de unos cuantos golpes en sus piernas y caderas, lo ha dejado de intentar.

El diente roto y la herida en la barbilla que se hizo cuando trató de escapar ya han dejado de sangrar, pero le siguen doliendo horrores.

No tiene agua ni comida, está empezando a tiritar. Se acurruca sobre el viejo colchón de la cama y siente cómo la temperatura de su cuerpo, curiosamente, empieza a subir. Después cierra los ojos y, mientras los dientes le empiezan a castañear, reza para que alguien la encuentre cuanto antes, porque tiene la impresión de que su vida está a punto de llegar al final.

CAPÍTULO 30

La confesión

Al principio le ha costado reconocerlo. Tras dos días desaparecido, la imagen de Javier no es ni de lejos la del médico intensivista al que todos conocen en la UCI del hospital Clínico. La gorra de béisbol que le tapa media cara, las gafas de sol y la chaqueta tipo bomber, tampoco ayudan.

—Pasa, no te quedes ahí —dice Nuria invitando a pasar a su marido a la vivienda de su amiga Silvia, en la playa de la Patacona, quien no ha puesto impedimento alguno a recibir a un nuevo invitado.

Javier está muy nervioso. En cuanto entra al interior de la vivienda se quita las gafas, la gorra y la chaqueta. Tanto Nuria como Silvia ven que tiene los dos ojos amoratados, probablemente fruto de sendos golpes. También tiene la nariz un poco hinchada y el contorno de las uñas de las dos manos bastante erosionado, como si hubiese estado trabajando la tierra o en una obra.

—Javier, qué alegría volver a verte, por un momento pensé que… Dios —dice Nuria por fin haciendo ademán de abrazar a su marido. Pero Javier la rechaza marcándole la distancia con su brazo derecho.

—Ahórrate el teatro, Nuria, ¿qué demonios está pasando aquí? ¿Qué quieren esas personas? ¿Y por qué tienen a Lidia? —Las preguntas de Javier son como flechas que se clavan con dureza en su mujer.

—¿Qué? Eso mismo te podría preguntar yo a ti. ¿Se puede saber dónde has estado los últimos dos días? ¿Estabas con Lidia? Porque desaparecisteis juntos —Nuria eleva el tono y su marido abre los ojos perplejo. Silvia lo observa todo a escasos metros.

—Creo que yo me voy a ir a dar un paseo —dice Silvia dándose media vuelta.

—No, tú te quedas. Quiero que oigas lo que tu amiga tiene que decir —dice Javier con determinación.

—Por supuesto que se queda, esta es su casa, y tú no decides sobre ella, ¿acaso te crees que es una de tus estúpidas enfermeras de la UCI? —replica Nuria con enfado.

Javier resopla. Hace años que no soporta a su mujer, pero en ese momento la odia profundamente. Si a su hija le pasa algo, no sabe de lo que es capaz. Pero en ese momento entiende que, como siempre, es él quien debe mantener la calma, porque sabe que su mujer no va a ser. Es él quien debe razonar, porque sabe que su mujer tampoco va a

ser capaz. Y toda la vida junto a ella ha sido igual.

—Mira, Nuria, hace dos días alguien me drogó y me sacó de casa en mitad de la noche. Desde entonces he estado encerrado en una especie de almacén abandonado, encadenado a una pared como si fuese un animal con la rabia. No sé dónde está Lidia, solo que las personas que me tenían cautivo no paraban de repetirme que también la tenían a ella, y que toda la culpa de esto la tenías tú. Que les contase qué sabía sobre ti y sobre tu pasado, que mi vida dependía de ello, que la vida de nuestra hija podría depender de ello.

—¿De mi pasado? —Nuria se indigna.

—Sí, de tu pasado. Y deja ya de tratarme como si fuese estúpido, no por gritar más creas que alguna vez me has convencido de algo. Si alguna vez me he callado no era porque te daba la razón, era porque no quería oírte más.

Nuria va a contestar gritando, pero en el último momento se cruza de brazos y se calla. Sus ojos se humedecen rápidamente y la línea que separa sus labios tiembla como preámbulo al llanto.

—¿Y podría saber al menos qué es lo que quieren esas personas y de qué me acusan exactamente? —pregunta Nuria entre lamentos.

Javier resopla con cansancio. Se frota el lagrimal de los ojos. Está acostumbrado a pasar noches en vela al cuidado de pacientes que están en las lindes de la muerte, pero no a estar amarrado a una pared de hormigón durante cuarenta y ocho horas.

—Todavía no sé lo que quieren, solo que la seguridad de nuestra hija dependerá de si cumplimos o no las instrucciones que recibiremos durante los tres próximos días. De momento me han soltado con la condición de que nadie más aparte de nosotros puede saber que estoy libre. Si se lo decimos a la policía o a alguien más, Lidia morirá. Y me parece que de momento Silvia ya sabe que estoy aquí, así espero que seas más cuidadosa de lo que lo has sido nunca —dice Javier mirando tanto a su mujer como a Silvia, quien asiente atónita a todo lo que está escuchando—. También me han dicho que te llamase inmediatamente, porque tal vez tú también tenías algo que contarme. Así que dime, ¿tienes algo que contarme?

Nuria se lleva las dos manos a la boca. Sabe perfectamente lo que le han dicho que cuente, e intuye que si no lo hace, las personas que tienen a su hija son perfectamente capaces de hacer lo que han dicho que harían.

—Siéntate un momento, Javier, sí, tengo algo que contarte.

Después de eso, Nuria saca su teléfono móvil y pone la grabadora en marcha ante la perpleja mirada de su marido, las instrucciones que ha recibido momentos antes eran muy claras en cuanto a que querían una prueba de su confesión. A continuación le confiesa a su marido que tiene una relación con un celador veinte años menor que ella y

que esa relación es de tipo dominación-sumisión.

Y Javier, que está a punto de sufrir un ataque al corazón, le dice que no la quiere volver a ver en a la vida, que quiere el divorcio, y que va a hacer todo lo posible por quedarse con la custodia total de su hija, cosa que no le costará mucho teniendo en cuenta la confesión que le acaba de hacer. Al escuchar eso, Nuria no puede evitar volver a perder los nervios de un modo explosivo, luego le da dos fuertes puñetazos en la boca a su marido y, mientras lo hace, recuerda el contenido de la cinta que le han robado y que todavía no ha podido recuperar.

CAPÍTULO 31

Nubes en la cabeza

Raquel apenas ha pegado ojo en toda la noche, revisar los diez expedientes de Matías Roca que le pasó el inspector Burbano le ha llevado más tiempo del esperado.

Por lo que ha podido deducir, los casos que el inspector seleccionó son aquellos en los que Matías perdió y, por tanto, las personas a las que defendía fueron a la cárcel. Las carpetas que contienen dichos expedientes tienen una etiqueta roja en su exterior, así que imagina que el difunto abogado tenía ordenados los casos que había llevado por colores en función de si había tenido éxito o había fracasado, y ese fue el orden de prioridad que siguió el inspector. Se fue directamente a los casos perdidos de Matías pensando que, tal vez, podría ser que en alguno de ellos y a modo de venganza hubiese alguien que se sintiese muy agraviado, lo suficiente como para culpar al abogado por su condena.

Pero de momento solo en dos de ellos ha encontrado indicios suficientes como para pensar en ellos como posibles candidatos. Son los únicos dos casos que actualmente se encuentran en libertad, los otros ocho o aun están en la cárcel, o han muerto. De esos dos casos que Raquel ha seleccionado, uno de ellos, el del profesor de gimnasia de nombre Ricardo Bolea, que fue condenado por tres casos de violación a menores, es sobre el que más sospechas tiene. Ricardo tiene ahora cuarenta y dos años, y se ha pasado los últimos doce en prisión. Salió hace tres meses y, por lo que ha podido ver, vive en Aldaia, en l´Horta Sud de Valencia, así que se dice que ese será el primer caso que investigue. Por su pasado criminal con niños piensa que podría dar el perfil de alguien que secuestra a una niña de solo siete años. De otra parte, se pregunta, ¿si fuese Ricardo el responsable, para qué secuestrar a la hija de alguien que no es el responsable de su entrada en prisión? Porque Matías tiene un hijo y una hija, así que podría haberlos escogido a ellos en lugar de a la hija de otra persona. ¿O podría ser que Matías fuese el verdadero padre de la hija Nuria, que tuviesen una aventura y Ricardo quisiera ahora castigarlos a los dos? Eso le parece un tanto rebuscado, pero ha de investigarlo.

El otro de los casos que ha seleccionado es el de un hombre que fue condenado a quince años de prisión por asesinar a su mujer y enterrarla en el jardín de la casa de sus padres. Nunca confesó los hechos, y mantuvo hasta el día que lo dejaron libre que fue

incriminado de forma injusta, que él no hizo nada y que el asesino de su mujer todavía está suelto. Ese hombre, de nombre Roberto Hontangas, salió de la cárcel hace un año y desde entonces no ha tenido ni una multa de tráfico. Y esa es la principal razón por la que Raquel lo ha dejado en un segundo plano. Tras un año en libertad, no concuerda con el perfil de alguien que decide vengarse. Normalmente ese tipo de venganzas se suelen fraguar en cuanto el condenado es liberado, pero después de un año en libertad, las ganas de hacer algo que podría volver a mandar a alguien a la sombra suelen desaparecer por completo. De todos modos, tras ver a Ricardo Bolea, irá a ver a Roberto Hontangas.

—Ya estoy lista, mamá —Carlota, que está de pie en el umbral de la puerta del salón, sorprende a su madre y la devuelve de golpe al mundo real. Lleva la mochila colgando de ambos hombros, el pelo mal recogido en dos coletas que presentan bastante asimetría. Restos del desayuno en la comisura de los labios y los cordones de una zapatilla sin atar.

A Raquel se le parte el alma al ver así a su hija. Se ve a sí misma como la peor madre del mundo y se tortura internamente repitiéndose otra vez que tiene que buscar una solución real a su problema. Porque la decisión que tomó hace solo unos meses ha quedado claro que no ha sido suficiente. Ha recaído, y lo ha hecho de la peor de las maneras.

—Te prometo que solo serán unos días, Carlota, después te juro que todo volverá a ser como antes —dice Raquel con pesar y un gran sentimiento de culpabilidad.

—¿Como antes de venir a Valencia?

—No, como antes de estos últimos días —Raquel siente la fragilidad de sus propias palabras y puede imaginarse la poca fiabilidad que suponen para su hija.

Carlota asiente y baja su mirada hasta el suelo. No lleva bien ver así a su madre. Tan lejos, con tantas nubes en la cabeza, con la expresión de la cara siempre al borde de una tormenta de lágrimas.

Antes de marcharse para llevar a Carlota al colegio y poner rumbo a la universidad, llega Eduardo Cámara haciendo ruido con su Honda *Fireblade*.

—Dichosos los ojos, ¿qué tal están mis dos mujeres preferidas?

A Carlota se le dibuja una sonrisa parcial. A Raquel, en cambio, el estrés no le permite apenas gesticular.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha habido alguna novedad?

Eduardo sonríe sin quitarse las gafas de aviador.

—Pasaba cerca de aquí y he probado suerte a ver si os veía. Ya sabes, pensado y hecho, algo que por lo que he visto desde que estoy aquí, es muy común entre los valencianos. Solo quería saber cómo

ibais y contarte lo que he averiguado del objeto de Nuria. Por cierto, ya me enterado de que oficialmente vuelves a estar dentro —Eduardo termina la frase con una suficiencia que hace que Raquel se irrite.

—Tenemos un poco de prisa, Eduardo, al grano. ¿Qué sabes del objeto? Y te recuerdo, por lo que vayas a decir, que hay una niña de poco más de cuatro años a mi lado.

—Al parecer sí se lo llevó uno de los técnicos de emergencias sanitarias que llevaron a Nuria al hospital, concretamente el conductor-camillero. Según su compañero, Jorge, que así se llama el camillero, es un fanático del cine y, concretamente, del cine independiente y de serie B. Al ver la cinta en el suelo del asiento de copiloto…

—Espera un momento, ¿de qué cinta hablas?

—Ah, sí, perdón, llevo toda la noche en vela y no sé ni dónde tengo la cabeza. El objeto del que estamos hablando, según parece, es una cinta VHS.

Raquel frunce el ceño. Su procesador interno acaba de introducir esa nueva variable y ya ha empezado a calcular posibilidades.

—Sigue. ¿Dónde está el conductor ahora?

Eduardo cabecea antes de responder.

—Esa es la razón por la que llevo toda la noche en vela. Su compañero accedió a darme su número de teléfono. Pero desde anoche no responde. He estado de aquí para allá buscándolo entre los locales que suele frecuentar, pero en ninguno de ellos ha habido suerte.

—¿Y en su casa? ¿Dónde vive?

—Vive en el barrio de San Isidro, en el suroeste de la ciudad. Y no, en su casa no está, al menos ni yo lo he visto entrar ni a mí me ha abierto la puerta. Según he podido saber tiene una casa de pueblo en Aras de los Olmos, un pequeño municipio del interior que está prácticamente en Castilla La Mancha, a casi dos horas de aquí. Su compañero de trabajo me ha dicho que muchos fines de semana se va hasta allí para desconectar, así que no sería de extrañar que ayer cuando acabó el turno de trabajo hubiese puesto rumbo a la tierra media, justo antes de que yo hubiese empezado con mi ronda de preguntas. Eso explicaría también por qué no responde al teléfono. Aras de los Olmos no es precisamente un parque tecnológico. Es posible que solo tenga cobertura en un par de sitios de la casa.

Raquel asiente mientras se pregunta cómo decirle a Eduardo que, a pesar de no haber parado en toda la noche de trabajar, sería conveniente que fuese inmediatamente hasta Aras de los Olmos, porque si Nuria también ha estado haciendo preguntas y sabe que está allí, es posible que ya haya iniciado el viaje.

—Has hecho un gran trabajo, Eduardo, ¿cuándo crees que podrías

ir hasta allí?

—¿Ir hasta Aras?

—Sí.

Eduardo resopla. Sabe que bajo esa pregunta en realidad hay una orden. Pero está tan cansado…

—Puedo ir ahora si quieres.

—¿Estás bien para conducir?

—No hay nada que un par de cafés no puedan solucionar.

—Genial, Eduardo. Ve con cuidado, avisa cuando llegues.

—Hecho. Adiós, princesa —dice Eduardo lanzándole un beso a Carlota, que sonríe al ver el gracioso gesto.

En cuanto Raquel pone el motor de su Nissan en marcha, siente de nuevo esa sensación que tuvo cuando empezó con Eduardo. Pero en esta ocasión se siente mal porque no sabe si no estará siendo demasiado dura con él, si no debería tener algún que otro gesto amable con él. Y entonces decide que, si no lo estropea, estaría bien invitarlo a cenar esa noche.

CAPÍTULO 32

La sábana

La noche ha sido mala, pero la mañana se avecina aun peor.

Héctor apenas ha pegado ojo por segunda noche consecutiva. Necesita avanzar todo lo que pueda y encontrar cuanto antes a esa niña y a su padre, porque no se encuentra nada bien y teme que podría desestabilizarse más de lo deseado si su nivel de estrés continúa aumentando.

La inspectora Silva considera que es muy importante encontrar el vínculo de unión entre Nuria Folgado y Matías Roca, y a él no le parece mala idea, pero su opinión es que es en las personas implicadas donde está la clave. Matías está muerto y ya no puede sufrir más, per Nuria todavía está viva, y espera que también lo estén su marido y su hija. Es en ella en quien han de concentrar gran parte de su esfuerzo, porque a cada minuto que pasa tiene más claro que oculta algo, su personalidad es como una gran tormenta que está a punto de estallar. No solo está nerviosa porque han secuestrado a su hija, hay algo más que la hace ser extremadamente agresiva, estar constantemente a la defensiva y hacer cosas tan desesperadas como entrar en su propia casa a hurtadillas para rescatar algo a toda prisa que podría ser comprometedor para ella. Todo ello sin contar que, no solo lleva casi año y medio siéndole infiel a su marido, sino que lo hace con alguien mucho más joven que ella y a quien somete a verdaderas sesiones de sadomaso que podrían haber traspasado hace tiempo la barrera de la legalidad.

Ha intentado volver a entrevistar al joven amante de Nuria, pero tenía doble turno en el hospital y ha preferido no hacer acto de presencia en su puesto de trabajo, eso no habría hecho más que hacer que se cerrara en banda, aparte que él odia los hospitales por razones personales. Su amiga más íntima parece ser Silvia, la mujer con quien está viviendo en estos momentos, y es a quien ha elegido como su nuevo blanco para obtener más información de Nuria. Y lo hace justo antes de que entre a trabajar. En cuanto ve que se acerca a la peluquería donde trabaja, la intercepta.

—Silvia, disculpe, ¿le importaría que hablásemos un momento? —La pregunta coge por sorpresa a Silvia, que andaba con paso apresurado y la cabeza metida en su pensamiento. Cuando alza el cuello y reconoce al inspector, se sobresalta un poco.

—Llego tarde al trabajo, ¿no podría ser en otro momento?

—Podría, pero cuando se trata de la desaparición de una menor,

cada minuto cuenta. Serán solo un par de preguntas.

Silvia suspira. Después recoge los rizos de su melena rubia y se los echa por detrás de las orejas.

—Tengo un par de minutos, así que dese prisa. ¿Qué quiere saber?

Héctor asiente antes de responder.

—Es sobre Nuria, sobre su pasado concretamente. ¿Desde cuándo se conocen ustedes dos?

—Pues a ver, no desde toda la vida, pero sí desde hace bastantes años.

—¿Desde cuándo exactamente?

Silvia mira al cielo y hace cuentas de cabeza.

—Desde hace unos diez años más o menos. Nos conocimos en una fiesta de Nochevieja. Recuerdo que ni a ella ni a mí nos apetecía nada estar allí, habíamos ido cada una con nuestro particular grupo de amigas, pero tras coincidir unas cuantas veces en la barra libre terminamos por hablarnos y rápidamente congeniamos.

—¿Y qué podría decirme de Nuria, siempre ha tenido ese carácter?

—Sí, más o menos. Diría que se ha vuelto un poco más ácida con los años, pero por lo demás, y si lo pregunta por su particular tendencia a elevar la voz o a perder un poco los nervios, sí, es así desde que la conozco.

—¿Y qué me dice de su joven amante? ¿Sabía usted que mantenía una relación con un hombre más joven que ella?

Silvia frunce un poco el ceño. Suspira. Se echa los rizos por detrás de las orejas.

—Sí, bueno, más o menos.

—¿Qué quiere decir con más o menos?

Silvia mira el reloj, ya son las diez de la mañana.

—Lo siento, pero me voy a tener que marchar, tengo que entrar ya a trabajar.

—Silvia, solo un minuto más, por favor, ¿qué es exactamente lo que Nuria le había contado acerca de su relación extramatrimonial?

Silvia Calero está visiblemente nerviosa. No se siente a gusto hablando de su amiga a sus espaldas. Pero tampoco tiene demasiadas ganas de mentirle a la policía.

—Sabía que tenía un amante, aunque tampoco hablábamos mucho de ese tema, tampoco tenía ni idea de que su relación fuese de ese tipo —Silvia se encoge de hombros un tanto avergonzada. ¿Se supone que teniendo en cuenta que ella es la mejor amiga de Nuria debería haberlo sabido con anterioridad?

—Entiendo, la gente a veces guarda secretos, incluso a sus seres más allegados, es algo inherente al ser humano, así que no se sienta culpable por no tener conocimiento de ciertas intimidades de su amiga —Las palabras de Héctor hacen sentir bien a Silvia, que vuelve a

percibir ese rugido interno que le pide sexo constantemente, y eso la lleva a desear sentirse atractiva para el apuesto inspector que tiene delante—. Lo que sí me gustaría saber es si le ha sorprendido enterarse de algo así, si había notado con anterioridad algo en Nuria que podrían haberle hecho sospechar que tenía gustos de ese tipo.

Silvia titubea antes de responder.

—Me sorprendió en parte, me explico: Nuria siempre ha mostrado un carácter que, puntualmente puede resultar excepcionalmente agresivo, incluso en alguna ocasión un tanto cruel, pero nunca imaginé que ese carácter pudiese ser extrapolable a otras facetas de la vida distintas a las conversaciones que pudiésemos tener ella o yo o a determinados lances laborales.

—¿Quiere decir con eso que ha tenido problemas con algún compañero o compañera de trabajo?

—Podría decirse que sí, conflictos interpersonales lo llaman en el hospital. Sé que durante los últimos años ha tenido varios, pero tampoco sé hasta qué punto eso es algo habitual en el mundo hospitalario. Lo que sí sé es que Nuria me contaba los casos con mucha rabia, a veces sin ningún tipo de consideración por la otra parte del conflicto, es decir, por sus compañeros y compañeras de trabajo.

Héctor asiente y se dice internamente que ha de volver cuanto antes al hospital para tratar de hablar con algunos de sus compañeros de trabajo, tal vez haya alguien a quien Nuria ofendió de más.

—Y por último, Silvia, no quisiera importunarla más de la cuenta, está siendo usted muy amable —Silvia se sonroja un poco ante las educadas palabras del inspector—. ¿Conoce usted a alguien cercano a Nuria que la conozca de más tiempo, como por ejemplo alguna amiga o amigo de la infancia, o algún familiar cercano?

Silvia mira hacia un lado y hacia otro. Piensa.

—¿Acaso alguien conserva a los amigos de la infancia cuando llega a cierta edad? —La pregunta retórica de Silvia es tan cruda como realista. El inspector Burbano, sin ir más lejos, se dice que él no conserva a nadie cercano de su pasado, aunque tampoco de su presente.

—Ya, imagino, ¿entonces no conoce a nadie de su pasado con quien pueda hablar?

Silvia niega con la cabeza. Luego mira el reloj, son las diez y cinco. Arquea un poco las cejas, ha recordado algo.

—Al poco de conocernos vino a verla un antiguo novio suyo. Estuvo tanteándola durante un tiempo, él quería volver, parecía bastante desesperado, un poco raro también, y muy apuesto. Pero ella fue muy tajante, le dijo que no podía ser de ninguna de las maneras, que todo aquello ya había terminado, que debían rehacer sus vidas

por separado, que no quería que los viesen juntos, porque eso solo podría traerles problemas a los dos. Y eso es todo lo que sé, lo que le acabo de contar ocurrió hace más de diez años, y desde entonces no he vuelto a ver a ese hombre —Silvia vuelve a mirar el reloj—. Lo siento mucho, inspector, pero ahora sí que me tengo que marchar.

—Claro, Silvia, por supuesto, ¿no recordarás cómo se llamaba ese antiguo novio, verdad?

—No, Nuria nunca me lo dijo, siempre que le sacaba el tema ella lo eludía. Imaginé que habían tenido una de esas relaciones un poco tóxicas y que quería pasar página cuanto antes. Ya sabe, olvidar.

—Gracias otra vez, Silvia, me ha sido de gran ayuda, que pase un buen día.

Silvia asiente con una expresión agridulce. Se siente mal porque piensa que en cierta manera ha traicionado a Nuria, y también porque sabe que si se entera de que ha estado hablando de ella a sus espaldas, se enfadará.

El inspector Burbano trata de reordenar su lista de prioridades con rapidez. Tiene que hablar cuanto antes con esos compañeros de Nuria con los que según Silvia ha tenido "conflictos interpersonales", pero sobre todo, tiene que hablar con ese antiguo y raro novio que estaba desesperado por volver con ella. Cada vez está más seguro de que, si continúa escarbando en el presente y en el pasado de Nuria, al final dará con el responsable de la desaparición de su hija. La cuestión es; ¿continuará aun con vida? Porque si no han pedido un rescate, es que se trata de algo mucho peor, como una venganza o chantaje personal.

Antes de volver al hospital Clínico para preguntar por esos conflictos interpersonales, llama a Eduardo para ver si tiene novedades del conductor de la ambulancia que presumiblemente se llevó una cinta VHS del coche de Nuria. Pero no le coge el teléfono. A continuación recibe una llamada de su jefe, del comisario Julio Zanón. Y le dice que la policía nacional acaba de encontrar en un contenedor una sábana que concuerda con la descripción de la sábana que desapareció de casa de Nuria.

CAPÍTULO 33

Somos amigos, ¿no?

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Estás enfadada o qué? —Le pregunta Pablo a Neus al verla tan callada. El día de antes se fue al terminar las clases sin decir nada, ella es la única que no vio el video *snuff* de Raquel Silva, así que lo que él se imagina es que está un poco enfadada porque se siente un poco desplazada.

Neus alza la mirada y, sin quitarse las gafas de sol de las que no se ha despegado desde primera hora de la mañana, dibuja una sonrisa ladeada.

—No todo gira en torno a ti, ¿sabes? Y no, no estoy enfadada, solo estoy con la puta regla, ¿qué pasa? ¿También tengo que pedirte perdón por eso?

Pablo sonríe y busca en Dani esa complicidad que desde hace tanto tiempo tienen, pero Dani le aparta la mirada. Después mira a Natalia, quien suspira y sí lo mira, aunque con una extraña vergüenza que hace que se retraiga de nuevo. Lo que pasó entre ellos el día anterior…

—Tranquila, Gordi, solo me preocupaba por ti, normalmente no sabes tener la boca callada.

—Que no me llames Gordi, tío, te lo he dicho un millón de veces —dice Neus levantándose de la mesa en la que están, más arrinconada de la cafetería de la facultad.

—Eh, tranquila, relájate un poquito, anda, y siéntate que estás montando el espectáculo.

—No, el espectáculo me parece que lo das tú, ya me estás hartando con tu chulería y tu soberbia. ¿Qué te crees, que vas a poder hacer siempre lo que te dé la gana sin consecuencias?

Dani y Natalia observan con atención el enfrentamiento público que están teniendo los que hasta hace poco eran inseparables. Los alumnos de las mesas que están más cerca también se giran para ver qué está pasando. Pablo, a quien nadie le había hablado así en años, se levanta de la mesa y mira a Neus muy seriamente. Luego la apunta con el dedo.

—No vuelvas a hablarme así en tu puta vida. Si estás con la regla o tienes crisis existenciales ese no es mi problema. Así que te sugiero que te lo pienses dos veces antes de levantarme otra vez la voz.

—¿O qué? —replica Neus con energía.

—Vamos a tranquilizarnos todos un poquito, ¿vale? ¿Qué coño pasa aquí? ¿Somos amigos, no? —dice Dani tratando de mediar entre sus

dos amigos.

Neus resopla y cabecea con cierto sarcasmo, coge su mochila y, tras mirar a Natalia con dureza, sale de la cafetería.

Dani mira a Pablo con reprobación, quien levanta la palma de ambas manos en gesto de incomprensión.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Es que ahora uno no va a poder ni hablar?

Dani va a decir algo, pero en el último instante se calla. Luego se pasa una mano por la cara y coge aire con los ojos entrecerrados.

—Voy a ver qué le pasa a Neus.

—¿Qué? ¿Te largas detrás de ella? ¿Es que te gusta o qué?

—Pues no, gilipollas, ¿pero no ves que le pasa algo?

—¿Algo de qué?

—Pues eso es lo que voy a intentar averiguar. Neus nunca suele reaccionar así. Algo le pasa. Si tuvieses un poco más de empatía a lo mejor tú también lo habrías percibido.

—¿Qué? ¿Ahora no tengo empatía? ¿Pero esto qué es, una conspiración contra mí? ¿Es que tú y la Gordi estáis follando?

Dani vuelve a resoplar. Después recoge sus cosas y se cuelga la mochila a la espalda.

—Ya te vale, eh, Dani, ya te vale —dice Pablo viendo cómo su mejor amigo elige ir en busca de Neus, en lugar de quedarse allí con él.

—Relájate tú también un poco, Pablo, que ya has oído a Neus, no todo gira en torno a ti. Ah, y otra cosa, ¿destruiste eso?

Pablo mira a su amigo tratando de conocer sus intenciones, tratando de ver un poco más allá.

—Sí, lo destruí.

—Bien hecho —dice Dani dándole una palmada en el hombro a su amigo—. Ya hablamos, ¿vale?

—Claro.

Pablo observa cómo Dani sale de la cafetería con rapidez, después dirige su mirada a Natalia, que también parece que lo mira de un modo distinto a como lo hacía antes.

—¿Tú también piensas que no tengo empatía?

Natalia le aparta la mirada, prefiere no responder a eso. Después también se apresura a recoger sus cosas. El labio inferior le empieza a temblar.

—Eh, Natalia, ¿estás bien? ¿Aún te duele?

Natalia niega con el cuello sin articular palabra. Claro que aun le duele, pero no lo dice.

—Yo también me tengo que marchar, Pablo, ya hablamos, ¿vale?

—¿Cómo que tú también te tienes que marchar? ¿Qué os pasa a todos hoy?

—No me encuentro muy bien, Pablo, es solo que necesito tumbarme un poco.

Antes de que Natalia también salga de la cafetería, Pablo la sujeta por un brazo.

—Ni una a palabra a nadie de lo de ayer, ¿eh? —dice Pablo muy serio.

—Claro, tranquilo, hasta luego.

En cuanto ve que se ha quedado solo, Pablo se pregunta qué ha hecho para que sus amigos se den cuenta de que, efectivamente, no tiene empatía. ¿O ya lo sabían desde hacía tiempo y nadie se había atrevido a decírselo hasta ahora? En cualquier caso se dice que va a tener que hablar muy seriamente con Natalia, más que nada para asegurarse de que no dice nada de lo que no tiene que decir.

CAPÍTULO 34

Necesito tu ayuda

Cuando Adolfo ve que la llamada entrante es de Nuria, suspira de tranquilidad. Necesita oír su voz. Recibir sus órdenes. Necesita saber que entre ellos todo está bien. Que lo castigará cuando lo merezca y que le dejará tocarla cuando se lo haya ganado. Ella se ha convertido en su centro, en el Sol de su sistema solar. Sin ella volaría perdido, igual que antes de conocerla. En sus veintiún años de vida sabe de sobra que hay que gente que sabe perfectamente lo que quiere y gente que no tiene ni la menor idea, gente que actúa por pura imitación y aquella que trata de ser auténtica, gente a la que le asaltan un millar de dudas y preguntas cada noche y gente que no se plantea absolutamente nada. Él siempre se ha considerado del grupo de gente que no sabe lo que quiere, ni quién es, que se plantea preguntas para las que no hay respuesta, que no se siente cómodo actuando como si su vida solo fuese una repetición de otras vidas, una fotocopia de una fotocopia. El problema que todo eso tiene un precio: no es feliz, y duda mucho que algún día lo sea.

—¿Dónde estás? —pregunta Nuria con autoridad.

—En casa, ayer tuve turno doble y he llegado hace un rato de trabajar. Creo que ha estado por aquí el inspector ese, pero por si acaso no he abierto la puerta.

—Bien hecho. Escucha, necesito que hagas algo inmediatamente.

—Por supuesto, dime.

—¿Conoces a los técnicos de emergencias sanitarias que suelen ir al Clínico?

—Sí, más o menos. Siempre son los mismos.

Nuria sabe perfectamente que si hay alguien con quien los técnicos de emergencias sanitarias mantienen un contacto diario, esos son los celadores, que son los que se encargan de transferir a los pacientes que traen o bien a una camilla o bien a una silla de ruedas.

—Necesito que averigües quiénes son los dos chicos que me llevaron ayer a La Fe. Por zona son de los habituales del Clínico, así que supongo que preguntando un poco no te será muy difícil.

—¿Pudiste ver cómo se llamaban?

—No, pero uno era alto y delgado, con gafas de montura dorada y el pelo claro, los ojos azul celeste. El otro era…

—Vale ya sé quiénes son. Ese qué dices se llama Jorge, es el conductor, el otro se llama Enrique, creo que es enfermero o algo de eso. ¿Qué es lo que quieres de ellos exactamente?

—Ayer se llevaron algo mío, algo que estaba en mi coche. Necesito recuperarlo inmediatamente.

Adolfo piensa durante unos segundos. Piensa todo lo rápido de lo que es capaz. Nada es más importante para él que satisfacer los deseos de Nuria, cueste lo que cueste. Porque Nuria le da esa estabilidad que siempre ha buscado.

—Creo que puedo conseguir sus números de teléfono, el conductor ha salido por ahí en alguna ocasión con un compañero mío. Hablo con él y que me pase su número. ¿Qué es lo que se ha llevado exactamente? ¿Y qué le digo, que me lo devuelva, así sin más?

Nuria piensa durante un instante hasta dónde contarle a Adolfo, y se dice que al menos tiene que saber lo mínimo.

—Se han llevado una cinta VHS, y dile que si no me la devuelve inmediatamente tendrá serios problemas, dile que haré que pierda el trabajo, dile que le denunciaré por robarle a una paciente y dile que… que acabaré con su miserable vida si no me da lo que es mío.

Adolfo traga saliva con dificultad al escuchar las palabras de Nuria, porque sabe que las dice de verdad, porque sabe que es perfectamente capaz de cumplir sus amenazas. Luego se pregunta qué puede haber en esa cinta VHS para que Nuria se interese tanto por ella en un momento así, con su hija pequeña desaparecida. Pero ni se le ocurre preguntarle por ello, ¿quién es él para preguntarle algo tan personal?

—De acuerdo. Me pongo a ello inmediatamente. En cuanto sepa algo te llamo.

—Date prisa, no falles, y tendrás tu premio.

Un sofocante y fulgurante ardor invade el interior de la caja torácica de Adolfo. Arde en deseos de conocer cuál es su premio.

—No fallaré.

—Más te vale.

En cuanto Nuria cuelga el teléfono se gira y ve que su marido está a tan solo unos cuantos metros detrás de ella. La mira con expresión de asombro, de desconcierto. Todavía tiene la boca parcialmente hinchada debido a los dos fuertes puñetazos que su mujer le dio la noche de antes.

—¿Qué es todo esto, Nuria? ¿Con quién hablabas? ¿Quién eres?

Nuria suspira. Lo mira seriamente y después se lleva ambas manos a la cara.

—Te lo contaré todo cuando esto acabe, ¿vale?

Javier la escruta con la mirada y niega con el cuello. Sus ojos están llenos de lágrimas.

—¿Sabes quién está detrás de esto? ¿Sabes dónde está Lidia?

—No, por supuesto que no, si lo supiese te lo diría.

—No estoy tan seguro.

—Mira, Javier, puede que no te haya contado algún que otro

secreto. Pero puedes estar bien seguro que nuestra hija es lo que más quiero en este mundo, y que jamás haría algo que pudiese ponerla en peligro. Solo estoy tratando de…

—¿De qué?

Nuria se plantea si contarle algo más a Javier en ese momento, pero antes de que decida nada, recibe un SMS en su teléfono móvil.

«¿Qué tal la noche conyugal? ¿Hubo consumación del matrimonio a la luz de la luna? Dicen que los reencuentros son siempre apasionados. Y es de eso de lo que nos gustaría hablarte en esta ocasión, de los reencuentros. Hace años tuviste un novio, y me parece que ya sabes a qué novio me refiero. Bien, pues esto es lo que tienes que hacer hoy; localiza donde vive, ve a buscarlo y secuestra a sus dos hijas. Luego nos envías una fotografía. Y recuerda que ya solo quedan dos días. Todo terminará en dos días. Y ni una palabra a la policía. O terminará hoy mismo».

A continuación Nuria recibe una fotografía. Es de Lidia. Está tumbada en un sucio colchón. Desnuda de cintura para abajo. Aparentemente dormida y con una fea herida en su boca y en su barbilla. Nuria no puede evitar soltar el grito más desgarrador de su vida.

CAPÍTULO 35

Aras de los Olmos

El viaje en moto hasta uno de los últimos pueblos de la Comunidad Valenciana ha sido largo, pero mejor de lo esperado.

Aras de los Olmos tiene el honor de estar reconocido como uno de los mejores lugares del mundo para contemplar las estrellas. Su particular geografía, su clima y su escasa contaminación lumínica hicieron que en el año 2017 la UNESCO le otorgase el honorable distintivo de reserva *Starlight*. Porque no solo tiene un cielo privilegiado por donde asomarse al espacio exterior, también dispone un gran observatorio, en el cual está instalado uno de los telescopios más grandes de toda la Comunidad Valenciana.

Eduardo, a pesar del sueño y de que todo cuanto puede ver está cubierto por la intensa luz de la mañana, no tarda en apreciar la claridad con la que se pueden apreciar los astros en ese despejado cielo. Es como si en ese lugar se estuviese más cerca de ese inalcanzable y difuso espacio que a los seres humanos nos sirve de techo. Durante unos instantes se sorprende a sí mismo contemplando todo cuanto hay sobre su cabeza, y siente algo que hacía mucho que no sentía. Se siente a gusto en ese mundo, tanto que durante un instante se olvida de casi todos sus problemas, sobre todo del auténtico motivo que tanto le entristeció y que hizo que se decidiese definitivamente por abandonarlo todo e ir tras Raquel y su hija Carlota. De ese motivo del cual todavía no se siente con fuerzas para hablar.

Como suele ocurrirle desde casi siempre, en cuanto llega a su destino, las cosas no son tan sencillas como parecían. Enrique, el compañero de trabajo de Jorge Celanova, que es a quien busca Eduardo, le dijo que la casa de pueblo de Jorge estaba en una calle bastante estrecha, tanto que los rosales y otras plantas enredaderas subían por las paredes de las fachadas y, en algunos tramos, cruzaban de un lado a otro de la calle, formando unos bonitos arcos del color de la naturaleza. Le dijo que la casa que Jorge heredó de sus abuelos se diferenciaba del resto porque en esa calle era la única que tenía toda la fachada en piedra viva.

Aras de los Olmos no llega a los cuatrocientos habitantes. Y eso es bueno y es malo. El pueblo es pequeño, es fácil de recorrer, pero cuando Eduardo busca a alguien a quien preguntar, no lo encuentra, sencillamente el pueblo a esas horas de la mañana está como desierto.

Así que Eduardo invierte unos veinte valiosísimos minutos en buscar la calle que con tanto detalle le describió Enrique, solo espera que no le haya mentido y que no haya ido hasta allí para nada. Aunque no parece ser ese el caso, cuando localiza esa bonita calle con los arcos formados por las caprichosas ramas de los rosales, una gran sonrisa inunda su rostro con rapidez. Una vez allí no tarda en localizar la única casa cuya fachada luce en piedra viva. Después coge aire y, sin pensar en nada más, llama a la puerta.

Jorge Celanova apenas ha pegado ojo en toda la noche.

Hay algo en su interior que siempre le ha dicho que algún día se metería en un buen lío, en uno de verdad, y ahora ya no tiene ninguna duda de que ese día ha llegado.

A la gran cantidad de avisos de llamadas recibidas por parte de un número desconocido del día anterior, y al contenido de la cinta VHS que se llevó del Volvo de la mujer a la que socorrió en la carretera el día de antes, que es lo más aterrador y cruel que ha visto en su vida, se le acaba de sumar la llamada telefónica que acaba de recibir. Es de Adolfo, un celador del Clínico al que conoce lo justo, y le acaba de decir que la propietaria de ese vídeo sabe que lo tiene que él, que lo necesita recuperar urgentemente, y que si no se lo devuelve inmediatamente tendrá que atenerse a las terribles consecuencias. Que se reúna con él en Valencia lo antes posible y que ni se le ocurra hablarle o enseñarle ese video a alguien más.

De no haber visto el vídeo, a Jorge tal vez le hubiera dado la risa, porque Adolfo no es lo que se dice alguien que resulte amenazante a simple vista, pero viendo su contenido… no quiere ni imaginar lo que podrían hacerle para recuperarlo, a él y a sus dos hermanas pequeñas. En esos momentos siente como si tuviese una bomba de relojería en las manos a punto de explotar, que o la suelta rápidamente, o quien saldrá por los aires será él.

Apenas le cuesta medio segundo decidirse, su seguridad y la de sus dos hermanas pequeñas es lo primero, así que, si la propietaria de ese horroroso video lo quiere recuperar, ¿por qué iba él a oponerse a tal cosa? Pero justo cuando está a punto de salir por la puerta para reunirse con Adolfo en Valencia, alguien llama a la puerta. Lo primero que piensa Jorge es que es posible que sea algún vecino que ha venido a saludarlo, su abuela Renata y su abuelo Basilio era muy queridos en el pueblo, pero cuando se asoma por la ventana y ve al hombre con gafas de aviador y una camiseta negra de La Matanza de Texas, se dice que, esa persona, ni es un conocido de Renata y Basilio ni tampoco ha ido hasta allí para venderle un seguro del hogar. Esa persona está ahí por una razón muy concreta: la cinta VHS. La cuestión ahora es: ¿qué hacer? ¿Abrirle y mantener una conversación pacífica con él o

contemplar otras opciones?

Su instinto y su amplio bagaje como amante del cine independiente y de terror le dicen que, en casos así y ante la duda, hay que correr.

Y eso es precisamente lo que se propone hacer. No tarda ni un minuto en recoger sus cosas, al menos las más importantes. El hombre con las gafas de aviador continúa aporreando la puerta, y a los golpes se le suma una voz que suena a enfado:

—¡Abra inmediatamente la puerta, soy policía!

Y al escuchar eso las dudas retumban en el interior del lugar donde Jorge toma las decisiones: ¿no debería entregarle esa cinta a la policía?

—¡Sé que está en casa y que tiene algo que no es suyo, le informo de que está obstaculizando una investigación de alto nivel y que podría ser condenado por ello! ¡Abra inmediatamente!

Jorge, que nunca ha sido bueno decidiendo qué es lo mejor para él porque siempre se ha dedicado a esperar pasivamente a que las circunstancias y la propia vida decidieran por él, siente que está a punto de sufrir un colapso mental. Pero esta vez no es como las demás, tiene que decidir, y en ese momento pesa más el hombre que hay abajo diciendo que es policía y que podría meterlo en la cárcel por lo que ha hecho que el celador del hospital Clínico.

Así que coge aire y decide abortar la operación huída campo a través, cosa que tampoco tenía claro que podría lograr.

El problema es que cuando apenas lo separan de la puerta un par de metros, recibe un nuevo mensaje de Adolfo:

Me pregunto que si a ti te pasase algo, ¿cómo se las arreglaría tu madre con la pensión mínima para mantener a tus dos hermanas pequeñas?

A Jorge no se le saltan las lágrimas, simplemente siente que está a punto de estallar un terremoto en su corazón.

A continuación le abre la puerta al hombre con gafas de aviador.

CAPÍTULO 36

Ya lo tienen

Raquel ha tenido que marcharse a mitad de la clase cuando ha visto que tanto el inspector Burbano como el comisario Julio Zanón no paraban de llamarla.

Hace unos días no hubiese visto dichas llamadas hasta dar por finalizada la clase, ser una buena profesora era su única prioridad laboral hasta hace solo cuarenta y ocho horas. Pero desde que ha llegado esa mañana a la facultad, y casi en modo piloto automático, ha decidido dejar el móvil con el sonido en silencio pero con la vibración activa y, el caso es que el móvil no dejaba de vibrar, era obvio que algo importante había pasado.

Lo que no imaginaba era que hubiesen encontrado ya la sábana y, concretamente, que la hubiesen encontrado en un contenedor de la población de Aldaya, en un lugar muy próximo al actual domicilio de Ricardo Bolea, el mismo cuyo expediente había seleccionado ella misma la noche de antes como el mayor sospechoso de entre los antiguos clientes de Matías.

Su cerebro le dice que no puede ser una coincidencia. Ricardo estaba muy enfadado con Matías por no haber evitado los doce años que se ha pasado en la cárcel. A eso se le suma que ha salido hace tres meses y que para colmo le van las menores como Lidia, la hija desaparecida de Nuria.

Aldaya es una población de más de treinta mil habitantes que se encuentra pegada a la ciudad de Valencia por su cara oeste. Es una de esas poblaciones en las que conviven las construcciones valencianas propias del siglo diecinueve y veinte, enfocadas a una vida agraria y, parcialmente ganadera, con las construcciones y edificaciones propias de los años ochenta y noventa, enfocadas a la explotación máxima del terreno a base de la promoción de viviendas tipo colmena y sin apenas rasgos de distinción. Es como si dichas viviendas, de algún modo, ya estuviesen encasillando a las personas en su forma de vida. Delimitando los límites de expansión individual de las personas que las ocupan.

No es el caso de Ricardo Bolea. Él no vive en un edificio tipo colmena con las persianas a medio bajar y amarilleadas por el sol. Él vive en una casa de pueblo propia con más ochenta años de antigüedad, con su patio interior que antaño fue un corral para la crianza de gallinas y conejos. La casa era de sus abuelos, luego fue de sus padres, y ahora es suya.

Cuando Raquel llega a la tranquila y casi desierta calle Cid, que es donde vive Ricardo Bolea, y ve que, aparte del inspector Burbano, hay dos patrullas de la policía esperándola para entrar al domicilio de un más que potencial sospechoso de haber secuestrado a una niña de siete años, vuelve a ella esa excitación que exacerba sus sentidos y que pone en marcha cada célula de su organismo. En ese momento es consciente de que, esa excitación física que siente por estar haciendo algo que tanto adora, se conecta de algún modo con el deseo sexual, que durante los últimos meses también parecía dormido, incluso llegó a pensar que estaba muerto y que nunca más volvería. Pero al parecer no es el caso, el deseo todavía existe, ha despertado, y es más grande y más intenso de lo que recordaba. Es como si volver a hacer ese trabajo hiciese que se sintiese más viva, con más ganas de experimentar cosas, de sentir, de continuar resistiéndose internamente al paso de los años y del tiempo.

—¿Y la sábana? —pregunta Raquel en cuanto está frente a Héctor.

—Se la ha llevado la científica, estaba parcialmente manchada de sangre.

—¿Muy lejos de aquí?

Héctor niega con la cabeza antes de responder.

—No, a unas dos manzanas más o menos. Hemos tenido suerte, el contenedor donde la han encontrado no lo recogen todos los días, al estar en una zona poco transitada el camión de la basura solo pasa una o dos veces por semana, de lo contrario dudo mucho que la hubiésemos encontrado.

—¿Crees que lleva en ese contenedor desde el primer día?

—Es posible. La sangre estaba bastante seca, tal vez se deshicieron de ella inmediatamente después del secuestro.

Raquel piensa en las posibles implicaciones que ese detalle puede suponer.

—¿Sabéis si el sospechoso está en casa?

—Sí, lo está. Lo vio entrar una patrulla policial hace poco más de una hora, más o menos cuando te hicimos la primera llamada. Desde ese momento han estado haciendo guardia a la espera de que montásemos el operativo y decidiésemos la estrategia.

—¿Y cuál es la estrategia?

El inspector Burbano se reajusta la montura de las gafas. Su mirada está en calma, frente a él hay una mujer a la que apenas conoce pero con la que, casi por primera vez en su vida, siente que conecta, siente algo.

—Primero llamamos a la puerta, luego entramos, después buscamos a la niña y a su padre.

Raquel se queda mirando durante un instante al inspector Burbano y se dice que ese es probablemente uno de los hombres más

enigmáticos y extraños que ha conocido en su vida. Nada en él parece natural. Es como estar frente a un ordenador.

—Me parece bien —responde Raquel.

En menos de un minuto, el inspector Burbano, la inspectora Silva y las dos patrullas policiales se encuentran rodeando la puerta de la casa de Ricardo Bolea a la espera de que Héctor, que es quien está al mando, dé la señal para llamar y entrar. Pero es Raquel quien, para sorpresa de todos, dice algo.

—Un momento, ¿podría estar armado?

Los policías de las dos patrullas se miran entre ellos haciéndose esa misma pregunta. Claro que podría estar armado, ¿por qué no? Pero ellos también lo están, y además llevan chalecos antibalas y tienen a su favor el llamado factor sorpresa. El inspector Burbano piensa en la persona en cuya casa están a punto de entrar y se apuesta a sí mismo a que no tiene armas, quitando de las que forman parte del hábitat del hogar, claro está. Raquel, en cambio, no piensa lo mismo. La última vez que entró en un piso en el que aparentemente no había un gran peligro murieron tres compañeros suyos. Y ese recuerdo se conecta con el momento presente y hace que empiece a hiperventilar. El miedo a que pase algo parecido es insoportable.

—Inspectora Silva —dice Héctor cogiendo a Raquel por un brazo—. ¿Se encuentra bien?

Raquel lo mira y después mira a su alrededor. Se está mareando y tiene dificultades para centrar la mirada, pero aun así, asiente.

—Primero entramos yo y las patrullas, usted se queda de cierre, ¿le parece bien? —pregunta Héctor de nuevo.

Y Raquel, que todavía está intentando recuperar el control, decide algo que jamás hubiese decidido en otra ocasión, acepta entrar la última.

En cuanto están de nuevo en formación de asalto, Héctor levanta un mano para que las dos patrullas que hay tras él no muevan ni un milímetro hasta que él lo diga, luego levanta un poco el cuello para asegurarse de que Raquel sigue ahí atrás, que no se ha desmayado, y en cuanto sus miradas se cruzan y se cerciora de que sigue en pie, el inspector Burbano llama a la puerta de Ricardo Bolea.

Todos contienen la respiración durante unos segundos, siempre les pasa, los asaltos rara vez son tranquilos. No tardan en escuchar el ruido de unos pasos acercándose a la puerta, y durante una fracción de segundo, todos confían en que Ricardo abra la puerta tranquilamente y procedan a registrar su casa y a detenerlo sin más complicaciones. Pero eso no pasa, justo cuando la persona que hay al otro lado va a abrir, se para. Y en lugar de eso se escucha el casi imperceptible ruido de la mirilla.

—¡Abra inmediatamente, policía! —grita el policía que hay tras

Héctor, quien lamenta ese grito.

A continuación todos pueden escuchar cómo la persona que hay tras esa puerta se apresura a volver tras sus pasos.

Y Héctor, sin mayor dilación, da la orden con la mano de echar la puerta abajo.

El policía más fornido de las dos patrullas, a iniciativa propia, se posiciona rápidamente junto a la puerta. Se impulsa hacia detrás y con dos fuertes patadas la echa abajo.

El inspector Burbano, pistola en mano, entra el primero. Tras él va el resto. Todos entran en la vivienda de Ricardo Bolea sin dudarlo. Todos menos Raquel, que está completamente paralizada en el umbral de la puerta, respirando a una velocidad mayor de la aconsejada y sintiendo cómo los colores y los volúmenes de las formas de todo cuanto está en su campo de visión se difumina en un todo amorfo y que describe un sinuoso y lento movimiento.

—¡Por allí, por allí! ¡Por la parte de atrás! —grita uno de los policías mientras señala con el dedo la puerta que parece dar acceso al corral de la casa.

Todos siguen esa dirección y no tardan ni diez segundos en llegar al antiguo corral de la casa. Ricardo Bolea está intentando abrir una puerta trasera de doble hoja cuyas dimensiones son las propias para la entrada y salida de vehículos. Pero los nervios no le permiten tener el pulso deseado. Las manos se le resbalan en la cerradura de la puerta. La llave se le cae. Y para cuando va a volver a intentarlo, ya puede sentir el cálido y terrorífico aliento de la policía.

—Ricardo Bolea, ponga las manos donde pueda verlas y dese la vuelta despacio, le aconsejo por su bien que deje de intentarlo, porque está rodeado —dice Héctor en un tono alto y claro.

El principal sospechoso del secuestro de Lidia es consciente en ese momento de que, efectivamente, no puede escapar, es absurdo seguir intentándolo. Aprieta los ojos con fuerza y se da la vuelta despacio.

—Las manos sobre la cabeza, de rodillas —dice Héctor con determinación.

Ricardo Bolea está sudado de arriba abajo. Cuenta de cabeza cuántos policías hay ahí, en el corral que un día su abuela y su abuelo construyeron con ilusión para criar a los animales que serían el sustento de la familia. Durante un par de segundos se plantea si hacer lo que le piden o no, está cansado de estar siempre huyendo y no sabe qué debe hacer, en realidad nunca lo ha sabido. Elegir nunca se la ha dado especialmente bien, siempre elige mal. Después, casi como un acto reflejo, pone ambas manos en lo alto de su cabeza y se arrodilla lentamente.

El inspector Burbano se acerca con rapidez hasta él y, mientras le pone unas esposas rápidamente, le pregunta:

—¿Dónde está? ¿Dónde la tienes?

—¿Dónde está, quién?

—La niña. Lidia.

El rostro de Ricardo se desfigura por momentos.

—¿De qué niña me estás hablando? ¿Qué significa todo esto?

Héctor hace una señal con su mano derecha para que los policías que hay allí empiecen a registrar la casa de arriba abajo con rapidez, algo que captan a la primera y que no tardan en ejecutar.

—No se lo repetiré más veces, ¿dónde la tiene? —A la voz de Héctor se une el sonido del seguro de su pistola, algo que rara vez ha hecho.

Y Ricardo, que está empezando a ser consciente de que ha vuelto a equivocarse, dice:

—Arriba. Está arriba.

INTERLUDIO 3

La verdad

Berta lleva varios días con ansiedad. Y eso la hace sentir mal por una razón: las heridas que creía cerradas, y los problemas que creía resueltos, en realidad, seguían ah, a la espera de una llamada del pasado para despertar otra vez de su letargo. Siempre es duro descubrir que hay que cosas que nunca se superan.

Su trabajo no es fácil, pero ella siempre lo ha llevado bien. Desde el principio ha sabido separar su vida personal de la vida de sus pacientes, implicándose lo justo en sus tratamientos y siempre desde la posición del «observador no interviniente». Ella se acerca hasta las profundidades emocionales de las personas, pero no interactúa con nada, como una espectadora que solo tiene permisos para mirar.

Pero hay algo en la historia de Rodrigo Soler que ha cambiado las cosas, y no solo por la dureza y la gravedad de sus confesiones, sino porque se conecta directamente con ella, con quién es ella ahora, con lo que le pasó en el pasado.

Todo se agrava porque su hijo ha empezado a notar que ella no está bien. Él siempre ha sido muy permeable, y cuando ella está mal, él está mal. Emocionalmente funcionan como un todo que se intercomunica por compartimentos invisibles y que está siempre en constante movimiento. Así que, ya no tiene que recuperar el control y ponerse bien solo por ella, lo ha de hacer por él, por su hijo, lo que más quiere en el mundo.

Cuando llega a la consulta y a la espera de que entre Rodrigo Soler, piensa cómo decirle de la forma más amable, profesional y educada que le sea posible, que no lo va a atender más. Que ya no lo puede ayudar más y que su terapia ha de terminar.

—Se equivoca, doctora Pascual, sí me está ayudando, y más de lo que se imagina. No podemos dejar la terapia ahora, justo cuando estoy empezando a ver algo de luz al final de este largo túnel.

Berta se lleva una mano al lagrimal de los ojos. Ve a Rodrigo más fuerte y seguro de sí mismo de lo que lo ha visto nunca. Pero estar cerca de él no hace más que aumentar esa fuerte ansiedad interior que está a punto de arrastrarla al lugar más oscuro y tenebroso de su corazón. Necesita apartarse de él, no verlo más.

—Lo siento de corazón, Rodrigo, pero no es así como funciona.

—¿Así, cómo?

—No es usted quien decide, soy yo, su terapeuta.

Rodrigo resopla.

—Es por todo lo que le he confesado, ¿verdad? Creo que fue usted quien

me dijo que debía ser sincero, no guardarme ni retener nada, que solo así lograríamos llegar a mi centro, ¿me equivoco?

Berta cabecea, Rodrigo no se lo está poniendo fácil.

—No tiene nada que ver con eso, en realidad no tiene que ver con usted.

—¿No? ¿Y entonces?

—Tiene que ver conmigo, y ya se acabó el tema —Berta, por primera vez en mucho tiempo, levanta un poco la voz. Rodrigo se calla e intenta cruzar su mirada con la de la doctora, algo que no consigue porque Berta tiene la vista clavada en el suelo. Y entonces se dice que ha llegado el momento.

—Está bien, como ha dicho, usted manda. Pero no me gustaría irme sin antes contarle una cosa.

Berta levanta una mirada nerviosa.

—¿Qué cosa?

—Todo esto, en el fondo, no va de otra cosa que de ser sinceros con nosotros mismos, sinceros con los demás, ¿no es así?

Berta asiente.

—Así es.

—Está bien, Berta, pues entonces vamos a decir la verdad.

CAPÍTULO 37

¿Qué te pasa?

—Eh, Neus, ¿qué pasa? —pregunta Dani en cuanto da con ella en las afueras del campus universitario. Hace muy buen día, aunque apenas corre el aire. Se está acabando la primavera.

Neus coge aire con fuerza y mira al cielo. Se lleva las manos a la cabeza. Luego suspira.

—Sabes de sobra lo que pasa. Todo esto me supera, no puedo más, Dani.

Dani suspira. A él también lo supera, pero menos.

—Aguanta un poco más, Neus, sé que juntos lo lograremos, ¿vale?

Los ojos de Neus se humedecen. Moquea. Luego asiente. Hace ademán de abrazarse a Dani, que la aparta de él con la mayor suavidad de la que es capaz.

—Neus, no, aquí no, ¿no quedamos que era mejor no hacerlo público todavía?

Neus mueve el cuello arriba y abajo, está a punto de echarse a llorar.

—Eh, ya está bien de llorar, se acabó. Así no vas a conseguir nada, el llanto solo debilita. ¿Es que acaso te ha hecho algo que no me has contado?

Neus se lleva una mano al pecho, siente unas palpitaciones tan fuertes que cree que su corazón está a punto de partirse en dos. Luego vuelve a mirar a Dani a la cara y asiente entre lamentos y las primeras lágrimas de las muchas que están a punto de llegar.

CAPÍTULO 38

Es lo que hay

Su primera experiencia sexual no ha sido exactamente lo que esperaba.

Natalia todavía siente bastante dolor, pero al menos la hemorragia ya se ha detenido. Había oído que con la primera vez a veces se sangraba, pero lo suyo no es normal.

De todos modos no importa. Había oído decir que a los chicos de hoy en día les gustaba así, con brusquedad. Es lo que tiene haberse pasado media adolescencia viendo pornografía y, para ser concretos, la pornografía que se ha impuesto hoy en día. Se normalizan conductas cercanas a la vejación, a la dominación hombre-mujer, a la búsqueda del placer masculino por encima del femenino, a la creencia de que hay ciertas prácticas que son placenteras para la mujer, cuando en realidad es solo una ilusión para que el placer del hombre sea a un mayor.

Y todo eso a ella no le va. Pero si lo ha de aguantar porque a él le gusta, lo aguantará, tal vez es posible que incluso llegue a acostumbrarse, a disfrutar del intenso dolor al que Pablo la sometió la tarde anterior.

Así que, sintiéndose mal por haberse marchado de la cafetería dejándolo allí solo, y con un gran miedo al rechazo y a que ningún otro chico se vuelva a fijar en ella, se arma de valor y le envía un mensaje muy claro:

Quiero que termines lo que empezaste ayer. Quiero que me hagas lo que ayer no te dejé que me hicieses. Quiero ser tuya, y no volveré a decirte que no a nada. Te quiero. Natalia.

En cuanto ve que Pablo lo acaba de recibir, y que en menos dos segundos las aspas del whatsapp se han puesto azules, se pregunta qué ha hecho.

CAPÍTULO 39

El camino de vuelta

El camino de vuelta hasta Valencia es mucho más rápido que el de ida.

La distancia entre Aras de los Olmos y Valencia, obviamente, sigue siendo la misma, pero el estado mental de Eduardo hace que los kilómetros de carretera parezcan menos.

Aún así, contando las dos horas de la ida, las dos horas de la vuelta, y el tiempo que le llevó dar con la casa de Jorge Celanova, han hecho que prácticamente se le haya ido toda la mañana.

Al menos tiene la cinta.

La cinta.

Se pregunta qué habrá en ella para que su dueña haya puesto tanto interés para recuperarla. Para que la persona que la tenía en ese momento tuviese tanto miedo. Para que tanto Raquel como el inspector Burbano hayan insistido tanto en que hay que recuperarla.

Eduardo se siente bien porque por primera vez en bastante tiempo ha hecho las cosas bien, a tiempo, y sin tener que haber recurrido a las mentiras o a las malas artes para lograrlo. Es como si la vida, o eso a lo que llaman el Karma, estuviese empezando a recompensarlo. Se ilusiona pensando que tal vez, si todo va bien y el caso transcurre adecuadamente, Raquel esté receptiva y acepte cenar con él esa noche. En cuando tenga ocasión se lo propondrá.

Lo primero que hace al llegar a la capital del Turia es llamarla a ella, a la mujer a la que dejó escapar. Pero no le coge el teléfono. Entonces llama a su actual superior, al inspector al mando del caso, Héctor Burbano, quien no se demora en descolgar. Primero lo felicita por haber conseguido la cinta, le reitera que su contenido podría ser clave para el transcurso de la investigación, después le dice que vaya a la comisaría de zapadores, porque ha pasado algo, y el caso se ha complicado.

—¿Y Raquel? —pregunta Eduardo con naturalidad.

—¿Se refiere a la inspectora Silva, qué ocurre?

—¿Está ahí con usted? La he llamado, pero no me coge el teléfono.

Héctor hace una pausa antes de responder, si acaso preguntándose a qué viene tanto interés por conocer el paradero de la inspectora Silva. Luego recuerda que recientemente ya tuvo la impresión de que entre la inspectora y su colaborador externo hubo una relación de corte sentimental.

—Sí, está aquí. Hace un rato se ha mareado, y ahora está

descansando un poco, pero está bien. Escuche, Eduardo, ¿va a venir ya para aquí? Cuando antes veamos lo que hay en esa cinta, mejor.

Eduardo se pregunta qué le habrá pasado a Raquel, si el inspector Burbano no habrá eludido contarle algo más grave. Pero a continuación se dice internamente que no empiece a obsesionarse, que no empiece otra vez a pensar y a pensar en cosas que solo están en su cabeza.

—Voy ya para allá.

—De acuerdo, aquí lo esperamos.

Eduardo pone rumbo a la comisaría más grande de Valencia preguntándose de nuevo qué habrá pasado. Si Raquel estará bien, si le habrá pasado algo, si aceptará cenar con él esa noche. Otra vez está entrando en bucle, y eso no le gusta.

CAPÍTULO 40

Ricardo Bolea

Ricardo Bolea está sentado en la sala de interrogatorios número 4 a la espera de que llegue su abogado. Los cargos de los que se le acusa, y las pruebas a las que se remiten, sin ninguna duda, lo volverán a enviar a prisión. Aunque aun puede ir todo a peor.

Héctor Burbano lo observa con atención a través del grueso cristal que los separa. Se fija en su actitud postural, en su forma de moverse, en su forma de mirar. Se intentando meter en su cabeza, imaginar qué piensa, qué siente, por qué hace lo que hace. Pero apenas hay tiempo para estudiarlo con detalle, porque la situación es desesperada y las circunstancias a veces son las que mandan. Así que sin apenas meditarlo vuelve a entrar, todavía pasará un rato hasta que llegue su abogado, y eso supone una oportunidad que debe aprovechar, porque en cuanto llegue el letrado, todo se complicará aún más.

Ricardo mira al inspector Burbano con atención cuando se sienta otra vez frente a él. Después mira otra vez hacia la puerta por la que ha entrado, ya que se está volviendo a abrir. Es la inspectora Silva, aparentemente con mucho mejor aspecto del que presentaba en Aldaya, cuando estuvo a punto de sufrir un desmayo tensional.

Ninguno de los dos inspectores dice nada. Raquel se sienta al lado de Héctor sin apenas hacer ruido, que asiente cuando la ve junto a él. Incluso muestra algo parecido a la alegría al sentirla tan cerca de él.

—Si no le importa empezaremos otra vez desde el principio —dice Raquel mirando a Ricardo fijamente, quien se cruza de brazos y apenas parpadea. El detenido mide aproximadamente un metro noventa, es de complexión fuerte, entradas muy pronunciadas, el pelo moreno pero con muchas canas, barba de cuatro días y la tez morena pálida. A primera vista, tiene una presencia imponente.

—Empiece por donde quiera. Ya les he dicho que no sé nada de esa chica.

Raquel asiente y mira de reojo al inspector Burbano, que le dice con la mirada que le parece bien que sea ella quien reanude el interrogatorio, en parte porque a él no le ha querido decir nada y quizá ella tenga más suerte. Ha oído decir que ese es uno de sus puntos fuertes, los interrogatorios, cosa que a él siempre se le ha dado fatal.

—Le voy a ser muy claro, Ricardo, la noche del martes, hace ahora tres días, desapareció una menor junto con su padre. Esta mañana hemos encontrado la sábana con la que se la llevaron a un par de

calles de aquí, curiosamente muy cerca de su casa. La sangre con la que está manchada esa sábana, para colmo, pertenecía a Matías Roca, el mismo abogado que lo representó a usted cuando fue acusado y condenado de violar a tres menores y que, coincidiendo con la desaparición de dicha menor y de su padre, apareció muerto hace unos tres días. Y ahora la pregunta es, ¿cómo se declara usted? —Raquel todavía no sabe si la sangre con la que está manchada la sábana es la de Matías, la misma que había por toda la casa de Nuria Folgado. Pero imagina que lo más probable es que así sea, a no ser que sea de la propia Lidia o de su padre.

Ricardo abre mucho los ojos. Su tez se vuelve aún más pálida y su postura se yergue. Enfadado, todavía impone más.

—¿De qué me está acusando exactamente? ¿Y por qué razón? ¿Qué se supone que he hecho? —Ricardo habla con la respiración entrecortada. La tranquilidad que estaba tratando de aparentar se está resquebrajando y, bajo ella, se está a empezando a vislumbrar un fondo muy oscuro.

Raquel disfruta viendo cómo el interrogado pierde parcialmente los nervios. Adora ese tipo de batallas intelectuales, retorcer la conciencia y el pensamiento de los acusados hasta obligarlos a confesarlo todo. Siempre ha tenido una gran habilidad para poner nerviosa a la gente, irritarlos hasta tal punto que pierdan totalmente el control de la situación.

—Yo solo digo que ha aparecido muerto el abogado que le representó hace unos doce años y con el cual dijo estar en su día muy enfadado. Yo solo digo que hemos encontrado una sábana manchada con la sangre de ese mismo abogado muy cerca de su casa, una sábana que, por otra parte, se utilizó para secuestrar a una niña de siete años y a su padre. Y yo solo digo que, hace poco menos de una hora, cuando hemos entrado en su casa, había con usted una menor, concretamente atada de pies y manos en la cama de su habitación —Raquel coge aire mientras observa el compendio de microrreacciones que se manifiestan en el rostro de Ricardo. Los párpados le tiemblan, las cejas se le aprietan, los labios se le tensan y las aletas nasales las abre y las cierra con violencia. Sabe perfectamente lo que está consiguiendo: hacer que la culpabilidad sea algo discutible, debatible, algo negociable. Que el acusado sienta que debe entrar en ese debate cuanto antes y que para defender ciertas cosas, haya de confesar otras, y ahí es cuando la inspectora gana, cuando el acusado empieza a contar parte de la verdad.

—No está diciendo más que mentiras, patrañas. Esa menor tenía quince años, toda una mujer en muchas culturas, y estaba en mi casa por voluntad propia, pregúnteselo a ella si quiere. ¿Es que ahora está prohibido elegir a la persona con la que quieres estar?

—Si esa persona es menor de edad, y lo que haga o diga lo hace en contra de su voluntad, sí.

—¿Qué? ¿Pero qué dice? ¡Ya le he dicho que ella quería! ¡Nos conocimos en una red social! ¡Hay muchas mujeres que buscan hombres maduros y con experiencia como yo!

—Dígame, Ricardo, ¿sabía esa niña que usted acababa de salir de la cárcel por violar a tres niñas hace doce años?

Ricardo cabecea. Está cada vez más nervioso. Aprieta los puños y tensa las muñecas haciendo temblar la cadena de sus esposas.

—No diré nada más hasta que venga mi abogado.

—Y dígame, ¿dónde estaba usted la madrugada del martes al miércoles? Espero que, responda lo que responda, pueda demostrarlo, porque de lo contrario puede darse por bien jodido.

Ricardo abre la boca, va a decir algo, pero acto seguido la vuelve a cerrar.

—No voy a responder más, ya se lo he dicho.

—Claro, como tampoco va a decirme por qué alguien cuyo número no tiene guardado en su teléfono móvil le envió a usted un mensaje un minuto antes de que llamásemos a su puerta diciéndole textualmente: "cuidado, ya llegan, están junto a tu puerta. Escóndela donde no la puedan encontrar".

—¿Quién les ha dado permiso para mirar mi móvil? —Ricardo se indigna. Raquel sonríe y Héctor siente de nuevo esa fascinación por la mujer que tiene al lado.

—Estaba desbloqueado cuando hemos llegado, un compañero lo confundió con su propio móvil y leyó los mensajes sin querer, no creo que eso sea ningún delito. Lo que sí lo es, es la pederastia, el secuestro de menores, el asesinato.

El rostro de Ricardo se retuerce. Se levanta de la silla con un movimiento tan súbito como inesperado.

—Haga el favor de sentarse, Ricardo, no complique más las cosas —dice Raquel con firmeza, que a pesar de todo lo que ha tenido que pasar en la vida, y en especial en el último caso en el que participó, no siente miedo de hombres como el que tiene delante.

—Yo no he secuestrado a ninguna niña. Cometí un error hace unos años y ya he pagado por ello. El hombre que soy ahora no tiene nada que ver con el que era antes, así que deje ya de tratarme como un delincuente, o…

—¿Qué? ¿O qué? Venga, sea valiente y dígamelo a la cara, ¿qué es lo que va a hacer?

Ricardo cierra los ojos y coge aire con fuerza, eso lo tranquiliza. Después se sienta.

—Yo solo quiero salir de aquí cuanto antes, inspectora, bastante daño me han hecho ya entrando como han entrado en mi casa. No sé

nada de esa chica, lo juro, y en cuanto al día que dicen que desapareció… estaba con Gemma… —Ricardo baja la mirada con pesar. Quería eludir contar eso, sabía que no tenía que contarlo, pero la inspectora que tiene delante lo ha presionado tanto que al final…

—¿Quién es Gemma? ¿Y podría confirmar lo que acaba de decir?

—Gemma es una amiga con la que quedo a veces, y sí, supongo que no tendrá problemas en confirmar que estuve con ella la noche del martes.

—¿Podría decirme la edad de la tal Gemma si no es mucha molestia? —La pregunta de Raquel está cargada de ironía.

Ricardo vuelve a cerrar los ojos. Siente que lo ha estropeado todo.

—Catorce años. Pero lo que hay entre ella y yo es algo totalmente lícito. Sus padres no le hacen el menor caso, y yo le ofrezco la atención y el cariño que reclama y merece, ¿qué hay de malo en eso?

Raquel asiente, el inspector Burbano apenas parpadea, se muestra completamente impasible a la situación, y eso es algo con lo que la inspectora Silva se está empezando a sentir muy a gusto. Normalmente los hombres con los que ha trabajado siempre han tratado de llamar la atención de un modo u otro, hacerse notar en algún momento para que todos vean que están ahí, que son importantes, que valen. En cambio a Héctor todo eso parece resbalarle por completo. Es como si no tuviese el menor interés en aparentar lo que no es, ni lo que quiere parecer, ni lo que quiere ser, tan solo es lo que es, y eso es algo que, de algún modo, emana paz y tranquilidad, justo lo que ella necesita para su vida en ese momento.

—No sé si hay algo de malo en eso, Ricardo, solo que si es cierto lo que acaba de decir, a lo mejor se libra de la acusación de secuestro, en cambio no sé qué va a pasar con su reincidencia en el mundillo de los pederastas, aunque también se me ocurre que a lo mejor podría ayudar que siguiese contándonos todo lo que sabe, como por ejemplo quién es la persona que le mandó ese mensaje y qué quería decir exactamente.

Los ojos de Ricardo se empañan. En ese momento acaba de descubrir que tendría que ocurrir un milagro para que no acabase en la cárcel. Como la policía o la fiscalía presenten cargos, cosa que no duda que harán, y como las dos menores con las que se ha estado acostando no tengan problemas en contarlo ante un juez, no habrá abogado en el mundo que lo pueda librar. Así que, mejor colaborar.

—Ese mensaje me lo envió un amigo mío que vive en la casa de enfrente, cruzando la calle. Compartimos el gusto por las mujeres jóvenes, y nos ayudamos mutuamente porque sabemos que muchas veces la sociedad no lo entiende. No busquen nada más en eso, y agradecería que tampoco molestasen a Paco, es un buen hombre, no se lo merece.

—¿Paco es el hombre que le envió el mensaje advirtiéndole de nuestra presencia en la puerta?

—Sí.

—¿Y a él también le gustan las menores?

Ricardo aprieta los párpados con fuerza.

—Las mujeres jóvenes, le gustan las mujeres jóvenes, como a mí.

—Claro, claro.

Antes de que Raquel haga más preguntas, irrumpe en la sala de interrogatorios el abogado de Ricardo Bolea, y eso hace que se acabe la conversación. De todos modos ya han obtenido bastantes cosas, como la posible coartada de Ricardo para la noche de autos o la identidad de la persona que le envió el mensaje de advertencia. Si todo eso se confirma, y la policía científica no encuentra sus huellas en la sábana con la que se llevaron a Lidia, no tendrán nada con lo que acusar a Ricardo Bolea, aparte de haber reincidido en las relaciones sexuales con menores.

CAPÍTULO 41

Ni se te ocurra mirarme a la cara

Nuria Folgado se ha puesto un llamativo conjunto de ropa deportiva por cortesía del armario ropero de su amiga Silvia.

Unas mallas de color negro con vetas rosas fosforescentes y una camiseta de tirantes a juego. Zapatillas Nike negras con reflejos plateados y una gorra tipo béisbol marca Adidas con la visera muy combada que le tapa media cara. Al conjunto también le ha añadido unas gafas de sol deportivas que le cubren toda la cuenca orbital y cuyos cristales polarizados no permiten ver sus ojos porque tienen el llamado efecto espejo.

No se diferencia en nada de una de las muchas *runners* que se ven por Valencia cada día. Y esa es precisamente su intención, pasar desapercibida para poder hacer lo que está a punto de hacer: secuestrar a dos niñas.

Todavía no sabe cómo lo va a hacer. Su corazón le va a mil. Tiene tantas cosas en la cabeza que no es capaz de concentrarse en ninguna de ellas como es debido. Aun no sabe nada de Alfredo, de si habrá conseguido recuperar su cinta. Tiene a su marido en casa de su amiga Silvia al cual nadie puede ver para no contradecir a las personas que tienen secuestrada a su hija. Solo sabe que, ateniéndose a las fotos que le han enviado, no hay ninguna duda de que la tienen, de que no está en buen estado y de que son muy capaces de hacer lo que amenazan con hacer.

El antiguo novio al que se refieren esas personas vive en Alcira, un pueblo del sur de Valencia en el que solo ha estado un par de veces en su vida. Es un pueblo bastante tranquilo para lo grande que es. Cuarenta y cinco mil habitantes que todavía conservan el antiguo sentido de la vecindad, el profundo sentimiento de pertenencia a un lugar y la identificación con la tierra que les da de comer. Nuria sabe que esas circunstancias no juegan en su favor, en un lugar así todos se conocen entre sí, todos se sienten un poco responsables de lo que le pueda pasar al vecino de al lado, así que cuando ven algo raro, no se hacen a un lado. No miran hacia abajo, como debió pasarle a ella cuando le entraron y le arrancaron a su hija de sus brazos. ¿Cómo es que nadie vio nada? ¿O es que nadie quiso mirar cuando pasaba? Todas esas preguntas cargadas de rabia que la asedian constantemente no hacen más que irritarla más y más, impidiéndole pensar debidamente. En ese momento solo sabe que no va a ser fácil, no en un sitio así.

Ya hace un rato que las ha localizado, están en el colegio, las ha podido ver porque ese colegio no es como al que va su hija, en ese colegio se pueden ver perfectamente a los niños y niñas desde la verja que delimita el recinto. Se les ve si están jugando en el patio y se les ve a través de las ventanas. En ese momento están a punto de acabar las clases de la mañana. No sabe si son de las que se quedan en el comedor o si alguien las va a recoger para que coman en casa, tal vez su padre, tal vez su madre, quién sabe. En cualquier caso, ha de decidir su estrategia cuanto antes, porque el tiempo no juega en su favor. Así que en cuanto ve que empieza a haber movimiento de padres en la entrada del colegio, se arma de valor y sale del coche que le ha cogido prestado a su amiga Silvia, un FIAT 500 descapotable bastante llamativo. Los profesores y profesoras empiezan a salir con algunos niños y niñas de la mano y prácticamente no los sueltan hasta que están seguros de que están con sus padres o madres. Su ansiedad crece por momentos, ¿cómo lo va a lograr?

Se acerca un poco más a la puerta y mira con disimulo hacia el interior del centro, que ya está con las puertas bien abiertas. Se ajusta bien la gorra porque no quiere que nadie pueda reconocerla e identificarla cuando la policía empiece a hacer preguntas. En ese momento se empieza a imaginar todo el revuelo que se va a armar y siente el impulso de echarse atrás. Lo que va a hacer es una locura, pero justo cuando está a punto de marcharse por donde ha venido, escucha la voz de una profesora nombrar a las dos niñas que ha ido a buscar:

—Y aquí están Mónica y Laura.

—Gracias, hasta mañana —responde una voz femenina.

Nuria, que cuando ha oído el nombre de las niñas ha agachado la cabeza por miedo a que fuese su antiguo novio quien está a punto de recogerlas, respira aliviado porque quien las ha recogido es una mujer, concretamente la mujer de su ex.

No sabe cómo lo va a hacer, pero cuando se ponen en movimiento empieza a caminar tras ellas.

La mujer lleva a una niña de cada mano y sonríe de alegría escuchando cómo le cuentan cómo se lo han pasado durante la mañana. Se ven felices, tanto a la madre como a las hijas. Durante unos segundos, Nuria, que cada vez está más cerca de ellas, siente una gran envidia. Siente celos, siente rabia, siente cómo de nuevo ese volcán de su interior está a punto de explotar. Y eso hace que se acerque más y más y que sus dudas desaparezcan por completo. En ese momento lo recuerda todo, en ese momento no va a hacer lo que va a hacer por miedo a lo que pueda pasarle a su propia hija, sino porque quiere hacerlo.

Cuando ve cómo las dos niñas entran en la parte de atrás de un

coche, y su madre se acomoda frente al volante, ella se apresura a entrar por la puerta del copiloto. Y tras sacar un cúter industrial, y colocarlo en el cuello de la mujer de su ex, dice:

—Ni se te ocurra mirarme a la cara. Solo conduce hasta que yo diga si no quieres que les pase nada a tus hijas. Y vosotras dos calladitas, si no queréis que vuestra mamaíta se muera hoy.

Pero ni Mónica ni Laura, que solo tienen cinco y siete años, pueden evitar romper a llorar de puro miedo. Por suerte para Nuria, la madre de las niñas, Andrea, arranca y sale del lugar en el que están aparcadas en cuanto siente cómo la hoja del cúter se empieza a clavar en su garganta.

CAPÍTULO 42

¿Qué nos has traído?

Cuando Eduardo entra por la puerta de la comisaría de Zapadores sin tener que mostrar ningún tipo de identificación porque la persona que está en la recepción ya lo conoce de los días previos, se vuelve a sentir policía. Vuelve a sentir esa bonita sensación de estar en un lugar en el que es bien recibido.

Tal vez porque nadie sabe de su pasado. Tal vez porque todo el mundo lo trata con respeto, con buena educación, sin mirarlo por encima del hombro ni hablando mal de él a sus espaldas. Apenas lleva unos cuantos días en Valencia, pero han sido suficientes para decirse a sí mismo que los valencianos le gustan, le caen bien, tiene la impresión de que siempre están de buen humor.

Lo primero que hacen Raquel y el inspector Burbano cuando lo ven es preguntarle por la cinta. Hecho que hace que Eduardo se vuelva a sentir importante.

—No ha sido fácil, pero aquí está —dice tendiéndoles una cinta VHS marca AGFA.

—¿La ha visto? —pregunta Héctor.

—No, para nada. Lo primero que he hecho cuando he logrado arrebatársela al conductor camillero es venir aquí.

—De acuerdo, pues veamos qué es lo que la señora Nuria Folgado escondía con tanto recelo —dice Héctor saliendo del despacho donde se encuentra para dirigirse a la sala de audiovisuales de la comisaría.

Eduardo ha podido ver la llamativa figura de Ricardo Bolea a través del cristal del despacho en el que se encontraba la pareja de inspectores. Y siente de nuevo cómo lo embarga la curiosidad, otro síntoma más de que vuelve a sentirse policía, alguien importante.

—¿Y ese quién es? ¿Tenemos ya a un sospechoso? —dice Eduardo de camino a la sala de audiovisuales. La pregunta va dirigida a Raquel, con quien busca algo de complicidad mientras espera algún gesto de cariño por su parte. Pero no ve ninguna de las dos cosas.

—Se llama Ricardo Bolea. Fue cliente de Matías Roca, y acaba de salir de la cárcel tras cumplir doce años de condena por haber violado a tres menores. Aunque eso no es lo más importante.

—¿Ah, no? —pregunta Eduardo arqueando las cejas y formando un círculo con el contorno de sus labios.

—No. Esta mañana hemos encontrado en un contenedor, muy cerca de su casa, la sábana con la que se llevaron a la niña desaparecida, y cuando hemos entrado lo hemos encontrado con una menor atada de

pies y manos.

Eduardo palidece por momentos.

—A mí se me ha quedado la misma cara, pero tranquilo, al parecer era consentido por parte de la chica, que se ve que le van los maduritos pervertidos.

—¿Y de la chica desaparecida, ha dicho algo?

—Que no sabe nada. Que él no ha tenido nada que ver.

—¿Tiene coartada?

—La estamos comprobando en estos momentos.

Antes de que pueda haber otra pregunta, el inspector Burbano interrumpe su fluida conversación.

—Es aquí, tomad asiento —dice abriendo la puerta de una pequeña sala y encendiendo las luces.

El lugar en el que se encuentran se asemeja a un aula de formación. Hay unas diez filas de sillas con un soporte amovible en el lado derecho para facilitar la escritura o para el apoyo de otro tipo de herramienta de trabajo. Frente a dichas sillas hay una televisión y diversos aparatos de reproducción.

Eduardo y Raquel se sientan en primera fila mientras observan cómo Héctor introduce la cinta de vídeo en el reproductor VHS. Después coge el mando a distancia y se sienta al lado de Raquel. A continuación pulsa *play*.

Los tres esperan impacientes qué es lo que están a punto de ver. Al principio solo se ve una imagen en negro acompañada de un zumbido sordo, pero la imagen, y el sonido, no tardan en llegar. Y lo que ven no es ni más ni menos que un anuncio de publicidad. Los tres se quedan mirándose y preguntándose qué es todo eso. Tras un par de anuncios ven cómo en la esquina inferior derecha de la pantalla aparece el logotipo de la televisión autonómica valenciana: Canal 9. Y acto seguido empieza la música de cabecera de la serie Expediente X.

Ni los dos inspectores, ni tampoco Eduardo, se dan cuenta de lo que pasa inmediatamente. ¿Qué importancia podría tener la grabación de esa conocida serie de misterio para Nuria? Pero Héctor, que es quien primero intuye que algo no va bien, empieza a reproducir la cinta a máxima velocidad. Tras ese capítulo de Expediente X hay tres capítulos más, anuncios publicitarios incluidos, después la cinta llega a su fin y no se ve nada más.

Tanto Héctor como Raquel miran muy seriamente a Eduardo, que no entiende nada.

—¿Qué coño nos has traído, Eduardo? —pregunta Raquel con enfado.

Eduardo traga saliva, mira la pantalla de la televisión con desesperación, luego mira al inspector Burbano.

—La cinta, os he traído la cinta.

—¿Qué cinta?

—La que se llevó el ambulanciero.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Cómo?

—¿Qué si estás seguro de que esta es la cinta que el ambulanciero se llevó y no otra?

Eduardo vuelve a pensar, está tan cansado que, efectivamente, acabó muy pronto con el trabajo. Y el chico que tenía la cinta, parecía tan asustado y con tanta prisa que no quiso agobiarlo más de la cuenta. Le dio esa cinta y ni se le pasó por la cabeza que podría estar engañándolo, dándole una cinta cualquiera de las que probablemente tenga en una habitación llena de trastos viejos.

—No, no puedo estar seguro.

Raquel cabecea y resopla con enfado.

—Joder, Eduardo, pues te han engañado, coño, ¿Cómo no se te ha ocurrido comprobarlo? ¿Y dónde ahora está el chico que la tenía?

—Lo siento… no pensé que… mierda, la he cagado. El chico se ha quedado allí, en Aras de los Olmos, pero supongo que será inútil volver a buscarlo. En estos momentos ya debe haber puesto la cinta a buen recaudo… mierda, qué cagada.

—Pues sí, menuda cagada. La cinta era clave. ¿Por qué no lo has comprobado antes de traértela? Joder, Eduardo, es que de verdad, no hay manera contigo, eh —Raquel se ensaña con su ex, que no dice nada.

—¿Podrías volver a buscarlo? —pregunta Héctor tratando de poner paz.

—¿Volver a Aras de los Olmos ahora?

—Sí.

Raquel lo mira con enfado y espera una respuesta positiva.

—Sí, pero dudo mucho que esté allí.

—Encuéntrelo, allí o donde sea. Y hágase con la cinta o al menos con el chico que se la ha llevado, si no la podemos ver al menos que nos cuente si él la ha visto y qué hay en ella.

Eduardo asiente mientras trata de buscar de nuevo esa complicidad en Raquel, que elude mirarlo a la cara y se muestra muy decepcionada. Algo que entristece a Eduardo más de lo que se imaginaba.

—Está bien, iré en su búsqueda y en cuanto lo encuentre os lo traeré a rastras, a él y a la cinta.

Raquel y Héctor asienten con cierta desgana, con desconfianza, algo que reaviva todas las viejas heridas de Eduardo.

En cuanto se sienta en su Honda *Fireblade* y se pone el casco, siente verdaderas ganas de echarse a llorar, ¿cómo lo han engañado de esa manera? ¿Cómo es posible que la haya vuelto a cagar? A

continuación, repleto de rabia y con el orgullo muy herido, llama a uno de sus antiguos colaboradores, el mismo con el que trabajó en Madrid cuando Raquel le pidió ayuda para encontrar al padre biológico de su hija. Pero en esta ocasión lo que le pide es que geolocalice un teléfono móvil, le diga dónde está en ese momento y monitorice en todo momento su posición. Y por suerte para Eduardo, Jorge Celanova, el conductor camillero que acaba de engañarlo, se encuentra también en Valencia, concretamente en la plaza del Cedro.

CAPÍTULO 43

No sabes dónde te has metido

En cuanto Alfredo Monteagudo abre la puerta del piso en el que vive en plena plaza del Cedro y ve que Jorge Celanova, alias el ambulanciero, está frente a él, respira aliviado.

—¿Dónde está la cinta? —pregunta Alfredo con el rostro resplandeciente.

—La tengo yo, pero mejor hablamos dentro —dice Jorge auto invitándose a entrar.

Cuando llegan al salón, Jorge también se auto invita a tabaco. Lleva una mochila colgando de un hombro. La misma mochila que usaba en el instituto y que usa cada vez que tiene guardia con la ambulancia.

—¿Y la cinta? —repite Alfredo con nerviosismo.

Jorge se enciende el cigarro y exhala el aire hacia el techo del salón. El rictus de su cara no es el de siempre. Expresa una mezcla de miedo y enfado.

—¿Se puede saber en qué estás metido? —pregunta Jorge mirando a Alfredo a los ojos.

—Me parece que eso no es asunto tuyo, ¿me vas a dar la cinta que te llevaste de una vez o no? —exige Alfredo estirando su brazo derecho.

Jorge abre la mochila que ha traído colgando de su hombro derecho y saca una cinta de video marca Sony. Está sin etiquetar. Solo están el armazón negro de la cinta VHS y la funda de cartón donde está guardada. Se la tiende a Alfredo con cara de circunstancias, que se apresura a cogerla con un evidente temblor de manos. Todavía no se cree que la haya recuperado. La boca se le hace agua con solo imaginar lo contenta que se pondrá Nuria cuando le diga que ha recuperado su cinta.

—¿Sabes qué hay en esa cinta? —pregunta Jorge con algo de enfado. En ese momento es con mucho la persona con más sentido de la ética y la responsabilidad que hay en ese salón.

—No, y tampoco me importa, porque no es mía. No debiste habértela llevado, y tampoco me importa si la has visto, solo te advierto que no sería muy bueno que fueses por ahí contándolo. Así que lo mejor será que lo olvides todo cuanto antes y que no comentes nada de esto con nadie, ¿estamos? —Alfredo no es una persona que imponga o infiera miedo, pero la seguridad con la que acaba de decir lo que ha dicho hacen pensar que, efectivamente, la cosa va a en serio.

—Sabes que la policía está detrás de esta cinta, ¿verdad?

Alfredo se encoge de hombros con cierta indiferencia.

—Hace unas horas he tenido que mentirle a un policía y darle una cinta distinta para poder llegar hasta aquí y darte esta porquería a ti —dice Jorge señalado la cinta VHS que ahora sostiene Alfredo—. No quiero ni imaginarme qué me va a pasar cuando ese policía descubra que le he tomado el pelo y le he mentido. Obstaculizar una investigación policial de forma consciente y alevosa es un delito.

Alfredo se cruza de brazos.

—¿Y por qué me cuentas a mí todo esto? No habértela llevado, y no habrías tenido que mentir.

Jorge asiente con enfado mientras le da las dos últimas caladas al cigarro que se ha fumado en tiempo récord. Luego lo introduce dentro de una lata de coca-cola que hay sobre la mesa de centro del salón. Se escucha cómo se apaga al contacto con el fluido.

—Te voy a decir una cosa, niñato, no sé qué te has pensado ni si eres consciente de qué va todo esto, pero te puedo asegurar que es algo bastante más chungo de lo que te imaginas. Yo he visto mucho cine en esta vida, películas de todas las épocas y países que están al alcance de muy poca gente, y algunas de ellas, sí, podrían considerarse como un poco desagradables, pero te puedo asegurar que no es nada comparado con lo que se pude ver en esa puta cinta que ahora está en tu poder. Te advierto una cosa, yo que tú me desharía de esa ella cuanto antes y, sobre todo, yo que tú me alejaría lo máximo posible de su propietaria, por tú bien.

Alfredo, que continúa cruzado de brazos, mueve el cuello a izquierda y a derecha con suficiencia. No siente el menor interés en tomar en serio las advertencias del ambulanciero.

—Ah, y otra cosa —dice Jorge colgándose de nuevo su mochila a la espalda—. Que ni se te pase por la cabeza volver a insinuar nada de mis hermanas, te lo advierto, o te juro por mi vida que vendré y te mataré. No vuelvas a llamarme más en tu puta vida.

En cuanto Jorge sale de su piso dando un portazo, Alfredo, que ni por un momento se ha planteado hacer caso de las advertencias de Jorge, coge el teléfono móvil y le envía un mensaje a Nuria:

¡Ya la tengo! ¿Puedo ver qué hay en ella?

Después espera con cierta excitación a que ella, la mujer a la que venera, responda. Cosa que no tarda mucho en hacer.

CAPÍTULO 44

Callaos las dos

No, no puedes ver que hay en ella. Y ahora sal de casa inmediatamente y espera a que yo te llame. La policía va tras ella y no me extrañaría que fuese a tu casa. Así que date prisa, sal de ahí y espera noticias mías. Y tendrás tu recompensa.

Nuria envía el mensaje de respuesta a Alfredo y vuelve a respirar aliviada. Sonríe. Durante un segundo vuelve a sentir que tiene el control de la situación. La cinta era clave, haberla recuperado es un gran paso. Y eso hace que gane confianza, mucha confianza. De pronto ya no ve tan lejano que las cosas salgan bien, que pueda recuperar a su hija sana y salva sin consecuencias para ella y para su familia. Bueno, sin contar que su marido ya sabe su historia con Alfredo, pero eso también se cree capaz de poderlo arreglar, o al menos maquillar.

Son los gritos de las dos niñas que hay en el asiento trasero de ese coche que no es el suyo quienes la sacan de ese pequeño estado de euforia. La madre de las niñas, inconsciente y amordazada, descansa en el maletero del todo terreno.

Están a las afueras del Alcira, en plena huerta, en un camino rural rodeado de campos de naranjos. A no ser que aparezca un labrador o una cuadrilla de recolectores, nadie tendría por qué oír ir ni ver nada de lo que está pasando en el interior de ese coche. Aun así, y a pesar de que Nuria siempre ha sido una persona con tendencia a gritar mucho, no le gusta que la gente grite.

Cuando se gira hacia las dos niñas y las apunta con el cúter industrial, las dos se quedan parcialmente paralizadas.

—Callaos las dos de una vez, si no queréis que os arranque la puta lengua de un tajo. Y ahora acercaos un poco más y abrazos, coño, que parezca que sois hermanas.

Las dos niñas, cuyos rostros están congestionados de tanto llorar, obedecen a Nuria y se abrazan. No paran de temblar y de moquear. Mónica, que es la pequeña, también se acaba de mear encima.

—Y ahora mirad hacia mí, y no se os ocurra sonreír, que esto no es una puta fiesta de cumpleaños —dice Nuria sacando su teléfono móvil y encuadrando la imagen. Después dispara unas seis o siete veces.

Revisa las fotos y escoge la que más miedo transmite; las dos niñas abrazadas, una meada, mirando a la cámara con los ojos veteados de rojo y multitud de lágrimas cubriendo sus inocentes rostros. Busca el correo electrónico que le dieron los secuestradores de su hija y

después se la envía. Inmediatamente después les manda un SMS:

¿Y ahora qué se supone que he de hacer? ¿Me vais a devolver ya a mi hija?

Y acto seguido, y sin tiempo ni para respirar, recibe una llamada entrante de un número largo, como los que utilizan en el hospital. Pero la llamada no procede del hospital, sino de la policía. Es el inspector Burbano diciéndole que han detenido a un sospechoso, que han encontrado la sábana con la que se llevaron a su hija y que quiere hablar con ella en persona, de todo eso y de más cosas.

—¿Cuándo? —pregunta Nuria saliendo del coche para evitar que el inspector escuche los gritos y gemidos de las dos niñas.

—Si puede ser, ahora.

Nuria cierra los dos ojos con fuerza y piensa en su respuesta. ¿Y si ese sospechoso es realmente la persona que tiene a su hija o alguien que ha tenido algo que ver? ¿Y si ha pasado algo más que no quiere decirle por teléfono? Definitivamente, y muy a su pesar, tiene que reunirse con el inspector.

—Está bien, deje que me dé una ducha, en una media hora calculo que podría estar donde usted me diga.

—Perfecto, acuda a la comisaría de Zapadores y pregunte por mí. Aquí la espero.

Nuria cuelga el teléfono y, dirigiendo su mirada a las dos niñas que hay en el asiento trasero del viejo todoterreno, se pregunta qué hacer con ellas. En absoluto se acuerda de que en el maletero también está la madre de las dos niñas, amordazada, atada de pies y manos y con un fuerte golpe en la cabeza.

CAPÍTULO 45

No lo puede evitar

Es la quinta vez que lo ve, no lo puede evitar, y cada vez le gusta más.

Pablo le dijo a Dani y a Natalia que se desharía del vídeo *snuff* de Raquel Silva, pero no lo ha hecho. Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo que ha hecho es aprovechar para verlo cada vez que ha tenido algo de tiempo.

No sabe si es la atracción de lo prohibido, o el poder de seducción de la dominación, de poder hacer que lo que desee, por encima de la voluntad del resto, pero el caso es que siente una gran excitación con todo ese tipo de contenidos, y el video de Raquel Silva es el contenido más exclusivo que jamás ha visto. Tiene la impresión de que incluso ella disfrutó con lo que le hacían, igual que lo hizo Natalia con él el día anterior. Lo que pasa es que hay cosas que de tan prohibidas, cuesta reconocer. Ha escuchado y leído en más de una ocasión que una de las fantasías más recurrentes entre el género femenino es la violación. Solo hace falta que ver el éxito que tuvo el libro de 50 Sombras de Grey entre las mujeres. Se pregunta qué era exactamente lo que gustaba de ese libro. ¿La historia de amor o hablar abiertamente de la dominación? Él tiene muy claro que el secreto de la saga erótica era debido a que ponía de manifestó algo que, muy en el fondo, todas las mujeres sentían, el deseo de ser dominadas.

Pero el problema es que Pablo hace tiempo que ya tiene bastante con los vídeos, o los relatos prohibidos a los que durante tanto tiempo estuvo enganchado. Pablo hace tiempo que quiere más. Hace tiempo que no solo tiene suficiente con ver, también necesita sentir, probar cosas nuevas, ver de lo que es capaz, de hasta dónde es capaz de llegar. Se pregunta si la inspectora Silva también disfrutaría con él. Si le gustaría que él le hiciese de nuevo algo parecido a lo que ya le hicieron. Y se dice que todo es posible en esta vida, que tan solo es cuestión de ponerla en situación.

Cuando su móvil emite el sonido de un nuevo mensaje sonríe y se dice que todo está saliendo según lo previsto. Después pone rumbo hacia el colegio de la hija de Raquel Silva.

CAPÍTULO 46

Hay que darse prisa

Raquel está intentando reorganizar en su cabeza todas las piezas que tienen sobre la mesa. Porque por un lado cree que tienen bastantes cosas, pero por otro piensa que aun les faltan cosas importantes, piezas clave en el puzle que da lugar a la imagen de lo que ocurrió en realidad.

La coartada de Ricardo Bolea se ha confirmado. La noche de la desaparición de la hija y el marido de Nuria estuvo con Gemma Suárez. Una menor de catorce años que en esos momentos está declarando en compañía de sus padres. Efectivamente conoció a Ricardo por una red social y accedió a quedar con él voluntariamente, igual que la chica a la que encontraron atada de pies y manos en su casa. No obstante, la voluntariedad de esas menores no quita para que Ricardo Bolea se vaya a ver de nuevo en problemas, si no ocurre un milagro, volverá a prisión durante un tiempo. A pesar de que no hayan encontrado prueba alguna que indique que haya tenido algo que ver con la desaparición de Lidia y de su padre, que es el caso que en esos momentos más les urge. Que una niña de siete años lleve ya tres días desaparecida no suele ser un buen pronóstico de nada. Ese tipo de desapariciones se terminan por resolver tarde y mal.

Tras analizar la sábana que encontraron en el contendor han visto que no había ni una sola huella de Ricardo en ella, tampoco han encontrado nada en su casa que pueda relacionarlo con Lidia. Así que lo que Raquel se está preguntando, en silencio y bajo la atenta mirada de Héctor Burbano, es por qué estaba esa sábana precisamente tan cerca del domicilio de Ricardo Bolea, un antiguo cliente de Matías Roca que además fue condenado por violar a una menor, y la respuesta a esa pregunta, es a su vez otra pregunta: ¿ha intentado alguien incriminar a Ricardo Bolea porque sabía que la policía tendría serias dudas de su culpabilidad?

Se dice que debe de ser así, porque en su cabeza las casualidades no existen. Alguien ha intentado hacerles creer que Ricardo Bolea era el responsable de la desaparición Lidia y de su padre, tal vez para hacerles perder el tiempo, tal vez para reírse de ellos, porque lo que sí tiene claro es que la persona o personas que han hecho eso debían saber también que la policía no tardaría en descubrir que Ricardo Bolea no era la persona a la que estaban buscando.

La inspectora Silva retrocede un poco más en la línea temporal de la sucesión de los hechos para intentar encontrar quién podría haber

sabido que la policía iría a casa de Matías Roca a buscar entre sus expedientes y, concretamente y entre otros, se fijaría en el de Ricardo Bolea. ¿O es que a lo mejor la policía, ella incluida, se ha vuelto tan sumamente predecible que cualquiera es capaz de adelantarse a sus movimientos?

Lo que sí tiene claro es que la persona o personas responsables del secuestro de Lidia y de su marido no tienen ningún miedo a ser descubiertos, es posible que sean bastante más inteligentes que la media, pero sobre todo, que se crean capaces de poder reírse de ellos y, en especial, de ella, sin que ese gesto tenga consecuencias. Ese pensamiento hace que Raquel Silva se sienta herida en su orgullo y que ponga su cerebro a funcionar nuevamente.

—Inspector Burbano —dice Raquel dirigiéndose hacia Héctor.

—¿Sí? —responde Héctor son signos de estar visiblemente cansado.

—Creo que hizo bien en buscar entre los antiguos expedientes de Matías Roca, pero, dígame una cosa, ¿cuántos expedientes había más o menos en su despacho y por qué se decantó por los diez que me trajo exactamente?

Héctor se queda pensando durante unos segundos. En su cabeza no hay lugar para ningún sentimiento parecido a sentirse cuestionado, o herido, él solo trata de responderle a la mujer que tiene delante, con quien a cada momento, se siente más cómodo.

—Haciendo cálculos rápidos tal vez hubiesen unos quinientos expedientes, aunque no puedo decir con seguridad que no hubiese más en otro lugar. Matías Roca los tenía clasificados de forma cronológica y por colores, según hubiese tenido éxito o no. Así que mi primera selección fue localizar aquellos en los que no había tenido éxito, aquellos en los que había perdido el caso y sus representados podrían haber tenido motivos para querer vengarse de él. Al parecer Matías Roca era un buen abogado, así que el número de expedientes clasificados en rojo no era muy alto, unos cuarenta o cincuenta diría yo. Y de entre esos empecé a seleccionar los de los últimos quince años.

—¿Por qué razón?

—Había que empezar por algún sitio, y empecé por los más recientes. Imaginé que los casos de fracaso de los primeros años como abogado de Matías Roca eran demasiado antiguos como para que los presuntos reos con ansias de venganza llevasen poco tiempo sueltos. Supuse que si alguien se quiere vengar de su abogado, no tarda años en hacerlo tras salir de la cárcel, lo normal es que lo haga relativamente pronto. La venganza es un plato que se sirve mejor frío, pero también es cierto que cuando se enfría demasiado, se apaga.

—Entiendo —dice Raquel pensando que el razonamiento de Héctor es muy parecido al de ella. En ese momento, viendo al inspector con

ese aspecto cansado, el pelo algo deshecho y la camisa arrugada en los pliegues que se le forman a la altura de los hombros, pectorales y brazos, percibe de nuevo esa poderosa excitación que siente a veces en su trabajo, ese tsunami interno que parece nacer directamente de sus instintos más primitivos, del propio código genético del ser humano—. ¿Cree que podríamos volver a casa de Matías Roca y buscar de nuevo?

—Por supuesto, si quiere puedo ir yo ahora mientras usted espera a Nuria Folgado, no debería tardar mucho en llegar, y no solo hay que informarle de los últimos avances, hay que intentar hacerle ver que sabemos lo de la cinta, que sabemos que para ella es importante y que podría ser que tras ella estén de algún modo los responsables del secuestro de su hija, que si nos dejase verla, tal vez podríamos ayudarla con más herramientas.

Raquel asiente mientras en su cabeza ya está preparando las preguntas que le hará a la señora Folgado en cuanto la vea. Después, y tras sentir cómo ese tsunami interior no para de crecer, se pregunta si el inspector aceptaría cenar con ella esa noche. No es algo que acostumbre hacer, pero ya hace bastante tiempo de la última vez que tuvo relaciones sexuales, y su cuerpo parece que está reclamando los atrasos con intereses. En cualquier caso, de momento prefiere no decir nada, mejor no mezclar las cosas y esperar a que surja otra oportunidad, en otro lugar o con otra persona.

—Me parece perfecto, inspector Burbano, pero le aconsejo que en esta ocasión se centre tanto en los casos de fracaso como en los de éxito.

Héctor Burbano arquea las cejas y se queda un momento mirándola, después asiente y cuando está a punto de marcharse, se da la vuelta. Hay algo que a él también le gustaría compartir con la inspectora. No está acostumbrado a trabajar en equipo, al menos no a ese nivel, en cuanto al planteamiento del problema y a la elección de estrategias se refiere. Así que no sabe muy bien cómo debería de compartir el tipo de información que está a punto de compartir.

—¿Le importa si le comento algo, inspectora?

—No, en absoluto, ¿qué ocurre?

—¿Cuando hable con Nuria podría hacer hincapié en una cuestión?

—¿Qué cuestión?

—Es algo que intuyo acerca del perfil psicológico de la persona o personas responsables de esto.

Raquel asiente a la espera de que Héctor continúe, pero la timidez del inspector no lo pone fácil.

—Continúe, inspector.

—Creo que, más que incriminar a Ricardo Bolea, lo que han intentado hacer es decirnos algo.

—¿Algo? ¿A qué se refiere?

—Tenían claro que descubriríamos muy pronto que Ricardo no era el responsable, y entonces, ¿para qué apuntarlo a él?

—¿Para hacernos perder tiempo?

—Puede, pero más bien yo creo que están preparando el terreno.

—¿El terreno para qué?

—No lo sé exactamente, pero puede que la persona a la que estamos buscando sea alguien con un algún tipo de psicopatía moralista, alguien que se cree tan por encima del resto como para dar lecciones morales, o de justicia. Lo que ha ocurrido con Ricardo Bolea es que lo hemos pillado volviendo a caer en la pederastia, ¿y eso qué nos dice? Que lejos de que Matías Roca no impidió que acabase en la cárcel, cuando ha salido ha continuado siendo el mismo. ¿En qué lugar deja eso a nuestro sistema penal?

Raquel asiente mientras trata de encajar esa información en el conjunto del puzle de pruebas que tiene delante.

—¿Y qué crees que se podría estar proponiendo ese alguien en estos momentos? Si a Matías lo mató por esa razón moralista, imagino que es porque no lo consideraba un abogado con una buena moral, ¿no? Algo malo debió hacer para haberlo asesinado de esa manera, como por ejemplo dejar en libertad a múltiples criminales gracias a sus dotes como abogado, eso encajaría además con mi teoría de buscar entre los expedientes de éxito, en lugar de entre los expedientes de fracaso, ¿no?

—Efectivamente. Y por otra parte, si ese alguien responde a ese perfil psicológico, lo más lógico es que haya hecho lo que ha hecho para que sepamos que la justicia falla, al menos en el caso de Ricardo Bolea, es decir, ha abierto un canal de comunicación, ha emitido un mensaje, y creo que, o bien lo va a volver a hacer, o ya lo ha hecho más veces.

Raquel vuelve a asentir, todo cuanto le está planteando el inspector Burbano tiene muchísima lógica.

—¿Quiere que le pregunte a Nuria Folgado si se han puesto en contacto con ella?

—Sí, algo así. La persona que buscamos puede que tenga la necesidad de emitir un mensaje, y para eso es necesaria la comunicación. También pienso que tal vez se pusieron en contacto con Matías Roca antes de asesinarlo, pero eso puede que sea más difícil de comprobar.

—De acuerdo, inspector Burbano. Gracias por compartir conmigo esa información, creo que vamos por el buen camino.

—Sí, yo también lo creo.

Héctor siente algo extraño en su interior, siente la necesidad de pasar más rato con la persona que tiene delante, de tocar a la persona que tiene delante, abrazarla. Y por un momento se plantea la loca idea

de invitarla a cenar, o a tomar algo, pero su propia timidez, sus múltiples barreras que él mismo se ha creado, se lo impiden. Así que solo le dice adiós y se marcha tratando de no mostrar ningún tipo de emoción hacia ella.

La inspectora Silva, por su parte, se vuelve a repetir que nunca antes había conocido a un hombre como Héctor, tan intelectual, tan correcto y educado. Se pregunta cómo de educado será en la cama, cómo de correcto será cuando una mujer empiece a besar su cuello. Raquel trata de quitarse esos pensamientos lujuriosos de la cabeza para no desconcentrarse en absoluto del caso y para ello hace algo que suele descentrarla muy bien, trastear con su teléfono móvil. El problema es que cuando lo desbloquea y mira las nuevas notificaciones, ve que tiene diez llamadas perdidas del colegio de su hija.

CAPÍTULO 47

Antes de que acabe el día

Javier Enguídanos no es de los que espera sentado a ver si las cosas se solucionan por sí solas. Él es jefe de sección en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico, y eso significa que es alguien acostumbrado a tomar muchas y muy difíciles decisiones a diario. Decisiones de las que depende la vida de muchas personas. Pero ahora la que está en juego es la vida de su hija, la que más le importa. Así que, siendo coherente con él mismo, tiene que tomar la decisión más importante de su vida: tiene que decidir qué es lo que va a hacer para recuperarla, ¿continuar esperando o ir a buscarla?

Sabe de sobra lo que las personas que lo tuvieron dos días cautivo le dijeron, que si hablaba con la policía, o con alguien más aparte de su mujer, acabarían con la vida de su hija. Incluso que si alguien aparte de su mujer era conocedor de que estaba libre, la matarían.

Pero en su naturaleza no está acatar ese tipo de órdenes, él es quien da las órdenes. En su naturaleza no está esperar de brazos cruzados sin hacer nada. Tiene claro que su mujer le oculta algo, que tal vez ella sí sabe quiénes tienen a su hija, pero también sabe, porque la conoce, que si de ella depende el recuperar a su hija, en cualquier momento lo podría echar todo al traste. La conoce demasiado bien y no sería extraño que en cualquier momento perdiese los nervios y eso hiciese enfadar a los secuestradores. Su mujer no es de fiar, él sí. Él funciona como un reloj suizo en condiciones límite, no duda ni tiembla cuando hay que tomar una decisión vital en milésimas de segundo.

Así que se dice que la decisión está clara: tiene que hacer algo, tiene que ir a buscar a Lidia. En sus muchos años de experiencia profesional ha tenido el placer de tratar y de trabajar con profesionales de muy distinguida reputación, compañeros de profesión con una inteligencia y una capacidad de decisión sobresalientes, y se dice que las personas que tienen a su hija y que lo tenían a él, no son de ese tipo, no son de las que lo tienen todo absolutamente bajo control. Al contrario, son de las que dejan cabos sueltos, de las que cometen errores y a las que es posible encontrar sin que se den cuenta. Al menos eso es lo que quiere pensar para reafirmar su decisión.

Repasa mentalmente todo lo que interiorizó en su cerebro desde el día del secuestro. Todo lo que escuchó y sintió desde que estuvo en manos de sus captores.

Lo primero que recuerda es que despertó con uno de sus pies encadenado a una sucia cama. Al principio apenas podía ver nada,

pero rápidamente su vista se adaptó a ese lugar. Era como una especie de almacén abandonado. Palés de madera apilados en un extremo. Cajas de plástico como las que se utilizan para transportar cervezas o refrescos de cristal en otro. En ese momento siente una fuerte emoción al decirse que el lugar en el que lo tuvieron cautivo y en el que podría ser que también estuviese su hija, era una especie de bar o restaurante abandonado. Pensar en eso hace que se llene de optimismo.

Vuelve a cerrar los ojos y trata de concentrarse con mayor profundidad. Allí apenas había luz, pero sí la suficiente para ver que en otro extremo de ese lugar había unas cuantas sillas altas, tipo taburete alto con respaldo minúsculo, como los que se utilizan en la barra de un bar pero con un aire más moderno. También recuerda ver tirados por el deslucido suelo muchos papeles tipo panfleto publicitario.

Su cabeza sigue trabajando al cien por cien, y lo siguiente en lo que se concentra es en el momento en el que se lo llevaron de ese lugar, de nuevo con los ojos vendados. Recuerda haber subido unos cuantos escalones, caminar través de una pequeña estancia y volver a subir unos cuantos escalones más. Después recibir una fuerte bocanada de aire fresco y caminar unos cuantos metros hasta subir a un coche. No sin antes haber percibido un lejano pero muy característico rumor; el del sonido del oleaje. Por último, recuerda haber percibido el inconfundible aroma de la vegetación abundante, algo que en un principio confundió sus sentidos. Normalmente junto al mar no hay árboles, solo arena, al menos en Valencia. Aunque cuando empieza a atar cabos se dice que no siempre es así. En Valencia hay algunas zonas de mar muy próximas a zonas de gran vegetación, como por ejemplo toda la zona del Saler o cerca de l´Albufera. Y eso, sumado al lugar en el que se encontraba, hace que todo su cuero cabelludo se erice al caer en la cuenta de que es muy posible que el lugar en el que se encontraba, y donde tal vez esté su hija Lidia, podría ser una de las antiguas discotecas abandonas de Valencia que concretamente hay por esa zona, por la zona de l´Albufera y el Saler.

Ahora solo falta hacer un listado de esas discotecas abandonadas y empezar a recorrerlas una a una. Si se da prisa, tal vez consiga dar con su hija antes de que acabe el día.

CAPÍTULO 48

A la espera de que ocurra un milagro

Ya hace bastante rato que Lidia no se siente capaz ni de levantarse para ir a hacer sus necesidades a un rincón.

Le duele todo el cuerpo, incluso cuando respira o tose. Así que lo único que hace es encogerse más sobre sí misma, formando un ovillo con su propio cuerpo, a la espera de que ocurra un milagro y alguien vaya a por ella.

CAPÍTULO 49

Aquí la espero, inspectora

Raquel no da crédito a lo que acaban de decirle en el colegio del Pilar. Que a su hija se la ha llevado alguien que decía ser de la familia.

La inspectora Silva ha estallado en una tormenta de gritos, improperios, amenazas y agresiones verbales hacia todo aquel que se le ha puesto por delante y que ha tratado de tranquilizarla y de explicarle que no saben muy bien cómo ha sucedido, pero que seguro que todo tiene solución.

Al parecer, un encantador joven de ojos verdes y pelo oscuro se ha identificado como de la familia, y tras decir unas cuantas cosas sobre la vida de Raquel, incluyendo su anterior trabajo como inspectora en Madrid y su traslado a Valencia para dar clases en la universidad, la profesora con la que le ha tratado no ha puesto pegas a que ese atractivo joven se la llevase. Una profesora que ahora llora desconsoladamente con ambas manos cubriendo su rostro.

Antes de que la inspectora pierda el control por completo y decida poner en marcha un operativo de búsqueda y rastreo en tiempo récord, recibe un mensaje nuevo.

El mensaje en realidad es una foto. En ella se ven a su hija Carlota y a Pablo, el alumno más entrometido de su clase. La foto es tipo *selfie*, los dos sonríen de forma graciosa como si se conociesen de toda la vida. De fondo pueden verse los árboles frutales que Raquel tiene en su pequeña casa de campo de El Perelló. Al pie de la foto, Pablo ha escrito:

No tenga prisa por volver, inspectora, lo estamos pasando bomba, usted atrape a los malos, que yo cuidaré de su hija el tiempo que haga falta. Tiene usted una casa muy bonita, por cierto, Carlota ya me ha dicho dónde guarda la llave secreta, es usted una picarona, inspectora. Junto a esa última palabra hay un *emoji* sonriendo y guiñando un ojo. Raquel guarda la llave bajo una pequeña escultura de jardín que es una recreación del David de Miguel Ángel.

Raquel se piensa durante unos segundos qué responder, si llamarlo directamente, enviar a una patrulla de urgencia para que detengan a Pablo por secuestro o ir hasta allí personalmente para leerle sus derechos.

No te muevas de allí. Enseguida llego.

Esa es la escueta respuesta de Raquel, a lo que Pablo no tarda en responder:

Tarde el tiempo que necesite, preciosa, ¿le voy preparando algo de

comer? Carlota ya me ha dicho que le vuelve loca la pasta.

Raquel, que hace caso omiso a la pregunta de Pablo, tiene que respirar unas cuantas veces antes de arrancar el Qashqai de segunda mano y poner rumbo al Perelló. No sin antes haberles prometido a los responsables del colegio el Pilar que los demandará por lo sucedido, y también que vayan preparando el expediente de su hija, porque se la lleva a otro colegio.

En menos de veinte minutos está entrando por la puerta de su casa. Huele muy bien, a salsa carbonara. De fondo escucha unas agradables risas. Y en cuanto ve a su hija Carlota sonreír como hacía mucho tiempo que no lo hacía, todo el miedo y toda la tensión acumulada durante la última hora, desaparece como por arte de magia. A su lado está Pablo, más radiante y atractivo que nunca.

CAPÍTULO 50

La peor madre del mundo

—¿Se puede saber de qué vas? ¿Sabes que lo que has hecho es un delito muy grave? —En cuanto Raquel ha visto que su hija está bien, se ha lanzado directa a la yugular de Pablo, que abre los ojos de par en par poniendo cara de pasmado. Llevaba tiempo extralimitándose en cuanto a lo que se espera de una relación profesora-alumno, pero en esta ocasión ha traspasado todos los límites.

—Pensé que le estaba haciendo un favor. Pasaba por delante del colegio de su hija y casualmente la vi en la puerta llorando desconsoladamente porque decía que su madre la había abandonado. Qué quiere que le diga, se me partió el corazón y decidí parar y entrar a ver qué le pasaba. La profesora que estaba con ella me dijo que hacía ya más de media hora que usted debía estar allí y que no daba señales de vida, que le había llamado por lo menos diez veces y no respondía. Lo siento, pero al verla llorar así me salió de dentro hacerme pasar por un familiar para poder llevarla a casa. Supuse que usted no respondía porque estaba trabajando en el caso de la niña desaparecida, pero no dije nada porque la gente no entiende lo que significa lo que es ser una inspectora de élite, pero yo sí, yo lo entiendo, y sé que para conseguir resultados a veces se han de hacer grandes sacrificios, hacer y soportar cosas que nadie estaría dispuesto a hacer. Pero eso la gente no lo ve, inspectora, no ve que por ahí hay personas entregando su vida por los demás. Por eso decidí hacer algo por usted y por su hija, estaba seguro de que daría señales de vida enseguida, pero me dije que si podía ahorrarle unos cuantos minutos de mal trago a Carlota, debía hacerlo.

En cuanto Pablo termina de hablar, baja la mirada al tiempo que se masajea el lagrimal de ambos ojos con los dedos de su mano derecha. Mueve el cuello a izquierda y derecha con sutiliza, y la inspectora Silva no es inmune al agradable aroma que desprende el joven.

—Lo siento, inspectora, todo esto ha sido un error, haga lo que tenga que hacer, si me quiere denunciar, por mí adelante. Asumo las consecuencias de mis actos.

Raquel todavía no sabe cómo lo ha hecho, pero el joven que tiene delante ha conseguido en unos pocos segundos que pase del odio absoluto a sentirse agradecida. Detrás de Pablo ve a su hija, de brazos cruzados y visiblemente enfadada por cómo su madre está dirigiéndose al amable y divertido chico que la ha llevado hasta casa.

—Está bien, Pablo, disculpa por cómo he entrado, como

comprenderás, cuando me han dicho en el colegio que Carlota se había ido con alguien que decía ser de la familia me he asustado bastante. De todos modos, no vuelvas a hace algo así sin haberte dado yo el permiso, ¿de acuerdo?

—Sus deseos son órdenes, princesa —dice Pablo haciendo una exagerada reverencia. Carlota sonríe a unos cuantos metros de distancia.

—¿Se va a quedar Pablo a comer, mamá? Ha preparado espaguetis a la carbonara, tu plato preferido —dice Carlota con la misma dosis de ilusión que de inocencia, a menudo algo inexistente en la edad adulta. Raquel percibe que, efectivamente, huele a salsa carbonara recién hecha, y nuevamente se siente extraña por la vida que lleva, por verse en ese tipo de situaciones para las que no hay entrenamientos previos. ¿Qué se supone que ha de hacer, invitar a su alumno a comer, quien además ha sido el que ha preparado la comida? ¿Ese mismo a quien apenas unos minutos antes estaba deseando estrangular? Es de locos. Pero no quiere defraudar a su hija, así que toma una decisión para contentarla a ella, aunque también sea un poco de locos.

—Si él quiere y no tiene nada que hacer, por mí perfecto, así tendremos tiempo de hablar de todo un poco —dice Raquel con una sonrisa un tanto forzada, a la que Pablo responde con una sonrisa encantadora.

En menos de dos minutos están los tres sentados a la mesa. Raquel decide aprovechar la situación para saber un poco más de ese joven que no ha parado de halagarla desde el día que empezó las clases.

—Háblanos un poco de ti, Pablo.

—¿De mí?

—Sí, de ti. Ya que te has presentado como “alguien de la familia”, creo que no estaría de más contarnos algo más de ti, como por ejemplo si aun vives con tus padres, si tienes pareja, por qué elegiste estudiar esta carrera tan agradable, esas cosas.

Pablo sonríe ante el tono y las preguntas de Raquel. A cada minuto que pasa le gusta más. Las imágenes del video prohibido vuelven a su cabeza, y se excita pensando en ellas. Se dice que pronto la tendrá en su punto.

—No, pareja no tengo. Cada día es más difícil encontrar a alguien que te comprenda, alguien compatible contigo y con tus gustos, de fuera puede parecer que todas esas aplicaciones como *Tinder* o *Badoo* facilitan mucho los encuentros, y puede que así sea, pero bajo mi punto de vista no hay nada como el contacto humano, no hay nada como conocer a las personas en carne y hueso, verlas cómo hablan, cómo se comportan, cómo se relacionan, todo eso se está perdiendo, pero qué le voy a contar yo que usted no sepa.

Raquel asiente mientras paladea los espaguetis a la carbonara, están

realmente deliciosos. Hacía tanto tiempo que alguien no cocinaba para ella. Y se dice hay algo hermoso en el hecho de que alguien cocine para ti.

—Y en cuanto a con quién vivo, todavía estoy en casa de mis padres, por la zona de Nou Campanar, no sé si la conoce…

—Sí, la conozco.

—La verdad es que me siento muy a gusto viviendo con ellos y de momento no tengo el menor interés en emanciparme, la realidad es que somos como tres amigos, ya ha visto que no tengo problemas en tratar a un adulto o adulta como si fuese alguien de mi edad.

—¿Me estás llamando adulta? —pregunta Raquel con gracia.

Pablo se sonroja levemente. Esa mujer no solo le fascina y le atrae, también le impone. Alguien que ha soportado lo que ha soportado ella, que le hicieron lo que le hicieron a ella, y que sigue tan fresca, merece todos sus respetos, toda su admiración. Se pregunta si estará tan entera cuando él acabe con ella.

—Ya quisieran el resto de chicas que conozco ser la mitad de mujer que usted, inspectora, y lo digo en todos los sentidos.

Ahora es Raquel la que se sonroja. Esa parte de ella que despertó con fuerza cuando volvió a coger el cargo de inspectora, ruge en su interior. Esa parte es la referida al deseo sexual. No sabe qué le pasa, pero a veces se siente de nuevo como una adolescente. Se excita a la mínima por cosas que antes solo le provocarían risa. De pronto ya no ve los halagos del joven que tiene al lado como un juego de niños, sino como un juego muy de adultos.

—Déjate de chorradas, Pablo, y esos padres con los que tan bien te llevas, ¿a qué se dedican?

—Mi padre es escritor de novela negra, y mi madre es editora. Así que como se puede imaginar, los dos son bastante peliculeros y se llevan como anillo al dedo. Se pasan todo el día desarbolando o construyendo tramas, las dos cosas le gustan por igual. La verdad es que a veces me siento como si yo fuese el más adulto de los tres. Incluso diría que salen más que yo, ¿cómo se cree que he aprendido a cocinar? Mi madre le tiene alergia a las sartenes y mi padre no entiende la diferencia entre cocer, freír u hornear.

—Es una broma, ¿verdad? —pregunta Raquel perpleja.

—¿Una broma? ¿El qué es una broma? Para nada. Se conocieron cuando mi padre estaba a punto de publicar su segunda novela. El que hasta ese momento era su editor se fue a la competencia y lo dejó colgado con una historia de intriga bastante mediocre que estaba por cerrar y por corregir. Pero entonces llegó ella, mi madre, y obró el milagro de las editoriales, le ayudó a cerrar esa historia con maestría y le dio el impulso que necesitaba para destacar por encima del resto. La novela fue todo un éxito y la carrera de mi padre como escritor no

solo se consolidó, sino que despegó definitivamente. Y desde entonces están juntos.

Raquel siente un poco de envida sana al escuchar la historia de amor de los padres de Pablo. A ella le hubiese encantado tener algo así, tener a alguien a su lado que compartiese sus mismos intereses, sus mismas pasiones, y de hecho pensó que ese alguien podría llegar a ser Eduardo Cámara, pero no fue el caso. De pronto, se acuerda de él y de lo mal que le hablado un par de horas antes, se pregunta dónde estará en esos momentos y si habrá conseguido recuperar la cinta.

—¿Mamá, hay más queso en la nevera? —La pregunta de Carlota saca a Raquel de su pequeño momento de reflexión.

—Sí, mi vida, en la nevera hay más queso. Pero ya voy yo.

—Vale —dice Carlota muy sonriente. Adora estar junto a su madre, ser una más en ese tipo de encuentros con adultos. Con eso le basta para ser feliz.

—¿Te gustan los espaguetis que he preparado, Carlota? —pregunta Pablo con dulzura.

—Me encantan. ¡Creo que estos son los mejores espaguetis que he comido nunca!

—Pues espera a ver mi especialidad: la auténtica y verdadera pizza italiana.

—¿Tú sabes hacer pizzas?

—Como nunca las has probado.

Raquel percibe el entusiasmo en la voz de su hija, y eso hace que sienta tan feliz que por un momento se olvida de todas sus promesas sin cumplir, de todo esa horrible sensación de mala madre que siempre va con ella. Tras localizar el paquete de queso en polvo, también ve una botella de vino blanco a la que solo le falta media copa. Tampoco debería beber delante de un alumno, ni mucho menos con él, pero en ese momento se dice que tal vez no debería pensar siempre en lo que debería o no hacer, sino en lo que realmente quiere hacer. ¿Qué hay de malo en beber una copa de vino? ¿Acaso está prohibido?

Cuando Raquel vuelve a la mesa, le da el paquete de queso a su hija, se termina el vaso de agua de un trago y se lo rellena con vino.

—Vaya, una buena elección —dice Pablo mirando la botella de vino —. ¿Le importa si lo pruebo, inspectora? Yo soy más de tinto, pero al blanco tampoco le hago ascos, además, le va mejor a la pasta —Pablo inclina su vaso a la espera de que Raquel se lo rellene, cosa que no tarda en hacer.

Tras acercar su nariz al vaso, Pablo le da un buen trago y paladea el vino antes de bebérselo.

—Bodegas Torres tiene cosas mejores, pero este tampoco está mal.

—No supiera que fueras un experto en vino.

—Bueno, tanto como un experto no diría yo.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te definirías entonces?

—Alguien con buen gusto —Pablo responde mirando a Raquel con cierta malicia, o al menos eso percibe ella.

En cuanto los tres terminan de comer, Carlota y Raquel empiezan con la guerra de siempre: la guerra de la siesta. Carlota no se quiere ir a dormir, y para Raquel no hay otra opción. Al final, como siempre, termina ganando Raquel, aunque con una sensación agria en el paladar. No termina de acostumbrarse a pasarse medio día diciéndole que «no» a su hija, esa es una de las partes de ser madre que peor lleva, el enfrentamiento diario contra la voluntad de su hija. A veces se pregunta si realmente eso es lo correcto, si la educación no será, en parte, la primera forma de coacción y represión a la que tiene que enfrentarse el ser humano en la vida. Pensar eso hace que sienta cierta angustia.

Cuando Raquel ha terminado de acostar a Carlota, ve a Pablo ojeando los libros que tiene en el salón. Con una mano sostiene el vaso marca Duralex en el que se ha tomado la licencia de rellenarse la copa de vino. De pronto a Raquel le llega una sensación extraña. Más que una sensación, en realidad es un mal recuerdo. La última vez que conoció a un chico más joven que ella y decidió dejarse llevar, la cosa no salió nada bien. En el caso de Pablo, podría ser su madre, el joven no debe de tener más de veinte o veintidós años, ella acaba de cumplir treinta y nueve. Y por muy a gusto que haya estado comiendo con él, y por mucho que parezca más adulto de lo que imaginaba, ha llegado el momento de que se vaya, el juego ha terminado.

—Creo que yo también me voy a descansar un rato, Pablo, muchas gracias por la comida y por haber recogido a Carlota.

Pablo se gira y tras mirarla un segundo a los ojos, asiente. Se lleva una mano a la altura del abdomen y se levanta la camiseta parcialmente para poder rascarse. El gesto no pasa desapercibido para Raquel, que no sabe si lo ha hecho a propósito o no, pero el caso es que ha podido ver a la perfección el principio de la goma de su ropa interior y la tersa piel de sus abdominales.

—Ha sido un placer, inspectora, su hija es un encanto, por cierto, me ha dicho que le gustaría mucho probar mi pizza, así que si un día quiere…

—Ya veremos, Pablo. Y gracias de nuevo —dice Raquel poniendo de nuevo el modo inspectora de homicidios y empujando al joven hacia la puerta.

Antes de salir, Pablo se detiene casi y de golpe y se da la vuelta, muy cerca de donde está Raquel.

—Por cierto, inspectora, perdone que le pregunte esto, sé que a veces soy un poco pesado, ¿pero ha tenido tiempo de leer lo que

escribimos acerca del caso de la niña desaparecida? Quería habérselo preguntado durante la comida, pero con su hija delante no lo vi apropiado.

Raquel, que todavía tiene encendido ese volcán interior que está a punto de explotar, no se siente cómoda hablando con el joven a tan solo veinte centímetros de distancia. El candor del vino que ha bebido tampoco ayuda.

—Lo siento, Pablo, pero aun no he podido, te prometo que en cuanto pueda lo leeré y te diré qué me ha parecido.

—He escuchado por la radio que habían detenido a un sospechoso, ¿cree que podría ser él?

Raquel entrecierra los ojos. No quiere ser maleducada, pero no le apetece hablar del caso en ese momento, y menos con un alumno.

—No puedo compartir esa información contigo, Pablo, supongo que lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, inspectora, faltaría más. Solo quiero que sepa que si quiere que le ayude con algo relacionado con el caso estoy a su entera disposición, quién sabe, a lo mejor le vendría bien una visión fresca como la mía —dice Pablo sonriendo.

—A lo mejor, quién sabe. Hasta luego, Pablo, se está haciendo un poco tarde.

—Sí, sí, perdone, no quisiera ser maleducado, hasta luego —Pablo, que durante un segundo se queda parado, finalmente hace algo que coge a la inspectora por sorpresa, se acerca a ella para darle dos besos de despedida. Y Raquel, completamente sorprendida, no puede evitar soltar un suspiro de pura excitación al sentir el contacto con el joven, algo que tampoco pasa desapercibido para él, que se queda mirándola a tan solo diez centímetros de distancia. Y antes de que ella reaccione y salga de ese pequeño estado de aturdimiento, se lanza y le da un delicado beso en los labios.

Raquel se queda parcialmente noqueada, como si fuese una muñeca de trapo sin voluntad pero con un único deseo; tener sexo. No hace ni dice nada, solo entreabre los labios a medida que percibe la lengua de Pablo. A continuación nota una mano sobre su cintura, y después otra sobre su nuca. Los cálidos besos de Pablo son cada vez más intensos, más profundos. Ese volcán de su interior, está a milésimas de segundo de explotar. El deseo la domina por completo y los jadeos que ella misma emite terminan por controlar cualquier atisbo de pensamiento que pueda tener.

—¿Quieres entrar? —pregunta ella sin pensar.

—Sí, lo estoy deseando.

Y tras entrar otra vez al interior de la casa, tropezando y sin dejar de besarse, llegan hasta el sofá, donde Raquel empuja a Pablo y se sienta sobre él. Pero justo cuando el joven está tratando de

desabotonar su camisa, el móvil corporativo de la inspectora empieza a sonar con fuerza, algo que la saca por completo de ese poderoso embrujo.

—Espera, tengo que cogerlo.

—Claro, cógelo —dice Pablo sin dejar de tocarla y de acariciarla.

En menos de treinta segundos, y tras decir sí varías veces, Raquel cuelga el teléfono.

—Joder, me tengo que ir.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tengo que interrogar a la madre la niña, me está esperando en comisaría —Raquel se frota la cara y coge aire con fuerza. Había olvidado por completo que Nuria Folgado estaba de camino a la comisaría.

Pablo observa cómo Raquel se reajusta la ropa y coge todo lo necesario con rapidez. Ve que en la mesa de centro tiene una copia del expediente del caso, la carpeta está ligeramente entreabierta, y en ese momento se dice que no debería dejar por ahí documentos tan importantes, pero en el estado en el que se encuentra, su mente no da para más, simplemente lo cierra y lo guarda en su bolso para llevárselo a comisaría. Su respiración va decelerando poco a poco. El rojo de sus mejillas también empieza a perder intensidad.

—Lo siento, Pablo, no sé qué ha pasado, pero esto no debería haber ocurrido. Tienes que marcharte ahora mismo, y por favor, olvida las dos últimas dos horas de tu vida.

Pablo la mira con los ojos completamente abiertos. Con el alcohol y la excitación, da la impresión de que el verde de su iris se ha vuelto más oscuro y más intenso, como en el corazón de la jungla.

—¿Y su hija?

—¿Qué pasa con mi hija?

—¿La va a dejar sola?

Raquel aprieta los dientes y cierra los ojos. Se había olvidado por completo de su hija, ¿qué tipo de madre hace eso?

—Mierda —dice pasándose una mano por la cara mientras decide qué hacer.

—Si quiere puedo quedarme hasta que vuelva. Sin compromiso —dice el joven con el que ha estado a punto acostarse.

Y Raquel, que en esos momentos no tiene muchas más opciones y que lo último que quiere es dejar sola a su hija, se resigna ante esa única vía que en ese momento tiene ante ella.

—¿No te importa?

—En absoluto. Cuando despierte puedo darle la merienda, jugar con ella al escondite, pintar…, se me dan bien los niños, ya lo ha visto —dice Pablo con convicción.

—Está bien, espero no robarte mucho tiempo. Volveré lo antes

posible.

—Vuelva cuando quiera, princesa.

En aproximadamente media hora, Raquel está sentada en la comisaría de Zapadores frente a Nuria Folgado. El volcán de su interior todavía no se ha apagado, y la sensación de ser la peor madre del mundo no hace más que aumentar.

CAPÍTULO 51

Al límite

Eduardo Cámara tiene la sensación de estar siendo el hazmerreír de la película. No solo no está obteniendo resultados a nivel profesional, sino que todo el mundo parece sentirse libre para burlarse de él a la mínima. El engaño del ambulanciero le ha sentado como una patada en los testículos. Así que se dice que en cuanto lo encuentre no va a ser tan amable con él como la primera vez. Nunca le ha sentado bien dormir poco, esa era una de las cosas de ser policía que peor llevaba. Cuando tiene mucho sueño su humor se vuelve agrio, su sentido del humor desaparece, y sus reacciones se vuelven más violentas. En pocas palabras, se convierte en una persona poco deseable, lo contrario a alguien amable.

El problema es que cuando llega a la plaza del Cedro, vuelve a recibir una llamada de su colaborador, el mismo que está monitorizando la posición de Jorge Celanova y que le había dicho que estaba allí.

—Se está moviendo.

—¿Cómo que se está moviendo? ¿Hacia dónde?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? Soy informático, no adivino. Va andando, eso seguro, porque va muy despacio.

—Joder. ¿Dónde está exactamente ahora mismo?

—A un par de calles de ahí. En la calle Explorador Andrés. Si te das prisa lo coges, la dirección hacia la que se dirige no parece tener salida, es un culo de bolsa. Debe de tener aparcado ahí el coche.

Eduardo mira a su alrededor con nerviosismo. No conoce esa ciudad. No tiene ni idea de dónde está esa calle. En ese momento pasan a su lado pasan dos jóvenes que van cogidas por el brazo. Ríen como si la vida fuese algo maravilloso y Eduardo no puede evitar pensar para sí; *esperad a llegar a los cuarenta, y entonces veremos quién se ríe.*

—Disculpad, chicas, ¿conocéis la calle Explorador Andrés?

Las dos chicas, cómo no, también sonríen ante su pregunta. Llevan gafas de sol estilo años cincuenta. Una de ellas se las levanta un poco y Eduardo no tarda en reconocer en sus ojos los efectos de la marihuana.

—Claro que la conocemos, guapo, ¿eres policía? —La pregunta de la joven hace que su amiga rompa a reír a carcajadas. Parece que todo les hace gracia. En esta ocasión Eduardo también sonríe.

—Sí, soy policía, y necesito saber dónde está esa calle ahora mismo,

así que si sois tan amables.

—Es por allí, todo recto y luego a la derecha, no tiene pérdida —dice la chica que se ha levantado las gafas estirando el brazo con sensualidad y apuntando con su dedo índice hacia su derecha. La otra chica no puede parar de reír.

—De acuerdo, chicas, muchas gracias, y cuidado con las drogas, pasa como con algunas personas, no siempre son lo que parecen.

Tras decir eso, y dejar a las dos chicas bastante confusas, hace rugir con fuerza el motor de su Honda para alcanzar una velocidad en tiempo récord que supera con mucho el límite establecido en esa tranquila zona residencial. Apenas diez segundos después está en medio de esa calle que no tiene salida. Un coche que acaba de arrancar y se dispone a salir de allí se tiene que parar porque no puede pasar debido a que él está en medio de la calle. El conductor de ese coche, para suerte de Eduardo, es Jorge Celanova, el ambulanciero.

Eduardo, que sabe que Jorge no puede huir marcha atrás porque detrás de él hay una hilera de bolardos de acero, se baja de la moto y se dirige hacia él con una expresión de acritud muy poco común en él. Cuando está frente a su ventana puede ver cómo el joven aficionado al cine independiente tiene serias dificultades para tragar su propia saliva.

—Dame la punta cinta ahora mismo o te parto la cara —dice Eduardo estirando su brazo derecho.

El primer impulso de Jorge es el de negarse. Mueve el cuello a izquierda y a derecha. A su cabeza vuelve otra vez la imagen de sus dos hermanas pequeñas. Si no hubiese visto lo que hay en ese video no tendría miedo de las amenazas de alguien como Alfredo Monteagudo. Pero el caso es que sí lo ha visto, y eso hace que tenga mucho, mucho miedo a delatar a las personas propietarias de esa atrocidad.

El problema es que Eduardo ya hace rato que ha dejado atrás la buena educación y cualquier recuerdo de la ética o la moralidad. En un rápido movimiento coge a Jorge del cuello pasando una mano por detrás de su nuca, lo acerca hasta la ventana y empieza a presionar hacia abajo, aplastando el lateral de su cara contra el marco de la desvencijada puerta del viejo Ford Orión. Jorge tiene la sensación de que está a punto de escuchar cómo se parte alguna de sus vértebras.

—Tienes tres segundos para decirme dónde está la jodida cinta, o te juro que te parto el cuello y te mato aquí mismo. Uno, dos, y…

—¡Ya no lo tengo! ¡Ya no la tengo! —grita Jorge tras pasar del primer impulso, que era negarse, al segundo, que es salvar su propio culo.

—¿Y dónde está? ¿Quién la tiene?

—¡Alfredo!

—¿Qué Alfredo? —pregunta Eduardo mientras que en el rudimentario procesador de su cabeza intenta recordar dónde ha oído ese nombre.

—¡Alfredo Monteagudo! ¡Un celador del Clínico que vive aquí al lado! —En ese momento, el cerebro de Eduardo recuerda dónde ha escuchado ese nombre: en el hospital Clínico el día que estuvo haciendo preguntas. Alfredo Monteagudo es el amante de Nuria Folgado, así que todo tiene sentido, podría habérselo dado a él.

—¿Y por qué se la has dado?

—¡Me ha amenazado, joder! ¡Ese cabrón es amigo de la propietaria del video y me ha amenazado con hacerles daño a mis dos hermanas pequeñas! ¿Usted qué hubiera hecho?

—No haberme llevado la cinta, eso lo primero, y dársela a la policía en cuanto hubiese estado en mí poder, eso lo segundo. Tú no has hecho ni una cosa ni la otra, así que muy mal, ¿me oyes? Muy mal.

Jorge aprieta los dientes mientras sus ojos dejan escapar un par de lágrimas. No solo se nota que tiene verdadero miedo, sino que Eduardo también le está haciendo bastante daño. La oreja izquierda del conductor de ambulancias está siendo presionada contra el borde superior de la puerta, que todo hay que decirlo, al no tener la ventanilla bajada del todo, debe de estar produciéndole una compresión tan intensa que podría terminar en una importante lesión del cartílago del pabellón auricular.

—¿Y qué quiere que haga ahora?

—Baja del coche.

—¿Qué?

—Que bajes del puto coche. Te vienes conmigo a casa del tal Alfredo, y más te vale que esté allí y que tenga la cinta, porque de lo contrario no van a ser tus hermanas, vas a ser tú quien sienta verdadero dolor. No te puedes hacer a la idea de lo que alguien tan jodido como yo puede llegar a hacer en situaciones desesperadas.

Jorge, que no había visto de cerca a nadie tan enfadado en su vida, obedece de inmediato y sale del coche con los brazos en alto, las piernas le tiemblan y las gafas de montura dorada se le han empezado a empañar.

Lo malo es que cuando llegan a casa de Alfredo, ya no hay nadie.

—Le juro que hace un momento sí estaba, se lo juro por mi familia.

—Claro, pero no me lo jures a mí, júralo en comisaría. Nos vamos a que prestes declaración.

CAPÍTULO 52

Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis

El inspector Burbano hace una parada en su casa antes de ir a ver otra vez a la mujer del difunto abogado, a Rebeca Llavata.

Y el motivo de esa parada no es otro que el de coger un poco de aire, tomar su medicación y darse una ducha antes de continuar. Héctor lleva sintiendo desde que encontró a esa mujer cubierta de sangre lo mismo que sintió de niño cuando murieron sus padres, cuando su vida cambió para siempre. Y eso que siente es un vacío interior tan grande como su propia alma.

A su cabeza vuelven las imágenes de la habitación de sus padres. Lo recuerda todo perfectamente, como si lo estuviese viviendo en ese preciso momento. El ruido de sus propios pies desnudos al caminar, que se quedaban parcialmente pegados al suelo debido al incipiente calor estival. El fuerte y por aquel entonces desconocido olor a sangre. La imagen del cuerpo desnudo de sus padres, los dos muertos. Todo lleno de sangre y, en una de las paredes, en letras negras bien grandes, una frase en latín: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate* ("Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis"). La misma frase que Dante Allighieri encontró en las puertas del infierno en su *Divina Comedia*. Y todos esos recuerdos hacen que físicamente también sienta lo que sintió entonces. El fuerte dolor en el pecho. Las náuseas. La sensación de estar a punto de explotar. Los temblores en brazos y piernas. Y sobre todo, la desconexión total de su cerebro; como si su mente y su cuerpo tomasen por unos momentos caminos distintos, momentos que, de no ser por los potentes antipsicóticos que por ese motivo le recetaron tras ese fatídico día, tal vez serían eternos.

Héctor siempre ha tenido la impresión de estar caminando por un fino alambre, al menos en cuanto a su equilibrio mental se refiere. La sensación de estar a punto de perder el control de su cabeza y de su cuerpo siempre van con él, pero los días en los que olvida tomar la medicación o se ve sometido a grandes dosis de estrés, esa sensación deja paso una realidad palpable: pierde el control, se tambalea y, a veces se cae. Por eso siempre trata de ser meticuloso en todo, de atenerse a los procedimientos, de estudiar continuamente el funcionamiento de la mente humana, de entender y conocer el por qué le pasa lo que le pasa. Siempre ha pensado que teniendo controlado su entorno las posibilidades de tropezar son menores.

Tras ese pequeño paréntesis que ha necesitado para no verse completamente desbordado, pone rumbo a la vivienda del abogado

Matías Roca para continuar con esa investigación que, a pesar de llevar solo cuatro días, se le está haciendo muy cuesta arriba. Normalmente cuando investiga un caso ve y oye cosas que por norma general no son muy agradables, pero en este caso en concreto no solo ha tenido que presenciar una escena del crimen que, como en el caso de sus padres, estaba llena de sangre, también está teniendo que lidiar con cosas como la pederastia, el masoquismo y quién sabe lo que le espera en esa cinta de video que con tanto afán su dueña trata de ocultar. No está en su mujer momento, y las circunstancias tampoco ayudan.

Rebeca Llavata lo invita a pasar cuando lo ve frente a ella. Su aspecto ha mejorado algo desde la última vez que la vio, se nota que ha podido dormir unas horas. En esta ocasión también están sus hijos en casa. Laia y Martín están sentados en el sofá viendo una comedia que, según parece, no les está haciendo ninguna gracia. Héctor los saluda con el cuello y la pareja de hermanos, cuya primera impresión es que están muy unidos, le devuelven el saludo del mismo modo.

—Hablemos mejor en la cocina si no le importa —dice Rebeca extendiendo su mano derecha hacia la blanca luz fluorescente que se vislumbra a unos cuantos metros del salón. El inspector Burbano, que no pone ningún impedimento a esa petición, asiente y se dirige hacia allí reajustándose la montura de las gafas. La parada en casa le ha sentado bien. La medicación está haciendo su efecto y ya no tiene esa sensación de que su cerebro está a punto de separarse de su cuerpo.

—Por lo que veo sus hijos han vuelto a casa.

—Sí, no soportaban estar en casa de mi hermana, y aquí están sus cosas, este es su hogar. Matías se dejaba ver muy poco por casa, así que en cierta manera el escenario familiar tampoco ha cambiado tanto —Rebeca baja la mirada tras decir eso. Por su tono de voz al hablar se nota que en el fondo no piensa eso, tan solo intenta consolarse a sí misma con lo que puede. El escenario familiar sí ha cambiado. No es lo mismo que un miembro de la familia pase pocas horas en casa que no vaya a pasar ni una sola hora más. La diferencia entre una situación y otra es bastante notable.

—Lo entiendo, en casos así es importante tratar de recuperar la normalidad lo antes posible, dicen que ayuda a superarlo.

—Sí, eso dicen —Rebeca vuelve a bajar la mirada. La pequeña mejoría que ha experimentado en el transcurso del último día parece estar entrando en declive.

—No quisiera hacerle perder mucho tiempo.

—Tranquilo, no se preocupe, no suelo hablar con mucha gente aparte de con mis hijos, me vendrá bien un poco de conversación con un adulto. Usted dirá, ¿hay alguna novedad importante sobre la muerte de mi marido?

—No, aunque tenemos la confianza de que eso cambie próximamente.

—¿Entonces en los expedientes que se llevó no encontró nada? —pregunta Rebeca con agudeza.

—De momento no, y esa es la razón por la que estoy aquí.

—¿Qué razón?

—No sé si busqué de forma correcta la primera vez.

—Ya, comprendo —dice Rebeca con pesar—. Entonces, si no me equivoco, ha venido a ver si puede buscar otra vez en el despacho de mi marido, ¿verdad?

—Así es, y espero que esta sea la última.

Rebeca asiente con un aire taciturno. Cada vez tiene una expresión más triste y apagada en el rostro. Es como si la presencia allí del inspector Burbano la estuviese perjudicando. Es extraño, pero a veces esas cosas pasan, llega a alguien a un lugar, y de repente el estado anímico de una de las personas que allí se encontraba, cambia. Como la repentina ráfaga de viento que apaga la vela.

—No me importa, busque lo que necesite. Cuanto antes encuentre al responsable de la muerte de Matías, antes podremos descansar todos.

—Por supuesto, eso es lo mismo que yo pienso.

Rebeca acompaña a Héctor al despacho de su marido y lo deja trabajar en soledad entrecerrando la puerta. El inspector Burbano, que agradece el gesto de la viuda de Matías, recorre con la mirada las múltiples estanterías del elegante despacho y, en lugar de centrarse en las carpetas marcadas en rojo, que son los casos que Matías no consiguió ganar, se centra en las carpetas en verde, los casos en los que tuvo éxito. Vuelve a llamarle la atención el gran porcentaje de casos ganados de Matías. Se dice que debió ser un muy buen abogado, porque tener tanto éxito defiendo los intereses de gente que ha sido acusada de cosas bastante graves no es fácil, porque cuando esa gente ha sido acusada de algo como un crimen violento, es porque suele haber pruebas de peso que lo demuestran, y conseguir que aun así el acusado sea declarado inocente, no está al alcance de muchos.

Héctor trata de acotar nuevamente la búsqueda para revisar uno a uno todos los expedientes, pero no sabe muy bien por dónde empezar. Y eso hace que piense en la inspectora Silva, ella sí sabría por dónde empezar. De pronto lo asalta un sentimiento que para él es nuevo: la necesidad del punto de vista o la aprobación de otra persona para sentirse seguro de lo que hace. Y esa otra persona no es otra que Raquel, alguien a quien está magnificando de un modo totalmente desproporcionado. Él lo sabe, pero también sabe que pensar en ella hace que se sienta más seguro.

Así que, imaginando qué es lo que haría Raquel, antes de abrir

siquiera un expediente, se hace una pregunta muy importante: si han encontrado la sábana manchada de sangre cerca de donde vivía Ricardo Bolea, que era uno de los presuntos sospechosos que él mismo había seleccionado, y Ricardo cuenta con una coartada sólida para el día del secuestro, es porque, muy probablemente, alguien lo ha tratado de incriminar a propósito. Eso ya se lo habían planteado, la cuestión ahora es cómo ese alguien sabía o intuía que la policía estaría al tanto de que Ricardo había salido hacía poco de la cárcel y podría ser un potencial sospechoso de la muerte de Matías. Aunque también se podría plantear la cuestión de otra forma, ¿cómo el o los responsables de la muerte de Matías y de esa supuesta incriminación sabían que Ricardo había sido uno de los casos perdidos de Matías?

La respuesta a todas esas dudas y preguntas solo puede ser una: hay alguien que conocía, igual que ellos, los expedientes de los casos representados por Matías, y ese alguien, además, se ha sabido adelantar a la conclusión a la que tanto él como la inspectora Silva han llegado con relación a la investigación de los responsables del asesinato de Matías. Así que ahora la cuestión es: ¿ese alguien es una persona tan cercana a Matías como para estar al tanto de todos o de la mayoría de sus casos? ¿O es alguien que directamente ha podido tener acceso a la información de la que disponía la policía y por eso se ha permitido el lujo de jugar con ellos?

Antes de mover un solo dedo, Héctor ya siente que ha avanzado mucho. A veces es mejor afinar bien tu único disparo que vaciar todo el cargador. Con el estado anímico renovado, se deja guiar por su intuición y se dispone a coger el expediente más grueso de los que Matías ganó, pero justo antes de hacerlo, llega a una segunda conclusión que podría permitirle afinar aun más el tiro. Si la persona o personas que están buscando han tenido acceso a los mismos expedientes que él, ¿sería posible que también hayan estado en el mismo despacho en el que está él en ese momento? En ese caso, las huellas de esa o esas personas todavía podrían estar impresas en el mobiliario de ese elegante despacho, o quién sabe, a lo mejor incluso ha podido dejar algún otro tipo de rastro o prueba que podría ser determinante para dar con esas personas. Y entonces se dice que, si hay alguien que sabe recrear el escenario de un crimen o caer en detalles en los que nadie más cae, esa persona es la inspectora Silva.

Sin dudarlo ni un instante la llama por teléfono.

Cuando Raquel llega a la comisaría de Zapadores todavía siente cómo arde ese volcán de excitación que ha estado a punto de hacer que se acostase con un alumno suyo. La excitación y el deseo todavía perduran en ella, pero en cambio ahora ve que lo que ha estado a punto de hacer era una locura. Bajo ningún concepto puede acostarse

con un alumno suyo, por muy excitada que esté. A veces tiene la impresión de que la vida, o el paso del tiempo, según mire, están llenos de hitos y verdades de los cuales nadie suele hablar, de los cuales nadie se confiesa y de los cuales te has de enterar por ti misma. Uno de esos hitos o verdades sería que llega un momento en la vida en la que el deseo sexual pasa a ser algo estacionario, como las alergias al polen en primavera. Va y viene a su antojo y cuando lo hace lo domina todo. Raquel en concreto siente como si hubiese algo en su interior que le dijese que aproveche mientras haya personas que la vean atractiva, que quieran tener sexo con ella, porque llegará un día en el que eso desaparezca, y entonces cuando ella quiera, tal vez ya no pueda. Y esa extraña sensación es la que tal vez haga que sexualmente hablando a veces se comporte de forma desesperada. Es como una llamada desesperada de su yo más salvaje.

Su teléfono móvil empieza a sonar. Es el inspector Burbano. Alguien a quien ha pasado de ver como un bicho raro a ver como un gran profesional para, muy poco tiempo después, ver como alguien a quien se podría follar. Y todo eso en un lapso de tiempo de apenas tres días. Y esa sería otra de esas verdades que nadie cuenta, a veces una cambia de opinión de un día para otro y defiende una y otra postura como si le fuese la vida en ello.

Al quinto tono responde.

—Dígame, inspector, acabo de llegar a comisaría, Nuria Folgado ya ha llegado.

—Estoy en casa de Matías Roca, y si no es mucha molestia, me gustaría que me ayudase con una cosa.

—Usted dirá.

—Estoy pensando seriamente que el asesino de Matías era alguien que lo conocía lo suficientemente bien como para haber estado en su propia casa, concretamente en su despacho, el lugar en el que estoy yo ahora mismo. Y ese alguien, además, podría saber muy bien cómo piensa y trabaja la policía. ¿De lo contrario para qué dejar la sábana manchada de sangre cerca del domicilio de alguien a quien nadie en su sano juicio dudaría en señalar como principal sospechoso tras echar un vistazo rápido a sus antecedentes?

Cuando Héctor termina de plantear su teoría hace una pausa a la espera de que Raquel digiera lo que le acaba de decir, pero la inspectora Silva lo digiere muy rápidamente, y la pausa se queda en nada.

—Vale, de acuerdo, tiene sentido. ¿Pero a dónde quiere ir a parar?

—¿Cree que si viese el escenario donde yo me encuentro ahora podría saber si alguien ha estado aquí antes que nosotros buscando y registrando lo que no debía?

De nuevo, Raquel responde sin hacer ningún tipo de pausa, algo

que llena a Héctor de una extraña emoción.

—Sí, es posible, hágame un par de fotos del despacho de Matías y envíemelas, o mejor, hágame un video en el que se vea lentamente todo el conjunto de la habitación. No se extienda mucho más de diez segundos, con eso bastará.

—De acuerdo, se lo envío inmediatamente.

—Espero.

Héctor se sitúa a la altura de la puerta del despacho y, colocando el teléfono móvil a la altura de su pecho empieza a grabar de izquierda a derecha, girando sobre sí mismo hasta dibujar un arco de ciento ochenta grados. A continuación le envía el vídeo a Raquel.

La inspectora Silva disecciona la imagen al detalle en cuestión de segundos en busca de algo que esté fuera de lugar, de algo que pueda decirle si ha habido ahí alguien antes que ellos buscando en ese mismo despacho.

Y ese detalle clave no tarda en apreciarlo. Las estanterías, que ocupan las paredes izquierda, central y derecha del despacho, están divididas en dos partes: la superior, que es donde parecen estar los expedientes guardados en carpetas del tipo AZ, y la inferior, en la cual solo hay cajas identificadas por siglas y por números. Es en la pared de la izquierda donde Raquel ha visto algo que podría ser importante. A continuación llama al inspector Burbano.

—Dígame, ¿ha visto algo?

—Es posible. En la pared de la izquierda las cajas de la parte inferior están un poco más metidas hacia dentro, como si alguien que no goza de una gran meticulosidad se hubiese acercado demasiado a esa estantería concreta para buscar en los expedientes que están sobre esas cajas y de forma inconsciente hubiese empujado con las rodillas las cajas hacia adentro, así que es posible que sea uno de esos expedientes el que nos diga por qué mataron a Matías. Y por otra parte, en la pared de la derecha, bajo la estantería, me ha parecido ver un objeto que podría resultar interesante.

—¿Un objeto? ¿Qué objeto?

—No lo sé bien, inspector, yo no estoy ahí, pero juraría que es una goma del pelo.

Héctor, que siente el pálpito de que todo cuanto le está diciendo la inspectora es absolutamente certero, se agacha en el lugar donde le ha indicado Raquel y, efectivamente, bajo la estantería de la derecha ve que hay una goma del pelo.

—Vaya, tiene usted una vista privilegiada, inspectora, efectivamente era una goma del pelo.

—Pues ahora solo es cuestión de preguntarle a la viuda de Matías si es suya, de su hija, o por el contrario no es de ninguna de ellas, en cuyo caso tendríamos mucho adelantado. También pregúntele si ha

habido alguien aparte de ella o de sus hijos que haya estado en ese despacho durante los últimos días o, mejor aún, semanas. Es posible que, tal y como ha planteado usted, la persona responsable de la muerte de Matías y la desaparición de Lidia y de su padre sea alguien muy cercano al abogado.

—De acuerdo, inspectora, hablamos más tarde. Muchas gracias por todo.

—De nada, inspector, luego hablamos.

En cuanto cuelgan el teléfono, Raquel se dispone a interrogar a Nuria Folgado y Héctor a la viuda de Matías, los dos tienen la sensación de que están muy cerca de conocer la verdad del caso.

CAPÍTULO 53

El castigo más grande de tu vida

A pesar de que Raquel no le ha quitado el ojo de encima a Nuria Folgado desde que ha entrado en la sala de interrogatorios en la que se encuentran, su actitud inicial ha sido la de dar la impresión de que la está ignorando por completo, algo que no hace otra cosa que poner nerviosa a la mujer cuya hija y marido están en paradero desaparecido.

En uno de los informes previos del inspector Burbano ha leído que Nuria tiene un carácter muy difícil. En la escala de neuroticismo de Eysenck estima una puntuación máxima, que se correspondería con un tipo de personalidad con tendencia a la ansiedad, a las explosiones emocionales y a la agresividad. Y todo eso la lleva a pensar que, con un poco de estrategia, no debería resultarle muy complicado ponerla contra las cuerdas, bajo tensión, hacerla explotar.

—Por lo que veo ha aprovechado el buen tiempo para hacer un poco de *running*. Eso está bien. Cuando las mujeres llegamos a una edad no podemos descuidarnos ni un milímetro. A veces tengo la impresión de que si bajo el punto de tensión solo un poco, todo se vendrá abajo, tú ya me entiendes. Y cuando las cosas empiezan a caer, son muy difíciles de volverlas a levantar —Raquel trata de buscar algo de complicidad con la mujer que tiene delante, que no solo va vestida con ropa deportiva, sino que aparenta estar en muy buena forma.

Nuria, que mira a la inspectora Silva tratando saber de qué va exactamente, no tiene ninguna intención de entablar una conversación para cortar el hielo o para resultar simpática. Ella se quiere marchar de allí ya, principalmente porque las dos niñas y la madre que ha dejado amordazadas podrían sufrir algún tipo de daño mientras ella está ahí. O lo que es peor, podrían escapar, y entonces… ¿qué pasaría si fuesen a la policía?

—He salido a correr un poco, el deporte es lo único que consigue relajarme cuando la tensión se hace insoportable. Esto se está haciendo muy largo, inspectora, y ya no sé qué pensar, lo único que sé es que no soporto la vida sin mi hija. ¿Tienen alguna novedad? ¿Quién es exactamente la persona a la que han detenido?

De pronto Raquel siente una fuerte empatía hacia Nuria. Ella también es madre de una niña, y tampoco soportaría la vida sin ella. El sentimiento de culpabilidad por no estar siendo la madre que debería ser vuelve a ella como una estampida salvaje. Y se angustia. Por un momento se descentra y se dice que no debió dejar a su hija

con Pablo, alguien a quien apenas conoce y a quien ha estado a punto de follarse. ¿Qué demonios le ocurre? Tiene la impresión de que está llegando a una etapa en la vida en la que todo cuanto conocía sobre ella misma, se estuviese viniendo abajo. Como si todos sus principios, convicciones, actitudes e incluso todo cuanto creía conocer acerca de la vida, solo fuesen a fin de cuentas castillos de arena que se van al suelo con las primeras olas de la marea.

A pesar de las dudas y el regusto amargo que deja la culpa, Raquel saca la cabeza de ese pozo de sufrimiento autógeno y vuelve a centrarse en la persona que tiene delante. En encontrar a su hija y a su marido.

—La persona a la que hemos detenido tiene una coartada sólida para el día de la desaparición de su hija y de su marido.

—¿Y entonces? —dice Nuria retrayendo los párpados.

—No creemos que sea él. De momento tampoco se han encontrado huellas en la sábana que encontramos cerca de su casa. Pensamos que es probable que el verdadero responsable lo ha tratado de incriminar, eso implicaría que esa persona es alguien cercano, tanto al difunto abogado, como a la policía.

—¿Al difunto abogado por qué?

—Porque la persona a la que han intentado incriminar había sido un cliente suyo —Raquel se queda observando a Nuria a la espera de encontrar alguna reacción por su parte. No se termina de creer que ella y el abogado no tuviesen ningún tipo de relación.

Nuria, que no termina de saber por dónde quiere ir la inspectora Silva, cabecea nerviosa y se lleva una mano al lagrimal de los ojos.

—¿Entonces me está queriendo decir que la persona a la que han detenido no ha tenido nada que ver con la desaparición de mi hija?

—Exacto.

—¿Y para qué me han hecho venir aquí? ¿Para contarme que hay alguien que se está riendo de vosotros?

Raquel, que está consiguiendo justo lo que quería, es decir, hacer que Nuria pierda los nervios antes de plantearle lo que realmente quiere saber, cae en la cuenta de que ya es la tercera vez que se refiere a la desaparición de su hija sin hacer mención alguna a su marido, hecho que no le hubiese llamado tanto la atención de no ser tan reiterativo. ¿Es que tan poco le importa su marido? ¿O es que no tiene miedo de lo que le pueda pasar porque ella sí sabe dónde están? O mejor aún, ¿podría ser que fuese su marido quien se ha llevado a su hija y no se atreviese a confesarlo formalmente por alguna razón personal?

—Señora Folgado, cuando la hemos llamado todavía no habíamos podido comprobar la coartada del sospechoso, por lo tanto todavía no era descartable. Y por otra parte, la hemos llamado como deferencia

hacia usted, sabemos lo mal que lo debe estar pasando y lo mucho que afecta enterarse por la prensa u otros medios de comunicación que se han producido avances en la investigación. ¿Qué hubiese pensado de nosotros si hubiese escuchado por la radio que ha sido detenido el principal sospechoso de su desaparición?

Nuria aprieta los labios y asiente. Internamente admite que la inspectora tiene razón, aunque le fastidie enormemente haber tenido que ir hasta allí para nada debido a que ha tenido que dejar algo a medias que podría complicar mucho las cosas. Si les pasa algo a las dos niñas que ha dejado atadas y amordazadas en el interior de una casa de huerta abandonada, se habrá metido en un lío del que no tiene la más mínima confianza de poder salir.

—Está bien, disculpe mis formas. Tiene razón, me hubiese enfadado mucho enterarme por la prensa de que habéis detenido a alguien que podría ser el responsable de la desaparición de mi niña —Nuria se lleva una mano al pecho al tiempo que sus ojos se empañan con rapidez. Sus emociones y, por ende, su estado anímico, son tan inestables como una bomba nuclear.

—No hay de qué, señora Folgado, hacemos nuestro trabajo lo mejor que podemos, y eso implica hacer todo cuanto está en nuestra mano para resolver esto cuanto antes.

—Claro, entiendo.

—Bueno, pues si lo entiende, entenderá la pregunta que le voy a hacer.

—¿Qué pregunta? —Los párpados de Nuria se vuelven a esconder tras sus ojos.

—He pensado que igual que la persona responsable de todo esto se ha estado riendo de nosotros, es posible que también hubiese podido establece algún tipo de contacto con usted. No sería de extrañar viniendo de alguien que, no solo se siente muy seguro de no ser atrapado, sino que también parece ser alguien que quiere contarnos algo, y para contar algo es imprescindible que exista la comunicación, un contacto. Así que, esa sería mi pregunta, por casualidad, ¿hay alguien que se ha puesto en contacto con usted en los últimos días, señora Folgado?

La cara de Nuria es un poema. No sabe qué es lo que está insinuando la inspectora exactamente, pero no le gusta.

—Por supuesto que no, ¿qué está insinuando exactamente?

—Exactamente lo que usted está imaginado, que los responsables de la desaparición de su hija y de su marido se hayan puesto en contacto con usted durante los últimos días, tal vez para pedir un rescate, tal vez para contarle algo, tal vez para coaccionarla de algún modo. Y antes de que vuelva a decir que no, piense que no la vamos a poder ayudar si no tenemos toda la información disponible en nuestro

poder. Así que, le sugiero que, a pesar de lo que le hayan podido decir, y las amenazas que haya podido recibir, cuando alguien trata de resolver este tipo de problemas sin contar con la policía no suele salir bien, lo digo por experiencia.

En ese momento, el interior de Nuria Folgado está en llamas. Primero el inspector Burbano le pregunta si ella es la responsable directa de la desaparición de su marido y de su hija, y ahora la inspectora Silva le pregunta si alguien se ha puesto en contacto con ella y está coaccionándola de algún modo, algo que, todo hay que decirlo, en esta ocasión sí es verdad. Pero de ningún modo se va a poner en manos de la policía, menos aún después de haber empezado a «jugar» con los secuestradores y haber hecho lo que ha hecho.

—Lo siento, inspectora, pero se equivoca, no es este el caso. Nadie se ha puesto en contacto conmigo, créame, si lo hubiesen hecho ustedes lo sabrían. Y me gustaría que tanto usted como su compañero dejasen de una vez de plantear si les estoy ocultando información o si yo he tenido algo que ver con la desaparición de mi hija, le aseguro que es de muy mal gusto y que no hace otra cosa que aumentar la desesperación y la angustia que ya siento. Así que, si no tiene más que decirme, por mi parte hemos terminado.

Nuria se levanta de la silla y se dispone a salir de allí cuanto antes. Por su forma de moverse, resulta evidente que está muy enfadada. Por un momento Raquel siente pena por ella, sigue pensando que sabe mucho más de lo que les ha contado, pero eso no significa que no esté sufriendo lo inimaginable por la desaparición de su hija. Esté donde esté, y eso es algo que la inspectora sabe perfectamente, nunca va a estar como con su madre. De todos modos, ella está allí para hacer su trabajo, y eso incluye preguntarle por la cinta que con tanto ahínco está tratando de ocultar.

—Antes de que se marche, tengo otra pregunta, señora Folgado.

—¿Qué pregunta?

—No me andaré con rodeos, señora Folgado, sabemos que usted tiene algo que podría estar directamente relacionado con el secuestro de su hija. Ese algo es una cinta de video, y ya hemos visto el gran empeño que está poniendo en ocultarla, en que nadie más sepa lo que hay en ella y en recuperarla, porque desgraciadamente alguien que no debía se la llevó, ¿me equivoco?

La piel de Nuria se vuelve blanca como la cal. Abre la boca para decir algo, pero las palabras no le salen. Está parcialmente paralizada porque no sabe hasta qué punto la policía conoce el contenido de la cinta, como tampoco sabe si realmente la tiene Alfredo, tal y como le ha dicho. En cualquier caso, sí saben de su existencia, y eso no es bueno. Todo se está complicando cada vez más.

—Mire, señora Folgado, todavía no sé muy bien de qué va todo

esto, pero le aseguro que lo terminaré averiguando, y cuando ese momento pase quisiera poder mirar atrás y recordar este momento como el principio de nuestra colaboración. En serio, no trate de hacer esto usted sola. No le voy a mentir, no sé lo que hay en esa cinta, pero sí que es algo muy importante y que debería empezar a contármelo todo. Y recuerde que nada de esto lo hago por mí, es la vida de su hija y la de su marido las que están en juego.

La respiración de Nuria se agita y tiene que hacer un gran esfuerzo para no empezar a gritar con todas sus fuerzas. Pero se tiene que contener, por su bien y sobre todo por el bien de su hija. La policía no la puede ayudar, qué va, nadie puede. Solo ella puede salir de ese callejón sin salida en el que se encuentra y recuperar a su hija sana y salva. Después ya tendrá tiempo de ajustar cuentas con las personas que le han hecho eso, que le están haciendo eso.

—Lo que haya o deje de haber en esa cinta no es asunto suyo, inspectora, aunque para su tranquilidad le diré que no tiene nada que ver con el secuestro de mi hija. Ya se lo he dicho, y no sé en cuántos idiomas más voy a tener que repetírselo, no sé quién tiene a mi hija, nadie se ha puesto en contacto conmigo, y no tengo ni la menor idea de por qué alguien se la ha llevado y todavía no me la ha devuelto. ¿Es que también voy a tener que confesar todos los detalles de mi vida íntima? ¿Es que usted nunca se ha grabado con su pareja? Lo siento, pero si no es para algo importante de verdad, no vuelva a llamarme, inspectora. Haga su trabajo, encuentre a mi hija sana y salva cuanto antes o le aseguro que nos veremos en los tribunales por injurias contra mí, mala praxis, negligencia en el ejercicio de sus funciones y como responsable indirecta de cualquier daño que hay podido sufrir Lidia. Adiós.

Nuria Folgado abandona la sala de interrogatorios con un más que considerable enfado. La inspectora Silva no pone ningún tipo de impedimento a que se marche, no tiene sentido forzarla en ese momento. Al menos ya le ha confesado que la cinta sí existe. En absoluto se ha creído lo de que su contenido sea una grabación íntima. Aun guarda la esperanza de que Eduardo la haya podido recuperar, porque su contenido podría ser muy importante.

En cuanto Nuria sale de la comisaría, con el corazón a punto de explotar y un gran temblor de dedos, llama a Alfredo Monteagudo.

—Dime que tienes la cinta.

—Tengo la cinta, como te dije —dice Alfredo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Dónde estás? Necesito que me la des cuanto antes.

—Estoy por ahí dando vueltas como me ordenaste, lo que sea menos estar en casa por si viniese alguien a buscarme.

—Bien —dice Nuria sintiendo algo de alivio en su pecho.

—¿Quieres que vaya a algún sitio en concreto? ¿Dónde quieres que te la dé?

Nuria piensa durante un momento en sus opciones. En su casa imposible, en la casa de Silvia tampoco, allí está su marido. Se le ocurre una idea que podría servir para matar dos pájaros de un tiro.

—¿Tienes coche, verdad?

—Sí, claro —dice Alfredo pensando en el Honda Civic de su madre.

—Ves yendo hacia Alcira, en unos minutos te mando la ubicación exacta. Pero te adelanto que es una casa en la huerta. Nos vemos allí, no te retrases.

—Por supuesto que no, voy para allí. Y Nuria…

—¿Qué?

—¿Me vas castigar?

—Sí, por supuesto que te voy a castigar, vas a recibir el castigo más grande de tu vida.

—Gracias, mi reina.

CAPÍTULO 54

El miedo

Apenas cinco minutos después de que Nuria abandone la comisaría, y justo cuando Raquel está a punto de volver a casa para estar con su hija, llegan Eduardo Cámara y Jorge Celanova, el ambulanciero, cuyo rostro lo dice todo. No solo está aterrado, también está muy enfadado. Y no es para menos, según puede apreciarse perfectamente si se observa con un poco de detenimiento, Eduardo le ha maltratado la oreja a derecha a conciencia, y todo el mundo sabe lo sensible que puede llegar a ser esa parte del cuerpo y lo humillante que se resulta que alguien se columpie de ahí.

—Aquí tienes a Tarantino. Ahora te toca a ti —dice Eduardo con el sentido del humor arrugado.

Raquel mira a uno y a otro y no termina de hacerse una idea exacta de quién es la persona a la que ha traído Eduardo de tan mala gana, aunque intuye que tal vez sea la persona que tenía la cinta de Nuria. Lo que sí sabe es que su ex no está de humor. Normal, no ha pegado ojo en toda la noche y ya van camino de las cinco de la tarde, Raquel sabe perfectamente lo mal que llevaba las guardias, algo que según puede ver no ha cambiado.

—¿Se puede saber quién es este? —pregunta Raquel estrangulando el entrecejo.

—Este es el gracioso que se llevó la cinta de vídeo del coche de la doña, al parecer es un amante del séptimo arte y por lo que se puede también de lo ajeno. Cualquier día lo vemos en *Qué grande es el cine*.

—¡Es la primera vez que me llevo algo que no es mío! —exclama Jorge irritado.

—Tú calla, que aun te llevarás dos hostias —responde Eduardo levantando su mano derecha haciendo ademán de golpearlo.

—Ya está bien los dos, que no estamos en el patio del colegio —dice Raquel mostrando la parte más dura y fuerte de su carácter. Los dos hombres que hay junto a ella se callan—. A ver, para empezar, ¿y la cinta? —Raquel se dirige a Jorge, que agacha la mirada con pesar.

—Dice que no la tiene, que se la ha dado al joven amante de Nuria, al celador rarito amante de los cortes. Y el celador, como no podía ser de otra puta manera, ya no está en casa —El rostro de Eduardo no muestra signos de estar cerca de relajarse, de hecho es como el casco de un viejo barco que, a la deriva, está a punto de resquebrajarse.

—¿Y entonces? ¿Dónde está la cinta? —pregunta Raquel con mala leche.

—Ya te lo he dicho, la tiene *Casanova*.

—Joder, coño, Eduardo, no me jodas, ¿y para qué coño me has traído a este?

—Te lo he traído porque ha visto la cinta, aunque de momento no ha dicho ni media palabra, quizá tú tengas algo más de suerte. Siempre has tenido gancho con los hombres.

—¿A qué ha venido esa mierda, Eduardo? ¿Qué has querido decir exactamente?

Eduardo, cuyo sentido del humor se vuelve más ácido y corrosivo a medida que se acumulan las horas sin descanso, se arrepiente al instante del comentario que acaba de hacer. Ha sonado mal, pero su intención no era mucho mejor.

—Perdona, Raquel, estoy un poco cansado y no sé muy bien lo que me digo. Ya sabes lo mal que me sienta no dormir.

—Sí, ya lo sé, ya.

—No le des más importancia. ¿Quieres que me quede durante el interrogatorio o prefieres hacerlo tú sola?

Raquel se queda un momento pensando. A Eduardo no lo quiere allí dentro, pero puede que le pueda servir para otra cosa.

—Entraré yo sola, Eduardo, pero quisiera pedirte otro favor si no te importa.

—Claro, princesa, ¿qué favor?

—¿Podrías pasarte por casa y quedarte un rato con Carlota? Solo será un rato, hasta que yo acabe.

—¿Con Carlota?

—Sí.

Eduardo tenía pensado ir por fin a dormir algo, pero para una vez que Raquel le pide algo así... Negarse sería el fin de su remota oportunidad.

—Por supuesto, ¿tengo que ir a recogerla? ¿Dónde está ahora?

—Ya está en casa, tú solo ve y espera a que yo vuelva.

—¿En casa? ¿Sola? —La mirada inculpatoria de Eduardo no puede ser más explícita.

—No, sola no, ahora hay otra persona con ella, cuando tú llegues le dices que se marche.

Eduardo asiente y, antes de marcharse, se ve tentado de pedirle a Raquel algo a cambio de ese favor que le va a hacer, pero justo antes de recaer en ese mal hábito que tanta mala fama le ha dado, se retiene y se va sin decir nada.

—Tú conmigo, me parece que tenemos que hablar de unas cosas —dice Raquel dirigiéndose a Jorge Celanova en cuanto Eduardo los deja solos.

La inspectora Silva conduce al ambulanciero a la misma sala de interrogatorios donde momentos antes ha estado Nuria Folgado y en

cuanto está sentado, le lee sus derechos de la forma más rápida de la que es capaz.

—Bien, dicho esto, empecemos, como ya has visto hay una niña pequeña esperándome en casa. Cuanto antes acabemos antes nos podremos ir todos a casa.

Jorge Celanova siente el impulso de pedir un abogado, pero tampoco sabe si debería hacerlo, todavía no sabe si ha hecho bien ocultándole la cinta a la policía y cediendo a las amenazas que le han hecho, lo que sí tiene claro es que nunca debió llevarse esa cinta y que las cosas todavía podrían ir a peor.

—Le voy a ser lo más franca y clara que me sea posible, Jorge, no sé si mi compañero ya se lo ha dicho o no ha tenido tiempo, pero desde el momento en el que usted se llevó la cinta de video del coche de la señora Nuria Folgado, pasó de forma totalmente no prevista a formar parte de una investigación policial muy importante, una que tiene como base la desaparición de una niña y de su padre. Sé que usted no quería que nada esto pasara, que no tenía ni idea de que esto iba a pasar, pero ha pasado, y ahora hay que mirar hacia delante y hacerse responsable de lo que se ha hecho. El hurto no es un delito grave, pero la participación indirecta en un crimen cuyo alcance todavía no se ha determinado sí podría serlo. Bien, por lo que he podido ver, usted no niega haberse llevado la cinta, de hecho lo ha admitido ante mi compañero y también antes de entrar aquí dentro, delante de mí. Por otra parte, también ha confesado habérsela dado a Alfredo Monteagudo, alguien que mantiene una relación extramatrimonial con la propietaria de la cinta. Llegados a este punto, empiezo con las preguntas, ¿está de acuerdo?

Jorge asiente. Está nervioso. Las gafas se le están empañando con rapidez.

—Sí.

—Perfecto, empiezo. ¿Sabe usted dónde está en estos momentos Alfredo Monteagudo?

—No, yo apenas lo conozco de verlo por el hospital cuando llevamos a un paciente. Nunca nos habíamos visto fuera de aquí hasta hoy.

Raquel asiente mientras se prepara para la siguiente pregunta.

—Vale, ¿y qué me dice de la propietaria de la cinta, de Nuria Folgado? ¿La conocía?

—No, bueno, sí. Quiero decir, la conozco un poco, de la misma forma que a Alfredo, de verla por hospital, por el servicio de urgencias para ser más concretos. A veces hemos comentado alguna cosa de algún paciente, pero poco más.

—¿Entonces reconoció usted a la señora Folgado cuando la atendió en la carretera después de haber sufrido un aparatoso accidente de

tráfico, no es así?

Jorge se sube la montura de las gafas con el dedo índice, su propio sudor está provocando que se le resbalen constantemente. Titubea antes de responder.

—No sabría decirlo con exactitud.

—¿El qué no sabrías decir con exactitud?

—Su cara me sonaba mucho, pero en ese momento no pude recordar de qué la conocía. Tenga en cuenta que tenía la cara bastante manchada de sangre y que hasta ese día siempre la había visto con el uniforme del hospital. La gente cambia mucho cuando la ves en otro ambiente distinto al habitual, al menos a mí me pasa.

—¿Y te llevaste la cinta por alguna razón en especial?

Jorge Celanova se encoge de hombros. La expresión de su cara denota arrepentimiento, pesar.

—Me la llevé porque el cine es superior a mí y porque me apasionan los formatos antiguos, como el VHS, el Betamax o el Video 2000, entre algunos otros. Además, en esa cinta había escrito en la etiqueta el nombre de una película que no había oído en mi vida, y créame, si me conociese sabría que eso es algo muy infrecuente en mí. Sentí una curiosidad muy grande por ver qué película era esa, así que me llevé la cinta. Le juro que nunca en mi vida había hecho algo así, y si pudiese retroceder en el tiempo le prometo que no lo volvería a hacer. Fue como un impulso contra el que no pude luchar y del cual me siento profundamente arrepentido.

—Bien, ya habrá tiempo de lamentarse, ahora a lo que nos atañe, ¿qué título había escrito en la cinta?

—Un mar de sangre.

Raquel se queda pensando durante un instante. Vaya título. ¿A quién puede interesarle algo así?

—¿Y qué había exactamente en esa cinta? ¿De qué trata esa película y qué la hace tan especial? —Raquel ha estado preparando el terreno de forma previa para lanzar la pregunta más importante de la forma más natural y desinteresada que le ha sido posible, para quitarle dramatismo y que Jorge no se encalle antes de llegar a puerto.

Pero la estrategia no ha colado. Jorge se ha quedado callado. Mudo como un muñeco de trapo.

—Señor Jorge Celanova, ¿no ha oído mi pregunta?

—Sí.

—Pues responda, que no tengo todo el día, ¿qué había en esa cinta? ¿De qué trata esa película?

Pero Jorge se niega hablar. En esta ocasión mueve tímidamente su cabeza de izquierda a derecha.

—¿Pero se puede saber qué significa esto? ¿Va a responder o lo tengo que acusar como cómplice directo de un crimen? ¿Qué está

pasando aquí?

Jorge alza una mirada llena de miedo. Está a punto de echarse a llorar. Él solo quería ver una película cuyo título no había oído en su vida, no quería meterse en el lío en el que se ha metido.

—¿Tiene usted hijos, inspectora?

La pregunta de Jorge coge a Raquel por sorpresa, que siente un pequeño estallido interno.

—Aquí las preguntas las hago yo, ¿a qué ha venido eso?

—No ha venido a nada, yo tengo dos hermanas pequeñas, y son lo que más quiero en el mundo. Le preguntaba si tenía hijos porque… imagino que no quisiera que nada malo les pasara, ¿verdad? Yo no quiero que les pase nada malo a mis hermanas, inspectora, solo eso. Así que lo siento, pero no puedo contarle nada más.

Raquel no da crédito al giro que acaba de dar el interrogatorio. Jorge, que hasta ese momento parecía alguien dubitativo, frágil y fácilmente conducible, está mostrando ahora una entereza y una convicción en su postura aparentemente infranqueable.

—¿Qué tienen que ver sus hermanas con lo que hay en esa cinta? ¿Es que acaso lo han amenazado con hacerles algo? Si es ese el caso, puedo proporcionarle protección.

—Usted no lo entiende, inspectora, pero eso es porque no ha visto el video, si lo hubiese hecho, tal vez estaría igual que yo, tratando de proteger a sus hijos, en el caso de que los tenga, claro está. Solo le diré, y esto será lo último, que en esa cinta puede verse el crimen más espeluznante y atroz que ha podido imaginar. Y que si lo hubiese visto, igual que yo, muy probablemente trataría de no provocar a su propietaria. Y ya se acabó, solicito que se me proporcione el abogado de oficio que me ha ofrecido al principio.

En cuanto Jorge termina de hablar, y sin haber visto el vídeo del que le está hablando el joven ambulanciero, Raquel siente verdadero miedo a que alguien pueda hacerle algo malo a su hija. Luego se pregunta quién es Nuria Folgado realmente y qué es eso de lo que Jorge podría tener tanto miedo.

A continuación hace lo que el cuerpo le pide en ese momento, ir a ver a Carlota.

CAPÍTULO 55

La goma del pelo

—No, mía desde luego no es, ¿dónde la ha encontrado? —dice la viuda de Matías Roca cuando Héctor le pregunta por la goma del pelo que ha encontrado bajo la estantería del despacho del abogado.

—Estaba en el suelo del despacho de su marido. ¿Y de su hija, podría ser de ella?

—Pues no tengo ni idea, habrá que preguntárselo a ella. Aunque intuyo que si no es mía será de mi hija.

—¿Le importa si se lo preguntamos ahora?

Rebeca titubea. No le apetece someter a su hija pequeña a preguntas incómodas, pero imagina que si no responde en ese momento, probablemente deberá hacerlo más adelante, así que cuanto antes acaben también con eso, mejor.

—Bien, preguntémosle.

Rebeca se dirige al salón y Héctor camina tras ella. La pareja de hermanos continúa en la misma postura de hace un rato, sentados en el sofá sin apartar la mirada de la televisión.

—Laia, ¿puedes venir un momento?

La pareja de hermanos aparta la mirada de la tele al escuchar la voz de su madre.

—Sí, claro —responde Laia con muy buena educación. A continuación se levanta y se dirige hasta donde están su madre y el inspector de policía, bajo el umbral de la doble puerta corredera del salón—. ¿Qué pasa?

—¿Es tuya esta goma? —pregunta Rebeca sin más preámbulos mostrándole a su hija la goma del pelo. Héctor cae en la cuenta en ese momento que quizá debería haber depositado esa posible prueba en una bolsa de plástico para que nadie estuviese toqueteándola, como está pasando en ese momento. Eso no hace más que confirmarle que, efectivamente, está muy lejos de su mejor forma. Se vuelve a decir que la inspectora Silva no hubiese cometido ese error, y eso lo lleva a pensar que se está empezando a obsesionar con ella, y eso no es bueno. Hacía mucho tiempo que sus obsesiones no se dirigían hacia otra cosa distinta de su trabajo, que las creía tenerlas controladas. Pero al parecer, también está empezando a perder el control sobre eso.

—No, no es mía —dice Laia tras coger la goma y darle un par de vueltas.

—¿Cómo que no es tuya? ¿Y de quién es? —pregunta Rebeca contrariada. Si no es de su hija ni de ella, ¿de quién podría ser? La

idea de que su marido tenía una amante, y que se negó a pensar desde un inicio, empieza a cobrar fuerza en ella.

—No lo sé, mamá, pero te aseguro que mía no. Yo nunca uso gomas de color, y menos de color rosa. Todas mis gomas del pelo son negras. ¿Le has preguntado a Martín?

—¿A tu hermano? ¿Y por qué iba a preguntarle a él? —Rebeca abre los ojos de par en par. Martín, que está sentado en el sofá escuchándolo todo, mira a su hermana con cierto enfado.

—No sé, pregúntale a él, a lo mejor sabe de quién es la goma.

El inspector Burbano observa con atención la escena familiar y antes de que Martín empiece a hablar, ya intuye por dónde quiere ir Laia; su hermano debía de tener una novia de la que su madre no tenía conocimiento, porque con lo corto que lleva el pelo duda mucho que la goma sea suya.

—Martín, ¿puedes venir un momento, por favor? —dice Rebeca con seriedad.

Martín se levanta cabizbajo y, con las manos en los bolsillos y una actitud un tanto pasota, se sitúa frente a su madre.

—¿Qué ocurre?

—¿De quién es esta goma? —Rebeca repite la pregunta que le ha hecho a su hija unos segundos antes.

Martín mira la goma durante unos segundos y después se encoge de hombros.

—No lo sé.

Rebeca mira a su hija en busca de una respuesta, pero Laia se cruza de brazos y dirige su mirada hacia otra parte.

—Laia y Martín, ¿qué está pasando aquí? —pregunta Rebeca alterada.

—No sé, ¿qué está pasando aquí, Martín? —pregunta Laia mirando a su hermano con reprobación, quien cabecea y emite un suspiro cargado de fastidio.

—A ver, mamá, no está pasando nada…

—¿Y entonces?

—Tengo una amiga que ha venido alguna que otra vez a casa, supongo que por eso Laia está insinuando que podría ser de ella.

—Solo por eso no, y tampoco creo que sea solo una amiga —replica Laia con cierto enfado. Su tono de hablar denota que la amiga de su hermano no es de su agrado.

—¿Y bien? —dice Rebeca esperando una explicación completa de su hijo.

—A ver, de momento es solo una amiga, hemos quedado unas cuantas veces y ya está, tampoco hay que darle más importancia, lo que pasa es que Laia no la traga.

—No, perdona, es ella la que no me traga a mí.

—Lo que tú digas.

—Bueno, ya está bien los dos, si esa goma es de esa amiga, que por cierto, todavía no me has dicho cómo se llama, ¿qué hacía en el despacho de tu padre? Porque, que yo sepa, tanto tú como tu hermana sabéis de sobra lo mucho que le molestaba a vuestro padre que entraseis en su despacho.

Martín se frota la cara sintiendo cómo todas las miradas de los allí presentes se clavan en él.

—Mi amiga se llama Neus, ella estudia Criminología, y nos conocimos en una fiesta universitaria hace unos meses, concretamente en Rumbo 144. Ha venido unas cuantas veces a casa, y cuando se enteró de que papá era abogado criminalista me preguntó si podía ver su despacho… —Martín habla mirándose los pies. Siempre ha sido un poco tímido, razón por la cual no suele encontrar la manera de decirle que no a la gente, menos aun a una chica—. No me pareció que estábamos haciendo nada malo, solo era curiosidad por ver cómo era el expediente real de un proceso judicial, nada más. Imagino que ahí se le debió caer la goma del pelo.

Rebeca cabecea con enfado.

—No me esperaba esto de ti, Martín.

—¿El qué? ¿Pero qué he hecho?

—Dejar entrar a alguien que no es de la familia en el despacho de tu padre, eso has hecho.

—¿Y qué tiene eso malo?

—Eso háblalo tú con el inspector de policía, si tan mayor te crees para poder desobedecer lo poco que te ha pedido tu padre en esta vida, supongo que no tendrás problemas en responder a todo lo que te pregunte el inspector.

Héctor, que puede verse un poco reflejado en el perfil psicológico de Martín, siente algo de pena por él. Le recuerda a él mismo a esa edad, aunque él era mucho más tímido de lo que aparenta el hijo mayor del difunto abogado.

—Todavía no sabemos si la presencia de esa chica en el despacho de Matías podría significar algo, así que de momento mejor no adelantar acontecimientos —dice Héctor ante la atenta mirada de Rebeca y de sus hijos—. Martín, ¿podrías decirme cuántas veces exactamente estuviste con esa chica en el despacho de tu padre?

—Unas dos o tres.

Rebeca resopla al escuchar la respuesta de su hijo.

—Bien, ¿y sabes qué expedientes consultasteis exactamente?

—Vimos unos cuantos, aunque no sabría decirle cuáles. Le expliqué cómo trabajaba mi padre y lo meticuloso y cuidadoso que era con su trabajo y con la información que aquí guardaba, luego ella me pidió permiso para ojear algunos, y a mí no me pareció mal.

—Claro, entiendo. ¿Y sabes si Neus se quedó a solas en este despacho en alguna ocasión?

Antes de que Martín responda, la actitud corporal de Laia responde por él.

—Sí, es posible, aunque por breves espacios de tiempo. Una vez fui al cuarto de baño y ella se quedó aquí esperándome.

—¿Una vez, dices? Cada vez que venía se inventaba una excusa para quedarse sola en el despacho de papá un buen rato, y tú como un tonto le hacías caso a todo lo que te pedía, ¡y no digas que no! —dice Laia con manifiesto enfado.

Martín mira hacia otro lado, pero no responde. Sabe que su hermana tiene razón, y que es absurdo llevarle la contraria.

—Entonces, por lo que veo Neus se ha quedado a solas en el despacho de Matías en varias ocasiones, ¿cierto? —pregunta Héctor mirando a Martín para asegurarse de que eso fue así exactamente.

—Cierto.

—¿Y sabes si alguna vez te preguntó por algún expediente concreto o si se llevó algo de aquí?

—No, ni una cosa ni la otra. Jamás le hubiese dejado llevarse un expediente, sé de sobra que la información que mi padre guardaba en el despacho era confidencial, no soy idiota. Tampoco me preguntó nunca por ningún caso, ella solo ojeaba las carpetas, nada más.

Héctor asiente mientras almacena y ordena en su interior la valiosa información que cree estar consiguiendo, y todo como consecuencia de la goma del pelo que ha encontrado gracias a Raquel.

—Bien, ¿recuerdas cuándo fue la última vez que Neus estuvo aquí?

—Hará unas dos semanas más o menos, y la verdad es que desde entonces no nos hemos vuelto a ver, ya he dicho antes que de momento solo es una amiga —Martín dice esto último con pesar, el hecho de no haberla visto durante las últimas dos semanas no parece haber sido una elección suya.

—Y, ¿hay alguien más aparte de esa chica que haya podido entrar en el despacho de Matías durante las últimas semanas?

Tanto Rebeca como Laia mueven el cuello a izquierda y a derecha, después Héctor vuelve a mirar a Martín, que también dice que no con el cuello.

—¿Cree que esa chica podría haber tenido algo que ver con la muerte de mi marido, inspector? —pregunta Rebeca horrorizada.

—De momento es pronto para saberlo, hay que investigarlo a fondo, lo que sí os recomiendo es que no os pongáis en contacto con la chica ni le digáis que yo he estado aquí preguntando por ella, me entendéis, ¿verdad? —dice Héctor mirando exclusivamente a Martín, quien asiente con pena. Al joven se le ve tremendamente compungido por el hecho de imaginarse que podría haber sido cómplice indirecto

del asesinato de su propio padre. Aunque por otra parte, no imagina a Neus haciendo algo así.

Antes de marcharse del domicilio de Matías Roca, Héctor pide permiso a la viuda del abogado para llevarse los cinco expedientes que hay sobre las cajas que estaban más metidas para dentro en la estantería, el lugar donde, según la hipótesis de Raquel, alguien podría haber estado escudriñando en esa parte del despacho con más insistencia.

En cuanto se sienta en el coche, y experimentando una sensación de bienestar como hacía tiempo que no sentía, piensa de nuevo en esa chica, en Neus, e inmediatamente después cae en la cuenta de que la inspectora Silva es precisamente profesora de Criminología, así que, ¿quién dice que no la conoce?

Lo siguiente que hace es llamar a Raquel. Si esa chica ha tenido algo que ver, podrían estar muy cerca de poder encontrar a Lidia y a su padre.

CAPÍTULO 56

Tiene que ser esta noche

Neus no lleva un buen día. A veces tiene la impresión de que a cada paso que da, todo se complica más, pero por otra parte sabe que si se queda parada, tarde o temprano, se apagará. Entonces, ¿qué se supone que debería hacer?

El problema siempre ha sido el mismo. La gente que la rodea. No es buena. No son una buena influencia. Ha oído decir que las personas tienden a relacionarse una y otra vez con el mismo tipo de personas, como si buscasen recrear siempre las mismas situaciones, el mismo tipo de emociones y de sensaciones. Hay quien dice que es porque la gente se siente más cómoda con aquello que ya conoce, aunque sea malo, que con aquello que no conoce. El miedo a lo desconocido supera muchas veces al miedo a lo real, sobre todo en personas que están muy heridas, que son inseguras y que tienen una baja autoestima.

Mira su teléfono móvil y ve que tanto Pablo como Dani la han estado llamando. También tiene un mensaje de otra persona: Martín. Le pregunta cómo está y le dice que le gustaría hablar con ella de una cosa, no dice el qué, pero a Neus le inquieta tímidamente qué puede ser esa cosa. Es un hecho bastante común que cuando alguien te dice que quiere hablar contigo de una cosa, esa cosa suele tener cierta relevancia, cierta importancia. Neus le responde como siempre ha hecho desde el día que se intercambiaron los números de teléfono bajo las luces de neón de Rumbo 144, con efusividad, con excesivas e inequívocas muestras de cariño. Muchos besos, corazones, caritas sonrientes, signos de exclamación. Y después de eso, cuando lo tiene donde ella quiere, le hace la pregunta importante: *¿de qué querías hablar?*

Y Martín, que ya está completamente hipnotizado, como siempre que está con ella o cerca de ella, se lo dice abiertamente y sin ningún tipo de maldad: *Neus, ¿tú no te llevarías nada del despacho de mi padre, verdad? Me refiero a algún expediente o a algo así.*

Y Neus, a quien la sangre se le hiela, le responde que por supuesto que no, que por qué le pregunta eso ahora, que le duele mucho que le pregunte eso, como si desconfiase de ella por algún motivo.

Martín, que suspira de alivio al escuchar la respuesta de Neus, le dice que es su madre la que ha estado preguntándole si alguien había estado toqueteando el despacho de su padre o si se había llevado algo, que últimamente no para de hacer preguntas, y que eso es todo. No le

dice nada de la visita del inspector Burbano.

Neus, que a pesar de la respuesta de Martín no se termina de fiar, vuelve a la estrategia de la efusividad, a las grandes muestras de cariño, luego le dice que le gustaría verlo, que hace días que no se ven, le propone quedar esa misma noche, a lo que Martín, deseoso de estar con ella, le responde que sí. Neus se dice que, necesita mirarlo a la cara para saber si realmente le está ocultando algo o no.

Cuando Neus está a punto de salir de casa, su padre le da el alto.

—Eh, ¿a dónde vas?

—He quedado.

—Pues desqueda.

Neus resopla y siente ganas de llorar. Ya no puede más. No lo soporta más.

—Voy a salir, papá, luego si quieres podemos ver una película juntos.

Su padre cabecea con enfado.

—No, vamos a ver la película juntos ahora, después veremos si sales.

Y Neus, que ya no sabe qué hacer, accede a lo que su padre le pide, aun a sabiendas de lo que su padre entiende por ver una película juntos. Luego manda un mensaje muy corto, pero directo:

Tiene que ser esta noche.

CAPÍTULO 57

Ya falta poco

Son bonitos los atardeceres valencianos. Sobre todo en los pueblos que están cerca del mar. La diferencia se aprecia sobre todo en la luz del cielo, en lo rápido que se mueven las nubes, en el olor a mar al respirar, en el canto de las gaviotas. No tienen nada que ver con los de Madrid, donde todo parece al borde del colapso.

No dura mucho, pero la distancia que Raquel tarda en recorrer los caminos de huerta que la llevan hasta su casa, la llenan por un instante de paz y felicidad. No es una sensación a la que esté acostumbrada, pero a veces siente que todo está bien, que su vida es maravillosa, que el futuro promete vivencias realmente bellas, pero esa sensación, de igual forma que llega, se va. Y entonces vuelve a su realidad.

Frente a su casa ve la Honda de Eduardo y, por el contrario, ya no ve el coche de Pablo. Eso hace que respire un poco. Su ex se ha deshecho del joven con el que casi se acuesta y a quien no le apetecía volver a ver. *Al final*, se dice Raquel, *lo voy a tener que recompensar*. Y se vuelve a plantear invitarlo a cenar. De momento Eduardo no le ha pedido nada a cambio de todo lo que ella le está pidiendo a él, pero puede ver en su mirada que está deseando acostarse con ella, no lo puede remediar, y ella, cuyo volcán interior se enciende últimamente a la mínima, también necesita un poco de calma, de pasión en su vida, un poco de cama. Solo espera que, llegado el caso, eso no complique las cosas entre ellos, ahora que parece que están empezando a entenderse de verdad.

Cuando Raquel abre la puerta de su casa ve una imagen que por poco hace que se le salten las lágrimas. En el salón están Carlota y Eduardo haciendo puzles y riendo de pura felicidad, y por un momento se dice que su hogar se parece ahora a un verdadero hogar. Con un padre, una madre, una hija, y muchas sonrisas. Que su hija tuviese una figura paterna era algo a lo que había renunciado hacía mucho tiempo, algo que, tras valorarlo minuciosamente, había descartado porque no lo consideraba necesario. La mayoría de hombres que había conocido en su vida, incluido su propio padre, no estaban a la altura de lo que ella consideraba que debía ser un buen padre. Pero esa podría considerarse otra de esas verdades que, en esta ocasión, si se dice pero a la que no suele prestársele demasiada atención; todo lo que se diga, se advierta y se cuente acerca de la maternidad, no tiene nada que ver con la realidad. Todo aquello que

dijiste que no harías, lo haces, y todo aquello que criticaste de otras madres o, al menos, gran parte, te lo tienes que tragar.

Ahora Raquel se tiene que tragar que, un padre, a lo mejor tampoco tiene que estar tan mal. Se decantó por ser madre a través de la inseminación artificial con semen de un donante en un momento de su vida en el que aborrecía por completo el género masculino. Pero esa tormenta ya no existe, ya pasó, y ahora las cosas ya no las ve del mismo modo.

Carlota se levanta y le da un fuerte abrazo a su madre, que la recibe entre sus brazos y siente exactamente lo mismo que siente siempre, el amor más grande que ha sentido nunca.

—Por lo que veo lo estabais pasando muy bien, ¿eh, granujas?

—Lo estábamos pasando pipa, mamá, hemos jugado a pillar, hemos jugado al escondite, hemos jugado hacer puzles y… ¡me encanta que venga Eduardo, mamá! —dice Carlota con efusividad y la sinceridad más grande que se puede encontrar en un ser humano. Raquel acaricia el rostro de su hija mientras deja que una gran sonrisa invada su cara. Luego levanta la mirada y saluda a Eduardo con el cuello, con algo más de amabilidad que las últimas veces.

—Me he tomado la libertad de hacer una cafetera, espero que no te importe.

—Claro, has hecho bien, ¿sabes si queda?

—Sí, he hecho la grande, ya con vistas.

—¿Quieres otro?

—Venga, a estas horas ya empalmo con la noche.

—Pues enseguida vuelvo.

Raquel se dirige a la cocina y mientras prepara los dos cafés solos escucha de fondo cómo Eduardo y su hija han reanudado los puzles. En ese momento se olvida del caso que tiene entre manos, de su eterno sentimiento de culpa y de todas las cosas con las que no comulga, en ese momento solo vive el maravilloso y preciso instante en el que está, y eso la hace sentir mejor que cualquier cosa.

Cuando regresa al salón deja los dos cafés sobre la mesa y se vuelve a recrear en la bonita imagen que forman Eduardo y su hija. Por un instante, vuelve a sentir el volcán de su interior a punto de explotar. Cuando Eduardo se levanta del suelo y se sienta a su lado para tomarse el café, siente cómo el calor de ese volcán empieza a recorrer su interior a toda velocidad.

—¿Qué tal, alguna novedad importante? —pregunta Eduardo con naturalidad.

—Tal vez. Eduardo y yo tenemos que hablar de unas cosas del trabajo, ¿quieres ver un poco la tele, cariño? —pregunta Raquel con dulzura.

—Vale —responde Carlota tumbándose en el suelo sobre un par de

cojines.

Raquel enciende la tele y busca en la plataforma de televisión a la carta los dibujos preferidos de su hija: *Dora la exploradora*.

—¿Y el ambulanciero, ha dicho algo? —pregunta de nuevo Eduardo.

—Algunas cosas, lo suficiente para saber que Nuria Folgado podría estar detrás de un crimen bastante atroz, el cual podría estar detrás de la desaparición de su hija y de su marido. Lo cierto es que está bastante asustado por lo que puedan hacerle.

—Vaya, ¿y se sabe algo del chico que tiene la cinta?

—No, aunque anda media ciudad buscándolo, Julio Zanón ha pedido la colaboración de la guardia civil, y algunas patrullas de la policía nacional también se han puesto a ello.

Eduardo asiente y se pregunta si ese es un buen momento para contarle la verdad a Raquel. La verdadera razón de su viaje a Valencia. Pero rápidamente cae en la cuenta de que en esa estancia hay una niña de cuatro años que, aunque parece que está absorta en *Dora la exploradora*, no pierde detalle de todo lo que ocurre a su alrededor, sobre todo aquello de lo que hablan los adultos. Así que descarta el momento. También elude hacer preguntas sobre el joven que estaba cuidando de Carlota cuando él ha llegado, no le ha dado muy buena impresión, y le ha parecido que quería darle a entender que entre él y Raquel había algún tipo de relación. Prefiere no hacer comentario alguno para que Raquel no piense que está celoso, se prometió que esta vez haría las cosas bien, y quiere cumplir por una vez con esa promesa.

—Además, pensamos que Nuria podría haber estado en contacto con los secuestradores de su hija.

—¿Crees que le están pidiendo dinero?

—No lo creo, otra cosa tal vez, lo que hay en esa cinta es clave.

—¿Pero Jorge no ha sido explícito con su contenido?

—No, ha pedido un abogado y solo ha dicho que su contenido es lo más aterrador que jamás ha visto, que lo único que quiere es proteger a sus dos hermanas pequeñas.

Eduardo traga saliva y mira a Carlota, después mira a Raquel, que mira a su hija con preocupación.

—Eh —dice Eduardo acariciando la barbilla de Raquel para que le preste toda su atención—. No le va a pasar nada, te lo prometo, yo estoy aquí por una razón, ya te lo dije, para protegeros, a ti y a tu hija.

Las palabras de Eduardo hacen que, nuevamente, Raquel sienta algo parecido al amor. Sus ojos se humedecen rápidamente y el volcán de su interior empieza a burbujear, no lo puede evitar. Se acerca un poco más a Eduardo, que todavía sujeta su barbilla con una mano, y le da un tierno beso en los labios. A ese beso lo sigue otro beso un poco

más largo, cuando está a punto de llegar el tercero, el móvil de Raquel empieza a sonar con fuerza otra vez. Últimamente parece haberse propuesto interponerse entre ella y los hombres que la desean, como si fuese una especie de segunda conciencia que la previene de cometer los mismos errores de siempre.

La llamada es del inspector Burbano. Le cuenta que tiene cinco gruesos expedientes entre sus manos que hay que empezar a analizar desde ya, luego le pregunta si conoce a una chica de nombre Neus, estudiante de criminología, posible dueña de la goma del pelo y quién sabe si también cómplice de la muerte de Matías.

Y la inspectora Silva no solo le confirma que la conoce, sino que también conoce a sus amigos, son todos alumnos suyos, y si hubiesen tenido algo que ver con el crimen de Matías y la desaparición de Lidia y de su padre, no se lo perdonaría en la vida. Empezando porque uno de ellos ha estado en su propia casa, cuidando de su hija y con el que casi se acuesta.

Apenas bastan un par de miradas para que Eduardo sepa lo que Raquel le va a pedir a continuación; si se puede quedar de nuevo con Carlota mientras ella trata de localizar a Neus y revisa los expedientes. Y Eduardo, que apenas se tiene en pie, pero al que el beso que se han dado minutos antes lo ha llenado de energía, le dice que no hay problema, que vaya y encuentre a esa niña.

CAPÍTULO 58

El castigo

Nuria ya ha llegado a la casa de huerta abandonada de Alcira. Está esperando a que llegue Alfredo con impaciencia. A que llegue con la cinta, por supuesto. La policía ya sabe de su existencia y no tiene claro si realmente es conocedora o no de su contenido. Imagina que no, de lo contrario muy probablemente estaría detenida. Desde una ventana del piso de arriba controla el camino de huerta por el que debería llegar Alfredo.

Pero los gritos y gemidos de las dos niñas la están poniendo muy nerviosa. De hecho le están recordando a algo muy particular. Algo que saca lo peor de ella. El monstruo que hay en ella.

—¡Callaos! ¡Callaos! ¡Callaos! ¡Callaos de una maldita vez si no queréis que os raje de arriba abajo! ¿Me habéis oído?

Los gritos de Nuria hacen que las dos niñas se callen de golpe. Están aterrorizadas, la mujer que las tiene secuestradas parece completamente capaz de cumplir con sus amenazas. Pero lo peor de todo, lo que peor llevan, es que hace rato que no ven a su madre, concretamente desde que las recogió a la salida del colegio.

—¿Dónde está nuestra madre? ¿Le ha pasado algo a nuestra madre? —pregunta la más pequeña de las niñas con el rostro anegado de lágrimas, a quien se le ha bajado la mordaza de la boca.

A Nuria se le ablanda un poco el corazón al escuchar a la niña, pero está tan al límite y tan ofuscada que cualquier sentimiento de humanidad que pueda haber en ella, desaparece con suma velocidad.

—Vuestra madre está descansando, está bien, de aquí un rato la veréis, pero solo si os estáis calladas de una maldita vez, ¿me habéis oído? Si os vuelvo a oír os juro que no volveréis a verla en la vida, ¿lo habéis entendido?

Las dos niñas asienten entre temblores, y Nuria tiene que pararse un momento y pensar lo que ha hecho con la madre de las niñas, no lo recuerda demasiado bien. Le está volviendo a pasar. Está volviendo a perder el control, las lagunas mentales han vuelto, y el monstruo que hay en ella ya está bajo el umbral de la puerta.

El ruido de un vehículo rodando por los caminos de arena y piedra la sacan de ese estado de estupor. Se asoma por la ventana y respira aliviada al reconocer el Honda de la madre de Alfredo.

Baja corriendo las escaleras de esa vieja casa de labradores y, justo cuando está a punto de abrir la puerta, recuerda lo que ha hecho con la madre de las niñas. La imagen llega hasta su cerebro en alta

definición. Sonríe. Aunque de forma extraña, anárquica y caótica, las cosas siguen funcionando en su cabeza. La mujer de su ex está encerrada en la alacena, atada de pies y manos y con un par de buenos golpes en la frente. Lo que no sabe es en qué estado se encuentra, es decir, si está viva o está muerta, tampoco le importa mucho, la verdad.

Antes de que Alfredo toque a la puerta, Nuria abre y, al verlo frente a ella, suelta un suspiro cargado de satisfacción y relajación, después le da un fuerte abrazo.

—¿Tienes la cinta, verdad?

—Sí, claro, aquí está —dice Alfredo alzando su mano derecha. Una gran sonrisa inunda su cara.

—Pasa —dice Nuria cerrando la puerta tras él y asegurándose de que no lo ha seguido nadie.

En cuanto están dentro, Nuria coge la cinta y la aplasta contra su pecho con fuerza. Cierra los ojos y respira con fuerza. Toda ella es como un globo a punto de reventar que por fin se está empezando a deshinchar.

Alfredo, que no le quita ojo de encima y arde en deseos por conocer cuál va a ser su castigo, carraspea para llamar la atención de Nuria tras un par de minutos contemplándola en la misma posición y con el mismo gesto, abrazada a la cinta de video y con los ojos cerrados.

Pero tras el inoportuno gesto de Alfredo, los párpados de Nuria se abren y, con ellos, las puertas del infierno dejan de estar cerradas.

—Me has hecho enfadar mucho durante los últimos días, ¿lo sabes, verdad? —dice Nuria ante la atenta mirada de Alfredo.

—Sí.

—Has traído la cinta, y eso está muy bien, pero aún así… creo que necesitas un buen castigo, y no solo por los errores que has cometido, sino porque me parece que todavía no sabes de qué va todo esto.

Alfredo asiente con emoción y excitación. Como siempre que Nuria lo va a castigar, siente miedo, porque nunca sabe qué es lo que le va a hacer, hasta dónde será capaz de llegar.

—Ve desnudándote, yo enseguida vuelvo —dice Nuria con sobriedad.

Alfredo se quita la ropa con nerviosismo. Tiene la boca reseca y palpitaciones en el pecho. Se pregunta qué le tendrá preparado en esta ocasión. Si le dará muchos golpes, dónde y con qué. Si le dirá cosas humillantes. Si lo tratará como merece ser tratado.

Lo primero que hace Nuria cuando regresa es desnudarse ella también. Las sesiones suelen ser de todo menos algo limpio, y no le apetece tener que ir por ahí con la ropa manchada. Alfredo babea cuando la ve sin ropa. Para él es una diosa. Se pregunta si dejará que la toque.

Lo segundo que hace Nuria es amordazar a Alfredo metiéndole sus propios calzoncillos en la boca y dándole un par de vueltas a su cabeza con cinta aislante. Luego lo sienta en una silla y ata sus manos por detrás de su espalda. Las piernas también se las ata a las patas de la silla con un par de viejas cuerdas de nylon, como las que se usan para tender la ropa.

El pecho de Alfredo sube arriba y abajo. Su respiración, que ahora solo es posible por la nariz, se vuelve ruidosa. El vello de la nuca se le eriza a la espera de ver qué es lo que Nuria va a hacer con él.

Lo tercero que hace Nuria es ir a la cocina a por los utensilios que ha seleccionado. Después vuelve con Alfredo y, con un cuchillo acaricia sus mejillas, su barbilla, su cuello. No tarda en apreciar una fuerte erección en su joven amante, y eso hace que sonría, que le recuerde a los viejos tiempos. Después desliza el cuchillo por la base de su pene, por el contorno de sus testículos.

Alfredo entrecierra los ojos. Se siente muy excitado, pero también siente miedo. Ambas sensaciones son las que Nuria utiliza para llevarlo al extremo más alejado de los placeres humanos. Al extrarradio de lo perverso.

El primer corte es a la altura de la ingle derecha, no es muy profundo, pero sí muy largo. El segundo corte es sobre la ingle izquierda, en esta ocasión, la incisión sí ha llegado más abajo. Hasta ese momento, y fruto de la excitación, Alfredo no había caído en la cuenta de que Nuria había colocado un viejo cubo de metal en el suelo, bajo sus testículos. El cubo de metal se empieza a manchar de gotas de sangre mientras Alfredo, cuya erección todavía sigue en alto, no sabe muy bien qué lo que está pasando. Nunca le había colocado un cubo debajo. Nuria puede oler su miedo, se acerca hasta él y acaricia su rostro con delicadeza, le da un suave beso en la frente, y después empieza a acariciar su pene.

—¿Te gusta? —pregunta con sensualidad.

Él asiente entre jadeos. Su piel ha empezado a palidecer. El cubo se está llenando con rapidez.

Ella abraza su pene con una mano y lo aprieta con fuerza. Él siente que se marea. Empieza a masturbarlo lentamente mientras de reojo ve cómo el goteo de sangre empieza a coger velocidad. Y en ese preciso momento, y sin previo aviso, siente que el monstruo ha vuelto.

De lo que pase a partir de ese momento, apenas recordará nada, solo que, al anochecer, volverá a casa de su amiga Silvia, y que, a pesar de que aun no ha recuperado a su hija, se sentirá terriblemente bien.

CAPÍTULO 59

Bananas Maxi Disco

Javier Enguídanos lleva toda la tarde visitando discotecas abandonadas de la ruta del bacalao. Pero después de varios fracasos, está empezando a perder la esperanza.

Se ha centrado principalmente en las que estaban más cerca de la playa, por aquello del murmullo del viento, el olor a sal, a vegetación. Ha pasado por *The Face*, en Pinedo, pero ya nada queda de ella. Solo la antigua silueta donde un día estuvo la macrodiscoteca. Ha estado en *Puzzle* y en *Villa Adelina*. Las dos están abandonadas y tapiadas. Aún así ha conseguido entrar en *Puzzle* por un pequeña agujero que alguien había abierto en la cara menos visible de la discoteca, la trasera. Pero allí dentro no ha encontrado ningún rastro de que hayan tenido a alguien cautivo durante las últimas horas. Después ha pasado por *Chocolate*, y allí ha podido ver cómo en una de las paredes alguien había pintado el antiguo lema de la discoteca: "*No digas sábado, di Chocolate*". Pero aparte de eso, tampoco ha encontrado nada.

Luego le ha tocado el turno a *Barraca*, pero la vieja construcción de la huerta valenciana no está cien por cien abandonada, se dan fiestas privadas de tanto en tanto, así que ni tan siquiera ha intentado entrar. En la puerta ponía bien claro que había una alarma recién instalada. Con *Spook* le ha pasado algo parecido, y con *Heaven* le ha pasado algo parecido a lo que le ha pasado con *The Face*, solo ruinas y pequeños restos de lo que un día hubo y pasó allí. Todavía se pueden apreciar las líneas blancas del parking. Trozos de plástico que un día formaron parte de un vaso de tubo. Manchas de aceite de motor que se han quedado incrustadas en el asfalto, salpicando de negro y gris el suelo donde en los años noventa se concentraban tantas o más personas como en el interior del templo de la música disco. La cultura de parking surgió en base a una necesidad. Durante los años ochenta y noventa era tal la gente que salía de fiesta que, una vez llenado el aforo de todas y cada una de las discotecas, la gente que se había quedado fuera se buscaba la vida como podía. Así que, a las puertas del templo, y a la espera de poder entrar, encendían el radiocasete, se ponían unos cubatas y hacían tiempo mientras, a su alrededor, todo un movimiento empezaba. Más tarde, la gente empezó a ir directamente al parking de las discotecas, en lugar de a las propias discotecas.

Y es en la última discoteca que Javier Enguídanos visita donde ocurre algo. Ya está anocheciendo, y el crecimiento salvaje e

incontrolado de la vegetación por las inmediaciones y el interior de *Bananas Maxi Disco* confieren al templo de cristal un aire terrorífico. Es como estar visitando los restos de una antigua civilización, perdida durante siglos en el corazón del Amazonas. Bajo la suela de sus zapatos crujen trocitos de plástico, cristal y ramas secas. Pero tras hacer un recorrido lo más rápido posible por su interior, algo nada sencillo teniendo en cuenta su gran tamaño, de nuevo se siente abatido por no haber encontrado ni una sola prueba de que ese es el lugar donde él estuvo cautivo, donde podría estar su hija. El problema es que, cuando ya está a punto de subirse al coche para volver a la casa donde se están quedando él y su mujer, unas luces lo deslumbran. Durante un par de segundos no puede ver nada, tiene que taparse los ojos porque tiene la impresión de estar quedándose completamente ciego.

Para cuando vuelve a bajar las manos, la luz ya no parece tan intensa, precisamente porque hay alguien que se ha interpuesto entre el haz de luz y los ojos del médico intensivista. Ese alguien es un guardia civil, a su lado, un poco más atrasado, llega quien parece ser su compañero.

—Guardia civil, ¿quién es usted y qué hace aquí? —El guardia civil debe rondar los cincuenta, pelo cano y abdomen prominente. La piel curtida por el sol y las arrugas que parecen ser los restos de un pasado a la luz de los focos de neón.

Javier, que ha levantado ambas manos sutilmente, se queda parcialmente bloqueado. Si les dice quién es y qué hace allí, entonces estará haciendo justo lo que las personas que tienen a su hija le dijeron que no hiciese, que coincide con lo que su propia mujer le dijo que no hiciese, dejarse ver. Tema aparte sería hablarles de la extraña negociación, si es que se puede llamar así, que los secuestradores están llevando a cabo con su mujer.

Así que dice lo primero que se le ocurre.

—Disculpen las molestias, agentes, estoy buscando un amigo que no está pasando por su mejor momento, su mujer me dijo que tal vez podría estar por aquí, se conocieron aquí y le gusta venir y recordar los viejos tiempos cuando se siente un poco triste. No hace nada malo, solo da un par de vueltas y se toma una cerveza, después se va.

Los dos guardias civiles se quedan mirándose, preguntándose si creer o no esa extraña historia. Después vuelve a hablar el del pelo cano, quien parece llevar la voz cantante. El otro, de piel morena, el pelo con la clásica raya al lado, y unos cuarenta años, tan solo asiente ante lo que intuye que va a decir su compañero, lo mismo de siempre.

—Identificación, por favor —pregunta el del pelo cano.

Javier se queda de nuevo pensando. Debe decidir con rapidez. Si les niega el carnet, probablemente se lo llevarán detenido, si se lo enseña,

y la denuncia de su desaparición está en la base de datos de la guardia civil, y estos introducen sus datos en el programa informático que deben tener, a lo mejor les salta algún tipo de alarma y descubren que está oficialmente desaparecido. Pero no hay tiempo de divagar más. Así que decide arriesgarse y elije lo menos malo.

Cuando les muestra su carnet, también les muestra la tarjeta identificativa que utiliza en el hospital, eso siempre ha sido una excelente carta de presentación.

Y en cuanto los dos guardias civiles ven la tarjeta, la cara les cambia.

—¿Es usted médico en el hospital Clínico? —pregunta el guardia civil más joven.

—Sí —responde Javier con la esperanza de poder salir de la situación sin más contratiempos.

—Haberlo dicho antes, hombre. ¿No conocerá usted por casualidad a Susana Vidal? Es enfermera.

A Javier no le suena de nada. En el Clínico trabajan unas dos mil enfermeras aproximadamente, y él apenas sale de su servicio, lo raro hubiese sido que la conociese.

—¿Susana Vidal? Sí, claro que la conozco, es una profesional excelente.

—¿Y la ve usted muy a menudo?

—A veces, tenga en cuenta que en el hospital tenemos turnos muy raros, aparte de las guardias, nos toca trabajar muchas veces en festivo, no siempre es fácil coincidir con una persona.

—Ya, comprendo. Verá, doctor, Susana Vidal es mi ex mujer, bueno, mejor dicho, oficialmente todavía es mi mujer. Y solo me interesaba por su bienestar. Ya sabe, me dolería mucho enterarme de que lo está pasando mal con el tema de la separación, también había oído decir que un compañero de trabajo se había acercado mucho a ella durante las últimas semanas, ya sabe, aprovechando la debilidad del momento…

—Hasta donde yo sé, Susana Vidal no ha tenido ni tiene absolutamente nada con ningún compañero de trabajo, como le decía, es alguien muy profesional que no está para esas cosas.

—¿En serio?

—Se lo puedo asegurar.

El policía joven asiente y no puede ocultar el gran alivio que siente al escuchar las palabras de Javier. Se nota a la legua que todavía siente algo por su mujer, o ex mujer, o lo que sea en ese proceso en el que se encuentran. Un proceso en el que él mismo se va a ver en cuanto encuentren a su hija, porque tiene claro que después de todo lo que está pasando, y de lo que se está enterando, la relación con su mujer se tiene que terminar.

—Muchas gracias, doctor, si la ve, dígale que… en fin, mejor no le diga nada —El guardia civil de pelo cano, viendo la amistosa conversación que está teniendo su compañero con el doctor, le devuelve sus dos tarjetas identificativas. Javier las coge y se las guarda en la cartera antes de que se arrepientan.

—¿Puedo marcharme ya, agentes? Mi mujer y mi hija deben estar esperándome para cenar.

—Sí, pero la próxima vez que vaya en busca de algún amigo, no entre en ninguna propiedad privada para buscarlo, haga el favor, por mucho que este sitio parezca abandonado, todavía sigue perteneciendo a alguien —dice de nuevo el policía de pelo cano.

—Por supuesto, agentes, entrar aquí ha sido un error, no volverá a ocurrir. Buenas noches y gracias por su amabilidad.

Los dos guardias civiles lo saludan con el cuello y Javier se apresura a volver hasta su coche, a tan solo unos cuantos metros de donde están. Cuando arranca y se pone en marcha para salir de allí y volver al domicilio de la amiga de su mujer, puede ver perfectamente cómo el guardia civil de pelo cano está anotando algo en una de esas libretas pequeñas. Solo espera que no sean sus datos, solo espera que, de ser el caso, esos datos no los introduzcan en ninguna base de datos.

CAPÍTULO 60

La tortura interna continúa

Raquel no termina de ver el posible vínculo de unión entre su joven alumna, Neus Villarroya, y el asesinato del padre del que parecía ser su amigo con derecho a roce. Tampoco imagina qué puede unir a su joven alumna con Nuria Folgado, menos para haberle hecho lo que le han hecho. O mejor dicho, lo que le están haciendo.

El puzle que tiene delante da la impresión de ser uno de los más complejos de cuantos ha hecho. Hay secuestro, hay asesinato aparentemente ritual, hay un mensaje que según parece trata de denunciar el sistema judicial, hay una cinta de vídeo cuyo contenido se avecina aterrador, y hay una lista de implicados a cada cual más dispar y que no para de crecer. La lógica le dice que alguien que estaba muy enfadado con Matías Roca decidió matarlo, luego le sacó la sangre y la derramó por el cuerpo de una mujer con la que todavía no han podido vincular. Una mujer cuyo pasado, y también su presente, se intuye cada vez más oscuro y siniestro y a la que no solo la bañaron con sangre, sino que también le secuestraron a su hija y a su marido. En su posesión tenía una cinta que muy probablemente esté a punto de recuperar o quién sabe si la ha recuperado ya, porque la última persona que la tenía cuando le perdieron la pista era su joven amante, a quien, para más complicación, ella sodomiza en sus ratos libres.

La cuestión es, ¿qué pinta Neus Villarroya en todo este asunto? Raquel no deja de darle vueltas a esta cuestión, como tampoco deja de darle vueltas a que hay que encontrar la forma de que Jorge Celanova hable y les cuente lo que había en la cinta de vídeo, porque eso podría ser clave.

Hablar con Neus, como ya le adelantó al inspector Burbano por teléfono, es su máxima prioridad en ese momento. En casos como este, lo que más rabia le da a Raquel es no poder contar con más recursos para hacer más cosas a la vez. Tiene la impresión de que si tuviese un equipo de profesionales a su cargo mucho más numeroso, resolvería gran parte de los casos antes y mejor. Porque a fin de cuentas, de lo que se trata es de ser más rápido que el enemigo al que te enfrentas, y solo existe una forma de hacer que eso sea posible: investigar todo cuanto rodea al caso de la forma más rápida y certera que se pueda antes de que vuelva a actuar o dé un nuevo paso. Pero para eso se necesitan recursos, dinero, personas bien formadas. Y no tiene nada de eso. Así que, a fin de cuentas, se dice que no se hace lo suficiente para

acabar con crímenes como el que tiene delante, y eso es algo que le molesta, principalmente porque significa que ella tiene que trabajar siempre contra viento y marea, con el agua al cuello y el reloj corriendo siempre a favor del enemigo.

Los dos inspectores, con la luz de la luna ganándole la batalla a la luz del sol, se han reunido a unos cuantos metros del domicilio de Neus, en la calle Conchita Piquer, en el ajetreado barrio de El Calvari.

Raquel pulsa el timbre de su joven alumna y espera a que alguien conteste.

—Supongo que la va a entrevistar usted, ¿no? —dice Héctor mirando a Raquel de reojo.

—Si no le importa…

—No me importa.

—Pues entonces no se hable más.

Tras unos segundos de espera sin haber obtenido respuesta, vuelven a llamar. La luz del salón se puede ver desde la calle, así que, a no ser que se la hayan dejado encendida, debe haber alguien en casa. Así que solo es cuestión de insistir un poco.

En esta ocasión es el inspector Burbano quien pulsa el timbre, y además de forma insistente. Dos pulsaciones largas que deberían de resultar inequívocas para que las personas que vivan en esa casa no se digan aquello de *se habrán equivocado*.

Raquel da unos pasos hacia atrás para ver si alcanza a ver algún tipo de movimiento a través de los ventanales del salón que dan a la calle.

A continuación alguien responde a sus insistentes llamadas a través del portero automático.

—¿Quién es? —pregunta la voz de una mujer.

—Somos la inspectora Silva y el inspector Burbano, quisiéramos hablar con Neus Villarroya, eres tú, ¿verdad? —pregunta Raquel, que cree haber reconocido la voz de su alumna casi a la perfección.

La respuesta tarda unos segundos en llegar.

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre?

—Queremos hablar contigo un momento, Neus. Solo serán unas preguntas.

Neus vuelve a hacer una pausa. Dos inspectores llamando a su casa un viernes noche no puede significar nada bueno.

—¿Sobre qué?

Los dos inspectores se miran preguntándose si decir la verdad o no. Héctor asiente y Raquel parece entender lo que le quiere decir.

—Sabemos que eres amiga de Martín Roca, el hijo del abogado que apareció muerto hace unos días, ya sabes, Matías Roca. Solo queríamos saber qué tipo de relación te unía a su hijo y si habías visto u oído algo extraño durante los últimos días o semanas. En serio,

Neus, solo te molestaremos unos minutos, lo último que nos apetece es aguarle el fin de semana a la juventud, pero ya sabes cómo van estas cosas, a veces hay que cubrir un poco el expediente.

Neus no sabe cómo van esas cosas a las que se refiere su profesora de Criminología, lo que sí sabe es que probablemente sea mucho peor negarse que colaborar. Cuando alguien se niega siquiera a hablar antes de haber escuchado las preguntas, es que algo muy malo oculta.

—De acuerdo, pero si no le importa hablamos abajo.

—Como quieras.

En menos de un minuto Neus abre el portal del edificio de donde vive. Tiene un ojo morado y todo el lateral derecho de su cara rojo incandescente.

—Martín y yo solo nos conocemos de pasada. Así que me parece que no os voy a poder ayudar mucho —dice la joven de forma apresurada mientras se cruza de brazos.

—¿Qué te ha pasado, Neus? ¿Quién te ha hecho eso? —pregunta Raquel con sincera preocupación.

—Un idiota me ha empujado en el metro y me ha caído por las escaleras.

Tanto Héctor como Raquel se dicen que el contorno de esas heridas son más propias de un par de puñetazos que de una caída por las escaleras. Pero en ese momento no tiene demasiado sentido presionarla con esa cuestión teniendo otra más importante por resolver.

—Pues cómo está el tema, ¿no? —dice Raquel intentando acercarse a ella.

—Ya ve, el mundo está lleno de gilipollas, pero me parece que eso usted lo sabe mejor que yo.

—Sí, desgraciadamente así es. Verás, Neus, no queremos hacerte perder mucho tiempo, además de que nos están esperando en otro sitio. Esta tarde hemos estado hablando con Martín Roca, como te he dicho hace un momento. Nos ha comentado que tú y él teníais algo así como una amistad especial.

—Bueno, nos conocemos un poco nada más, ¿le ha pasado algo?

—No, no le ha pasado nada a Martín, a quien le ha pasado es a su padre, como ya sabes. El caso es que nos ha comentado que te gustaba bastante mirar entre los expedientes de su padre, y es sobre ese tema sobre el que nos gustaría preguntarte.

Neus, que sigue cruzada de brazos, suelta una bocanada de aire cargada de sarcasmo. Niega con la cabeza dirigiendo su mirada hacia el suelo.

—¿Eso os ha contado Martín?

—Sí.

—Este chaval está muy flipado, de verdad. Era él quien no paraba

de vacilarme con que su padre era un súper abogado que había resuelto cientos de casos. Era él quien me invitaba a entrar al despacho de su padre cada vez que yo iba a su casa, se pensaba que como yo estoy estudiando criminología me fascinarían los expedientes e informes que su padre guardaba en su despacho y que así ganaría puntos conmigo.

—¿Y no era el caso?

—No, bueno, no del todo. A mí esos expedientes ni me van ni me vienen, los ojeaba un poco por educación, por no hacerle el feo a Martín, pero nada más. ¿Qué ocurre con ellos? ¿Se ha perdido alguno o qué? Si lo llego a saber no hubiese perdido el tiempo con ese hijo de papá.

Raquel y Héctor vuelven a mirarse de reojo, en ese preciso instante del envite, están completamente perdidos. No saben si la joven miente, dice la verdad o está jugando con ellos.

—Todavía es pronto para saber si se ha perdido alguno, aunque sí que es posible que haya habido alguien que ha estado buscando con bastante insistencia entre los expedientes del abogado. Tal vez incluso podría haber hecho unas cuantas fotos con su teléfono móvil a algún que otro documento.

Neus suspira con chulería.

—Pues no sé qué quiere que le diga, profesora, lo único que sé es lo que le he contado. ¿Tiene alguna pregunta más? Si no le importa, me esperan para cenar.

Hay algo en Neus que no está bien. No es que Raquel la conozca en profundidad, pero sí lo suficiente como para saber que algo oculta. Hace unos meses la vio llorar con estruendo porque le habían chafado un pie, y en otra ocasión se ausentó de clase porque le dolía el dedo índice de la mano derecha. En cambio ahora, cuyas heridas parecen ser muy recientes y mucho más grandes, no parece tener la misma sensibilidad al dolor. ¿Tal vez debido a que se está aguantando? ¿Tal vez debido a la gran cantidad de adrenalina que su cuerpo podría haber segregado durante los últimos minutos por alguna razón? En cualquier caso, en estos momentos poco más puede hacer para acceder a ella.

Antes de que la inspectora Silva se despida y le diga que no la quieren molestar más, Héctor se adelanta a ella con su habitual estilo directo y sin filtros.

—¿Te importaría decirnos dónde estuviste la noche del martes?

La pregunta de Héctor coge tanto a Raquel como a Neus por sorpresa, quien abre los ojos de par en par. No puede ocultar que la pregunta le ha sentado como un puñetazo en la boca del estómago.

—Estuve aquí, en mi casa, ¿puedo saber por qué me lo pregunta?

—¿Hay alguien que lo puede confirmar? —Las preguntas del

inspector Burbano caen como un trago de vodka en ayunas. Las suelta sin ningún tipo de maldad, pero con toda la intención del mundo. Si lo pregunta es porque considera que la chica es sospechosa, ni más ni menos.

—Sí, mi padre, estuve con él viendo una película.

—¿Y podríamos hablar con tu padre ahora?

Los ojos de Neus se abren todavía más.

—No.

—¿Por qué no?

—No está en casa. Ha salido a cenar con unos amigos. Y antes de que me pregunte por mi madre, murió hace cinco años en un accidente de tráfico. ¿Algo más?

Héctor mira a la inspectora Silva, que le devuelve una mirada que se tambalea entre la preocupación y la incertidumbre. Raquel tiene otra vez esa sensación de querer ejercer de madre con esa chica. Le da pena verla así, le da pena que su madre muriese siendo tan joven, en ese momento, y a un nivel muy profundo del subconsciente, se vuelve a preguntar, ¿quién cuidaría de Carlota si a mí me pasase algo? De nuevo los traumas del pasado acechándola para recordarle que la muerte sigue ahí, tras ella, a la vuelta de la esquina. La esquivó en una ocasión, pero tal vez no tenga tanta suerte la próxima vez.

—Neus, no estamos acusándote de nada, solo estamos intentando conocer la verdad. Saber qué le ocurrió al padre de tu amigo Martín y, sobre todo, saber dónde están ahora esa niña desaparecida y su padre —Raquel utiliza un tono tan suave y condescendiente que ni ella misma reconoce.

—¿Y a mí qué me contáis? Yo solo he estado un par de veces en casa de Martín, joder, ¿acaso es eso para tanto? A mí desde luego me parece que os estáis pasando de la raya.

Raquel suspira y lamenta que la situación se haya vuelto tan fea.

—Disculpa las molestias que te hayamos podido ocasionar, Neus, solo estamos haciendo nuestro trabajo, ya hablamos, ¿vale?

—Sí, claro, ya hablamos, ¿puedo irme ya? —pregunta Neus visiblemente enfadada.

—Sí, puedes irte —responde Raquel observando cada reacción postural de su joven alumna, quien no tarda en desaparecer hacia el interior del patio del edificio.

—¿Qué opinas? —pregunta Raquel a la espera de que Héctor, experto en perfiles psicológicos, confirme las mismas sensaciones que ha tenido ella.

—Opino que esa chica se ha metido en un buen lío, que oculta algunas cosas bastante feas, aunque por el momento no sabría decir de qué estamos hablando exactamente.

—¿Crees que puede haber tenido algo que ver con el asesinato y el

secuestro?

Héctor coge aire y arruga el entrecejo.

—Sí, aunque no sabría decir hasta qué punto ni de qué manera. De todas formas, de momento poco más podemos hacer, lo que tenemos es muy vago, y nuestras impresiones apenas son solo eso, impresiones, no se sustentan con nada. No podemos detenerla sin pruebas y presionarla más quizá haga que se cierre en banda y que haga alguna tontería. Lo que está claro es que hay que controlarla desde ya, porque si está relacionada con el secuestro de la niña y de su padre podría conducirnos hasta ellos en cualquier momento.

Raquel asiente. Le parece bien. Después es Héctor quien llama al comisario Julio Zanón para que envíe a un par de policías de incógnito y vigilen cada movimiento de Neus Villarroya hasta nueva orden.

—¿Ha tenido tiempo de ojear los expedientes que se ha llevado de casa del abogado? —pregunta Raquel mientras se dirigen hacia sus coches.

—No, es justo lo que iba hacer ahora.

—Si no le importa podemos verlos juntos, cuatro ojos ven más que dos y el tiempo no juega a nuestro favor —Raquel, que no está acostumbrada a pedir permiso a otro policía para hacer algo relacionado con su trabajo, se siente un poco incómoda haciendo esa pregunta. Y también, todo hay que decirlo, porque ese volcán de su interior que lleva todo el día amenazándola con explotar, se está volviendo a animar.

—No me importa. De hecho me parece una gran idea. ¿Quiere que los veamos en mi casa, o mejor en la suya?

—Mejor en la suya. Tengo una niña de cuatro años y medio a quien no me apetece despertar a medianoche.

—Me parece perfecto.

De camino a casa del inspector Burbano, en el tranquilo y moderno barrio de Penya-Roja, la inspectora Silva vuelve a sentirse mal por haber preferido ir a casa de un hombre a quien apenas conoce en lugar de ir a reunirse con su hija, que es con quien debería estar. La tortura interna continúa.

CAPÍTULO 61

Comida para llevar

La noche se avecina intensa, así que la inspectora Silva propone pedir algo para cenar para recuperar algo de fuerzas. Revisar los cinco gruesos expedientes que se han llevado de casa de Matías Roca les llevará un buen rato, por no decir que puede que les lleve unas cuantas horas. Ante ellos podrían tener la clave de todo el misterio, en el interior de uno de esos expedientes podría encontrarse, si no el culpable, sí la razón por la que asesinaron a Matías y después secuestraron a la hija de Nuria Folgado.

El repartidor del restaurante de comida asiática tarda una media hora en llegar, tiempo suficiente para que Raquel haya podido llamar a Eduardo para preguntar cómo está Carlota y, entretanto, se haya bebido la cerveza que al llegar a casa le ha ofrecido Héctor. Para su tranquilidad, Carlota está bien, ya ha cenado y ahora están los dos viendo una película de dibujos animados. Raquel siente algo de pena por Eduardo, porque tiene la impresión de que está pensando que cuando ella llegue a casa, él tendrá su recompensa. Pero eso, en esos momentos, ya no entra en los planes de Raquel.

Cuando están sentados frente a la mesa del salón, con los cuatro platos que han pedido y la botella de vino tinto que ha abierto Héctor, Raquel se olvida por un momento que está en medio de una importante investigación. El volcán de su interior, sumado a que esa es la primera actividad que podría considerarse lúdica en la que se encuentra desde que llegó a Valencia, hacen que aflore su parte más desenfadada. Por un instante incluso se siente como si estuviese en una primera cita, o tomando algo con uno de esos amigos o amigas de toda la vida que ya no quedan.

—¿Puedo preguntarle algo? —dice Raquel tras haberle estado haciendo un rápido y esquemático resumen de lo que ha sido su vida hasta ese momento.

—Sí, claro —responde Héctor con un ligero rubor de mejillas.

—Supongo que no es una pregunta muy original, de hecho es una de las preguntas que más le habrán hecho en esta vida, pero, ¿por qué se hizo policía?, ¿y por qué *profiler*?

La pregunta coge desprevenido a Héctor, que traga saliva con dificultad y por un momento da la impresión de no querer responder.

—Disculpa mi intromisión, no hace falta que responda, no sé ni por qué se lo he preguntado, qué maleducada soy…

—No, para nada, es lo más normal del mundo que me lo pregunte,

en todo caso sería yo quien tendría el problema de no querer contárselo, no usted de habérmelo preguntado —Héctor hace una pausa que aprovecha para llenar sus pulmones de aire y, de paso, rellenar las dos copas de vino. Raquel, entretanto, dibuja en su cara la expresión más relajada y comprensiva en lo que va de año—. No es una historia demasiado agradable —añade Héctor antes de empezar a contarle lo que le pasó de niño.

—Tranquilo, a estas alturas de mi vida he visto, he oído y, qué coño, he vivido de todo —Raquel sonríe tratando de inferir algo de tranquilidad a Héctor, que se queda mirando un instante el intenso rojo de su copa de vino, como el que hace un rápido viaje al pasado y se asoma a la ventana desde donde puede verse, sobre todo aquellos días en los que no hay muchas nubes, su propia vida.

—Yo tenía siete años cuando ocurrió. Fue un sábado como otro cualquiera, era el mes de Junio, y el calor ya empezaba a ser insoportable. Eso lo recuerdo bien porque ya hacía bastantes días que había empezado a dormir sin calcetines y con la ventana entreabierta. Y precisamente eso, la ventana, fue lo que me hizo despertar. Se había levantado un poco de viento y el contrapeso de las cortinas no dejaba de golpear la pared con cada oleada de aire. Cuando abrí los ojos y vi que eran casi las diez de la mañana, me extrañó que mi madre no me hubiese levantado ya. Normalmente nunca me dejaba dormir más allá de las nueve, así que en cuanto puse los pies en el suelo me fui directo al cuarto de mis padres —Héctor hace una pequeña pausa que, más que otra cosa, es un gran esfuerzo por contener las lágrimas—. Cuando llegué allí vi que… mis dos padres habían sido asesinados de un modo brutal. Sus cuerpos estaban extendidos sobre la cama, y todo a su alrededor estaba cubierto de sangre. En una de las paredes habían escrito: *Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis.*

—Dante Alighieri.

—Sí.

—Dios mío, inspector, debió ser durísimo.

Héctor asiente y, no es consciente de que justo en ese preciso instante está a punto de hacer lo que tanto trabajo le cuesta, lo que por alguna razón tanto retiene: romper a llorar.

—Sí. Lo cierto es que sí, no le voy a mentir. Yo me quedé en shock durante unas horas, no sabría decir cuántas, solo que cuando fui capaz de ponerme en pie y pedir ayuda, aquello era… —La cara de angustia del inspector Burbano lo dice todo. Una escena impregnada de sangre, con dos cadáveres, y a los pies del verano valenciano… el olor y el oscurecimiento de los pigmentos sanguíneos debieron ser absolutamente grotescos.

—Me lo puedo imaginar —añade Raquel para evitar silencios que incomoden al inspector Burbano.

—Estuve un tiempo ingresado. Primero por un síndrome de estrés adaptativo grave, más tarde por un trastorno de despersonalización y desrealización, y luego por… —Héctor tiene que parar de hablar porque siente cómo una gran pelota de aire está presionando sus cuerdas vocales. Él aprieta con fuerza los párpados para no dejar de escapar esas lágrimas que desde bien pequeño lo están corroyendo por dentro.

—No hace falta que continúes, Héctor, entiendo que no son buenos recuerdos a los que regresar —dice Raquel tratando otra vez de llenar esos silencios que se hacen tensos. En ese momento también cae en la cuenta de que ha tuteado al inspector Burbano. Tal vez debido al alcohol que lleva en el cuerpo, tal vez debido a que, por primera vez, están hablando de ellos mismos, a menudo lo último en lo que piensan tanto el uno como el otro.

—Cuando por fin me dieron el alta hospitalaria, ingresé en un centro de acogida porque no tenía más familia cercana, y allí me quedé hasta que cumplí la mayoría de edad. Crecí escuchando lo que unos y otros decían y contaban acerca de lo que los rumores decían que le había pasado a mis padres. Como ya se puede imaginar, de todo menos la verdad.

—¿Y cuál fue la verdad? —pregunta Raquel con verdadero interés.

Héctor tiene hacer un gran esfuerzo para llenar sus pulmones de aire.

—La verdad es que nunca se supo quién lo hizo.

—¿En serio? —Raquel no puede ocultar una enorme sorpresa.

—A día de hoy, su muerte continúa siendo un misterio.

—Dios mío, Héctor, no imagino cómo debió ser crecer con algo así. Y ya entiendo por qué te hiciste policía y después inspector. ¿Y el expediente? ¿Tuviste acceso a él? ¿No hubo siquiera algún detenido?

Héctor va a decir algo, pero de pronto se para y lleva su mano derecha hasta sus ojos. Cabecea moviendo el cuello a izquierda y a derecha. Está a milímetros de romper a llorar, algo que definitivamente sucede cuando Raquel se levanta y se acerca hasta él para consolarlo. La inspectora Silva lo abraza con todas sus fuerzas mientras desea con toda su alma aliviar un poco el dolor y la rabia con las que ese hombre ha debido crecer.

Raquel nunca ha sido muy buena consolando a nadie, así que, cuando el inspector Burbano levanta un poco los ojos y la mira a la cara, ella no hace otra cosa que besarlo. Es un beso tierno, casi de amor materno, pero un beso al fin y al cabo. Héctor se queda un momento mirándola, y ella reacciona dándole otro beso. Las lágrimas ya han cesado, al menos ese tipo de consuelo sí ha servido para algo, pero los besos continúan llegando. Raquel, cuyo volcán interior ya está perdidamente desbordado, pasa a la fase siguiente, a la de las

caricias, a la de ir quitándose prendas de ropa de encima. Apenas un par de minutos después, ella está sobre él, en el sofá, sin ropa, dejándose llevar y dando por fin rienda suelta a esa necesidad que con tanto ardor llevaba días invadiendo su interior.

El coito apenas dura unos cinco minutos, pero tanto el uno como el otro llegan al orgasmo habiendo disfrutado lo suficiente no solo como para desearse aun más, sino para querer un poco más a la persona que tienen al lado. Dicen que el sexo es sexo y el amor es amor, pero lo cierto es que en el sexo, en algún momento, es inevitable que haya algo de amor.

Sin comentar absolutamente nada de lo que ha pasado, y sintiéndose mejor de lo que se han sentido en los últimos meses, se ponen a trabajar en los expedientes. Ninguno tiene ni idea de que están a punto de conocer algo crucial.

CAPÍTULO 62

Ken y Barbie

Los cinco expedientes que repasan pertenecen a la primera etapa de Matías Roca como abogado, a la de los años noventa.

Son todos ellos casos escabrosos, casos que se alargaron durante varios meses, algunos incluso durante años, pero sobre todo son casos en los que tuvo éxito.

De los cinco hay uno que les llama especialmente la atención, la principal razón; dentro del grueso expediente hay un recorte de periódico en el que puede verse a Matías Roca saliendo del juzgado junto a su joven defendido. Y lo que ha hecho que saltasen todas sus alarmas es que, el traje que lleva Matías en la foto, es casi idéntico al traje con el que lo encontraron muerto. Desde un principio les llamó la atención que estuviese vestido con un traje que no pegaba ni con la época, ni con su estilo actual, pero tal y como se han ido desarrollando los acontecimientos en los últimos días, ni siquiera han tenido tiempo de pensar seriamente en ese detalle. Pero hay más. Revisando las fotos de la policía científica, y viendo cómo encontraron sentado a Matías en el antiguo cauce del río Turia, bajo el puente de la Exposición, caen en otro importantísimo detalle. En un primer momento vieron que Matías estaba mirando hacia el final del puente de Calatrava, pero en lo que no cayeron es que al final de ese puente se encontraba la calle de la Justicia, y al final de esta misma, el edificio que albergaba los antiguos juzgados de la ciudad, precisamente el mismo sitio donde puede verse esa fotografía de periódico de los años 90.

Tanto Héctor como Raquel sienten una emoción inmensa al ver que están frente a algo muy importante. Ya que creen estar seguros de que ese caso en concreto, que tuvo lugar hace más de veinte años y que se saldó con una victoria para Matías y para su representado, es el que, de un modo u otro, podría estar conectado con la muerte del abogado y la desaparición de Lidia y de su padre.

Los dos inspectores desmenuzan las más de cuatrocientas páginas del caso al milímetro en busca de una nueva pista que pueda unirlo a Nuria Folgado o, quién sabe, incluso a la joven Neus Villarroya. El defendido por Matías Roca estaba acusado, entre otras cosas, de haber violado a más de veinte mujeres y de ser el coautor material de unos horribles crímenes que tuvieron lugar en la ciudad entre los años 1988 y 1991. Entre dichos crímenes se encontraban el asesinato de cuatro personas, una de ellas una niña de solo cuatro años, a quien tuvieron

encadenada durante tres días sin comer ni beber mientras violaban y torturaban a su madre hasta lo indecible. La madre sobrevivió, a pesar de los golpes, vejaciones y múltiples lesiones que le hicieron. Pero su hija no consiguió superarlo, ni tampoco su marido, a quien asesinaron a sangre fría el primer día del asalto.

Tanto Héctor como Raquel intuyen que podrían tener frente a ellos la respuesta, aunque todavía no la han sabido ver. Es Raquel, a quien tan bien se le dan las reconstrucciones y encontrar el vínculo de unión entre las distintas piezas, la que cree ver una diminuta llama de luz entre tanta oscuridad.

—Creo que ya sé quién está detrás de todo esto.

Héctor levanta la vista de las páginas en las que está absorto y nuevamente mira a Raquel con absoluta fascinación, más aún si cabe tras haber estado intimando tan solo unas horas antes.

—Tú dirás —dice Héctor observando cómo Raquel termina de encajar en su cabeza las piezas del puzle que se dibuja ante ella.

—A mi modo de ver, creo estar bastante segura de que si hay alguien lo suficientemente enfadado como hacer lo que le han hecho a Matías, creo que esa persona es la mujer a la que, no solo violaron y torturaron repetidas veces durante tres días, sino que también asesinaron tanto a su marido como a su hija pequeña. No me preguntes por qué, porque todavía no lo sé, pero es posible que esa mujer sea quien esté llevando cabo una especie de venganza personal, reclamando la justicia que ella no tuvo. Se ensañó con Matías Roca y lo puso mirando hacia la calle de la Justicia y los antiguos juzgados de la ciudad, quizá como una forma de reclamar y de denunciar esa forma de justicia que ella no tuvo. Pero no todo acaba ahí, porque, tal y como hemos visto, también se ha llevado a una niña y a su padre, igual que le pasó a ella. El problema de todo el asunto es que esa niña y ese padre no son ni del abogado, ni tampoco del principal acusado a quien Matías defendió, sino de Nuria Folgado, alguien cuyo nombre no aparece por ningún lado en el expediente. Aunque lo que sí aparece, como hemos visto, es que el acusado a quien Matías defendió, no actuaba solo, sino con una mujer, una a la que nunca llegaron ni siquiera a identificar porque, entre otras cosas, tanto el uno como el otro siempre cometían sus crímenes con unas espeluznantes máscaras puestas. Para ellos era fundamental que las víctimas estuviesen conscientes durante sus actos, y no solo eso, no disfrutaban especialmente con el asesinato, sino con la tortura y el dolor. De hecho, según dicen los exámenes forenses, en ninguno de los asesinatos de los que fue acusado el representado por Matías se observó ensañamiento ni premeditación. Podría decirse que, en cierto modo, todas esas muertes fueron asaltos que se les fueron de las manos.

Héctor se queda momentáneamente sin palabas. Ha seguido al milímetro los razonamientos de Raquel, y no puede hacer otra cosa que creer en ellos. Porque son muy buenos.

—¿Estás queriendo decir que Nuria Folgado podría ser esa mujer con la que actuaba el defendido por Matías Roca y por eso le han secuestrado a su hija y a su marido?

—Eso mismo. Y además, ¿quién dice que en esa cinta que con tanto ahínco trata de ocultar no haya algún tipo de prueba que la delate? Porque no podemos olvidar que el conductor camillero, Jorge Celanova, no solo dijo que contenía el crimen más atroz que jamás había visto, sino que también tenía un gran temor por lo que pudiese pasarle a su sus hermanas pequeñas. Tal vez porque en ese video se puede ver cómo murió esa niña…

Héctor se lleva las dos manos a la cabeza y trata de serenarse. De centrar su mente. La sensación de estar desvinculándose de su cuerpo está volviendo, pero no puede dejar que le ocurra, no puede desconectarse ahora. No puede volver a abandonar al niño que un día fue, a ese niño que lleva esperando una explicación y un consuelo desde los siete años.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años? —pregunta Héctor centrando de nuevo su mente en el lugar en el que debe estar. De algún modo siente que, al lado de la inspectora Silva, todo es más fácil, y no solo investigar un caso como el que tienen delante, sino mirar hacia delante, hacia el futuro.

—Eso es algo que tendremos que averiguar, pero estoy segura de que debe de haber una explicación. Es posible que haya ocurrido algo en las últimas semanas que haya servido de detonante.

—¿Y por qué no vengarse del acusado principal? Porque, que nosotros sepamos… —Héctor no termina la frase. Justo en ese instante está pensando lo mismo que Raquel, no saben en esos momentos ni dónde está ese principal acusado ni lo que le puedan estar haciendo.

—Joder, hay que ponerse en movimiento ahora mismo. Hay que encontrar a esa mujer que fue torturada durante varios días y hay que encontrar al que fue el principal sospechoso de lo que le hicieron, a Rodrigo Soler. Si el responsable de todo esto es quien creemos que es, es decir, esa mujer a la que tanto daño le hicieron, y está reproduciendo lo mismo que le hicieron a ella, es posible que la hija y el marido de Nuria…

Tanto Héctor como Raquel hacen cuentas de cabeza. Si el secuestro se produjo la madrugada del martes al miércoles, y en ese momento está a punto de amanecer el sábado… habrían pasado ya tres días desde la desaparición de esa niña y de su padre, por lo tanto, justo en esos momentos podrían estar muriendo, si no lo han hecho ya.

Los dos inspectores, tras darse una ducha rápida y tomarse un café

doble, salen directos hacia el domicilio de la mujer a la que le partieron la vida hace poco más de veinte años. Si ella es la responsable, deben encontrarla cuanto antes.

INTERLUDIO 4

La verdad

Lo que acaba de confesarle Rodrigo Soler la ha dejado totalmente bloqueada, como si acabase de morderla una de esas serpientes que paralizan a sus presas antes de comérselas.

Berta Pascual acaba de escuchar lo que llevaba temiéndose desde hace días. Había algo en su interior que no quería creérselo. Que se resistía a creer que una de las personas que tanto daño le hizo, y que tanto le quitó, hubiese tenido el valor de ir hasta su consulta para contarle sus penas. Para decirle a la cara que sí, que fue él, el mismo al que la policía y el fiscal acusaron y que gracias al gran pero desafortunado trabajo de su abogado, consiguió librarse. Sobre el diván ha dejado la máscara que él utilizaba durante los asaltos, la de Ken, su acompañante usaba la de Barbie. Es solo una prueba de que le está diciendo la verdad, de que no es ningún farsante.

—Lo siento, Berta, pero necesitaba contárselo. En realidad, todo lo que le he contado aquí es la pura verdad, todos mis sentimientos, desde los más profundos hasta los más insignificantes, han sido ciertos. ¿Y sabe qué? Hablar con usted me ha sentado muy bien. Hay quien dice que la confesión es en sí mismo un ejercicio de redención, aunque yo más bien diría que, al menos en mi caso, ha sido una liberación. Porque algunos secretos, sobre todo los grandes secretos, pueden llegar a quemarte por dentro. ¿No cree?

Berta, que todavía no ha sido capaz de decir ni media palabra, se acaba de mear encima. Está como en uno de esos sueños en los que quieres gritar, quieres correr, quieres despertar, pero no puedes hacer nada de eso, porque aunque sean tuyos, tú no mandas en esos sueños, son los sueños los que mandan y decidan cuándo se acaban.

—Joder, doctora, se ha meado… no fastidie, tampoco es para tanto, ¿no? Ya han pasado muchos años, y por lo que he podido saber, usted ha rehecho su vida, igual que yo, igual que todos, yo solo quería… bueno, quería confesarme y…, bueno, saber otra cosa más. Siempre me quedé con una duda. Porque, aunque no lo sepa, y tal vez incluso ni lo imagina, yo siempre le he seguido la pista. Todos estos años, desde las sombras, he estado tras de usted para qué tal le iba, para ver si rehacía su vida, si conseguía superar lo que le hice.

Rodrigo se levanta del diván desde el que le ha confesado que él fue quien la violó y quien, con ayuda de otra mujer, asesinó a su hija y a su marido. Se dirige hacia la silla en la que está sentada la doctora Pascua con paso firme. Bajo ella se ha formado un pequeño charco de orina que ya está empezando a oler mal. Rodrigo se fija en sus zapatos, sus medias

empapadas, su falda de paño. Cuando la mira a los ojos ve que toda ella está temblando.

—¿Pero qué le pasa, doctora? Creía que usted había visto y oído de todo, ¿no? Al menos eso es lo que me dijo en más de una ocasión.

Berta reúne fuerzas de algún lugar de su interior, y levanta la vista lo suficiente para mirar a Rodrigo a los ojos.

—¿A qué has venido? ¿Qué quieres? ¿Qué vas a hacerme? —Berta Pascual está completamente aterrorizada. Pensaba que lo tenía superado, pero estar cara a cara con el monstruo que le partió la vida es algo insuperable.

—No le voy a hacer nada, doctora. Ya le he dicho que todo lo que le he estado contando desde que vengo a su consulta es absolutamente cierto. Usted dijo que para curar las heridas del alma, había que llegar al origen del problema, al núcleo. Bien, pues yo creo que ya hemos llegado. Necesitaba contarle lo que hice, saber por qué lo hice, por qué soy como soy, algo que, como usted ha dicho y repetido muchas veces, proviene de heridas que se producen durante la infancia, ¿verdad? Así que, en cierta manera, ¿qué culpa tengo yo de ser como soy? —Rodrigo, que está a solo cincuenta centímetros de Berta y casi puede respirar su aliento, empieza a percibir algo que hacía mucho tiempo que no sentía, algo que por alguna razón, le excita y le nubla mente. Ese el algo es el miedo. Y la doctora tiene muchísimo miedo—. Le aconsejo, doctora, que se tranquilice. Ya le hice todo el daño que podía hacerle, solo quería confesarme, que usted también pudiese descansar sabiendo quién le hizo lo que le hizo y por qué, algo que, paradojas de la vida, ha sido usted misma quien me lo ha explicado a mí. Solo quería pedirle perdón, porque ni lo de su marido ni lo de su hija fue algo intencionado, eso lo sabe, ¿no? Fue un accidente, nada más. Y sobre los accidentes, ¿tenemos realmente responsabilidad?

Berta, que está temblando de arriba abajo y que no es ni siquiera capaz de romper a llorar ni gritar, consigue reunir la fuerza suficiente para decir algo.

—Ya has dicho lo que tenías que decirme, ahora márchate de aquí, por favor, y no vuelvas más.

Rodrigo suelta una sonrisa de suficiencia. Frente a él, la doctora parece un indefenso pajarillo recién nacido. Incapaz de hacer otra cosa que mover un poco el pico para emitir un sonido apagado.

—Solo una cosa más, doctora, buenos, dos cosas. Las primera, ni se le ocurra hablarle de mí a nadie, usted dijo que tiene el deber de guardar el secreto profesional, y oficialmente estamos en consulta, además, que tampoco se lo recomiendo, por aquello de abrir viejas heridas y esas cosas. No olvide que estoy aquí por voluntad propia, he venido en un acto de buena fe, y espero no tener que cambiar mis intenciones para con usted. Y la segunda, la duda que le he dicho que siempre tuve. ¿Es mío?

La doctora Berta Pascual, completamente aterrorizada, y

psicológicamente deshecha, responde con sinceridad a la pregunta que le acaban de hacer. Después Rodrigo Soler le dice algo más, le dice quién hacía de Barbie, quién era la chica, luego se marcha.

Y lo que ninguno de los dos sabe, es que esa larga y tormentosa sesión que acaban de tener, ha estado siendo escuchada por alguien más.

CAPÍTULO 63

Último día

Ni Nuria ni Javier han podido pegar ojo en toda noche. Javier sigue dándole vueltas al lugar donde podría estar su hija, a si debería compartir esa información con la policía para que iniciaran una búsqueda a gran escala, pero tiene miedo a que las personas que la tienen cautiva hagan algo malo antes de que consigan rescatarla. Se siente como en medio de una partida de póker, donde no sabe qué cartas guardan los demás y una apuesta demasiado arriesgada podría hacer que lo perdiese todo. Y todo es todo.

Nuria, en cambio, siente que se le está yendo todo de las manos. El monstruo que hay en ella ha vuelto, y lo que le hizo a Alfredo la noche anterior… Apenas puede recordarlo bien, qué ha hecho con él y dónde lo ha dejado, como cuando hacía lo que hacía con la persona que lo hacía. Creía que había dejado atrás todo eso, pero nada más lejos de la realidad, todo ese horror seguía ahí, en alguna parte de ella, y lo peor de todo es que la hace sentir bien. Es como alimentar a un animal con el que convives, que estaba malherido y sin fuerzas y que ya empieza a recobrar otra vez el buen color de piel. Si sigue dándole de comer, pronto empezará a morder.

Ha maldecido una y mil veces el día que conoció a Rodrigo Soler. El día que todo empezó y cambió para ella. Si él no le hubiese pegado, si ella no se hubiese excitado con toda esa sangre, con los golpes, con la violencia… A veces piensa que si ese malnacido no hubiese apretado el detonante, ella podría haber sido una persona normal, y no esa mujer que se ha pasado media vida luchando contra un extraño, siniestro y peligroso instinto. El instinto del depredador más temible de la naturaleza, el del ser humano que mata e inflige dolor por puro placer.

El teléfono móvil de Nuria emite el sonido de una nueva notificación y con él, su corazón empieza a latir con mucha fuerza otra vez. Son ellos, los que tienen a Lidia. Antes de leer el mensaje se dice que cuando los coja, van a sufrir la peor de las muertes.

Te dijimos que en tres días terminaría todo, y hoy se cumplen esos tres días. Así, que, hoy es el día. De ti depende que recuperes a tu hija con vida o no. De momento has cumplido con lo pactado, así que, como muestra de buena voluntad, en breve recibirás una nueva foto de tu hija para que veas que sigue bien, bueno, que sigue con vida.

Solo tienes que hacer dos cosas más, y todo habrá terminado. La primera cosa que queremos es la cinta. Y ya sabes a qué cinta nos

referimos. Envuélvela en una bolsa y a las doce en punto del mediodía métela en la papelera que hay justo al lado de la estatua de la diosa Flora que hay en los Jardines de Monforte. Y ni se te ocurra ir acompañada o esperar a que la recojamos porque puedes estar bien segura de que estarás vigilada en todo momento.

La segunda de las cosas que tienes que hacer la sabrás cuando hayas cumplido con la primera.

Nuria siente cómo algo se rompe en su interior. Ese algo son las cadenas que impedían que saliera el monstruo de la caverna que vive en ella. Si les da a los secuestradores la cinta, está perdida, ¿pero qué otra cosa puede hacer?

Antes de que siga pensando, recibe un nuevo mensaje. Es la prueba de la que le habían hablado. Una foto donde se ve a su hija. Atada a una cama mientras parece dormir. Su estado es lamentable. Tiene sangre seca por todas partes. El pelo sucio. La ropa de un color amarillento. La piel tan pálida que da miedo.

Esa prueba, en realidad, no es más que una forma de decirle que tiene que obedecer, que no le queda otra opción. Así que, muy a su pesar, y tras soltar un grito descomunal, se dice que irá hasta los Jardines de Monforte en ese mismo momento para montar guardia por los alrededores. Les llevará la cinta, pero de ese modo cree que podrá saber quiénes son, o al menos eso es lo que va a intentar. Se dice que cuando sepa quiénes son les va a hacer tanto daño que le suplicarán que los mate cuanto antes.

Antes de salir de casa, su marido, cuyo aspecto dista mucho del que solía ser apenas cuatro días antes, se interpone en su camino.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—Apártate, eso a ti no te importa.

—Yo creo que sí. ¿Qué está pasando aquí, Nuria?

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Yo?

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde? Creo que había quedado bien claro que no te podías mover de aquí. Y sin embargo me ha dicho Silvia que estuviste fuera toda la tarde, que de hecho llegaste solo un poco antes de que lo hiciese yo.

Javier va a replicar, pero en última instancia se retiente. Cierra los ojos y suelta el aire despacio. Su mujer se le ha ido completamente de las manos. Ya no sabe quién es, ni cómo dirigirse a ella. Siempre supo que tenía un carácter complicado, que era impulsiva, que había en ella cierta tendencia a la agresividad y a las explosiones de ira, pero en cierta manera siempre pensó que de algún modo podía controlar todo eso, que la cosa no iría a más. Ahora ya no le cabe ninguna duda de que esa parte de ella, ese fuerte carácter que a veces emerge, ha pasado a gobernarla por completo. Y lo que es peor, esa parte menos

amable, es mucho más horripilante de lo que había imaginado.

—¿Y tú precisamente te atreves a preguntarme eso a mí cuando no tienes problemas en afirmar que llegaste más tarde que yo? ¿Se puede saber de dónde venías a esas horas de la noche?

Nuria hincha el pecho y va a decir algo, pero finalmente no lo dice. Las manos le tiemblan, aprieta los dientes. A ella también se le ha ido todo de las manos.

—Voy a intentar recuperar a nuestra hija, es lo único que debes saber, volveré más tarde, tú no te muevas de aquí, tal y como te dijeron, y ni una palabra de esto a nadie —Nuria apunta a su marido con un dedo y, tanto ella como él, observan que tiene la uña del dedo índice partida.

—¿Cómo que vas a intentar recuperar a Lidia? ¿Es que sabes quién la tiene?

—Es mejor que no sepas nada más, y ya está. Tú solo espera aquí, y ni se te ocurra hablar con la policía ni con nadie, volveré más tarde.

En cuanto Nuria sale por la puerta, Javier se pregunta horrorizado en qué lío está metida su mujer. Ya no tiene ninguna duda de que las personas que tienen a su hija y que se lo llevaron a él, conocen a su mujer, y están amenazándola o coaccionándola de algún modo, la pregunta es, ¿por qué? ¿Qué ha hecho su mujer para que alguien le haya querido hacer algo así?

A continuación se vuelve a preguntar seriamente si no debería hablar con la policía. Si debe fiarse de su mujer, alguien a quien ya no tiene la menor duda de que no solo no conoce, tampoco sabe de lo que es capaz. Antes de decidir si da ese paso, vuelve a repasar las discotecas de Valencia abandonadas que estaban cerca de la playa, todavía guarda la esperanza de poder recuperarla por él mismo.

CAPÍTULO 64

Ken

La inspectora Silva y el inspector Burbano son conscientes de que, si su teoría acerca de quién y por qué está haciendo lo que está haciendo, es cierta, Lidia y su padre podrían haber muerto ya, porque si se trata de una reproducción de lo que le hicieron a esa mujer, su marido tardó horas en morir tras el asalto, pero su hija tardó alrededor de tres días, los mismos que han pasado ya. De todos modos, quieren pensar que eso aun no ha pasado, que todavía hay tiempo, que todavía están a tiempo de salvarla.

Lo primero que hacen es ir directos al domicilio de esa mujer, de Berta Pascual, en la calle Centelles. En el portal, junto a los timbres del edificio, ven que hay una pequeña placa dorada de unos quince centímetros de ancho por unos cinco de alto donde pone con claridad que dicha persona en concreto, Berta Pascual, es psicóloga especialista en trastornos de la conducta y que, obviamente, pasa consulta en ese mismo edificio. Las nueve de la mañana no es la mejor hora del día para hacer una visita, pero aun así insisten, aunque nadie contesta.

Tanto la inspectora Silva como el inspector Burbano tratan de pensar en el siguiente paso que han de dar, porque, así como la visita al domicilio de la persona que podría estar detrás de todo eso ha sido infructuosa, no pueden errar sus siguientes pasos. En esta fase de la investigación, cada decisión es absolutamente crucial, así que no pueden fallar. Aunque también es cierto que hay cosas que no se pueden postergar, como es la visita a Rodrigo Soler, la persona que fue acusada de ser el autor de más de cuarenta violaciones y al menos cuatro asesinatos, la persona que quedó libre gracias a Matías Roca.

De camino a Alcira, que es la población donde vive Rodrigo, Raquel aprovecha para llamar a Eduardo y preguntarle por su hija. El miedo a que pueda pasarle algo vuelve a ella muy rápido. El miedo a que alguien pueda tomar represalias contra ella y contra su hija se vuelve real, más cuando después de cinco tonos, la llamada se corta sin obtener respuesta.

—Mierda —dice Raquel verbalizando en voz alta un pensamiento interno.

Héctor, que es quien conduce, la mira y le basta con ver su expresión para saber qué ocurre. El sentido de su percepción vuelve a estar afinado, como el órgano de una filarmónica.

—Inténtalo de nuevo, tal vez tenga el móvil en otra estancia.

Raquel asiente pero el resultado vuelve a ser el mismo. Se

desespera.

—¿Quieres que vayamos hasta tu casa? —pregunta Héctor.

Y Raquel, que sabe que no disponen de mucho tiempo, se lo piensa.

—De momento no, me fío de Eduardo, no dejaría que le pasase nada a mi hija, seguramente tendrá el móvil en otra estancia, tal y como dices.

Héctor asiente y en ese momento experimenta una sensación que es nueva para él, siente algo parecido a los celos. Siente envidia hacia ese hombre a quien la inspectora de la que, ya no tiene ninguna duda, se está enamorando, le ha confiado su propia hija. Siente cierta envidia hacia ese hombre en quien ella tanto confía. Y se pregunta si entre ellos todavía habrá algo. Esos pensamientos hacen que, al mismo tiempo, se sienta desdichado y tremendamente ilusionado.

Antes de llegar al domicilio de Rodrigo Soler, el inspector Burbano recibe una llamada del comisario Julio Zanón, y lo que le dice los deja completamente descolocados. La noche anterior, dos guardia civiles le dieron el alto a un hombre en una discoteca abandonada, ese hombre era Javier Enguídanos, el padre de Lidia, que oficialmente desaparecido igual que ella.

—¿Qué significa esto, Julio? —pregunta Héctor con cierta incomprensión.

Raquel, que está escuchándolo todo a través del manos libres, tampoco entiende nada.

—Todavía es pronto para saberlo, inspector, lo único que sabemos es que anoche dos guardia civiles le dieron el alto a un hombre en la antigua discoteca de Bananas, en el Romaní. No ha sido hasta esta mañana cuando, después de introducir su nombre en la base de datos, han visto que ese hombre estaba oficialmente en paradero desconocido, igual que su hija.

—¿Y dónde está ahora?

—Ni idea, pero ya he mandado a dos patrullas a buscarlo. El problema es que su casa sigue precintada debido a los sucesos de hace unos días, así que dudo mucho que esté allí. Además, no podemos descartar que él haya tenido algo que ver con la desaparición de su hija, de lo contrario, ¿por qué no ha dicho nada hasta ahora?

—¿Y de su hija, se sabe algo?

—Por supuesto que no, lo único que han contado los dos guardia civiles es que estaba solo, nada más.

—De acuerdo, Julio, avísenos cuando hayan dado con él, nosotros estamos a punto de hablar con alguien que podría estar relacionado con el caso.

—Otra cosa —dice Julio antes de que Héctor cuelgue la llamada.

—¿Qué?

—El pájaro que me trajisteis ayer ha abierto un poco la boca. Está

hecho un lío; ahora sí, ahora no, en fin, creo que su abogado le ha dicho que es mejor que colabore, que podrían presentar cargos contra él por encubrimiento.

—¿A qué pájaro?

—Al conductor de la ambulancia que se llevó la cinta de vídeo del coche de Nuria Folgado.

—¿Y qué es lo que ha dicho exactamente?

—Uf. Es duro de cojones. Dice que en el vídeo puede verse cómo una pareja de sádicos violan y torturan a una mujer durante varios días. Es un auténtico baño de sangre. Por lo visto esa cinta pertenecía a la pareja de asesinos que en los noventa sembró el terror por esta y por otras ciudades del litoral mediterráneo, los llamados Barbie y Ken españoles, los imitadores de sus homólogos americanos. Ah, y por cierto, mucho ojo, en la cinta también muere un hombre y una niña.

—Joder, precisamente la persona con la que estamos a punto de hablar es el que fue el máximo sospechoso del caso del que nos estás hablando.

—Pues mucho cuidado, porque si es él, es alguien extremadamente peligroso.

—Gracias, comisario, le mantendremos informado.

—Os digo algo si hay novedades del padre de la chica.

—De acuerdo, hasta luego.

Tanto la inspectora Silva como el inspector Burbano se quedan sin palabras al escuchar lo que les acaba de contar el comisario, no solo concuerda a la perfección con sus propias deducciones, sino que es mucho más duro de lo que pensaban. Tampoco alcanzan a comprender qué puede significar que el padre de la niña esté en libertad, pero intuyen que nada bueno. De todos modos, en esos momentos no pueden obviar que la persona que están a punto de ver, no solo podría ser un peligroso violador y asesino que se libró de la cárcel hace más de veinte años, es decir, el que hacía de Ken en el vídeo del que ha hablado Jorge Celanova, sino que en esos momentos podría estar siendo coaccionado o amenazado de algún modo por las mismas personas que están detrás de lo que le han hecho a Nuria. De todos modos, no les queda más remedio que pulsar el timbre y esperar a ver qué ocurre, en eso consiste su trabajo, en asumir riesgos.

La puerta de la casa de pueblo se abre casi de inmediato, al parecer, la persona que acaba de abrir estaba a punto de salir. Esa persona es un hombre de unos cuarenta y largos, y se queda medio paralizado al ver a la pareja de policías frente a su puerta.

—Buenos días, ¿es usted Rodrigo Soler? —dice la inspectora Silva adelantándose a Héctor.

El hombre tarda un par de segundos en responder. Primero mira a la inspectora, después al inspector. No hay duda de que los está

evaluando, intentando hacerse una idea de quiénes son.

—Sí, soy yo, pero justo ahora me tengo que marchar, ¿qué quieren?

—Somos inspectores de policía, y queríamos hablar un momento con usted sobre un caso que pasó hace ya unos cuantos años.

La altura de Rodrigo debe rondar los ciento noventa centímetros. Es moreno de piel y no tiene ni una cana. Sus manos están cuidadas, y su mirada es oscura y penetrante. No solo está bien conservado, sino que, de ser él realmente ese que usaba una máscara de Ken para cometer sus crímenes, el apodo le viene que ni pintado.

—¿De qué caso me están hablando? —La mirada de Rodrigo se oscurece todavía más.

—De uno en el cual usted fue acusado hace más de veinte años —dice Raquel sin vacilar.

—Fui declarado inocente, precisamente porque era inocente, ¿qué quieren ahora?

—¿Le importa si lo hablamos dentro? —pregunta Héctor con severidad.

—Pues la verdad es que sí, me importa, ya les he dicho que tengo bastante prisa, mi mujer y mis dos hijas me esperan.

—¿Dónde están ahora su mujer y sus dos hijas, Rodrigo? —pregunta Raquel con toda la intención del mundo, y la pregunta hace que la expresión de Rodrigo se torne más tenebrosa por momentos.

—Están en casa de mis padres, que viven en Alcudia.

—¿Y qué hacen allí, si se puede saber? —pregunta de nuevo Raquel.

—Están de visita, pero me parece que eso a usted no le importa.

—Mire, Rodrigo, no me andaré con rodeos, esta situación nos incomoda a mi compañero y a mí tanto o más que a usted. Hace algo más de veinte años usted fue acusado de haber violado a más de cuarenta personas y de haber asesinado a cuatro. Se libró por muy poco, bueno, mejor dicho, se libró gracias a su abogado, que ahora está muerto porque hay alguien por ahí que está buscando su propia justicia, por cierto, ¿le suena de algo el nombre de Nuria Folgado?

Tanto el inspector Burbano como la inspectora Silva pueden apreciar el rictus que se ha dibujado en el rostro de Rodrigo. El moreno de su piel parece que está perdiendo intensidad.

—No, no sé quién es esa mujer de la que me hablan, ni tampoco sabía nada de lo ocurrido con el abogado.

—¿Y entonces tampoco hay nadie que se haya puesto en contacto con usted durante los últimos días para coaccionarlo de algún modo? ¿Para amenazarlo tal vez?

—No. ¿Por qué iba alguien a querer hacer algo así? Ya les he dicho que me declararon inocente, precisamente porque era inocente.

—Bueno, hay que tener en cuenta que a veces la justicia comete

errores.

Las últimas palabras de Raquel ofenden profundamente a Rodrigo, que siente cómo se enciende por dentro.

—Me parece que eso ha sido del todo inapropiado, inspectora. Hace más de veinte años de aquello, un juez me declaró inocente, soy un hombre respetable, tengo dos hijas, tengo una empresa de construcción, y más de treinta personas trabajando para mí. Creo que me he ganado el derecho a que me traten con dignidad y respeto. No pido más. ¿Tiene alguna otra pregunta o me puedo marchar ya? Porque le recuerdo que ya le he dicho que mi familia ya hace rato que me está esperando.

Raquel mira a Héctor a la desesperada. Rodrigo se les va a escapar justo delante de sus narices, ¿pero, y qué otra cosa pueden hacer? No lo pueden detener, ni tampoco tienen nada contra él, solo la sospecha de que las mismas personas que han secuestrado a la pequeña Lidia también podrían estar haciéndole lo mismo o algo parecido a él. Pero si no quiere decir nada, tampoco lo pueden obligar.

Y Héctor, que capta perfectamente lo que Raquel está queriéndole decir, responde.

—De momento no tenemos más preguntas, que tenga usted un buen día, señor Soler, recuerde avisarnos si alguien que no conoce se pone en contacto con usted o lo intenta amenazar de algún modo —dice Héctor con sobriedad.

Rodrigo asiente y, tras cerrar la puerta de su casa, se dirige hacia su coche, aparcado a tan solo unos cuantos metros de allí. No tarda ni diez segundos en arrancar y abandonar la calle donde vive, momento en el que suelta un descomunal grito de pura rabia. Jamás debió hablar con esa doctora, ¿en qué estaría pensando? Debió acabar con ella en el mismo momento en el que le confesó quién era él, y ahora no estaría en la situación en la que está. La noche de antes su mujer y sus dos hijas no fueron a dormir a casa, y esa misma mañana, apenas un rato antes de la llegada de los dos inspectores de policía, ha recibido un mensaje de alguien que dice tener a sus dos hijas y a su mujer, a continuación ha recibido una foto en la que podía verse a sus dos pequeñas en la parte de atrás de un coche. Luego ha recibido dos instrucciones claras: no debe hablar con la policía y debe esperar a recibir órdenes de lo que debe hacer si quiere recuperar a su familia. La primera de las instrucciones ya la ha cumplido, aunque no hacía falta que nadie le advirtiese sobre eso, la segunda no lo cogerá esperando en casa, porque lo que se dispone a hacer en ese momento es ir en busca de la única persona que puede estar detrás de esa desaparición: la doctora Berta Pascual.

CAPÍTULO 65

Neus Villarroya

Antes de que Raquel y Héctor decidan qué hacer tras no haber obtenido nada de Rodrigo Soler, reciben una llamada del policía que se quedó haciendo guardia junto a la puerta del edificio donde vive Neus Villarroya, la joven alumna de Criminología de la inspectora Silva.

—Acaba de salir de casa —dice el policía que lleva toda la noche bebiendo café para no dormirse.

—¿Está sola? —pregunta Héctor.

—Sí.

—¿Y el padre? ¿Pudiste ver cuándo regresó?

—No, que yo sepa el padre no ha regresado todavía. No sé si es que tiene una amante y se ha quedado en su casa o es que la noche se alargó tanto que todavía está de juerga, cosa que dudo mucho.

Héctor se queda un segundo pensando.

—Síguela.

—¿A la chica?

—Sí.

El policía que ha hecho la guardia resopla al otro lado de la línea. Odia a los inspectores, odia a los policías que abandonan su vida por el trabajo y que se creen que todo el mundo es como ellos. Aunque lo que más odia con diferencia es tener que acatar ese tipo de órdenes, pero no le queda más remedio si quiere conservar el trabajo que le da de comer y que le permite dedicar su tiempo libre a su verdadera pasión; tocar la guitarra.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo le diga, agente. Si tiene algún problema pida usted a su superior que le releven. Llámeme inmediatamente con cualquier novedad. Adiós.

—De acuerdo. Adiós.

El policía cuelga el teléfono de mala gana y Raquel se siente tremendamente satisfecha con el modo que Héctor tiene de conducir el caso y las personas con las que colabora. El volcán de su interior, lejos de estar apagado tras la sesión de sexo de tan solo unas horas antes, está más encendido que nunca.

Tanto el uno como el otro se permiten unos segundos de pausa para reorganizar las diferentes piezas del puzle que, si no se equivocan, está a punto de culminar en algo horrible si ellos no lo impiden. Pero para eso hace falta que sepan cómo encaja todo. Están Rodrigo Soler y

Nuria Folgado, quienes casi con toda probabilidad, y más tras la confesión del ambulanciero acerca de lo que había en esa cinta de video, son la pareja de criminales que usaban las máscaras de Barbie y Ken para someter a sus víctimas a los múltiples abusos y golpes con los que las torturaban. Normalmente golpeaban a la chica en el rostro hasta hacerla sangrar por diferentes puntos, después era él quien la violaba y ella la que la sujetaba. Ese era el modus operandi habitual, aunque a veces hacían variaciones. Por otra parte está la doctora Berta Pascual, de quien sospechan que tal vez podría ser ella la que está detrás del asesinato del abogado Matías Roca y, presumiblemente, de la desaparición de Lidia, porque su padre ya no está desaparecido, sino que está en libertad, aunque no tienen ni idea ni desde cuándo ni por qué no se ha puesto en contacto con la policía. Por último está Neus Villarroya, quien podría haber sido la persona que ha estado indagando acerca del pasado de Matías Roca y de los casos que defendió como abogado gracias a que mantenía una relación con su hijo.

Todo demasiado revuelto como para hacerse una idea clara del nexo de unión. Pero eso es precisamente lo que mejor se le da a la inspectora Silva, reconstruir secuencias de hechos. En ese momento se pregunta qué podría unir a Neus Villarroya y a la doctora Berta Pascual, porque si la doctora es realmente quien está detrás y la joven es quien extrajo la información de los expedientes de Matías, ¿por qué iba a hacer eso por ella? Desde luego que, de ser así, debe de haber una muy buena razón que de momento no conoce. Y el otro punto que considera clave averiguar es por qué precisamente en este momento la doctora Berta Pascual habría decidido vengarse de las personas que tanto le quitaron, y lo primero en lo que piensa es lo más sencillo de todo, Berta Pascual ha decidido vengarse justo ahora porque es ahora cuando ha sabido que Rodrigo Pascual y Nuria Fogado fueron quienes le hicieron lo que le hicieron. La cuestión es, ¿cómo se ha enterado? Y justo en ese momento, su cerebro, al que tan bien se le da hacer las preguntas adecuadas, le arroja una respuesta muy plausible: la doctora en psicología Berta Pascual, se ha enterado de quiénes fueron las personas que le arrebataron a su hija y a su marido porque uno o una de sus pacientes, ha acudido a su consulta y se lo ha dicho, si no directamente, sí de un modo lo suficientemente explícito como para que ella supiese quiénes son. Una mente torturada es capaz de cualquier cosa, como por ejemplo confesar lo que ha hecho o, quién sabe, confesar lo que otro ha hecho. Habría que revisar la agenda de la doctora para cerciorarse de que ese vínculo ha existido, pero en ese momento se le antoja algo muy posible y muy real.

Héctor, que intuye la tormenta de ideas que está teniendo lugar en el interior del asombroso cerebro de la inspectora Silva, no hace ni

dice nada que la pueda desconcentrar, solo la observa a la espera de que ella decida dar por terminado el análisis que está realizando. El problema es que es nuevamente su teléfono quien los interrumpe. Es otra vez el comisario Julio Zanón.

—Sí, comisario, ¿qué ocurre?

—Lo tenemos.

—¿A quién?

—Javier Enguídanos, el padre de la chica desaparecida. En estos momentos una patrulla lo lleva de camino a Zapadores, ¿os espero o empiezo yo con él? ¿Alguna novedad de Rodrigo Soler?

—De Rodrigo Soler poco. Hemos hablado con él, pero niega que alguien se haya puesto en contacto con él para amenazarlo o coaccionarlo, y por supuesto niega que él sea el responsable de los crímenes de los que se le acusó. Y en cuanto a Javier Enguídanos… —Héctor hace pausa para consultar a Raquel con la mirada, quiere saber qué opina ella, si cree que hay que ir a hablar con él en ese preciso momento o no. Y Raquel, que ve la intención de su compañero, asiente en señal de conformidad—. Espera a que lleguemos nosotros, vamos hacia allí ahora.

—Estupendo, ahora nos vemos.

Cuando Héctor arranca el coche para poner rumbo a la comisaría más grande de la ciudad, ve cómo Raquel vuelve a coger su teléfono móvil y se lo pone en la oreja. Debe de estar llamando de nuevo a Eduardo Cámara para preguntar por su hija. La expresión de su cara habla por sí sola. Su preocupación es máxima. Aunque en esta ocasión tiene más suerte que en la vez anterior. Eduardo descuelga el teléfono.

—¿Eduardo?

—Benditos los oídos, dime.

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

—¿Cómo dices?

—Te he llamado hace un rato, podrías devolver las llamadas o directamente estar más atento al teléfono, ¿no crees?

El tono y la forma con la que Raquel se está dirigiendo a su ex sorprenden a Héctor, que por lo poco que conoce a la inspectora le extraña tanta hostilidad hacia alguien que está cuidando de su hija de forma totalmente altruista.

—Lo siento, pero estaba ocupado duchando a tu hija, ayudándola con los deberes y preparándole su desayuno preferido, pero ya veo que estar pegado al teléfono o cogerlo al primer tono es mucho más importante que todo eso. Pero tranquila, que no volverá a ocurrir. De todos modos, después de toda la noche fuera no creo que tardes mucho en venir, ¿me equivoco?

Raquel percibe al instante que su tono no ha sido el más adecuado, pero como siempre que está cerca de Eduardo, hay algo en ella que la

empuja a ser arisca con él. Es como una especie de animadversión que arrastra desde que eran pareja. Tal vez todavía está enfadada con él porque lo suyo no funcionó. A lo mejor hay una parte de ella que lo culpa por no haber luchado más, por no haber sido el hombre que debía ser, por haber permitido que lo suyo terminara. De nuevo la embarga esa extraña sensación de no saber ni hacia dónde se dirige, ni por qué hace las cosas que hace. Esa sensación de no ser más que un ser impulsivo a quien ni siquiera conoce bien.

—Perdona, Eduardo, no he debido hablarte así. Llevo toda la noche trabajando y al no cogerme el teléfono me he preocupado un poco. Verás, creo que hoy va a pasar algo, y que las personas que están detrás de todo esto podrían hacerle algo muy malo a la niña desaparecida si no lo impedimos. ¿Es mucho pedir que cuides de Carlota un día más? —Raquel entrecierra los ojos a la espera de la respuesta. Al otro lado de la línea escucha cómo Eduardo impide con su respiración que el silencio sea total.

—Claro, tranquila, yo me quedo con ella. Pero espera a que al menos avise al inspector Burbano, oficialmente él es mi superior.

—No te preocupes por eso, ya se lo digo yo, está aquí conmigo.

—Ah, de acuerdo, en ese caso, hasta luego, bueno, hasta cuando vuelvas, mejor dicho.

—Eduardo.

—¿Qué?

—Te compensaré por todo esto, ¿vale?

—No hace falta que me compenses con nada, te dejo, Carlota me espera.

—Cuida de ella, por favor, y un millón de gracias otra vez, dale un beso muy fuerte de mi parte.

—Lo haré, hasta luego.

Cuando Raquel cuelga el teléfono se toma un par de segundos para sacarse de la cabeza el sentimiento de culpa por toda la historia con Eduardo, por no estar con su hija. Necesita estar al cien por cien para resolver ese caso cuanto antes y evitar que una niña sufra una muerte horrible.

En menos de diez minutos, llegan a la comisaría. Aunque antes de entrar, una nueva llamada los interrumpe. Es el policía que estaba siguiendo a Neus Villarroya. Dice que la ha perdido de vista en las galerías subterráneas del Metro. Y añade algo más. Le acaban de decir que ha aparecido muerto el padre de la chica, el mismo que según la propia Neus se fue a cenar la noche de antes con unos amigos y que todavía no ha vuelto a casa. Lo han encontrado en el mismo banco en el que encontraron a Matías Roca, sentado en la misma posición y mirando hacia los antiguos juzgados.

CAPÍTULO 66

Los Jardines de Monforte

A pesar de que Nuria ha acudido a la cita con los secuestradores de su hija con mucha antelación para ver si podía descubrir quiénes eran o, al menos, si se quedaba alguien haciendo guardia en la puerta de los jardines de Monforte, no ha conseguido ver nada. Así que no tiene más remedio que entrar y dejar la cinta donde le dijeron a la hora que le dijeron, a las doce del mediodía.

Cuando deposita la cinta en la papelera siente como si le estuviesen arrancando un parte de ella, un brazo, o una pierna. Desprenderse de esa cinta no es bueno. Es condenarse, quedar completamente en manos de las personas que tienen a su hija, pero muy a su pesar, no le queda otro remedio que ceder. Tampoco se ha planteado darles una cinta que no fuese la que están buscando, básicamente porque podrían darse cuenta del engaño rápidamente y que fuese Lidia la que pagase su órdago.

No ha dado ni veinte pasos desde que ha dejado la cinta en la papelera que hay junto a la estatua de la diosa Flora cuando siente el fuerte impulso de dar marcha atrás para ver si puede ver a la persona que la está coaccionado, y casi sin pensar, dominada por ese irracional impulso que a veces la posee, vuelve tras sus pasos y regresa a la estatua Flora, se asoma a la papelera con premura, pero la cinta ya no está. Tampoco hay nadie a su alrededor. Así que ya no hay nada más que pueda hacer, solo esperar a que esos indeseables vuelvan a ponerse en contacto con ella y le digan qué es lo último que quieren que haga para que le devuelvan con vida a su hija, a su pequeña.

En cuanto sale de los Jardines de Monforte, recibe otro mensaje:

Bien hecho. Ahora solo espere a que llegue el momento de la verdad, debe saber que hoy termina todo y que la necesitamos en plena forma. Así que esté preparada, Barbie. Adiós.

El mensaje deja a Nuria Folgado al borde de un ataque de nervios. No sabe a qué se refieren con lo de estar en plena forma, aunque intuye que nada bueno. Lo siguiente que hace es poner rumbo a la casa de campo de Alcira para ver cómo están las hijas de su antiguo novio, de Rodrigo Soler, y de paso ver cómo se deshace de los cuerpos de la madre de las niñas y de Alfredo Monteagudo, su joven amante que no pudo superar el último castigo al que lo sometió.

CAPÍTULO 67

Ángel Villarroya

Misma postura, pero no mismo modus operandi.

A Ángel Villarroya, el padre de Neus Villarroya, también lo han puesto mirando a los antiguos juzgados, aunque en esta ocasión no le han sacado la sangre, como a Matías Roca. En esta ocasión solo le han cortado el pene y los testículos, después lo han estrangulado aparentemente con una bolsa de plástico, como a Matías, lo que no está claro es si le cortaron los genitales estando vivo o muerto, aunque todo parece indicar que estaba vivo. Al menos eso es lo que han dicho los de la policía científica en su análisis preliminar.

Tanto Héctor como Raquel, que se han desplazado hasta la escena del crimen antes de poder hablar con Javier Enguídanos, ven esa muerte como una complicación más. Lo primero en lo que piensan es que los responsables de la muerte de esa persona son los mismos que mataron a Matías, aunque también podría ser que fuese un imitador. No obstante, existiendo el débil nexo de unión entre Neus y el hijo de Matías, todo apunta a que no se trata de ningún imitador.

—Lo que falta por ver es la deuda que se supone que Ángel tiene con la justicia, pero intuyo que la mutilación en sus genitales habla por sí sola —dice Héctor tras observar detenidamente el cuerpo de Ángel Villarroya.

—¿A qué deuda te refieres? —pregunta Raquel con interés.

—A que imagino que igual que lo que sucedió con el juicio en el que Matías representó a Rodrigo Soler, la justicia debió fallar a favor de Ángel Villarroya, e intuyo que con relación a un delito de ámbito sexual.

Las palabras de Héctor activan el cerebro de Raquel, que rápidamente trata de buscar el modo en el que todo debe encajar.

—¿Sabemos a qué se dedicaba? —pregunta Raquel elevando el tono de voz para que el resto de policías que se encuentran en la escena la escuchen.

—Era economista, o contable, o algo de eso. El caso es que tenía una pequeña empresa de administración de fincas. Según he oído eran él y dos personas más —dice uno de los policías que primero han acudido a la escena.

—¿Y de su mujer? ¿Se sabe algo?

—En la base de datos consta que es viudo, así que… —responde de nuevo el mismo policía.

En esta ocasión es Raquel la que espera a que el *profiler* que tiene al

lado pueda decir algo más, y Héctor no tarda en pronunciarse.

—No sé si su ropa es acorde a su estilo, pero intuyo que no, como en el caso de Matías Roca, podría ser un elemento clave para señalar el crimen del cual se le hace responsable —Héctor levanta el cuello para ver la expresión de Raquel, y lo que ve es que su atención está completamente volcada hacia él, así que continúa su explicación—. A Matías lo vistieron con ropa de los años noventa, muy parecida a la que llevaba cuando representó a Rodrigo Soler, en cambio Ángel llevaba puesto un chándal, prenda que no se corresponde demasiado con un administrador de fincas que la última vez que fue visto se dirigía según su propia hija a cenar. Pero lo que más llama la atención, sin ninguna duda, es su camiseta.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Raquel con mucho interés, que no solo está volviendo a disfrutar de su profesión, sino que se está reconciliando con los llamados *profilers*, colectivo al que tenía atragantado.

—Lleva serigrafiado el póster original de la película de *El Resplandor*, de Stanley Kubrick. Como puedes ver, en la parte central aparece con un punteado un poco difuminado el rostro de un niño que simula ser un pequeño oso de peluche. Y los osos de peluche se han utilizado ocasionalmente para simbolizar los abusos sexuales a menores. En la película de *El Resplandor* en concreto, se cree que Kubrick no solo hizo que esa imagen apareciera en el póster original, sino que hay unas cuantas escenas más a lo largo de la película en las que pueden verse osos de peluche y cuyo significado sería precisamente ese, hablar de los abusos sexuales de Jack Torrance, el personaje interpretado por Jack Nicholson, hacia su hijo, Danny Torrance, algo de lo que no se habla en la película de forma explícita.

—¿Qué está queriendo decir exactamente, inspector Burbano?

—Que es posible que alguien le haya puesto esa camiseta a Ángel Villarroya a propósito para acusarlo de ser un pederasta, concretamente de haber estado abusando sexualmente de un descendiente suyo, en este caso, de su única hija, de Neus. Esta presunta acusación podría haber sido reforzada o completada con la mutilación de sus órganos sexuales.

La explicación que Héctor acaba de darle a la inspectora Silva no solo le ha parecido excelente y digna de un gran inspector, sino que tiene todo el sentido del mundo. Por otra parte, de ser todo eso cierto, significaría que Neus Villarroya podría haber estado sufriendo abusos por parte de su parte, eso podría explicar por qué justo la noche de antes cuando fueron hasta su casa vieron su rostro lleno de heridas, ¿tal vez una última pelea con su padre? Y eso, sumado a su implicación indirecta con la familia de Matías Roca, daría como resultado que la joven alumna de Criminología podría ser coautora

material de los hechos o, como mínimo, una cómplice directa de uno o de los dos asesinatos, pero por lo menos del de su propio padre. Faltaría por ver qué la une a la doctora Berta Pascual, aunque suponiendo que efectivamente haya estado sufriendo abusos por parte de su padre, ¿podría ser que hubiese acudido de *motu proprio* a la consulta de la doctora buscando auxilio y que allí hubiese empezado esa extraña relación de colaboración criminal? Desde luego que sí, al menos en la cabeza de la inspectora Silva las piezas ya empiezan a encajar.

—Excelente punto de vista, inspector, supongo que encontrar a Neus Villarroya es ahora todavía más prioritario de lo que ya lo era.

Héctor asiente y, antes de poner rumbo de nuevo a la comisaría de Zapadores para entrevistar a Javier Enguídanos, dan el aviso de rastrear la ciudad para encontrar como sea a Neus Villarroya, quien a partir de ese momento se ha convertido junto con la doctora Berta Pascual en máxima sospechosa.

CAPÍTULO 68

Perdida

En cuanto Neus vio a la policía junto a su puerta, supo que todo se había complicado de un modo que no preveían. Supo que a partir de ese momento, en lugar de ir a mejor, todo iba a ir a peor.

Perder de vista al policía que ha estado haciendo guardia junto al portal del edificio donde vive no ha sido demasiado difícil, lo difícil va a ser saber qué va a hacer a partir de ese momento. Nunca imaginó que las cosas se iban a complicar de esa manera, nunca imaginó que terminaría haciendo lo que ha hecho. Pero lo peor de todo, sin duda, es que las cosas todavía se pueden retorcer más.

La noticia del asesinato de su padre ya está en todos los medios de comunicación. Su teléfono no deja de recibir mensajes de sus compañeros y compañeras de clase y del resto de personas que la conocen. Quieren saber si está bien, si necesita algo, si pueden hacer algo por ella. Claro que todas esas personas desconocen por el momento que ella va a ser declarada en breve como la principal sospechosa de la muerte de su propio padre. Y pocas cosas hay peores que una parricida. De todos los mensajes que le llegan, solo se molesta en abrir uno:

¿Dónde estás ahora? Lo mejor en estos momentos es que no huyas ni te escondas. No tienen nada contra ti y escapar solo te hará parecer más culpable. Así que vuelve a casa y haz como si nada. Hablamos más tarde.

Pero Neus no tiene ninguna intención de responder ni a ese ni a ningún otro mensaje. Así que apaga el móvil y pone rumbo a ninguna parte. No sabe a dónde ir ni qué hacer, solo que está más perdida que nunca y que debe de tomar una decisión, de lo contrario va a pasar algo con lo que no podrá seguir viviendo, algo mucho peor que la muerte de su propio padre.

CAPÍTULO 69

Llegarán tarde

La primera impresión que tanto Héctor como Raquel tienen cuando se sientan frente a Javier Enguídanos, es que es un hombre que está muy asustado. Todo él tiembla, le cuesta fijar la mirada y da la impresión de estar a punto de romper a llorar.

El inspector Burbano no tarda en hacerse una idea de la persona que tiene delante, y podrá ser muchas cosas, pero duda mucho que sea alguien capaz de hacerle daño a su propia hija. Así que casi al instante descarta que sea él responsable de su desaparición, aun así, tiene muchas cosas que explicar.

—Lo que no entiendo es por qué no vino a la policía en cuanto lo dejaron en libertad —dice Raquel tras escuchar la primera declaración de Javier.

—Ya se lo he dicho, me amenazaron con hacerle daño a mi hija si lo hacía, ¿qué hubiese hecho usted? Desde el otro lado siempre parece más fácil, pero cuando te encuentras en esta situación las cosas se ven de un modo distinto. Cuando lo que está en juego es lo que más quieres, simplemente haces lo que te piden, sin preguntar. Toda tu voluntad, amor propio o lo que pienses o dejes de pensar, desaparece.

Raquel asiente y por un momento es capaz de sentir lo que el padre de Lidia le acaba de narrar, ¿de qué sería capaz ella con tal de recuperar a su hija?

—Tampoco entiendo por qué lo dejaron marchar, no tiene demasiado sentido.

—A mí no me lo pregunte, eso pregúnteselo a las personas que tienen a mi hija. Me estuvieron haciendo un montón de preguntas acerca de mi mujer, luego me dejaron en la casa de su amiga Silvia, donde ella se estaba quedando hasta poder volver a nuestra propia casa. Y acto seguido fue cuando mi mujer… me confesó que tenía un amante… No sé quiénes son esas personas, pero creo que su intención es la de hacer daño a mi mujer, la de destruir su matrimonio, nuestro matrimonio, toda su vida, por eso creo que me soltaron, para que ella me confesase quién era en realidad, quitarle la máscara frente a la persona con la que llevaba muchos años viviendo.

—¿Y quién es su mujer en realidad? —pregunta Raquel con interés.

—Todavía no sabría decir hasta qué punto exacto, pero de lo que ya no tengo duda es de que mi mujer es un auténtico monstruo.

Tanto Héctor como Raquel se miran de reojo al escuchar las

palabras del doctor en medicina, todo indica a que realmente no tenía ni idea de con quién estaba viviendo.

—¿Un monstruo de qué tipo?

—Del tipo que ha hecho algo tan sumamente horrible como para alguien sea capaz de vengarse de ella asesinando a una inocente niña, de ese tipo.

—¿Y durante los días que ha estado en casa de la amiga de su mujer, no ha tenido tiempo de preguntarle por qué y quién les está haciendo eso?

—Por supuesto que sí, pero mi mujer está completamente fuera de control. Se pasa todo el día fuera de casa y… ya no sé ni lo qué ha estado haciendo ni de lo que es capaz.

—¿A qué se refiere?

—A que ayer mismo vi cómo metía en la lavadora unas prendas de ropa manchadas de sangre.

—¿Y no le preguntó?

—Ya le he dicho que está fuera de control. Ella siempre ha tenido un carácter muy fuerte, un tanto explosivo a veces, podría decirse que es una de esas personas con las que es difícil hablar, pero sobre todo, es difícil pedirle explicaciones. Miren, no le pregunté sobre esas prendas manchadas, pero sí le pregunté si realmente sabía quiénes tienen a nuestra hija, y no me lo negó, aunque tampoco me dijo el por qué ni quién, solo que ella lo arreglaría todo y se encargaría de recuperarla. Y eso es todo.

Raquel coge aire y trata de pensar si Javier le está diciendo la verdad, después mira a Héctor y por su expresión deduce que opina que el médico de cuidados intensivos está siendo sincero.

—Bueno, no sé si se ha dejado algo por contarnos, Javier. Según tengo entendido, ayer lo sorprendieron dos guardias civiles merodeando por el interior de una discoteca abandonada, concretamente la que había en El Romaní, Bananas Maxi Disco. ¿Nos podría explicar qué hacía allí realmente? Y no nos venga con el royo ese del amigo que necesita recordar los viejos tiempos para no ahogarse en los nuevos.

Javier asiente y cabecea levemente antes de responder. Sabe que ya no hay marcha atrás, que ya no tiene sentido mentir ni ocultar la verdad, el tiempo se acaba, y si hay alguien que puede encontrar a su hija es la policía, no su mujer.

—Los dos días que estuve cautivo pude ver algo del lugar en el que me encontraba, al principio me costó reconocerlo, pero por lo que allí había me dio la impresión que era el almacén de una antigua discoteca. También identifiqué bastante humedad en el ambiente, ese tipo de humedad que se respira cuando estás cerca del mar o de una gran cantidad de agua. Así que lo que intenté fue hacer un recorrido

por las discotecas abandonadas de Valencia que hay alrededor de l´Albufera o cerca del mar, pero como pueden ver, no tuve demasiado éxito. Cuando los dos guardias civiles me vieron estaba a punto de marcharme a casa después de todo el día visitando las ruinas de un pasado cercano. Y ahora sí, eso es todo.

—¿Y en ese lugar en el que estuviste cautivo, estaba Lidia contigo? —pregunta de nuevo Raquel.

—No lo sé, a mi lado desde luego no estaba, pero quiero pensar que estaba en otra estancia de ese lugar abandonado, eso es lo que me dice la lógica y mi intuición como padre.

Héctor y Raquel saben que el testimonio de Javier podría ser clave. Si lo que dice es cierto, es muy posible que tenga razón, que su hija esté en ese mismo lugar en el que él estuvo. Así que, sin apenas tiempo para pensar en nada más, toman la importante decisión de creer en lo que les acaba de contar Javier Enguídanos. A continuación le preguntan por las discotecas que ya ha visitado, luego empiezan a elaborar un listado de todas las discotecas que actualmente hay abandonadas en la ciudad y sus alrededores y que responderían a la descripción de Javier.

El problema es que, tras un primer sondeo, elaboran un listado de doce posibles locales, demasiados para recorrer en una sola tarde. Así que, o afinan más la búsqueda, o no llegarán a tiempo.

CAPÍTULO 70

A la hora señalada

Cuando Nuria recibe el mensaje que lleva horas esperando, está completamente desesperada.

Hacía muchos años que no perdía el control de esa manera, y la sensación de no saber quién es ni de lo que es capaz de hacer, es mucho peor de lo que imaginaba. Cuando le pasa, cuando el monstruo que hay en ella da la cara, es como si se convirtiese en otra persona, igual que Robert Louis Stevenson narraba en *El extraño caso del doctor Jekill y el señor Hyde*, donde se cuenta la historia de un hombre en cuyo interior conviven dos personas, una buena y una mala. O quizá también como las personas que a lo largo de la historia han contado que a veces eran poseídas por un ente demoníaco que las empujaba a cometer actos horribles. Al menos ese ha sido el testimonio de muchos conocidos asesinos en serie, decían que escuchaban unas voces en su interior que les ordenaban matar, y que ellos, casi sin voluntad propia, obedecían irremediablemente.

Nuria nunca ha oído voces, pero sí es consciente de que hay algo en su interior que necesita ser alimentado, como una bestia que a veces sale de la cueva para comer. Solo que esa bestia, desgraciadamente, se alimenta de dolor y de sangre, como un vampiro pero mucho peor.

Durante años encontró alivio en las relaciones sadomasoquistas, como la que mantenía con Alfredo Monteagudo hasta hace apenas un día, aunque esa no fue la única. Ese tipo de relaciones le permitía legalmente darle a la bestia pequeños bocados de dolor, lo suficiente como para mantenerlo en el sótano, pero ya ha visto que por mucho que lo intente camuflar, la bestia siempre seguirá ahí, esperando la ocasión para escapar de su interior y dar rienda suelta a toda su violencia.

Deshacerse de los cadáveres de Alfredo y de la mujer de su ex novio no ha sido nada fácil. Esa parte nunca se le ha dado bien. El monstruo que hay en ella solo se preocupa por hacer daño, no por recoger la mesa después de comer. Se supone que esa parte le toca a ella, pero ella nunca ha sido de recoger la mierda que los demás dejan. Ella nunca ha sido de obedecer, sino más bien de ordenar. Ha intentado cavar un hoyo, pero a la media hora de dar paladas en uno de los huertos que hay junto a la casa en la que se encuentra, ha visto que era absurdo. Las manos se le han llenado de heridas antes siquiera de haberle dado la forma rectangular que pretendía darle al agujero. Tras eso ha pensado en quemar los cuerpos, pero la hoguera se vería desde

muy lejos y la guardia civil o algún vecino curioso no tardarían en aparecer. También ha pensado en comprar cal viva y llenar la bañera de la vieja casa de campo con los dos cuerpos dentro, pero ha oído decir que la cal tal vez no se coma el esqueleto, tan solo la carne. Así que al final ha optado por envolver ambos cuerpos en sendas sábanas con unas cuantas piedras dentro, para después llevarlos a l´Albufera y, en una de las zonas menos transitadas, esperar a que no hubiese nadie para lanzar los cuerpos al fondo de la reserva natural.

Y en cuanto se ha deshecho de ellos, sin tiempo ni para respirar, ha recibido el mensaje que llevaba tanto tiempo esperando, el de los secuestradores de su hija. Y lo que le han dicho es que coja las dos niñas y las lleve a una dirección muy concreta en aproximadamente una hora, y esa será la última prueba.

En cuanto Nuria pone rumbo a esa dirección ubicada a casi una hora de donde ella está, con las dos hijas de su antiguo novio atadas y amordazadas en el maletero del coche, siente cómo ese monstruo que habita en su interior es ahora quien tiene todo el control, y va a hacer cosas realmente horribles si nadie lo para.

CAPÍTULO 71

La matará

Rodrigo Soler lleva todo el día tratando de seguir el rastro de la doctora Pascual, pero no ha sido nada sencillo.

Primero ha tenido que conseguir que una de las muchas personas que le deben favores como consecuencia de sus actividades empresariales relacionadas con la construcción, accedieran a darle un listado con las exigencias que él había pedido: todas las propiedades a nombre de la doctora Berta Pascual y de sus familiares vivos, incluyendo padres, abuelos, primos o tíos. Tiene claro que tanto ella como su hijo tienen que estar escondidos en algún sitio, y ese sitio cree haberlo encontrado ya. Y cuando vea a la doctora no tendrá ninguna piedad, la matará.

El único inconveniente es que el único destino que le falta por mirar, y que piensa que es donde podría estar, se encuentra en Albacete, a casi dos horas de Valencia, pero ya ha recorrido gran parte del camino, apenas le queda una media hora larga para llegar, y ya está empezando a salivar.

Pero ese día está claro que no va a ser como los demás. Su móvil emite el sonido de un nuevo mensaje de texto. Otra vez son ellos. Y lo que le dicen es que en una hora tiene que estar en una dirección de Valencia, concretamente en la comarca de l´Horta Nord, muy cerca de la playa. Según le comunican, allí encontrará a sus hijas, pero para recuperarlas, cuando llegue tendrá que hacer algo más.

Rodrigo Soler duda por un momento entre si seguir su instinto e ir hasta Albacete, o hacer caso a lo que acaban de pedirle los secuestradores de sus hijas. Muy a su pesar, y preso de una descomunal rabia, da media en medio de la carretera y vuelve a poner rumbo a Valencia, no sabe muy bien qué es lo que se propone la doctora, pero se concentra una y otra vez en el mismo pensamiento que lleva todo el día en la cabeza. Cuando la vea, la matará con sus propias manos. Después ya verá lo que hace con su hijo.

CAPÍTULO 72

La pieza que les faltaba

Raquel y Héctor llevan todo el día analizando el entorno cercano de los diferentes implicados, sobre todo el concerniente a la doctora Berta Pascual y a Neus Villarroya. Y todo ello sin perder de vista las diferentes discotecas y otros locales nocturnos abandonados que podrían responder a la descripción que Javier Enguídanos les ha dado. Han enviado a todos los efectivos que Julio Zanón les ha concedido para llevar a cabo esa búsqueda, pero la decepción ha sido máxima cuando, tras haber visitado hasta el último de los locales de su listado, no han encontrado ni rastro de Lidia. Tampoco han tenido noticia alguna ni de Berta Pascual o Neus Villarroya. Por su parte, Rodrigo Soler y Nuria Folgado tampoco se encuentran en sus respectivos domicilios, y todo apunta a que en las próximas horas podría pasar cualquier cosa en cualquier sitio.

Así que, prueban con lo último que les queda, saber qué se esconde tras el vínculo que debe haber entre Berta y Neus, a priori las dos máximas sospechosas de la muerte de Matías Roca, del padre de Neus y del secuestro de Lidia, y eso pasa por hablar con la secretaria de la doctora en psicología, alguien que tampoco ha sido fácil de encontrar.

Julia Ros vive en Serra, un pueblo del norte de Valencia ubicado en plena Sierra de la Calderona, y llegar hasta donde está viviendo no hubiese sido tan difícil si la casa en la que ha establecido su domicilio estuviese a su nombre y no al de su madre.

—Bueno, me parece que hasta donde yo sé no es ningún delito vivir en casa de los padres de una, ¿no? —argumenta Julia tras el reproche inicial de Raquel, que le ha echado en cara no estar viviendo en el domicilio que en la base de datos de la policía figura como su residencia habitual.

Raquel va a replicar de nuevo, pero es absurdo perder el tiempo con una discusión de ese tipo en ese preciso momento. Lo importante es que la persona que tienen delante les dé la información que necesitan y puedan encontrar a Lidia antes de que sea demasiado tarde.

—No, no es ningún delito, Julia, y disculpe mi tono si le ha molestado, pero andamos muy justos de tiempo y la vida de una niña está en juego, de ahí la vehemencia de mis palabras —Raquel rectifica y cambia de estrategia, algo que Héctor aplaude internamente.

—No importa, ¿en qué puedo ayudarles? —Julia debe de tener cerca de cincuenta años, pero por su forma de vestir y de encogerse

sobre su propio pecho bien podría rondar los sesenta.

—Necesitamos consultar una serie de datos relacionados con la consulta de la doctora en psicología Berta Pascual, según tenemos entendido, usted es su secretaria, ¿verdad?

Julia frunce el ceño y se encoge un poco más sobre su pecho.

—Sí, soy su secretaria desde hace más de cinco años, ¿qué quieren saber? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Está bien la doctora?

Raquel y Héctor se miran de reojo al escuchar lo que acaba de decirles Julia.

—A ella no le ha pasado nada, al menos que sepamos, pero necesitamos comprobar la agenda de los pacientes a los que ha atendido durante los últimos meses.

—¿La agenda de sus pacientes? ¿Y por qué no se lo preguntan a ella?

—Porque no nos coge el teléfono y no sabemos dónde está, por eso, de lo contario no estaríamos aquí hablando con usted.

Julia niega con la cabeza antes de responder.

—Miren, no sé lo que está pasando aquí, pero se equivocan si pretenden que yo les dé datos protegidos. Porque saben que los datos relacionados con la salud son datos que están protegidos por ley con el más alto nivel y que solo pueden ser revelados en el caso de que un juez lo autorice, y a veces ni con esas, ¿verdad que sí?

La suficiencia y la arrogancia con la que les habla Julia está empezando a irritar a Raquel y, un poco también a Héctor, quien decide intervenir precisamente porque ha visto en Julia algo que le ha hecho pensar que tal vez es una de esas personas que se muestran más colaboradoras ante la autoridad masculina que ante la femenina. Hay en ella una especie de reducto machista que arrastran ciertas mujeres a quienes su entorno o el propio sistema no han dejado ser ellas mismas y que ahora lo pagan con aquellas de su mismo género que sí han conseguido sobreponerse a tal adversidad.

—Señora Ros, en estos momentos hay una niña de siete años que podría estar sufriendo daños irreparables, una niña que aun tenemos una pequeña oportunidad de rescatar si usted nos ayuda. Sabemos que lo que le estamos pidiendo va en contra de la ley de protección de datos de carácter personal, pero le recuerdo que nosotros somos los primeros que nos ganamos la vida defendiendo y protegiendo esa ley de la que nos habla, y no les estaríamos pidiendo esto si no fuese absolutamente crucial y necesario para salvar la vida de una niña que me parece que vale mucho más que revelar unos datos de carácter personal. Tanto yo como mi compañera hemos decidido pasar por encima de esa ley que nos separa de nuestro objetivo final, la cuestión es, ¿qué va a hacer usted? Antes de que conteste le diré que no debe tener duda alguna de que cualquier cosa que nos cuente o revele no

saldrá de aquí, quedará entre nosotros tres y nadie más lo sabrá. Usted decide, señora —Héctor es el primer sorprendido ante la calma y elegancia de sus propias palabras. Es como si por primera vez en mucho tiempo su cabeza y su cuerpo no estuviesen comportándose como dos entes independientes, sino como uno solo, como una persona.

Las palabras del inspector Burbano hacen que Julia baje la guardia, y eso se nota en que lo primero que hace antes de responder es descruzar los brazos sobre su pecho. Los músculos de su cara también se relajan. Luego suelta un suspiro cargado de resignación acumulada.

—A ver, díganme qué quieren saber exactamente, pero les adelanto que negaré hasta la muerte haber dicho nada o haber hablado con ustedes.

Tanto Héctor como Raquel respiran de alivio.

—Gracias, señora Ros —continúa Héctor—. Lo que necesitamos es consultar la agenda de los últimos meses de la doctora Berta Pascual, necesitamos saber si un hombre de nombre Rodrigo Soler y una joven de nombre Neus Villarroya fueron pacientes suyos.

Julia Ros lleva sus ojos al cielo, luego dibuja un arco abovedado con sus finos labios.

—Ese hombre sí lo recuerdo, además perfectamente, la chica la verdad es que no me suena, pero esperen, sacaré la agenda y saldremos de dudas —Julia Ros desaparece del salón y en menos de treinta segundos vuelve con una agenda tapizada en piel negra. La abre ante la atenta mirada de los inspectores y repasa con su dedo índice las sesiones de la doctora Pascual empezando por el final, por la última que realizó, hace algo más de un mes y, curiosamente, en esa última sesión fue a Rodrigo a quien atendió.

—Espere —dice Raquel al observar ese detalle—. ¿La doctora Pascual lleva un mes sin pasar consulta?

—Sí.

—¿Entonces Rodrigo Soler fue al último paciente al que atendió?

—Efectivamente. Lo recuerdo muy bien porque ese día la doctora terminó el día con los ojos anegados en lágrimas, luego, por la noche, me dijo que anulase todas las citas de lo que quedaba de semana, que necesitaba tomarse un respiro. No me dijo el por qué, solo que necesitaba parar. Y cuando finalizó esa semana me llamó y me dijo que cerrase la agenda hasta nuevo aviso, que el respiro que se estaba tomando iba a ser más largo del esperado. Y desde entonces no he vuelto a saber nada más de ella.

—¿Y no le dijo por qué?

—No. La doctora Berta Pascual siempre ha sido muy reservada en cuanto a su vida privada, la realidad es que tras unos cuantos años trabajando para ella apenas la conozco. Al principio le preguntaba por

la familia, por el fin de semana, las vacaciones, ese tipo de cosas. Pero con el paso de los años ya ni eso, nuestra relación es meramente profesional, y me parece que ninguna de las hace ya el esfuerzo por que sea algo más.

—¿Tiene idea de dónde podría estar en estos momentos? Quiero decir, en su domicilio, a no ser que no haya querido abrirnos la puerta, me temo que no está. ¿Sabe usted de algún sitio donde podría estar?

Los labios de Julia vuelven a dibujar un arco. Luego mira hacia el cielo.

—Creo que en alguna ocasión la escuché decir que su hermana le había dejado en herencia una casa en Albacete, si no me equivoco, de vez en cuando le gusta pasar unos días allí, tres o cuatro veces al año para ser más exactos. Supongo que no es mal lugar para descansar y tomarse un merecido respiro, ¿no creen?

Raquel asiente, desde luego que no le parece un mal lugar ni tampoco un mal plan, pero en ese caso, ¿es posible que Berta tenga allí a la niña? Podría ser, aunque eso no cuadra demasiado con el testimonio de Javier Enguídanos y el lugar en el que cree que estuvo él y que podría estar su hija. Albacete ni se acerca a ese clima descrito por el padre de la niña. Tras esa breve pausa interior, los ojos de la inspectora vuelven a ir hasta la agenda. Ahora ya tienen claro que Rodrigo Soler estuvo visitándola y que, es muy probable que él mismo fuera quien le confesó lo que le hizo, ¿pero qué ocurre con Neus? ¿También fue paciente suya?

—¿Podría revisar si es tan amable si Neus Villarroya también estaba entre sus pacientes? —pregunta Raquel con amabilidad.

—Claro, espere, pero le adelanto que no me suena, y yo tengo muy buena memoria para las caras y los nombres —Julia repasa con rapidez la agenda de la doctora Berta Pascual en busca del nombre de la joven, pero no lo encuentra por ningún lado—. Nada, tal y como les decía, esa joven no ha sido paciente de la doctora Pascual.

—¿Está segura de eso? —pregunta de nuevo Raquel.

—Puede revisar usted misma la agenda si lo desea, pero ya le he dicho lo que hay —dice Julia tendiéndole la agenda a Raquel, que para sorpresa de la secretaria, no duda ni un segundo en cogerla. Y tras ojear con rapidez unas cuantas hojas constata lo que le ha adelantado Julia, ni rastro del nombre de Neus Villarroya, aunque sí encuentra otra cosa que le llama la atención; en el pie de muchas páginas hay anotaciones que comparten un denominador común, todas ellas incluyen un nombre: Daniel.

Daniel-cena. Daniel-cine. Daniel-regalo cumpleaños. Daniel-cuota gimnasio.

Leer ese nombre hace que algo se active en el centro de operaciones

de la inspectora Silva.

—¿Quién es Daniel?

—¿Daniel? ¿Es que no lo saben? Es el hijo de la doctora Pascual, ¿no me digan que no sabían que tenía un hijo? —El tono con que Julia Ros pregunta es irritante, es casi una ofensa, una burla.

—Pues no, no lo sabíamos, en la base de datos de la seguridad social no figura ninguna información al respecto —responde Héctor con tirantez justificando su trabajo.

—Bueno, tampoco se ponga usted así, ahora que lo recuerdo creo que escuché algo al respecto en una ocasión que podría explicarlo, pero no me hagáis mucho caso, solo fue algo que escuché en una conversación entre la doctora Pascual y su hermana Catalina, que en paz descanse, la misma que le dejó la casa de Albacete, por cierto.

—¿Qué escuchó exactamente? —Raquel apremia a Julia, que cada vez la está poniendo más nerviosa.

—Escuché que cuando nació Daniel, la doctora Berta Pascual no se podía hacer cargo de él en ese momento y lo adoptó su hermana. No tengo ni idea de por qué la doctora no se hizo cargo de su hijo cuando nació, solo que años después sí se hizo responsable de él, aunque por lo que veo eso nunca lo formalizaron y legalmente debió continuar a nombre de su hermana, pero no se fíen de las apariencias, la doctora Berta Pascual y Daniel están muy unidos, de hecho pocas veces he visto que una madre y un hijo cuiden tanto el uno del otro.

Tanto Raquel como Héctor sienten cierta inquietud interna al escuchar esa extraña historia. Que una madre no se haga cargo de su hijo al nacer y lo adopte su propia hermana es algo poco habitual, algo raro y difícil de entender, pero que ni tan siquiera se tome la molestia de ponerlo a su nombre con el paso de los años, y ya viviendo con ella, es todavía más extraño.

—¿A qué se ha referido con que están muy unidos? —pregunta de nuevo Raquel.

—A eso mismo, a que están muy unidos. Siempre que Daniel llega a casa pregunta por su madre y espera a que termine la sesión en la que está para saludarla, a veces creo que incluso está en la habitación contigua a la que está pasando consulta la doctora escuchando y vigilando todo lo que su madre y sus pacientes dicen, porque casualmente, en cuanto los pacientes abandonan la consulta de su madre aparece Daniel para saludarla. Si la sesión ha sido buena, Daniel la saluda sonriente. Si la sesión ha sido mala, está triste. Es solo una impresión que tengo, pero les adelanto que soy buena con ese tipo de detalles en los que la gente no suele reparar. Por su parte, Berta me pregunta por su hijo cada dos por tres, si ha llegado ya de la universidad, si está en su cuarto, si ha salido con algún amigo o amiga. A veces son un poco pesados, la verdad, hacen planes casi a

diario y la doctora es la que me pide que lo anote en la agenda para no olvidarse, por eso habéis visto todas esas anotaciones al pie de muchas páginas.

Las piezas están empezando a encajar de un modo muy siniestro en el cerebro de la inspectora Silva, de hecho cree estar a punto de ver la pieza que hace que todo encaje.

—Por casualidad, la carrera que está estudiando Daniel no será el Grado en Criminología, ¿verdad? —pregunta Raquel pensando en Dani, el inseparable y retraído amigo de Pablo y de Neus, sus tres alumnos más llamativos.

—Efectivamente, inspectora, ha dado usted en el clavo. ¿Cómo lo ha sabido?

Raquel y Héctor se miran y los dos piensan lo mismo: Dani es ese nexo de unión que estaban buscando entre la doctora Pascual y Neus. La cuestión ahora es, ¿es solo un nexo de unión, o es algo más?

—¿Ha visto usted a Daniel últimamente? ¿Sabe dónde podríamos encontrarlo?

—Ni idea, si no está en su casa, no sé dónde podría estar, pero si tuviera que elegir un sitio sería allí donde se encuentre su madre, en este caso, puede que en Albacete. Y la última vez que lo vi… ahora que lo recuerdo, creo que fue el mismo día que la doctora Pascual tuvo la última sesión con ese tal Rodrigo Soler. Lo vi salir llorando de su cuarto un rato después de que ese tal Rodrigo se marchase. Después creo que tuvo una fuerte discusión con su madre, no pude escuchar de qué discutían, si están pensando en preguntármelo, solo sé que tras ese día la doctora fue cuando decidió cogerse esas vacaciones indefinidas de las que todavía disfruta.

Tanto Raquel como Héctor se dicen internamente que ya tienen información suficiente, necesitan encontrar a Dani como sea porque es más que probable que sepa algo y que no esté en Albacete, dado que ha estado acudiendo a la facultad de forma regular. Por otra parte, si Dani escuchaba las sesiones que su madre tenía y escuchó la confesión que le hizo Rodrigo Soler, debe estar al tanto de quién es ese hombre y lo que le hizo a su madre. Incluso puede que fuese él quien empujase a Neus a conseguir la información de Matías Roca que necesitaban para saber por qué y cómo Rodrigo escapó de la justica, en cuyo caso, tal vez él podría estar directamente implicado en el asesinato del abogado y del padre de Neus, a quien a lo mejor mataron simplemente como continuación de la serie iniciada con Matías.

Los dos inspectores se despiden de Julia Ros y le dan las gracias por la valiosa información que les ha dado. El atardecer los sorprende de camino al coche, y en cuanto están sentados en el interior del vehículo del inspector Burbano, Raquel siente cómo en su interior, todo se

reordena armónicamente, una parte de ella ya sabe lo que ha pasado, ya puede ver el puzle completo, ahora solo necesita verbalizarlo y dar cuanto antes con los verdaderos culpables de todo lo que está pasando.

CAPÍTULO 73

Moribunda

Cuando Rodrigo Soler irrumpe en la discoteca abandonada donde ha sido convocado por los secuestradores de sus hijas, todo él es furia, cólera, todo él es violencia.

La noche ha empezado a caer y tropieza varias veces hasta que encuentra la sala que le han indicado. Al principio su corazón sufre un espasmo cuando al fondo, reconoce el cuerpo de una niña. Está inmóvil, tumbada en el suelo en una postura un poco antinatural, y su primera impresión es que está muerta.

Se acerca hasta ella rogando que no sean ninguna de sus hijas, y cuando está frente a la niña y le da vuelta para poderle ver bien la cara, respira de alivio al ver que no es ni Mónica ni Laura. No es ninguna de sus hijas, es solo una niña que, con mucha dificultad, todavía respira.

Lo siguiente que hace es cogerla en brazos y llevarla hasta lo que era la pista de baile principal. Eso es lo que le han dicho que haga. Y ya lo ha hecho. Ahora toca esperar. Desde algún punto de esa pista principal, alguien lo está observando.

CAPÍTULO 74

Los gritos

A pesar de ser una persona con tendencia a gritar, Nuria Folgado no soporta que los demás griten. Y las dos hijas de Rodrigo Soler no han dejado de gritar y de llorar en todo el camino, y eso es algo que la ha puesto de los nervios, que ha sacado lo peor de ella, al monstruo, por eso ha terminado abofeteándolas en un par de ocasiones, algo que no ha hecho otra cosa que aumentar todavía más sus gritos.

Cuando llega a la discoteca en la que la han citado, ve que en el interior del recinto, el cual es muy similar a un jardín botánico salvaje y descontrolado, ya hay otro coche aparcado.

Sin tiempo para nada más, lleva a las dos niñas arrastras hasta el interior de la discoteca, concretamente hasta la pista principal. Y una vez allí, y sin tiempo par asimilarlo, se encuentra cara a cara con su ex, con su Ken, con Rodrigo Soler. A sus pies ve que está su hija tirada en el suelo. No se mueve. Y según puede ver, tampoco parece que respire. Su primer impulso es acercarse hasta ella, pero cuando hace ademán de ir hasta su propia hija, su ex le da el alto con la mano, mostrándole de paso un pedazo de cristal con la punta muy afilada.

Tanto Rodrigo como Nuria se quedan unos segundos mirándose, tratando de saber qué está pasando allí, son como dos gladiadores que han sido convocados en un coliseo romano para batirse en duelo hasta la muerte. Lo único que no saben es que sus anfitriones les tienen preparada una sorpresa que no esperan. Antes de que puedan mover ni un solo músculo, la apertura del sistema de megafonía de la discoteca los saca de su embrujo. A continuación se escucha una voz que proviene de la cabina del dj, en cuyo interior hay dos personas.

Antes de nada, nos gustaría informaros de que en estos momentos hay dos pistolas apuntando sobre las cabezas de vuestras hijas, y que cualquier intento por hacer otra cosa distinta a la que marcan nuestras reglas, tendrá como resultado su muerte. Por otra parte, os recordamos que contamos con la cinta de video en la que se os puede ver a vosotros haciendo algo muy malo. No tengáis dudas de que esa cinta llegará de inmediato a la policía si alguno de vosotros sale de aquí antes de que termine el juego o a nosotros nos pasa algo en algún momento. Dicho esto, aprovechamos para felicitaros por este reencuentro. Hace ya uno cuantos años vosotros dos hicisteis algunas cosas bastante malas, conseguisteis libraros, pero ha llegado el momento de pagar la deuda, de equilibrar la balanza. Sabemos que lo que os vamos a pedir no es fácil, pero es algo parecido a lo que

vosotros hicisteis; matar a una niña inocente tras tres días encadenada. Torturasteis y violasteis repetidas veces a Berta Pascual, asesinasteis a sangre fría a su marido, y asesinasteis a su hija, quien suplicó una y otra vez por su madre y por su vida, pero ni eso fue suficiente para vosotros dos. No tuvisteis clemencia, y nosotros tampoco la tendremos. Ninguno de los dos merecéis vivir, pero la muerte no sería un castigo suficiente para vosotros, en cambio, arrebataros lo que más queréis, puede que se acerque un poco, quién sabe, a lo mejor incluso os arrepentís un de vuestros actos. En fin, solo Dios sabe lo que nos deparará el destino a cada uno de nosotros. Estas son las normas: en vuestras manos está la vida de lo que más quiere cada uno de vosotros, el primero que acabe con la vida de la niña o, en el caso de Nuria, de una o de las dos niñas que tiene a sus pies, se libra. Así de sencillo. Tenéis un minuto para decidiros, de lo contrario seremos nosotros los que decidamos. Y no os gustará.

En cuanto el sistema de megafonía se apaga, Rodrigo y Nuria se miran con el rostro cubierto por el pavor. Después ambos observan que cada una de las personas que hay en el interior de la cabina del dj sujeta efectivamente una pistola. Luego Rodrigo empuña con fuerza el trozo de cristal que sujeta con su mano derecha. Nuria, por su parte, saca del bolsillo trasero de su pantalón el cúter que siempre la acompaña.

Las dos hijas de Rodrigo Soler empiezan a gritar con todas su fuerzas cuando ven cómo Nuria pone la hoja del cúter sobre una de ellas, sobre Mónica.

CAPÍTULO 75

Sunset Boulevard

La inspectora Silva ha hecho un repaso rápido de todas las piezas con las que cuenta, y una vez que las pone sobre el tablero que tiene incrustado en la cabeza, se dispone a hacer la verdadera secuencia de los hechos, su auténtica especialidad:

Hace algo más de veinte años, Rodrigo Soler fue llevado a los tribunales como coautor de los crímenes atribuidos a la pareja de asesinos en serie que se ponían una máscara de Barbie y de Ken cada vez cometían sus espantosos actos. Por su parte, Nuria no fue acusada en ese momento debido a que, según parece, no pudo demostrarse que era pareja de Rodrigo y no había ni una sola prueba que la vinculase a ella en concreto. Presuntamente, y puede que para evitar posibles vinculaciones en caso de ser acusados, llevaban su relación totalmente en secreto. El caso es que Matías Roca, un abogado que empezaba a despuntar en Valencia, representó a Rodrigo y consiguió que el juez lo declarase no culpable de los actos de los que se le acusaba. Tras el juicio, y tal vez por miedo a ser atrapados, los asesinos que se disfrazaban de Barbie y Ken dejaron curiosamente de actuar. La pareja debió pensar que su andadura por el mundo criminal tenía que terminar, porque la próxima vez tal vez no tendrían tanta suerte, y más teniendo en cuenta que Rodrigo pasaría a partir de ese momento a ser alguien que sería mirado con lupa ante un nuevo suceso.

Pasados los años, y por un motivo que se desconoce, Rodrigo Soler siente la necesidad de ir hasta la que fue la peor de sus víctimas y confesarle lo que le hizo. Esa víctima es la doctora Berta Pascual. Pero lo que no sabe Rodrigo es que alguien más escucha su confesión. Ese alguien es el hijo de la doctora, el cual tiene precisamente los mismos años que han pasado desde que Berta Pascual fue violada durante varios días por Barbie y por Ken. Así que, ¿quién dice que Dani no es hijo de Berta Pascual y Rodrigo Soler? Eso explicaría también por qué la doctora no quiso hacerse cargo de él al principio, no sería de extrañar que tras el parto lo rechazase porque todavía no tenía no lo tenía superado. Habiendo sido concebido durante una violación tan macabra, precisamente en el mismo momento en el que su marido y su hija perdieron la vida, podría ser entendible que la doctora no quisiese saber nada de ese niño. Ya pasados los años debió pensar que, a pesar de todo, también era hijo suyo, y ese niño también merecía la oportunidad de conocer a su madre, de ser amado. A partir de ese momento lo recuperaría, aunque puede que como mecanismo de

defensa, o por miedo a que el propio violador supiese que era hijo suyo y volviese a por él, nunca lo declaró como hijo suyo ante las autoridades.

Dani, que es posible que debido a la tragedia que su madre arrastra en silencio haya desarrollado algún tipo de instinto protector desmesurado hacia ella, rayando incluso la obsesión, dedica parte de su tiempo libre a espiarla, quizá en aras a protegerla por si alguno de sus pacientes se pasa de la raya, o quizá porque simplemente le gusta saber en todo momento si está bien o está mal. El caso es que, cuando escucha la confesión de Rodrigo Soler y lo que él y su compañera de viaje le hicieron a su madre y a su familia, algo se tuerce en su interior. No solo se entera de lo que le pasó a ella, algo de lo que probablemente no tenía conocimiento, sino también de que él es el hijo de la persona que le hizo eso. Ese algo que se tuerce en su interior es su moral, y lo que piensa a continuación es vengar a su madre, así que empieza a investigar por su cuenta todo lo que rodea a Rodrigo Soler y lo que le pasó a su madre. Eso lo lleva a rescatar el expediente del abogado que lo representó, de Matías Roca, y eso lo lleva también a descubrir que Nuria Folgado era la persona que hacía de Barbie en esos horribles crímenes. A partir de ese momento, y con la ayuda de Neus Villarroya, Dani urde un plan que no solo trata de vengar a su madre, sino que intenta denunciar ante la sociedad que la justicia no siempre es lo que parece, no siempre funciona. Así que, por un lado hay denuncia social, y por otro hay venganza personal, tanto en el plano psicológico como en el plano físico hacia los responsables directos del crimen, reproduciendo lo mismo que le pasó a su madre y sin importar que la vida de una niña inocente esté en juego.

Tras varios días jugando psicológicamente con Rodrigo Soler y con Nuria Folgado, deciden poner fin a su venganza culminando en un crimen igual de horroroso que el que sufrió Berta Pascual. Ese juego psicológico explicaría también por qué dejaron libre a su marido y la empujaron a ella a confesarle que le estaba siendo infiel precisamente a través de una relación que le permitía canalizar esa parte de ella violenta y criminal.

Por otra parte, tanto Neus como Dani forman parte de uno de los grupos de trabajo que Raquel organizó en su vertiente de profesora universitaria, precisamente un grupo que insistió e insistió en visitar la escena del sanguinolento secuestro de la hija y el marido de Nuria Folgado. ¿Lo hicieron para seguir de cerca las investigaciones de la policía? ¿Como un acto puramente morboso para ver de cerca el resultado de su propia obra? El caso es que ese nuevo detalle les deja a dos nuevas variables; Pablo y Natalia, la pareja que entró realmente a ver la escena del crimen. ¿Eso significa que también podrían tener algo que ver con los crímenes? ¿Y por qué asesinar al padre de Neus

Villarroya? ¿Realmetente Ángel Villarroya abusaba de su hija y por eso lo de la mutilación de sus órganos sexuales y los golpes que Neus presentaba en la cara? ¿Podría considerarse esa muerte como el principio de una serie de asesinatos de corte moralista? Primero los responsables de lo que le hicieron a la madre de Dani, después el responsable de los abusos a Neus, es decir su padre.

Tras elaborar la secuencia de los hechos que la inspectora Silva ha realizado en parte gracias a la ayuda que el inspector Burbano le ha prestado estableciendo matices y perfiles psicológicos de todos los implicados, solo les quedan dos dudas; dónde están ahora Neus y Dani y si Pablo y Natalia también han tenido algo que ver, sobre todo Pablo, dado que Natalia formaba parte de ese grupo precisamente porque la inspectora Silva ordenó que la acogieran y podría no tener nada que ver.

Antes de dar un solo paso, Raquel recuerda algo a lo que no le prestó demasiada atención pero que ahora lo ve de un modo distinto: su alumno Pablo, el mismo que se ha estado acercando a ella de un modo bastante siniestro e inusual y al que casi se acaba follando, insistió repetidas veces en que leyese el planteamiento del crimen que tanto él como el resto de integrantes de su grupo de trabajo habían hecho. Tal vez en esa carpeta que ahora descansa tranquilamente en el rincón más olvidado del salón de su casa se encuentren algunas claves de cómo piensan tanto Dani, como Neus o como Pablo, si es que también está implicado. Así que llama a Eduardo para pedirle que por favor le lea lo que pone en el interior de esa carpeta que está en el salón de su casa, pero para variar, Eduardo no le coge el teléfono. Y eso hace que se empiece a preocupar otra vez, es cierto que ya es la hora de cenar y que es probable que lo haya cogido en la cocina, pero también es cierto que el miedo a que su hija pueda estar en peligro vuelve a ella con mucha fuerza.

Antes de volver a llamar, se le ocurre algo, una nueva posibilidad, comprobar lo mismo que ha comprobado con el resto de implicados; las propiedades que están a nombre de Pablo y de sus padres. ¿Quién dice que no podrían estar escondidos en alguna de ellas?

Tanto los ojos de la inspectora como los de Héctor se abren de par en par cuando ven que una antigua y muy desconocida discoteca ubicada en una playa de l´Horta Nord está a nombre de los padres de Pablo. Esa discoteca no aparece en ningún listado porque no tuvo ninguna repercusión, pero ahí sigue, entre cañas, salitre y barro. Se llama Sunset Boulevard, y coincide exactamente con la descripción de Javier Enguídanos.

Mientras sigue insistiendo con las llamadas a Eduardo, Raquel y Héctor ponen rumbo hacia su último destino, hacia el lugar en el que, si no se han equivocado, deben estar los diferentes implicados y, lo

más importante, Lidia, la niña desaparecida.

CAPÍTULO 76

Confía en mí

Tanto Eduardo como Carlota lo han escuchado perfectamente, y ninguno de los dos tiene dudas al respecto: hay alguien merodeando fuera de casa.

Eduardo le ha pedido que guarde silencio y la ha cogido de su mano con fuerza, quiere transmitirle tranquilidad, aunque su interior lo traiciona un poco, porque lo cierto es que siente un poco de miedo. Si al menos tuviese una pistola…, pero no tiene nada, solo están él y sus manos.

Carlota, que no termina de entender qué tipo de peligro podría acechar en los alrededores de su casa, sí nota que las manos de Eduardo han empezado a sudar.

—¿Por qué te sudan las manos, Eduardo?

—Shhh, silencio, vayamos a la parte de atrás —susurra Eduardo conduciendo a Carlota hacia la parte trasera de la casa. La niña obedece sin rechistar y camina junto a su «tío» preferido. Una vez están en la llamada parte de atrás de la casa, se acercan hasta una de las ventanas. Eduardo le hace una señal a Carlota para que se agache, él se asoma con cautela para ver sí hay alguien ahí fuera. El ex policía se llena de asombro cuando ve que, efectivamente, hay una persona que está haciendo lo mismo que él pero al revés, está comprobando si hay alguien dentro. Lo único que tranquiliza un poco a Eduardo es que esa persona parece inofensiva. Es una chica que debe rondar los veinte o veinte tres años, y a simple vista no parece agresiva.

Sin pensarlo más, Eduardo le pide a Carlota que se haga a un lado y abre la puerta trasera de la casa, la joven, a tan solo unos metros, se da la vuelta. Parece asustada.

—¿Quién eres tú? ¿Qué es lo que quieres? —pregunta Eduardo con tono amenazante.

—Es aquí donde vive la inspectora Raquel Silva, ¿no? —pregunta la joven con la voz trémula.

—La inspectora Silva no está, y te he preguntado que quién eres y qué es lo que quieres —reitera Eduardo sintiendo cómo las pulsaciones crecen tras su pecho.

—Disculpe, estoy un poco nerviosa. Soy Neus Villarroya, alumna suya del grado de Criminología, y necesito hablar con ella urgentemente.

Eduardo trata de evaluarla con rapidez, saber si todavía podría suponer una amenaza.

—¿Hablar de qué?

Neus se lleva las dos manos a la cara, luego se toca la boca y mueve el cuello hacia ambos lados. A pesar de haber anochecido con rapidez, Eduardo es capaz de ver que la chica ha estado llorando.

—La vida de tres niñas está en peligro, va a pasar algo muy malo si alguien no lo remedia. Lo siento, pero estoy desesperada y no sabía a quién más recurrir. La inspectora Silva es la única persona que me escucharía, y más después de lo que he hecho…

Eduardo, tras escuchar cómo la joven parece estar a punto de romper a llorar otra vez, baja la guardia.

—¿Y qué es lo que has hecho si se puede saber?

Neus abre la boca con una mueca de dolor, luego mira al ex policía con horror.

—Soy cómplice de haber asesinado a mi propio padre y al abogado Matías Roca, pero lo peor de todo es que en estos momentos tres niñas podrían estar perdiendo la vida sin alguien no lo impide. He venido hasta aquí y no a la policía porque conozco a Raquel y sé que antes de encerrarme, al menos escuchará lo que tengo que decirle. Ya no me importa lo que hagan conmigo, pero si a esas niñas les pasa algo… el mundo dejaría de tener sentido, lo que hemos hecho dejaría de tenerlo.

Eduardo nota cómo Carlota se abre paso entre sus piernas y asoma la cabeza para ver con quién está hablando. A continuación coge su teléfono móvil para llamar a Raquel y para su sorpresa ve que ella lo ha estado llamando durante los últimos minutos, pero al tener el móvil en silencio no lo había oído. También tiene un mensaje en el que le dice que le diga algo en cuanto pueda, que está preocupada por ellos, y que cree estar a punto de dar con los responsables de lo que ha pasado. Eduardo no tarda ni dos segundos en llamarla, pero como ya es normal en ellos, ahora es ella quien no le devuelve la llamada.

—¿Y usted? ¿No podría ir hasta allí? Veo bondad en sus ojos, y la situación es desesperada —dice Neus viendo que Eduardo no obtiene respuesta.

—¿Ir hasta dónde?

—Hasta el lugar donde va a ocurrir todo, la antigua discoteca Sunset Boulevard.

Y Eduardo, tras llamar a Raquel y a Héctor nuevamente y no obtener ninguna respuesta, toma una importante y arriesgada decisión.

—¿Tienes coche?

—No, bueno sí, es de mi padre.

—Por tu bien, espero que no me hayas estado mintiendo.

—No lo he hecho, confía en mí.

—Eso espero.

En menos de tres minutos, Eduardo, Neus y Carlota, ponen rumbo a la antigua discoteca abandonada de la costa valenciana.

CAPÍTULO 77

Descontrol

Todo se ha descontrolado de un modo inesperado desde el momento en el que Nuria Folgado ha puesto el cúter sobre el cuello de una de las hijas de Rodrigo, quien, presa del pánico, ha hecho lo propio sobre la hija de su ex, que apenas se tiene en pie.

El duelo tenso de miradas se ha prolongado durante casi un minuto, justo el tiempo que el sistema de megafonía ha tardado en activarse otra vez:

Sintiéndolo mucho, el tiempo ha pasado. Podéis decirles adiós a vuestras hijas, el momento ha llegado.

A continuación, y sin apenas tiempo para pensar, se han escuchado una serie de disparos.

Uno,

Dos,

y Tres.

CAPÍTULO 78

El vacío interior

Tanto Raquel como Héctor han podido escuchar los tres disparos procedentes del interior de la discoteca cuando todavía se encontraban aparcando. Han sido tres disparos limpios, propios de una ejecución.

Los dos inspectores han sentido cómo algo se removía en su interior, la posibilidad real de que esos tres disparos hayan ido a parar al cuerpo de la pequeña Lidia, hace que durante un instante sientan que han fracasado, que lo peor ha pasado. Héctor reacciona con rapidez y, tras asegurarse de que su arma está perfectamente cargada, se dispone a salir del vehículo, pero antes de hacerlo ve que a Raquel le ha vuelto a pasar lo mismo que cuando fueron a la vivienda del pederasta que acababa de salir en libertad, se ha quedado paralizada. Héctor no tarda en saber lo que le pasa, un trauma del pasado la tiene atenazada, un miedo irracional y tan poderoso como para no dejarla actuar se apodera de ella en los peores momentos, los cruciales, los que realmente son de vida o muerte. En ese instante se pregunta si no es eso mismo lo que les ocurre a muchos criminales, si no habrá algo en su interior que se apodera de ellos cuando hacen lo que hacen.

—No hace falta que entre, inspectora, puedo ir yo solo —dice Héctor con total sinceridad, que es testigo de cómo una lágrima cargada de miedo y frustración ha empezado a rodar por el rostro de la inspectora Silva.

Y esas palabras, cargadas de comprensión, son precisamente las que la sacan de esa parálisis temporal.

—Gracias, inspector, pero creo que hay alguien ahí dentro que merece el esfuerzo —Y por esfuerzo Raquel se refiere al esfuerzo de vencer su miedo más profundos; el miedo a que su hija se quede sola en un mundo de locos.

A continuación, los dos inspectores, pistola en mano, irrumpen en la vieja y olvidada discoteca a orillas del mediterráneo.

Avanzan por lo que un día fue la taquilla y el guardarropía, todavía con perchas colgando de una barra de metal. No tardan en llegar a lo que debió ser la pista de baile central, y allí ven que justo en el centro hay tirado el cuerpo de una niña. El corazón de Raquel empieza a resquebrajarse de un modo muy violento. Cuando va a acercarse hasta la pequeña, Héctor le da el alto poniendo una mano sobre su pecho. Raquel no dice nada, solo lo observa con la mirada de no entender nada. Héctor le hace una señal con la mano derecha para indicarle que

espere un poco, que primero tiene que comprobar si el perímetro es seguro, las personas implicadas no deben andar muy lejos de allí. Pero Raquel no está para comprobaciones.

—Cúbreme —susurra con decisión.

La inspectora avanza con la postura encogida hacia el cuerpo de la niña mientras el inspector Burbano mira a un lado y a otro en busca de algún tipo de movimiento que pueda delatar la presencia de alguna de las personas que deben estar allí dentro. En cuanto Raquel llega hasta esa niña comprueba dos cosas: primero, no es Lidia, la niña que estaban buscando, sino otra niña de unos siete años, y segundo, no está muerta, aunque sí está inconsciente y con una fea herida de bala en el abdomen. Cuando Raquel se gira para darle instrucciones a Héctor, los dos escuchan el estruendo de otro disparo. Y sin tiempo para reaccionar se escucha otro disparo más. Luego gritos, tanto de mujer, como de hombre, como de niña. No entienden nada, solo que la situación está descontrolada en algún punto de esa discoteca abandonada y que probablemente van a haber más víctimas.

Raquel, que siente de nuevo cómo el miedo la aprieta bien fuerte y durante unas milésimas de segundo vuelve a sufrir cómo la parálisis trata de adueñarse de ella, coge en brazos a la niña y avanza con rapidez hacia donde está Héctor.

—Voy a llevarla al coche y a llamar para pedir refuerzos y una ambulancia —dice en cuanto llega hasta el inspector Burbano.

—¿Por qué no te la llevas tú misma? —sugiere Héctor viendo el estado en el que se encuentra la pequeña. Sabe de sobra que una herida de bala como esa es suficiente para mandar a cualquiera a la tumba.

Raquel duda durante un segundo.

—¿Y tú? Además, al parecer hay otra niña, y todavía no hemos encontrado a Lidia, así que debe ser ella.

—Me las arreglaré. Márchate, anda, yo me encargo.

Raquel vuelve a dudar, si se va de allí el peligro para ella se acaba, y lo más importante, llegará antes al hospital para que atiendan a la niña a la que han disparado a sangre fría. Pero en ese caso las posibilidades de que Héctor salga de allí con vida se reducirían bastante, y ya perdió a un compañero estando de servicio, además de que todavía hay una niña que rescatar.

—No, la dejo en el coche y llamo pidiendo refuerzos y una ambulancia, enseguida vuelvo, mientras tanto no te expongas, espera a que vuelva yo.

Héctor asiente y no insiste más. Sabe que la mujer que tiene delante ha tomado una decisión y que no hay marcha atrás.

En cuanto Raquel abandona la discoteca, Héctor escucha nuevamente el desgarrador grito de una niña diciendo que por favor

no le hagan daño, y que por favor no le hagan daño a su padre. Esas palabras, y esos gritos, conectan directamente con el niño que un día fue, con ese que se encontró con sus dos padres muertos, cubiertos de sangre en su propia habitación. Él también deseó que nada de eso hubiese pasado, pero pasó. Ahora se pregunta si, como en el caso de esa niña, sus padres también eran personas que habían hecho cosas horribles y por eso las mataron de esa forma, pero no hay tiempo para responder a eso ahora, quizá en otro momento. Su instinto protector lo empuja hacia los gritos de esa niña, los cuales provienen de una pista secundaria que hay contigua a la pista principal. Apenas puede ver nada, tan solo aquello que la luz de la luna alumbra a través de las ventanas. Cristales rotos se resquebrajan bajo sus pies y el ruido que hace al caminar se hace difícil de ocultar. Su propia respiración lo ahoga a cada paso que da y, una vez más, vuelve a sentir cómo su cuerpo y su cerebro están unidos para hacer lo que tiene que hacer, comportarse como aquel que quiere ser.

En cuanto accede a esa pista de baile secundaria ve a Rodrigo Soler tumbado en el suelo boca arriba. Su rostro sangra por unas cuantas heridas, y una niña que intuye que debe ser su hija, está sobre él tratando de protegerlo. La escena es desgarradora porque una niña tan pequeña poco puede hacer frente a la pistola que la apunta tanto a ella como a su padre, pero aun así lo intenta, se enfrenta.

—Tira la pistola inmediatamente, se acabó el juego —dice Héctor con severidad.

La persona a quien van dirigidas esas palabras es Dani, el hijo de Berta Pascual. El joven se llena de miedo y turbación cuando ve que la policía está allí y que tiene razón, el juego se ha acabado. También él tiene sangre en el rostro, en las manos, en uno de sus brazos.

—No, tira tú la pistola, o te juro que disparo —dice Dani muy nervioso tratando de centrar el punto de mira en la figura que forman Rodrigo Soler y su hija.

Héctor trata de avanzar lentamente hacia Dani, pero el joven, que alterna nerviosas miradas a un lado y a otro, se da cuenta.

—¡No te muevas, joder! ¡O disparo! —grita Dani completamente fuera de sí. Su respiración se ha desbocado y su cuerpo no permanece quieto ni un momento. El inspector Burbano sabe que la gente que está en ese estado es la más peligrosa, porque no está en disposición de pensar en lo que hace, en lo que está haciendo, así que razonar con ellos se vuelve muy complicado. Son capaces de hacer cualquier cosa porque quien actúa no son ellos, no es su voluntad, son sus nervios.

—Tranquilo, no me moveré ni un milímetro más si es lo que quieres. Te llamas Dani, ¿verdad? —Héctor intenta transmitir tranquilidad, algo que solo consigue a medias.

Dani vuelve a intercalar miradas nerviosas. La niña que está sobre

Rodrigo Soler se abraza a su padre con fuerza, llora con los ojos cerrados suplicando que la pesadilla termine, quiere ver a su madre, quiere ver a su hermana, a la que ha visto perfectamente cómo disparaban. No quiere estar allí, no quiere esa realidad.

—¡Que tires la pistola de una puta vez o disparo, joder! —grita Dani de nuevo.

—Está bien, Dani, yo tiro la pistola, pero tú también. Creo que es lo más justo, ¿no crees? —Héctor intenta razonar con el joven a pesar de la dificultad que sabe que eso entraña.

—No, no, no. Y una mierda, ese hijo de puta tiene que morir, igual que su novia, igual que sus hijas. ¡Todos tienen que morir! ¡Y tira la pistola ya o disparo!

—Está bien, Dani, voy a guardar mi arma, pero quiero que te tranquilices, ¿de acuerdo? —Las palabras del inspector Burbano parecen sosegar un poco a Dani, que observa cómo Héctor deja de apuntarlo y baja su pistola.

—Al suelo, tírala al suelo.

—De acuerdo, la dejo en el suelo, pero baja tú también el arma, y hablemos.

—Primero tírala al suelo, luego hablamos.

—Está bien, como quieras —dice Héctor, quien no quiere seguir poniendo en riesgo la vida de la niña que está a tan solo un par de metros de Dani. Deja su pistola en el suelo muy despacio y alza sus manos.

—Ya está, Dani, ya he dejado mi pistola, ahora deja tú la tuya y hablemos, ¿de acuerdo? Sé por qué estás haciendo esto, y te entiendo, pero te aseguro que este no es el camino.

—¿No? ¿Y cuál es el camino? ¿Dejar que los monstruos queden en libertad? ¿Permitir que sigan haciendo lo que hacen? La justicia no existe, es solo una ilusión para que la gente viva tranquila, pero no es real. ¿Es que no ha entendido nada?

—¿El qué tengo que entender?

—Que no existe la reinserción ni la redención, los monstruos siempre serán monstruos, y acabar con ellos es la única solución —Dani tensa su dedo sobre el gatillo y tanto el inspector como Rodrigo Soler se temen lo peor.

—Te equivocas, ya no soy esa persona —interviene Rodrigo Soler —, hace muchos años que dejé de serla, tengo dos hijas, maldita sea, y aunque te pese, tú también eres hijo mío. Como dice el inspector, tira la pistola y hablemos de todo. Ya le he pedido perdón a tu madre, y ella ya sabe que estoy arrepentido, y ahora te lo pido a ti, aunque por aquel entonces todavía no hubieses nacido. No soy ningún monstruo, solo alguien que trata de corregir sus errores como puede.

—Cállate, cállate, cállate.

—Dani, tranquilo —dice de nuevo Héctor.

—¡Que os calléis los dos, joder! ¡Callad de una vez!

Tras el grito desesperado de Dani, ocurre algo que no esperan. Pablo, el inseparable amigo de Dani, sale de entre las sombras y se abalanza sobre el inspector Burbano, que nada puede hacer por impedir que el joven lo tire al suelo y empiece a golpear su rostro con suma violencia. El problema es que Rodrigo Soler ha aprovechado el momento de incertidumbre para lanzarse contra Dani, que pierde el equilibrio y también cae al suelo. La hija pequeña de Rodrigo, Mónica, grita y llora a la vez, llenándolo todo de sufrimiento y dolor.

El inspector Burbano, completamente aturdido, no tarda en perder el conocimiento fruto de los golpes en su rostro y en su cabeza. En cuanto ve que ya no se mueve, Pablo se levanta y se apresura a recuperar la pistola que el propio inspector ha dejado en el suelo momentos antes, después apunta a Rodrigo Soler a la cabeza, el problema es que en ese momento tiene un cristal sobre el cuello de su amigo.

—Dispara, Dani, mata a este hijo de puta —dice Dani sintiendo cómo el frío cristal que sujeta Rodrigo presiona aún más sobre su cuello.

—Chaval, o tiras la pistola ya o le corto el cuello a tu amigo, tú decides —dice Rodrigo mostrando bastante más serenidad que los dos jóvenes—. Me parece que ni vosotros, ni yo, ni muchos menos las niñas, somos aquí el problema, ¿es que no os habéis dado cuenta de que somos iguales? Somos cazadores, lo llevamos en la sangre, y no deberíamos pelear entre nosotros.

Las palabras de Rodrigo parecen calar hondo en Pablo, cuyos ojos se abren de par en par y durante un segundo se siente comprendido, siente que hay alguien que entiende todo ese desorden interno.

—¿Cuántas veces habéis pensado que nada tenía sentido? ¿Cuántas veces os habéis preguntado quiénes sois en realidad? O mejor aún, ¿cuántas veces habéis sentido que no sois como los demás, que no encajáis en ningún sitio? De verdad, os juro que puedo enseñaros muchas cosas, empezando por aprender a vivir con lo que sois, con cómo sois, empezando por entender vuestro vacío interior.

En ese momento, Pablo siente que, verdaderamente, hay alguien en el mundo que lo entiende, que sabe a la perfección cómo se siente, cómo es. Por qué no tiene ningún tipo de empatía, por qué tiene la continua necesidad de llenar algo dentro de él que ni conoce ni sabría describir.

—Dispárale, joder, no lo escuches —vuelve a decir Dani viendo que su amigo parece estar pensándose lo que Rodrigo, su padre, le ha dicho.

—Primero suéltalo, y a lo mejor me pienso lo de dejarte libre a ti

también —dice Pablo con total sinceridad.

Y cuando Rodrigo, que parece haber visto en el joven que tiene delante que está siendo sincero, está a punto de aflojar el cristal sobre el cuello de Dani, irrumpe en la escena la inspectora Silva.

—Suelta la pistola, Pablo, ya —dice Raquel con decisión y apuntando al joven de ojos verdes con precisión. La inspectora, viendo la situación en la que se encuentra y los diferentes implicados que hay a su alrededor, intuye que no va a ser fácil que el conflicto se salde sin víctimas, y eso es algo que aborrece porque es una lotería, podría ser ella, o el inspector Burbano, que yace en el suelo malherido y desarmado, o lo que es peor, podría ser la niña que llora en un rincón y que tampoco es Lidia.

—Inspectora, dichosos los ojos, ¿le apetece que cuando todo esto termine acabemos lo que dejamos a medias el otro día?

Las palabras del joven hacen que la inspectora arda por dentro, pero el problema no es ese, sino que Rodrigo Soler aprovecha el momento de incertidumbre para hacerle un buen corte en el cuello a Dani y salir de allí corriendo, no sin antes coger a su hija por un brazo como si fuese una muñeca de trapo. Son los gritos de la niña los que hacen que tanto la inspectora como Pablo dirijan sus miradas hacia Dani primero, que está en el suelo desangrándose, y hacia Rodrigo Soler después, que trata de huir de allí con su hija. Cuando Raquel ve cómo el joven apunta a Rodrigo y a la niña, siente otra vez el gran escalofrío de la impotencia. El escalofrío de la desgracia. En ese momento ve a esa niña que está en el punto de mira como su propia hija, y no puede permitir que muera.

—¡No dispares, Pablo! ¡Hay una niña! —grita Raquel con desesperación, pero Pablo, que parece preso de la situación, dispara dos veces, a continuación Raquel también dispara, y también dos veces.

El estruendo de los cuatro disparos lo llena todo de ruido. Pablo está en el suelo, con dos disparos en el pecho. Todavía está vivo y con ganas de sonreír cuando la inspectora se acerca hasta él y le quita la pistola. El problema es la doble figura que también está en el suelo y que la forman Rodrigo Soler y su hija. Al principio se teme lo peor porque ninguno de los dos se mueve, pero cuando aparta el cuerpo de Rodrigo para ver bien a la niña, respira de alivio al ver que ella no ha recibido ninguna bala, que solo está mareada.

—Qué pena que haya llegado tarde, inspectora, la hacía más inteligente —susurra Pablo entre borboteos de sangre.

Y Raquel, que sabe que aun no han encontrado a Lidia ni tampoco a su madre, intuye a qué se refiere Pablo con esas palabras, se dirige corriendo hasta él, que sonríe al verla frente a frente.

—¿Dónde está Lidia? ¿Qué has hecho con ella?

Pablo sonríe y eso hace que todavía salga más sangre por su boca.

—Se lo digo si usted me responde a una cosa, inspectora —Pablo habla cada vez con más dificultad, sus pulmones se están empezando a llenar de sangre.

—¿Qué cosa?

—Cuando la violaron, y la grabaron, y ya sabe a qué me refiero, dígame la verdad, ¿disfrutó? Y no me diga que no porque he visto el video una infinidad de veces y estoy seguro de que fue así. Disfrutó, ¿verdad?

Durante un par de segundos la inspectora siente el impulso de meterle una bala en la cabeza al joven que tiene delante, pero en el último instante se retiene. No hay duda de que Pablo se está refiriendo a su anterior caso, aunque no tenía ni idea ni de que existiese un vídeo ni mucho menos que lo tuviese la persona que tiene delante.

—Estás enfermo, joder. Y la respuesta es no, ninguna mujer podría disfrutar de algo así.

Pablo sonríe ante las tensas palabras de la inspectora.

—Usted sabe perfectamente que no hay nada enfermo en mí, inspectora, soy solo alguien que está vacío, como la mayoría, y que solo busca llenar su interior, nada más. ¿Acaso usted sabe por qué hace lo que hace? ¿Por qué aprovecha a la mínima para poner en riesgo lo que más quiere? No hace falta que me responda, inspectora, pero tanto usted como yo sabemos que ese vacío es como un saco lleno de agujeros, por mucho que hagamos, y que lo intentemos de todas las formas posibles, nunca podremos llenarlo, ¿verdad que no? Vacíos nacimos, y vacíos moriremos.

Las palabras de Pablo, de forma totalmente inesperada, agitan el interior de Raquel de un modo que hace que todos sus cimientos se tambaleen peligrosamente. Porque la triste realidad es que ese vacío del que acaba de hablarle el joven de ojos verdes es algo que, a su manera, ella también siente. La sensación de que hay un abismo en su interior que, en lugar de cerrarse, cada vez parece ser más grande. Siempre pensó que con el paso de los años, o con la maternidad, iría madurando, entendiendo la vida, entendiéndose a sí misma, pero la triste realidad es que cada día que pasa, tiene la sensación de estar más perdida. En cualquier, no está allí para tener una conversación trascendental con ella misma, está allí para salvar a una niña, y eso es de lo poco de lo que sí está segura, ella está allí para salvar vidas.

—Lo que tú digas, Pablo, pero ahora dime dónde está la niña.

Y cuando Pablo parece estar a punto de decir algo, la sangre llena por completo su boca y, casi de inmediato, el joven se ahoga ante la impotencia de Raquel, que no puede hacer nada por evitar que muera. A escasos metros ve que Dani tampoco se mueve. Las opciones de encontrar a Lidia son escasas con la muerte de los dos jóvenes, pero

afortunadamente, alguien más entra en escena.

—¡Raquel! —La voz de Eduardo Cámara retumba en la sala con fuerza.

La inspectora Silva se sobresalta al escuchar la voz de su ex, que es a la última persona a la que esperaba ver allí en ese momento, más teniendo en cuenta que donde debería estar es cuidando de su hija. Junto a Eduardo hay otra persona, Neus Villarroya, a quien Raquel no duda en apunta cuando la ve.

—Raquel, no, ha venido a ayudar, y antes de que lo preguntes, Carlota está bien, está esperando en el coche —dice Eduardo para tranquilidad de la inspectora.

Raquel tarda solo unos cuantos segundos en tomar una importante decisión a pesar de que no tiene ni idea de qué hacen allí su ex y Neus, la decisión que ha tomado es la de confiar en lo que le dice Eduardo, entre otras cosas porque no tiene mucho más entre lo que escoger.

—¿Sabes dónde podría estar la niña, Lidia? —pregunta Raquel a Neus con desesperación, que le devuelve una mirada llena de terror viendo toda la sangre que hay a su alrededor.

—Creo que sí, sígame —dice Neus con decisión.

Tanto la inspectora Silva como Eduardo siguen a Neus por un par de pasillos, después bajan por un sótano que los conduce a otro pasadizo, al final del cual hay una puerta oxidada. Todo está oscuro a su alrededor, como todo aquello que se desconoce, lo que más miedo da.

—Podría estar ahí dentro, en la bodega, Pablo siempre bromeaba con… —dice Neus sin terminar la frase apuntando esa vieja puerta.

—¿Con qué?

—Con desangrar a alguien ahí dentro como si fuese un cerdo… ya desangró a Matías Roca, pero según él, todavía tenía que depurar mucho su técnica.

La inspectora Silva, que no tiene tiempo de pensar en si lo que le está diciendo la joven es o no verdad, se dirige hasta la puerta y, tras comprobar que está cerrada, dispara un par de veces contra la cerradura. Cuando entran, todos pueden ver la grotesca imagen que ante ellos se dibuja: tanto Lidia como su madre, Nuria Folgado, están desnudas, colgadas del techo cabeza abajo y desangrándose por los cortes que cada una de ellas tiene sobre sus muñecas. Bajo las dos mujeres hay un cubo de metal que recoge su sangre como si fuesen cabezas de ganado.

—¡Ayúdame, Eduardo! —grita Raquel mientras trata de encontrar la forma de soltar a la niña y a su madre.

No tardan más de un minuto en encontrar una silla a la que subirse, cortar las dos cuerdas por las que penden ambos cuerpos, y bajar tanto

a la madre como a la hija. Raquel, que ve nuevamente en esa niña un claro reflejo de su hija, se afana en encontrarle el pulso, pero no puede, quizá porque ya no lo tiene. La madre, en cambio, aunque inconsciente, sí respira.

Durante unos segundos Raquel vuelve a experimentar la parálisis, el bloqueo, pero Eduardo hace que vuelva a reaccionar cuando empieza con las maniobras de resucitación cardiopulmonar, con las compresiones torácicas y las insuflaciones boca a boca. Durante unos segundos reina la desesperanza, la pena, solo se escucha a Eduardo luchar con todas sus fuerzas por la vida de esa niña, hasta que al final ocurre el milagro.

—Creo que la tengo —dice Eduardo mirando a Raquel mientras una lágrima se desliza por su rostro.

—Pues no la sueltes, por favor, por lo que más quieras —Es lo único que la inspectora puede decir en ese momento.

En apenas unos minutos, llegan los refuerzos y la ambulancia que había pedido Raquel. Y para tranquilidad de todos, confirman que las tres niñas están vivas.

CAPÍTULO 79

No sé qué va a pasar

Hay algunos casos que son como una guerra, cuando han terminado, no sabes qué bando de los dos ha ganado, lo que sí está claro, es que los dos han perdido algo.

Tanto las dos hijas de Rodrigo Soler como Lidia, la hija de Nuria Folgado, están estables y fuera de peligro, aunque con algunas secuelas que las acompañarán el resto de sus vidas. Laura, la hija mayor de Rodrigo, tuvo que ser sometida a una cirugía abdominal de larga duración. La herida producida por el disparo era muy grande, y aparte de la gran cantidad de sangre derramada, tenía varios tramos del intestino grueso y delgado perforados. Los médicos hicieron un gran trabajo, pero aun así, su tránsito intestinal nunca será normal.

Lidia, por su parte, estuvo muy cerca de morir desangrada. No solo perdió mucha sangre debido a los cortes que Pablo había hecho en sus muñecas, también presentaba un estado severo de desnutrición y deshidratación. Como médico, su padre sabe que de todo eso se recuperará más o menos bien, aunque no está tan seguro de lo que ocurrirá a nivel mental. La mente humana no funciona como el cuerpo. No existen ni tiritas ni puntos de sutura para el dolor emocional, porque no es solo el daño que ha sufrido durante esos días, es lo que pasará en su interior cuando tenga la edad suficiente para comprender quién era su madre y qué es lo que hizo. Lo mismo pasará con Mónica y con Laura, las hijas de Rodrigo Soler, quienes no solo se han quedado sin padre, también se han quedado sin madre.

El inspector Burbano tiene varias fisuras en el rostro, pero según los médicos no necesitan nada más que reposo. Periodo de tiempo que aprovechará para reflexionar y para preguntarse una vez más qué fue lo que les pasó a sus padres. Sabe que murieron de un modo muy violento, aunque no sabe lo más importante: por qué. A veces tiene la impresión de que nunca ha llegado al fondo de la cuestión por miedo a encontrarse con algo aún más insoportable que haberlos perdido siendo tan pequeño. Como si tuviese una especie de freno interior que lo retuviese justo antes de cruzar la línea que separa la ignorancia de la auténtica verdad. Pero a pesar de lo que pueda pasar, de lo que pueda descubrir, cada vez tiene más claro que tarde o temprano necesitará llegar hasta ese punto si algún día quiere llegar a ser alguien normal, si se quiere llegar a curar de esa gran herida emocional que nunca ha llegado a cicatrizar. Conocer a la inspectora Silva ha supuesto para él un antes y un después, no solo está a gusto

con ella, sino que por algún motivo Raquel supone para él como una fuente de inspiración. Hay personas que te hacen sacar lo mejor de ti mismo, que te empujan a mejorar, a intentarlo una vez más, a luchar hasta el final. Raquel es para Héctor una de esas personas. Él es experto en perfiles psicológicos, es capaz de conocer muchas cosas de una persona con tan solo unos pocos detalles, pero no tendría ni idea de cómo explicar ese tipo de atracción que ahora siente. El caso es que solo el pensar en la palabra amor, hace que vuelva a dar un paso atrás, de nuevo el miedo a cruzar esa línea que separa la luz de la oscuridad, la ignorancia de la verdad. En cualquier caso, lo que sí tiene claro es que si ella quiere, a partir de ese momento estará cerca de ella, a su lado, tal vez a la espera de encontrar el valor de cruzar esa línea invisible, de dar el paso.

Eduardo Cámara, siendo fiel a su nuevo y renovado yo, le dirá la verdad a Raquel. No solo fue a Valencia por ese trabajo como colaborador externo de la policía, o por estar cerca de ella y de Carlota, fue a Valencia porque hace unos meses se enteró de que no podía tener hijos, uno de sus únicos sueños, entonces se le ocurrió la loca idea que tal vez Raquel y Carlota podrían ser esa familia que siempre deseó. Sería como volver otra a la infancia, al único tiempo en el que fue verdaderamente feliz, sería como volver a empezar, como una segunda oportunidad. El problema es que Raquel, a pesar de su sinceridad, le ha dejado bien claro que ya no siente nada por él. Al menos no como a él le gustaría. Le jura que lo ha intentado, el volverlo a querer, pero hay cosas que no se pueden forzar, que es mejor dejarlas como están. De todas formas sí le ha dicho que tanto ella como Carlota estarán encantadas de seguir teniéndolo cerca, de que sea alguien importante en sus vidas. Y Eduardo, que todavía no ha decidido si quedarse o marcharse, se dirá que algo es algo, que mejor eso que nada y que, quién sabe lo que pasará mañana.

Tanto Pablo como Dani no llegarán con vida al hospital, y Berta Pascual, que estaba en Albacete tratando de recuperarse a sí misma, confirmará lo que pensaban; que ella no tenía ni idea de lo que su hijo estaba haciendo y que, efectivamente, fue el propio Rodrigo Soler quien acudió a ella y le confesó quién era y todo lo que le hizo. En el fondo cree que sí había algo de cierto en aquello de que buscaba redención, el perdón, de que en él había cierto arrepentimiento, pero de lo que tampoco tenía ninguna duda es de que el monstruo, ese monstruo interior que hacía que cometiese tan terribles crímenes, seguía dentro de él. Es como si lo hubiese tenido tapado con una manta durante años, pero que ni él ni nadie pudiese verlo no significa que no estuviese ahí. Ahora no sabe qué será de ella a partir de ese momento, solo que, tras perder nuevamente a un hijo, ya nada tiene sentido.

Neus Villarroya no tendrá problemas en hacer una confesión completa de todo cuanto sabe acerca de lo que pasó. Les dirá que Dani se enteró de quién era su padre y lo que le había hecho a su madre y acudió a ella y a Pablo en busca de consuelo, y que Pablo, siempre en busca de sensaciones nuevas y extremas, siempre en busca de llenar sus días y su vida con algo diferente y poco convencional, será quien les propondrá esa especie de venganza, de justicia poética para, según él, equilibrar la balanza. Dani aceptará porque se encuentra desesperado, vacío y sin ningún tipo de esperanza hacia la vida. Y ella aceptará porque, al igual que Dani, necesita desesperadamente algo, en este caso librarse de su padre, quien llevaba años abusando sexualmente de ella. El problema es que nada saldrá como ellos imaginan, al menos para ella, que no se cansará de decir que no tenía ni idea de que habría niñas que también sufrirían, que tanto Dani como Pablo le prometieron que solo serían los adultos con las manos manchadas de sangre los que pagarían. En régimen de prisión provisional, todavía está a la espera de juicio como cómplice directa de la muerte de su padre y de colaborar en el asesinato de Matías Roca. Haber ayudado a que pudiesen salvar a la pequeña Lidia de una muerte más que segura, podría reducir su condena. Entre las cosas personales de Pablo encontrarán dos cosas: la cinta de video que con tanto afán trataba de proteger Nuria Folgado, en cuyo interior puede verse perfectamente lo que le hicieron a Berta Pascual y a su familia, y el video *snuff* en el que puede verse cómo violaron a la inspectora Raquel Silva.

Nuria Folgado no dirá qué hizo con los cuerpos de la mujer de Rodrigo Soler y de Alfredo Monteagudo, pero encontrarán pruebas suficientes en su vehículo y en su propia ropa para acusarla formalmente de sus asesinatos. Lo mismo ocurrirá con lo que hizo veinte años antes con su ya difunto ex novio, no habrá dudas de que ella era la que hacía de Barbie, la mujer que aparecía en la cinta que se encontraba entre las pertenencias de Pablo y que junto a Rodrigo Soler torturó durante días a la familia de Berta Pascual. Será juzgada con rapidez y condenada a prisión permanente revisable. A pesar de todas las evidencias, seguirá diciendo que ella es inocente, que nunca hizo ni ha hecho nada de lo que se le ha acusado. Que ella es y será, una persona inocente.

Aun habiendo conseguido salvar tanto a la pequeña Lidia como a las otras dos niñas, habrá algo en el interior de Raquel Silva que no se terminará de llenar. Se preguntará qué es lo que le ocurre a personas como Adolfo Monteagudo, Jorge Celanova, el pederasta Ricardo Bolea, o el resto de implicados en el caso, para hacer lo que hacen, para buscar el placer o simplemente el sentido a sus vidas en ese tipo de actos o sensaciones. Le dará vueltas a qué quiso decir Pablo

exactamente con aquello de que estaba vacío, de que todo el mundo lo estaba, y de que solo buscaba respuestas, llenar su oscuro interior. Y le dará vueltas precisamente porque más que nunca se preguntará por qué hace lo que hace. Por qué deshace sus promesas y por qué decide poner su vida y la de su propia hija en riesgo en pos de personas que ni siquiera conoce. Por qué a veces reacciona mal con las personas que más quiere y por qué nunca se termina de soltar de verdad, por qué nunca se atreve a confiar. Le gustaría volver a jurar que nunca más volverá a ponerse en peligro, que nunca más volverá a aceptar un caso tan complicado, pero sabe que si lo hiciese no estaría siendo totalmente sincera con ella misma, porque en el fondo, muy en el fondo, sabe que hay algo que a veces la domina, que se apodera de ella y que decide cosas que no quiere, que incluso no desea, ese algo es su centro, es quien realmente es, alguien a quien todavía no se ha atrevido a conocer.

Lo único que se atreverá a prometer es que seguirá luchando cada uno de sus días por lo que más quiere, por su hija, y que hará lo imposible por estar siempre a su lado.

Se dirá que lo que siente hacia Héctor Burbano es distinto a lo que ha sentido por otros hombres hasta ese momento. Él no es como los demás, de hecho es totalmente distinto, y eso es precisamente lo que le atrae de él, pero no sabe si es eso lo que realmente necesita. Lo que sí sabe, de lo que sí está segura es de que quiere vivir la vida cada día. Que lo único que de verdad importa es sentirse bien con lo que se hace y con quien se hace, que la felicidad no es un lugar al que haya llegar, en realidad es algo que está por todas partes, y que lo único que necesita es aprender a mirar.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Estimado/a lector/a,

Quisiera agradecerte que hayas escogido este libro entre tantos otros, que lo hayas leído y que hayas llegado hasta el final. Para mí es un grandísimo honor y un motivo de felicidad.
Por otra parte, quisiera recordar que esta es la segunda novela de la Inspectora Raquel Silva, si te ha gustado y te apetece leer más, puedes encontrar la primera entrega en el siguiente enlace: https://www.amazon.es/El-Piso-Arriba-Inspectora-Raquel-ebook/dp/B08GYHKLK5/ref=zg_bs_1335544031_4?_encoding=UTF8&psc=1&refRID=H4TWT1Q2QTTP90PNM4DE

Para finalizar, me gustaría invitarte, si no es mucho pedir, a que me dejaras tu opinión en Amazon y, si lo deseas, en mi correo personal: alexander.rhode.escritor@gmail.com – De esta forma, además, podré enviarte a tu correo las novedades acerca de próximas publicaciones.

Muchas gracias de nuevo, recibe un sincero abrazo de mi parte.

Alexander.